

Baila  
solo  
para  
mí

MARTA FRANCÉS

*«Se trata de nosotros, y no somos los mismos de aquella vez.»*

*Baila  
solo  
para  
mí*

MARTA FRANCÉS

© Marta Francés

1ª edición, abril de 2019

Diseño de cubierta: Alexia Jorques

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

# ÍNDICE

PRÓLOGO EL PRIMER BAILE

CAPÍTULO 1. CLARA

CAPÍTULO 2. JAVIER

CAPÍTULO 3. CLARA

CAPÍTULO 4. CLARA

CAPÍTULO 5. JAVIER

CAPÍTULO 6. CLARA

CAPÍTULO 7. JAVIER

CAPÍTULO 8. CLARA

CAPÍTULO 9. JAVIER

CAPÍTULO 10. CLARA

CAPÍTULO 11. JAVIER

CAPÍTULO 12. CLARA

CAPÍTULO 13. CLARA

CAPÍTULO 14. JAVIER

CAPÍTULO 15. CLARA

CAPÍTULO 16. CLARA

CAPÍTULO 17. JAVIER

CAPÍTULO 18. CLARA

CAPÍTULO 19. JAVIER

CAPÍTULO 20. CLARA

CAPÍTULO 21. JORGE

CAPÍTULO 22. JAVIER

CAPÍTULO 23. CLARA

CAPÍTULO 24. CLARA

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

Para los que han aprendido a bailar bajo la lluvia.

Y para los rayos de sol que iluminan mis días  
más grises, mis niñas, Emma y Valeria.

«Hay un poco de locura en el baile  
que a todo el mundo le hace mucho bien».

Edwin Denby

# PRÓLOGO

## EL PRIMER BAILE

Mierda. Mierda.

Llegaba tarde, muy tarde.

Hacía media hora que había empezado mi turno, pero mi camioneta no había colaborado a la hora de ponerse en marcha. Ese maldito cacharro del demonio... Vale que le tenía mucho cariño porque llevaba conmigo desde que abandoné la casa de mis padres y me independicé. Vale que había vivido demasiadas aventuras con ella y que si esa tapicería hablara podría contar verdaderas barbaridades. ¡Pero la odiaba! Debería comprarme otro coche. Claro, si tuviera dinero suficiente. Esa era la principal razón de que esa chatarra continuara siendo mi medio de transporte.

Aparqué al lado de un Ford color gris y bajé de un salto. Eché a correr hasta la puerta de atrás del local.

—¿Otra vez tarde, Clara? —me preguntó el portero con una sonrisa y los brazos cruzados a la altura del pecho.

—Sí, Sam, esa jodida camioneta no arrancaba.

—Pedro ha preguntado por ti.

Mierda.

—¿Gritando? —Lo miré con expresión esperanzada de que no fuera así.

—Bueno... —contestó, abriéndome la puerta—, si te dijera que estaba al borde del infarto, ¿te serviría como respuesta?

—Joder.

Entré como una exhalación por el oscuro pasillo iluminado con una tenue luz rojiza y dejé atrás a Sam riendo a carcajadas. ¿Por qué siempre hay gente que se divierte con las desgracias de los demás?

Abrí la puerta del camerino casi sin aliento por la carrera y lancé el bolso sobre una de las sillas. Se podía escuchar la música de fondo. Me quité el abrigo y lo colgué de la percha de detrás de la puerta. Me desprendí de mi ropa y fui hacia el perchero de los disfraces, como a mí me gustaba llamarlo. Busqué entre los conjuntos que me tocaban ese día. El primero de la noche: marinera. Cogí la percha donde estaba colgado y me lo puse a la velocidad de

la luz. Tampoco es que estuviera compuesto por demasiadas prendas. Constaba de una minúscula falda blanca de pliegues con una raya azul en el bajo, unas medias azules hasta la mitad del muslo que sujeté con un ligero blanco y un top de rayas blancas y azules que me llegaba por encima del ombligo y que dejaba a la vista todo mi escote; llevaba un ancla roja muy mona bordada a la altura del pecho derecho. Para rematar el conjunto, me puse el sombrerito de marinera antes de mirarme en el espejo. Ya estaba lista.

Me arreglé un poco el maquillaje y empecé a atusarme el pelo para darle más volumen. Estaba inmersa en mis propios pensamientos cuando oí la tos que podría reconocer en cualquier parte del mundo. Me volví y sonreí con inocencia.

—Lo siento, Pedro. Mi camioneta...

—No digas ni media palabra, Clara —me cortó antes de dar una calada al cigarrillo que sujetaba en la mano derecha—. Sal ahí fuera ahora mismo y haz lo que sabes hacer tan bien.

—Como digas —contesté agachando la mirada.

No era buena idea cabrear a Pedro. Fui hacia la esquina donde dejábamos los zapatos y me subí a unos taconazos de lentejuelas azules.

—Sabes muy bien que este retraso te va a costar el diez por ciento de lo que saques esta noche —anunció con esa voz ronca que lo caracterizaba.

Asentí con la cabeza, cagándome internamente en mi camioneta.

—Si no fueras mi mejor chica te habría mandado a la puta calle. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, Pedro.

Sonrió y tuve que reprimir una mueca de asco. Tenía los dientes más horribles del mundo entero. Amarillos, empezando a ennegrecerse en las encías, uno encima de otro... Puaj. Si combinábamos sus dientes con sus pintas de chulo, teníamos la imagen perfecta de alguien del que escaparías agarrando el bolso como una loca si te lo encontraras por la calle, y no necesariamente de noche. Era mucho más terrorífico a la luz del día, con el pelo engominado y ese constante olor a tabaco. Lo dicho, horripilante.

Se acercó a mí y me miró de arriba abajo. Asintió con la cabeza, dándome el visto bueno, y se hizo a un lado para que pudiera salir del camerino. Pasé a su lado caminando con aplomo, empezando a concienciarme para hacer mi número.

La música había terminado y se escucharon los gritos habituales en una noche de viernes. Llegué hasta la tela granate que separaba el *backstage* del

escenario y esperé a que me nombraran. En ese momento, Cris abrió la cortina y salió cubriéndose los pechos con el brazo.

—Joder, Clara —me recriminó con gesto enfadado—. He tenido que hacer el primer número otra vez. Sabes que lo odio.

—Lo siento, Cris.

—¿Tu camioneta de nuevo?

Asentí.

—Puto cacharro —murmuró al pasar a mi lado—. Por cierto, prepárate, hoy tenemos una despedida de soltero.

—Perfecto.

Despedida de soltero era sinónimo de más pasta.

Tomé aire. Moví el cuello a ambos lados e hice un par de estiramientos para prepararme. Entonces escuché la voz de Pedro, presentándose.

—Ahora demos un gran aplauso a Celeste, nuestra sexi marinera de agua dulce.

Bufé al escucharlo. Odiaba ese nombre artístico con el que Pedro me había bautizado. Celeste era nombre de puta. En fin, prefería eso a que los clientes supieran cuál era el verdadero.

Las primeras notas de *S&M* de Rihanna empezaron a sonar y abrí la cortina para salir al escenario. Las luces me impactaron directamente en los ojos, pero estaba acostumbrada al fogonazo inicial. Puse mi mejor cara de golfa, frunciendo un poco los labios, con expresión seria. Caminé despacio e insinuante hasta el centro del escenario, mientras escuchaba los gritos de todos los borrachos ahí reunidos. Me agarré a la barra metálica que presidía todo en su verticalidad y me dejé caer para girar sobre mí misma mientras doblaba una pierna. Me incorporé, arqueando mi cuerpo al ritmo de la música y avancé hasta el borde del escenario. Era cierto que esa noche estábamos a tope. Pude ver a los componentes de la despedida de soltero. Me moví sugerente mientras llevaba un dedo a mi boca para morderlo, ganándome una ovación. Ví al supuesto novio ahí sentado. Llevaba una muñeca hinchable agarrada a la espalda. Lo miré de forma sensual mientras pasaba la lengua por mis labios para terminar mordiéndome el labio inferior, y me agaché con las piernas abiertas. Fui elevándome muy lenta, sin quitarle ojo de encima, con mi mirada más explosiva. Él se quedó boquiabierto y todos sus acompañantes lo jalearon mientras golpeaban su espalda y aplaudían. Casi podía leer sus labios diciéndole: «Eh, tío, está claro que le pones, te ha mirado como si te fuera a echar un polvo».

Ilusos.

Uno de ellos se acercó hasta el escenario con un billete en la mano. Me agaché para que pudiera meterlo en la cinturilla de mi falda y le sonreí. Hay que ser agradecida con los clientes.

Continué con mi baile y me quité el top. De nuevo gritos, alaridos, aplausos. Hombres... Tan predecibles. Me quité la falda sin dejar de moverme al ritmo de la música; sensual, erótica, poniéndolos a cien, tomando el control de la situación. Sí, el control. ¿Por qué? Pues porque un hombre borracho viendo a una mujer en ropa interior mientras baila pierde el control por completo. Se olvida de su mujer, de su novia, de sus hijos, de todo. Solo recuerda que, cuanto más dinero meta entre los pliegues de la ropa de la estríper, mejor. Porque así ella lo obsequiará con una sonrisa o con una caricia. Porque esa sonrisa o esa caricia se deben a que él podría tener a la estríper en cualquier momento. O por lo menos, eso es lo que dejamos que crean.

\*\*\*

Al fin había terminado mi último número. Volví al camerino cubriéndome los pechos con las manos y Cris me miró con una enorme sonrisa bailándole en los labios pintados de rojo.

—Hoy hemos sacado un pastón.

—Menos un diez por ciento para mí —puntalicé mientras cogía una toalla para secarme el sudor.

—Tienes que deshacerte de esa camioneta —dijo a la vez que se abrochaba las botas, ya vestida como una persona normal.

—Sí, estaba pensando en comprarme un Porsche —susurré, pensativa, poniéndome la camiseta—. Ah, no, espera, que no va a ser posible. Tengo que pagarme los estudios.

—¿Los estudios? ¿Hace cuánto no vas a clase?

Fruncí los labios para no contestarle de malas maneras.

—Ni siquiera te has matriculado este semestre.

Chasquéé la lengua.

—Vale, Cris, está bien. No me des el coñazo, no eres mi madre.

—Si tu madre supiera lo que haces cinco noches a la semana, sufriría una embolia.

La observé por el rabillo del ojo. Ahí estaba, tan tranquila, contando los

billetes que le habían dado los borrachos. El pelo azabache brillaba bajo las luces de los focos del tocador. Su pícara sonrisa le daba aspecto de duende a su rostro, combinando a la perfección con el color verde musgo de sus ojos. Era tan alta como yo, tenía el cuerpo fibroso y bien cuidado gracias a las horas de gimnasio que nos metíamos entre pecho y espalda para estar a la altura de lo que se esperaba de nosotras en nuestro trabajo como bailarinas nocturnas. Muchas horas de baile, movimientos cuidados y subidas por la barra.

Cristina y yo nos conocimos cuando ambas llegamos a Barcelona para comenzar la universidad y coincidimos en la puerta de un edificio en el que se ofrecían dos habitaciones para alquilar. La dueña era una señora encantadora que nos preparaba la comida y nos cuidaba como a sus hijas. Sin embargo, nos cansamos de tanto control y cuidados, necesitábamos vivir a nuestro aire. Así que, dos meses después, alquilamos un piso para ambas. ¿El problema? Pagar el alquiler, la matrícula de la universidad, los libros, la comida y poder vivir con algo de desahogo. Mis padres me daban una cantidad de dinero irrisoria y los padres de Cris habían fallecido cuando era una niña; su abuela la había cuidado siempre, pero no podía hacer frente a tantos gastos. Acabamos en un *casting* para bailarinas que se anunciaba en un periódico que Cris leyó en el bar de debajo de nuestro piso. Nos cogieron, aunque cuando nos contaron la verdad y anunciaron que se trataba de un trabajo como estríper, las dos nos echamos atrás. Pasamos varios días dándole vueltas al asunto. Era mucho dinero, sacaríamos unos seiscientos euros a la semana cada una. Mucho dinero por un trabajo que ninguna teníamos en mente cuando pensamos en buscar un empleo. Yo no me veía desnuda bailando para nadie. Nunca me lo había planteado; es más, jamás creí tener que plantearme algo así. No es una profesión en la que pienses cuando la gente te pregunta: «¿Qué quieres ser de mayor?». Al final, sucedió algo que nos obligó a aceptar. Se rompió el calentador del apartamento. ¿El arreglo? Novecientos euros. ¿La solución? Bailar.

Y ahí estábamos dos años después. Nuestro ritmo de vida había cambiado. Vivíamos mejor, mucho mejor. Toda nuestra ropa tenía etiquetas de Dolce & Gabbana, Guess, Calvin Klein, Miss Sixty, Levi's... Comíamos alimentos de primeras marcas. Los muebles de nuestro apartamento eran carísimos. Nos sometíamos a tratamientos de belleza que ni las *celebrities*: depilación láser, limpiezas de cutis todos los meses, presoterapia, *peelings* faciales, etc. Y qué decir de las marcas de nuestros productos cosméticos.

En fin, vivíamos como Dios.

Dejamos un poco de lado los estudios, la verdad. Cristina seguía yendo a clase de vez en cuando. Estudiaba Arte Dramático, muy de su estilo. Yo empecé con Filología Hispánica, pero ir a clase por las mañanas se convirtió en imposible con lo tarde que llegaba a casa por las noches. De esa manera, poco a poco, fui cambiando de parecer y preferí tener dinero contante y sonante en el bolsillo a estudiar. Pasé de trabajar dos noches a la semana a cuatro, después fueron cinco. Y ahí estaba, siendo estríper.

Joder, mi madre sufriría una embolia si se enterara.

Recogía la ropa con la que había llegado al club cuando Pedro entró por la puerta como un huracán.

—¡Sofía! —gritó a la chica nueva que todavía temblaba antes de salir al escenario. Principiante, pobrecilla—. ¡Te toca! No te olvides de sonreír, cielo.

Muy nerviosa, Sofía salió corriendo sobre los tacones y llevando ese horrible conjunto de vaquera mientras Pedro le metía prisa. Le había tocado cerrar la noche, el peor número. Todos irían tan borrachos que sería difícil mantenerlos a raya.

—Clara.

Me volví al escucharlo llamándome.

—No te vistas, han pedido un baile privado contigo.

—Pedro... son las cinco de la mañana.

—Me importa una mierda qué hora sea —soltó con enfado—. Van a pagarte doscientos euros por hacerle un baile especial al novio. ¿Prefieres que se lo dé a otra?

Doscientos pavos. Perfecto para comprarme ese vestido que había visto en la tienda de Guess.

—No, no. Ahora mismo voy.

—Si se pasan, ya sabes lo que tienes que hacer —dijo justo antes de salir de la sala.

Asentí.

—¿Te espero? —me preguntó Cris agitando un fajo de billetes en la mano.

—No, tranquila. Ya iré a casa cuando termine. Tú ve corriendo a esconder eso debajo del colchón.

Rio mientras cogía su bolso del respaldo de su silla.

—Ya sabes, nena —dijo conforme se acercaba a la salida—. Menea ese culito como tú sabes.

Me eché a reír mientras negaba con la cabeza y le di una patada sin fuerza en el culo. Ella dio un saltito mientras se llevaba una mano a la boca con falsa

expresión de susto y abrió la puerta.

—Te veo en casa.

Me acerqué a ella y la besé en la mejilla.

—Vale, Cris. Hasta luego.

Se fue soltando risitas como una niña feliz con una piruleta, solo que en lugar de un caramelo llevaba trescientos euros en la mano.

Cogí un minivestido de lentejuelas rojas que se adhería a mi cuerpo como una segunda piel y me lo puse pensando en lo que me tocaba en unos minutos. Un baile especial para el novio. Tomé una honda bocanada de aire. Me dolían los gemelos de pasar tantas horas subida a los malditos tacones, pero todo fuera por ese vestido de Guess.

Salí del camerino y fui hacia la sala donde solíamos hacer los bailes privados. Abrí la puerta y vi al supuesto novio sentado en una silla en medio de la estancia. La tenue luz que la iluminaba no me dejó ver su cara con claridad. Me acerqué hasta él lentamente, caminando de manera sinuosa. Levantó la vista y me miró. Un momento, ese no era el novio. No era el de la muñeca hinchable que llevaba viendo gritar como un loco toda la noche. El de la muñeca era mucho más grande que ese chico. Y, además, era moreno y este tenía el pelo castaño claro, ¿o era rubio? Bueno, ¿qué importaba? Iban a pagarme igual bailara para quien bailara.

—Hola —dije con mi mejor voz de buscona—, ¿alguien ha pedido un baile especial para el novio?

—Mis amigos —respondió con voz cortante.

Bueno, parecía un caso más de novio anti-estríper que había sido arrastrado hasta allí a la fuerza por sus amigos. Sonreí. Esos eran los peores.

—Pero querrás que baile para ti, ¿verdad?

Me acerqué más a él para poder mirarlo de cerca. Levantó la vista y sus ojos se clavaron en los míos. Eran verdes. Los ojos más verdes que he visto nunca. Me miró fijamente, casi traspasándome. Parpadeé confusa, presa de esa mirada tan penetrante. Me di la vuelta para pulsar el botón que ponía la música en marcha y así poder centrarme tras el ligero descoloque que habían provocado en mí sus ojos claros.

Me quedé de espaldas a él, escuchando las primeras notas de *Fever* saliendo de los altavoces y llenando la habitación con su insinuante melodía. Comencé a moverme despacio, agachándome poco a poco mientras me tocaba con ensayada lentitud. Giré la cara para mirarlo. Sus ojos habían adquirido la oscuridad habitual que el deseo suele provocar. Observé que sus labios

formaban una perfecta línea recta en su tranquilo rostro. Me acerqué, contoneándome, para detenerme justo frente a él. Levantó la mirada y la situó en mis pechos. Estiré la mano para acariciar su mejilla. Fue como tocar un cable de alta tensión. Una corriente eléctrica me recorrió desde las yemas de los dedos hasta la punta de los pies. Seguí adelante con mi baile ignorando esa sensación y el nerviosismo que me provocaba su mirada tan fija en mi cuerpo.

*Joder, Clara, eres bailarina. Todos te miran así. ¿Qué pasa con este tío?*

Y es que esa mirada me estaba resultando lo más sexi que veía desde hacía mucho tiempo.

Me senté sobre sus rodillas, quedando frente a él con las piernas abiertas. Como hacía siempre, igual que en todos los bailes privados. Él llevó las manos a mi culo sin dejar de mirarme a los ojos. Empecé a ponerme nerviosa. Observé su rostro. Piel clara, nariz recta, mandíbula marcada, barba de un par de días, labios carnosos. Joder, era muy atractivo.

Me incorporé sin prisa, acercando mis pechos más a él, igual que siempre. Sus manos se deslizaron de mi trasero y cayeron pesadas sobre sus rodillas. Me di la vuelta para empezar a desnudarme. Bajé un tirante del vestido y luego el otro. Mi corazón latía excesivamente rápido en mi pecho. ¿Qué coño estaba pasándome?

Al bajar la cremallera del vestido, volví la cara para afrontar su mirada de nuevo. Él seguía ahí, serio, observándome. Me sentí desnuda ante su intensidad. Menuda gilipollez, pensaréis. Y hacéis bien, porque, después de todo, estaba quitándome la ropa para él, era estríper, ya estaba casi desnuda. Pero me embargó una sensación extraña, como cuando te desnudas por primera vez para uno de tus ligues y sientes ese nerviosismo tonto a causa del «qué pensará».

Deslicé el vestido por mi cuerpo al ritmo de la canción, quedándome con un culote de encaje negro como única prenda sobre mi piel. Me giré despacio para acercarme a él sin dejar de moverme sensual, intentando que no se notara la estúpida excitación que me había invadido. Pasé una pierna a cada lado de las suyas mientras apoyaba una mano en su hombro. Él levantó la cabeza para mirarme a la cara mientras alargaba una mano para acariciarme el muslo.

Joder. Casi tengo que sentarme en el suelo del tembleque de piernas que me dio.

Si antes me había recorrido una corriente al tocarlo, lo de entonces fue como un tsunami.

Abrí la boca, presa del placer más absoluto ante sus incesantes caricias en

mi muslo. Casi gemía. Agaché el rostro para mirarlo. En ese momento, su seriedad desapareció, dando paso a una sonrisa ladeada que jamás en la vida olvidaré. Sus ojos verdes chispearon llenos de lujuria mientras sus labios dibujaban esa sonrisa torcida tan canalla.

Mi cara debía de ser un poema. Por no hablar de la situación.

Ahí estaba yo, la estríper, por si alguien lo había olvidado, medio en pelotas delante de ese pedazo de hombre que irradiaba sensualidad por todos los poros de su piel, presa por completo de esa mirada seductora que me estaba dedicando. ¿No solía ser yo la que tenía el control sobre los hombres?

—La canción ya ha terminado —susurró.

Aparté la mirada de la suya, turbada. Joder. Ni me había dado cuenta. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí parada con semejante cara de gilipollas?

*Perfecto, Clara, cojonudo.*

Di un paso hacia atrás, dispuesta a recoger mi vestido del suelo y salir por patas de ese cuarto, cuando su mano agarró con más fuerza mi muslo. Agaché la mirada para afrontar de nuevo sus ojos. Seguía sonriendo de esa manera. En ese momento supe que la tela de mis braguitas se había mojado.

Se incorporó de la silla despacio, sin apartar los dedos de mi piel.

*Muévete, Clara, apártate de él y sal corriendo.*

*Sí, sí, cerebro, te escucho, pero no quiero hacerte caso.*

Se puso de pie, moviendo con lentitud su mano sobre mi cuerpo hasta terminar apoyada en mi trasero. Mi respiración se aceleró de manera notoria. Entonces me di cuenta de que era un poco más alto que yo, unos cuantos centímetros. Tenía la espalda ancha en la zona de los hombros, era delgado y supuse que musculoso. Bueno, en mi cabeza lo vi cachas, como a Hugh Jackman en *X-Men*. Mi mente me juega malas pasadas en ocasiones, y esa no iba a ser menos.

—¿Tu verdadero nombre es Celeste?

Su voz aterciopelada me envolvió, colapsando mi sistema nervioso. Negué con la cabeza, imposibilitada por completo a articular palabra.

*Si por lo menos apartara la mano de mi culo...*

Un momento.

Mi cerebro pareció reaccionar por fin.

—¿Te importaría apartar tu manaza de mi culo? —solté con mucha más entereza de la que esperaba.

Sonrió abiertamente, dejándome obnubilada con esa maravilla de dentadura. Qué le voy a hacer, tengo un problema con las dentaduras. Si veo

una bonita no puedo evitar pensar: joder, qué dientes. Y claro, añadamos unos dientes bonitos a una cara perfecta. ¿Qué tenemos? Ese jodido gilipollas que seguía sin quitar su mano de mi culo.

—¿Qué pasa si no lo hago? —preguntó con tono seductor.

—¿Qué pasaría si el segurata te rompiera las piernas?

Eso sí que surtió efecto. Apartó la mano como si le acabara de echar aceite hirviendo por encima.

Pese a todo, yo seguía clavada al suelo sin poder moverme ni un milímetro.

Él se dio cuenta de ese detalle y me obsequió con la sonrisa torcida de nuevo.

—Parece que te sientes cómoda estando desnuda delante de un desconocido —murmuró, mirándome de arriba abajo.

Llevé las manos a mis pechos para cubrirlos.

—Es mi trabajo.

Sacudió la cabeza afirmativamente, sin dejar de observarme.

—Me preguntaba si sería posible algo más que un baile con Celeste.

Noté mi corazón detenerse un par de segundos. Ese tío quería acostarse conmigo. Algo dentro de mí comenzó a hacer un bailecito ridículo, del mismo estilo que los bailes que solía hacer Chandler en *Friends*.

—N-no... —contesté como pude, porque la garganta se me había secado por completo.

Chasqueó la lengua.

—Vaya, es una pena. Habría pagado mucho dinero por pasar algo más de tiempo contigo.

*Céntrate, Clara. No puedes acostarte con los clientes, ni por todo el dinero del mundo. Aunque se trate de clientes que estén tan buenos como este. Aunque te pagara mil euros. Joder... Por mil euros podría tirármelo.*

*¡Clara!*

Gracias a Dios que una parte de mi cerebro solía ayudarme cuando me perdía dentro de un bucle mental.

—No sé qué tienes, pero desde que te he visto bailar ahí fuera me has dejado loco. —Acercó una mano a mi hombro y lo recorrió despacio hasta el codo, provocándome un escalofrío por todo el cuerpo—. Te mueves de una manera tan sexi...

Se acercó a mí despacio. Mis ojos lo miraban desenfocados. Noté su aliento en mi rostro, suave, fresco. No olía a alcohol. Ese hombre no había

bebido nada. Olía a menta y a tabaco. Me encantó. Cerré los ojos mientras me deleitaba en ese aroma.

Un momento. No, no, no.

Abrí los ojos inmediatamente. ¿Qué coño me estaba pasando?

Di un paso atrás de manera brusca. Él me miró frunciendo el ceño. Sin pronunciar palabra, me agaché para recoger el vestido del suelo, me di la vuelta y salí a toda velocidad de esa habitación que se había tornado claustrofóbica.

Me sentía acalorada, respiraba con esfuerzo, mi corazón latía a un ritmo vertiginoso en mi pecho. ¿Qué narices acababa de pasar ahí dentro?

Fui al camerino, me vestí todo lo rápido que pude y salí del club. No le hice ni caso a Sam, que me preguntaba qué hacía allí todavía a esas horas. Dirigí hacia él un simple gesto con la mano queriendo decirle algo, no sé el qué, pero algo trataba de significar. Me monté en mi camioneta y salí pitando hacia mi casa. La muy cabrita sí arrancó a la primera esa vez. Conduje por las calles de Barcelona por inercia, con la mente en otro lado. ¡Qué coño en otro lado! En ese hombre. En esos ojos. En esas manos. En ese olor...

Grité, agarrando el volante con fuerza. Me sentí mejor. Respiré hondo un par de veces y me alegré al descubrir que ya estaba llegando a mi dirección. Aparqué en un hueco que encontré delante de mi edificio y salí del coche. Subí en el ascensor sin mirarme en el espejo. No quería ver mi cara porque sabía qué iba a encontrarme escrito en ella. Llegué al apartamento y abrí la puerta. Lancé el bolso al suelo y suspiré aliviada de encontrarme allí por fin, en mi refugio.

—Joder, Clara. —La voz de Cris me sobresaltó—. Parece que acabas de echar el mejor polvo de tu vida.

Rio a carcajadas. La miré con cara de mala leche. Acababa de decirme justo lo que no quería saber que reflejaba mi rostro.

\*\*\*

—¿Y te fuiste sin que te diera los doscientos euros?

Dejé caer la cabeza sobre mis manos.

—Sí, Cris, soy gilipollas y me olvidé por completo de ese detalle.

Empezó a reír escandalosamente.

—No me jodas, Clara. Tenía que estar muy bueno para que te olvidaras de que te pagara. Eso no te había pasado nunca.

—Lo sé.

¿Qué coño me había sucedido? Olvidarme el dinero de un baile, ¡por Dios! Eso no era propio en mí. Nada de lo que había pasado dentro de aquella habitación había sido propio en mí.

—Voy a acostarme, Cris, necesito olvidar este asunto cuanto antes.

—Sí, yo también voy a acostarme. Mañana seguiré metiéndome contigo por todo esto.

Soltó una risa demoniaca que ignoré por completo levantándome del sofá y encerrándome en mi cuarto. Me tumbé en la cama y me cubrí con las mantas hasta las cejas. Tras pasar un rato sin poder dejar de ver en mi mente esos ojos verdes cargados de matices sexuales —pudieron ser minutos como horas—, me quedé dormida.

Desperté descansada, como nueva. Fui al gimnasio con Cris y tuve que aguantar sus bromas acerca de lo sucedido la noche anterior. Cuando casi salté sobre su yugular, dejó de mencionar cualquier cosa relacionada con el «bailecito al novio sexi», tal como ella había denominado el incidente. Puedo tener mucho mal genio en ocasiones, sobre todo si no dejan de meterse conmigo y tocarme las narices.

Volvimos a casa, nos comimos un plato de pasta especialidad de Cris y me dediqué a leer algo de mi biblioteca personal aprovechando esas horas de descanso. Cogí mi vieja edición de *Romeo y Julieta* y me tumbé en la cama dispuesta a perderme en la Italia medieval y en esa historia de amores y dramas familiares.

Como solía ser normal cuando me ponía a leer en la cama, desperté sobresaltada un rato después. Miré el reloj, en un par de horas teníamos que estar en el club de nuevo.

Nos duchamos, nos vestimos y salimos en mi camioneta. Llegamos puntuales y sonrientes. Sam nos saludó con una enorme sonrisa y no mencionó nada acerca de mi espantada como alma que lleva el diablo la noche anterior. Entramos en el local conversando animadamente sobre tonterías. Pedro ya nos esperaba impaciente con el cigarro perpetuo en los labios.

Aquella noche yo abría el espectáculo. Me puse el traje de Moulin Rouge y Cris me maquilló con sombras oscuras para darme más aspecto de cabaretera. Me pintó los labios con color «rojo putilla» (bautizado de esa manera por una antigua bailarina del club) y fui hacia el escenario.

—Recibamos como se merece a Celeste, la cabaretera más sexi del Moulin Rouge.

Puse los ojos en blanco al escuchar a Pedro presentándose. Qué poco innovador era. Siempre las mismas tonterías.

Salí sonriente, caminando despacio sin dejar de menear el culo al ritmo de *Lady Marmalade*. Di una vuelta al escenario, sujetando la falda con ambas manos mientras la movía como hacían las cabareteras, enseñando el encaje de las bragas minúsculas que llevaba debajo. El público, entregado, gritó y silbó. Me dejé caer lentamente al suelo y fui gateando hasta el borde del escenario, con mirada felina. Eché un rápido vistazo al público de esa noche. Borrachos y más borrachos. Nada novedoso. Me tumbé por completo en el suelo y me toqué los pechos mientras levantaba una y otra vez las caderas, arrancando silbidos y aullidos. Me incorporé despacio, muy sexi, desabrochándome el chaleco. Cuando estuve de pie, me lo quité, lanzándolo hacia la gente. En ese momento un destello entre el público llamó mi atención. Seguí bailando, aunque mirando disimuladamente eso que había detectado entre el gentío. Dejé caer la falda hasta el suelo y me agarré a la barra metálica para girar sobre mí misma. En una de mis vueltas lo vi. Tuve que hacer verdaderos esfuerzos para seguir agarrada a la barra y no caer de morros contra el suelo.

Él. Estaba ahí. Sentado y sonriendo con esa dentadura perfecta. Mirándome con los ojos verdes llenos de perversión, traspasándome de nuevo, haciéndome sentir completamente desnuda. Y ya lo estaba. Él me hacía sentir desnuda a un nivel mucho más personal, más íntimo, más primitivo.

Un calor repentino e inesperado me recorrió de pies a cabeza.

Obligué a mi nervio óptico a apartar los ojos de él. Por mi propio bien. Porque no quería cagarla delante de tanta gente. Porque no quería romperme los dientes al caer sobre el escenario en uno de mis giros.

Cuando mi número terminó, atravesé pitando la cortina roja y fui al camerino.

—Chica, ni que hubieras visto un fantasma —exclamó Cris al verme entrar con esa cara.

Yo me senté sobre una silla, sin vestirme, respirando con esfuerzo.

—¿Qué pasa, Clara? Me estás asustando, ¿estás bien?

Sacudí la cabeza.

—Joder, tienes la misma cara que ayer cuando llegaste a casa.

La miré con los ojos muy abiertos.

—No me digas... —Me cogió de los hombros—. ¿Ha venido?

Asentí y ella estalló en carcajadas.

—No me hace gracia, Cris.

—Lo sé, lo sé. Perdona. —Pero la muy cabrona no dejaba de reírse—. Es que no te había visto así nunca. Ni siquiera con Pablo ponías esas caras.

—¡Ni lo nombres!

No me sentía con ánimos para hablar del cabrón de mi ex, que había decidido ponerme los cuernos con la mitad de su clase de Derecho.

—Bueno, es mi turno —anunció Cris poniéndose la cofia de su traje de chacha; bueno, de porno-chacha, para ser más exactos—. Lo buscaré entre el público. Ojos verdes, sonrisa perfecta, la palabra sexo escrita en la frente... ¿Me dejo algo?

Sonreí y negué con la cabeza.

—Absolutamente nada.

Salió del camerino entre risas. Yo me quedé ahí pensativa.

Había vuelto. ¿Por mí? Igual quería volver a proponerme lo de pasar más rato conmigo. Igual quería hacerme alguna proposición indecente como Robert Redford a Demi Moore en la película con el mismo título.

*Clara, deja de pensar en tonterías. Ese hombre ha intentado acostarse contigo por dinero. Piensa en lo que eso significa. Cree que eres una puta.*

*Yo no soy una puta.*

*Pues no te comportes como tal.*

*Joder, es que está tan bueno. Lo haría incluso si no fuera a pagarme nada. Puede que no quiera pagarme. Puede que solo haya venido para verme de nuevo porque se quedó prendado de mí...*

*Gilipollas. ¿De qué se quedó prendado? ¿De tus chistes? ¿De tu facilidad para mantener una conversación? ¿De tu sonrisa? ¡Espabila! Se quedó prendado de tus tetas y de tu cuerpo, de nada más.*

Me sobresalté al escuchar a alguien entrar en el camerino. Era Teresa. Menos mal. Mi bipolaridad me preocupaba en muchas ocasiones. Eso de estar manteniendo una conversación conmigo misma en mi cabeza era más normal de lo que cabría esperar. Si Teresa no hubiera entrado, mis dos yos se habrían enzarzado en una pelea para ver quién tenía razón. Y no sería la primera vez.

Pasé el resto de la noche actuando tensa, casi de manera automática, sin mirar ni una sola vez al público por miedo a encontrarme con sus ojos de nuevo. Me desconcentraba, conseguía ponerme muy nerviosa y no podía permitir que eso pasara mientras bailaba. En definitiva, aquella noche fue un completo desastre. No en cuanto al dinero, eso estuvo bastante bien. Hace falta mucho más que una simple expresión de desconcierto o nerviosismo para que los hombres no sigan tirando su dinero a una mujer desnuda. Ellos ni siquiera

se habrían dado cuenta de mi estado.

Respiré aliviada cuando terminé mi último baile. Fui al camerino cruzando los dedos para que Pedro no me dijera que había alguien que quería un baile privado. Cuando pasé a su lado antes de marcharme y no me dijo nada, me sentí ligeramente decepcionada.

Me reprendí al instante. Tonta, Clara...

Salí al aparcamiento de atrás para esperar dentro de la camioneta a Cris, que todavía estaba terminando de vestirse. Sam no estaba por ahí. Habría ido al baño. Saqué las llaves de la camioneta y me dirigí hacia ella.

—Ya empezaba a pensar que no saldrías.

Pegué un grito y se me cayeron las llaves al suelo. Me volví para ver de quién era esa voz.

Joder. No podía ser.

—¿Te he asustado? —preguntó con esa sonrisa torcida que había revivido en mis pensamientos más de la cuenta desde la noche anterior.

—Un poco.

Y más que me estaba asustando. ¿Qué hacía ahí? ¿Era un acosador? ¿Dónde cojones estaba Sam? Di un par de pasos atrás tratando de acercarme a mi camioneta.

—Ayer te fuiste tan deprisa que te marchaste sin esto.

Dio dos pasos hacia mí y me tendió un sobre blanco. Miré sus ojos verdes, que chispeaban divertidos. Me hizo un gesto con la cabeza para que lo cogiera. Yo estaba paralizada, acojonada de miedo. Estiré la mano y lo cogí. Era el dinero. Los doscientos euros. Levanté la vista y él sonrió.

—No me gusta dejar las cosas sin pagar.

Asentí frunciendo los labios. Por mi mente no dejaban de pasar imágenes con las situaciones que podían suceder entonces:

1. Él sacaba un cuchillo y me lo clavaba en el corazón para largarse después riendo malévolamente.

2. Él se lanzaba a besarme con una pasión y un descontrol que me quitaría el sentido, la cordura y conseguiría hacer conmigo lo que quisiera.

3. Él me secuestraba para llevarme en su coche hasta su casa, donde me retendría durante meses obligándome a mantener relaciones sexuales con él todas las noches.

*Joder, Clara. Estás fatal de la cabeza. Deberías mirarte esto a la de ya.*

*Vale, pero de las opciones me vale cualquiera excepto la primera.*

*Clara...*

*Venga, que sea la dos.*

Él seguía ahí, ante mí, observándome con expresión seria, como si todavía me estuviera viendo sin ropa, haciéndome sentir como si estuviera así en realidad.

Me agaché a recoger las llaves de mi camioneta del suelo.

—Bueno... —murmuré—, gracias. Me voy a marchar ya porque...

—Supongo que sigue sin existir la posibilidad de pasar un rato a solas contigo.

Lo dijo enarcando una ceja, sugerente, dejando claro por el tono de su voz que ese rato a solas consistiría en echar un polvo.

La llama de la ira se encendió dentro de mí.

—No soy puta —mascullé entre dientes mirándolo de mala manera.

—Nadie ha dicho que lo seas.

—Dejaste claro que pagarías por estar conmigo.

—¿Y no es eso lo que hice ayer ya?

Utilizó un tonito de suficiencia que me cabreó. Joder, es que encima tenía razón.

—¿Tú no te casas la semana que viene? —solté, cruzándome de brazos y poniéndome a la defensiva.

—¿Te importaría?

Dio un paso hacia mí y elevó las comisuras de los labios. Sexi, prepotente, chulo y completamente deseable.

—No te conozco de nada, me importa una mierda que te vayas a casar. Pero tu novia debería saber que estás aquí ofreciéndome dinero a cambio de sexo.

Se echó a reír, despreocupado.

—Si te lo ofreciera, ¿qué dirías?

Cometí el error de vacilar. En mi mente empecé a sopesar las opciones que tenía. Acostarme con él...

—Acepto el silencio como una respuesta positiva —susurró.

—¡No! —exclamé despertando de mi letargo—. No voy a acostarme contigo.

—¿Estás segura de eso?

Dio otro paso hacia mí. Estaba muy cerca. Demasiado. Aspiré el aroma de su aliento otra vez. Menta y tabaco. Mmmm... Delicioso.

Me miró a los ojos fijamente. Casi podía escuchar la voz de sus pensamientos.

*Sexo... Sexo... Sexo...*

¡Malditos fueran! Gritaban demasiado alto.

Tragué en seco. Mi corazón latía desbocado y mi sexo comenzó a palpitar ansioso. Él dio un último paso hacia mí. Yo no reaccioné, no pude ni quise moverme.

Llevaba mucho tiempo sin echar un polvo. Cuatro meses son demasiado. Más que demasiado, ¡es una pasada de tiempo! Y él me lo estaba poniendo en bandeja de plata. Estaba buenísimo. Qué importaba que fuera a casarse. Yo no conocía a su novia. La compadecía por tener un novio así, pero en el fondo me importaba una mierda. En ese momento pensaba en mí y solamente en mí. Bueno, y en él. En sus manos sobre mi piel, en sus labios carnosos sobre los míos, en su cuerpo desnudo...

Lo miré a los ojos, que brillaban llenos de deseo. Casi vi el reflejo de los míos con ese mismo brillo. Sonrió de esa manera torcida que me resultaba tan eróticamente perfecta. Se acercó a mí muy despacio.

Una pequeña vocecilla empezó a gritar dentro de mi cabeza.

*¿Qué haces, estúpida? Muévete, vete de aquí, no dejes que lo haga.*

La hice callar rápidamente, acercándome más a él y besándolo.

Respondió enseguida, cogiéndome de la cintura y atrayéndome a él. Me rendí por completo a las sensaciones que me invadieron. Llevé las manos a su pelo. Su lengua pidió paso en mi boca y se lo di encantada.

—Vente conmigo —susurró contra mis labios.

Asentí. No sé por qué, pero asentí.

Me arrastró hasta un coche aparcado una calle más allá, casi oculto entre las sombras. Me recostó sobre el capó y me besó de nuevo, haciéndome olvidar hasta de mi nombre. Empezó a meterme mano. Yo respondí gimiendo como una estúpida, echando por tierra mi anterior actuación, que intentaba dejar claro que yo era una mujer dura y que no hacía ese tipo de cosas.

A la mierda la mujer dura.

Abrió el coche y entramos en el asiento de atrás. Sin hablar. Sin dejar de besarnos. Ni siquiera me fijé en el color del coche, puede que fuera plateado, ¡qué importaba! Le quité el jersey y la camiseta. Él se deshizo de mi abrigo y mi chaqueta. Unos segundos después, estábamos completamente desnudos los dos, presos de la pasión y el desenfreno. Jadeando, besándonos sin parar, tocándonos por todas partes. Yo estaba tan caliente que ni siquiera me sentí incómoda cuando me tumbó bruscamente sobre el asiento. Solo podía pensar en lo bueno que estaba, en lo bien que besaba, en lo duros que sentía sus

músculos bajo mis manos, en el roce de su lengua en mis pezones, en el sudor de su cuerpo sobre el mío...

Fue un polvo increíble. Acojonante. Eso, teniendo en cuenta que las posibilidades dentro de un coche suelen ser bastante escasas, lo convertía en algo épico. Me quedé temblando de placer cuando salió de mi interior, respirando a duras penas. Escuchaba su respiración en mi oído mientras sus labios todavía rozaban la piel de mi cuello.

—Solo quiero que sepas una cosa —susurró mientras se incorporaba.

Yo me quedé embobada observando su torso desnudo. Musculoso, definido, fibroso, suave. Tuve que mordirme el labio para evitar lanzarme de nuevo sobre él.

—No voy a darte ni un euro por esto.

Sonreí todavía bajo su cuerpo. No hacía falta que me diera ni un jodido céntimo. Incluso me estaba planteando la posibilidad de pagarle yo a él.

—Celeste... —susurró mientras acariciaba uno de mis pezones.

Di un bote en el asiento por el roce inesperado. Él sonrió.

—Me gusta tu nombre profesional. ¿Alguna posibilidad de conocer el verdadero?

Negué con la cabeza mientras su mano seguía acariciando mi pecho. Empezaba a perder de nuevo la capacidad de raciocinio.

—¿Puedo yo conocer el tuyo? —pregunté, dejando claro cómo me sentía por la forma en que tembló mi voz.

Él negó sonriendo.

Bueno, puede que fuera lo mejor. Echar un polvo de esa manera con un desconocido. No decirnos nuestros nombres y guardar eso en la memoria como lo que había sido: sexo puro y duro. Sin tapujos. Sin cuidado. Sin vergüenza. Sin pudor.

Perfecto.

—Será mejor que me vaya —dije, incorporándome—. Mi amiga me estará esperando.

—Supongo que esto es un adiós.

Recogí mi ropa y empecé a vestirme.

—Creo que nunca ha habido un hola.

Escuché su risa sofocada.

—Tienes razón.

Nos vestimos en silencio dentro de ese espacio tan pequeño. Las ventanillas estaban totalmente empañadas. Abrió la puerta para salir y después

me ayudó ofreciéndome su mano. Demasiado caballeroso en comparación con la brusquedad con la que había actuado conmigo hacía unos minutos.

Me puse el bolso en el hombro y lo miré un instante, intentando grabar en mi mente el color verde de sus ojos y esa sonrisa tan perfecta. Joder, la cabrona que se iba a casar con él era afortunada. Bueno, dejando a un lado que acababa de acostarse con una estríper en un callejón detrás del club donde trabajaba. Vale, eso lo hacía perder puntos como marido. Mentira, lo hacía perder todos los puntos. Pero no era yo la que iba a convertirse en su esposa.

Me miró serio e hizo un gesto con la cabeza, a modo de despedida, supuse.

—Celeste...

—Desconocido...

Sonrió mientras me tendía la mano.

—Ha sido un placer... —Lo pensó unos segundos—. Ha sido un placer echar este polvo contigo.

Me eché a reír y cogí la mano que me tendía. La manera en que sonrió entonces se quedó grabada en mi mente. Asentí con la cabeza y empecé a caminar hacia el aparcamiento del club. Las piernas todavía me temblaban. Quería volverme para mirarlo una última vez, pero me autoconvencí para no hacerlo. Anduve erguida y a paso firme hasta la esquina. Entonces escuché el sonido de un motor arrancando y me volví. El coche plateado (había acertado con el color después de todo) dio marcha atrás y se perdió en la oscuridad de la calle.

Suspiré.

Seguí andando hacia mi camioneta.

—¡Tú eres tonta!

Casi me dio un infarto cuando Cris salió de detrás de mi viejo cacharro con cara de loca y me agarró de los hombros con fuerza.

—¿Dónde cojones estabas? —gritó agitándome—. Creíamos que te habían secuestrado, que te habían violado, que te...

Me observó un instante.

—¿Acabas de echar un polvo? —Levantó una ceja a la vez que me miraba inquisitiva.

—Oh, vamos, Cris —exclamé apartándola de mí mientras aguantaba la sonrisa—. No digas tonterías. ¿Con quién voy a echar un polvo aquí?

Sam salió del club en ese momento. Iba sofocado, le faltaba el aliento. Se me quedó mirando mientras se llevaba una mano al pecho y resoplaba.

—Joder, Clara, menudo susto nos has dado.

—Lo siento, chicos —les dije completamente en serio—. Me he acercado hasta allí porque he oído un ruido y me he quedado mirando unos carteles que había en esas paredes. Hay unos conciertos que me interesaría ir a ver.

Cris me miraba fijamente, con esa mirada que pone cada vez que sabe que le estoy mintiendo. Intenté no hacerle caso y me acerqué a Sam para darle un abrazo.

—De verdad lo siento —le dije al oído—. No volveré a hacerte pasar por esto.

—Más te vale.

Nos separamos y me sonrió, justo antes de darme un golpecito amistoso en el hombro.

—Venga, Clara, vámonos a casa.

Hice caso a Cris y abrí la camioneta para que ambas nos montáramos en ella.

—Dirás lo que quieras —empezó cuando arrancamos—, pero tienes ese brillo en los ojos que solo se tiene después de practicar sexo del bueno.

La ignoré y seguí conduciendo con la mirada al frente. Sentía sus ojos sobre mí, observándome, buscando una prueba que me delatara ante ella. Cristina era como un perro sabueso en ocasiones. Y la verdad es que jamás se le escapaba ni una.

De repente, se echó a reír como una loca. Casi doy un volantazo del susto que me dio.

—¿Qué mierdas te pasa, Cris?

—Llevas la camiseta del revés.

Señaló el cuello de mi prenda y me llevé la mano allí. Mierda. Tenía razón. Ahí estaba, delatándome, la etiqueta asomando por encima de la tela.

Ya no podía fingir más. Tampoco quería. Soportar a mi amiga mientras lo negaba sería demasiado.

—Vale, Cris, he echado un polvo.

—¿Con quién? ¿Dónde? —Me miraba con ojos curiosos, escrutando mi rostro en busca de algún detalle que se le escapara.

Involuntariamente, mis mejillas se tiñeron de un tono cercano al escarlata. Eso me descubrió por completo.

—¡No me digas! ¡No me digas que el novio del bailecito ha aparecido!

Asentí con la cabeza y me gané una salva de aplausos y gritos de la loca de mi amiga. Incluso daba golpes en el techo del coche. De repente, se quedó

callada y se volvió a mirarme muy seria.

—¿Cobrando o sin cobrar?

# CAPÍTULO 1. CLARA

Todavía hoy me pregunto por qué permití que algo así pasara. No sé cómo me atreví a acceder a aquello.

—Coge esa caja y llévala a la cocina.

—A sus órdenes, teniente Villanova.

Cogí la caja del camión de mudanzas y la llevé dentro de la casa. De nuestra casa. De la casa que desde ese día iba a compartir con Cristina. No es que fuera a ser un enorme cambio, llevábamos viviendo juntas casi cuatro años, aunque el hecho de que se tratara de una casa en una urbanización de las afueras de Barcelona, con jardín, con piscina, compuesta por dos pisos... en realidad, cambiaba bastante las cosas. Joder, habíamos alquilado una casa en condiciones.

Adiós al pisucho en ese barrio de mala muerte. Hola a la urbanización Brisa del Mar.

Adiós a los ruidos de vecinos en el piso de arriba. Hola a la privacidad de una casa propia sin vecinos cotillas.

Adiós a los quince minutos de trayecto en coche a todas partes. Hola a casi una hora de distancia cuando no había atasco, inevitable en hora punta. (Eso me hacía menos gracia).

Adiós a mi tranquilidad durante el traslado. Hola a la histeria de mi compañera.

Cris es una completa psicótica del control. Todo tiene que estar bajo su atenta mirada y realizarse de la forma que ella quiere. Y me estaba volviendo loca.

He ahí el motivo de mis dudas acerca de haber aceptado este cambio. Con ella. Las dos. Con toda esa demencia de la que hacía gala en situaciones como esa.

Empaquetar había sido una tortura. Teníamos demasiadas cosas metidas en aquel piso tan pequeño. En serio, ¿cuándo empezamos a guardar tantísimas cosas? No recordaba haber comprado ese pedaleador que anunciaban en la Teletienda, ¿fui yo o sería Cris? Ni idea, la cuestión era que ahí estaba ese chisme y la idea de tirarlo ni se pasó por nuestras cabezas. ¿Cómo íbamos a

tirar algo que estaba sin estrenar y que no sabíamos si podríamos utilizar en el futuro? Eso mismo sucedió con una extraña sandwichera que hacía los sándwiches con la forma de Darth Vader (friki a más no poder), con unos palos para hacer *trekking*, con unas bicicletas que compramos cuando nos entró la vena ciclista —que duró exactamente cuatro horas, hasta que nuestros culos nos dolieron tanto que pasamos dos días sin poder agacharnos en condiciones— y con ropa y más ropa que todavía tenía las etiquetas de compra puestas.

Así era normal que tuviéramos tantas cajas que cargar. En esos momentos echaba de menos tener un novio al que poder recurrir.

Pero teníamos a Sam.

—Chicas, en serio —dijo mientras bajaba las escaleras del porche hacia el camión de mudanzas—, no sé cómo podéis almacenar tantos cacharros estúpidos. ¿Por qué no los tiráis?

—¡Ni de coña! —gritamos Cristina y yo a la vez, volviéndonos a mirarlo como si hubiera dicho el mayor pecado del mundo.

—De acuerdo, de acuerdo —murmuró levantando las manos en el aire—. Solo era una propuesta.

Nos pasamos la tarde de nuestro día libre llevando cajas y más cajas a nuestra nueva casa. Era toda una bendición que la tienda de muebles tuviera servicio de montaje y que todos estuvieran ya montados cuando llegamos. Eso hizo que olvidara un poco mi aversión hacia Cris cuando vi mi cama. Si hubiera tenido que ponerme a montarla cuando se acercara la hora de acostarnos habría sufrido un ataque. En ocasiones, la pequeña monstruo hacía bien las cosas; se había ganado un minipunto por contratar el montaje. Me importaba una mierda tener que pagar más dinero si no tenía que luchar con tornillos Knötick y llaves Allen.

Eran las cinco de la tarde. Cris, Sam y yo estábamos tirados en nuestro nuevo sofá de color negro, cómodo a más no poder, mientras nos bebíamos una cerveza. A nuestro alrededor había cajas de cartón a patadas, unas abiertas y otras con el embalaje todavía puesto.

—Mañana será un día duro —soltó Cris observando los muebles vacíos de nuestro nuevo salón.

—Odio tener que trabajar esta noche y mañana, chicas —dijo Sam tras dar un trago a su cerveza—, no podré venir a echaros una mano.

—No te preocupes, cielo, Jorge va a ayudarnos.

Cris sonreía como una idiota mientras decía eso.

Jorge. *Su Jorge*.

Suspiré.

La idea de conocer por fin al novio, amigo especial, follamigo o lo que fuera, de Cris, me tenía un poquito ansiosa. No sabía qué iba a encontrarme. ¿Estarían locamente enamorados? Porque podía aceptar que mi mejor amiga tuviera un novio y lo quisiera con locura, ya había pasado por eso mientras estuvo con Eduardo. Pero el hecho de que existiera la mínima posibilidad de que él pasara a formar parte de nuestro día a día, quedándose a dormir siempre, paseándose por la casa con total naturalidad... No sé, no me llegaba a convencer del todo. Ahora teníamos nuestra casa, no era como compartir un piso de estudiantes. Y meter ahí dentro a alguien más que ni siquiera conocía... No me gustaba ni un pelo.

—Clara, sé lo que estás pensando.

La voz de Cris me hizo dar un pequeño salto en el sofá. La miré frunciendo el ceño.

—Jorge no va a venir a vivir con nosotras, no te preocupes. Ya te dije que vive con su mejor amigo.

—Sí, lo sé. —Moví mi mano en el aire—. Su mejor amigo, que también va a venir a ayudarnos mañana con las cajas.

—Lo sabes y, aun así, dudas de mi palabra.

—Joder, Cris, es que te veo tan pillada...

Se incorporó en el sofá y me observó muy seria.

—Mírame.

Hice caso a lo que me decía y la miré con gesto exasperado.

—No va a venir a vivir aquí —dijo con voz firme—. No vamos a meter en casa a ningún chico para molestar en nuestra recién adquirida vivienda. Ni siquiera sé si las cosas entre nosotros van en serio, Clara, ¿de verdad crees que lo metería aquí si no sé lo que siente por mí?

—No —contesté de mala gana.

—Yo estoy aquí porque quiero vivir contigo, me gusta vivir contigo. Somos tú y yo contra el mundo, Clara. ¿Lo has olvidado?

Reí entre dientes ante sus palabras.

—Claro que no.

—¡Oye! —exclamó Sam metiéndose en nuestra conversación—. ¿Y qué pasa conmigo?

Cris rio y le pasó un brazo por los hombros para acercarlo a ella y darle un sonoro beso en la mejilla.

—¡Los tres contra el mundo! —exclamó haciéndonos reír a ambos.

Chocamos nuestras cervezas con fuerza y bebimos sin borrar las sonrisas de nuestros labios.

Debía empezar a tranquilizarme con el tema del noviete de Cris. No me iba a dar la espalda por él. Jamás lo había hecho por ningún chico y en esa ocasión no iba a ser diferente. Entre nosotras había un nivel de amistad tan extremo que pasaba a ser familia. Yo la consideraba mi hermana, esa que nunca tuve y me encantaría haber tenido. Y ella me consideraba su familia. Realmente éramos como hermanas, aunque sin lazos de sangre de por medio.

El sonido del eructo de Sam me hizo darme cuenta de que éramos dos hermanas que cuidan de un pequeño cachorro. Un cachorro que mide metro ochenta, pesa noventa kilos y tiene más músculos que cerebro. Reí justo antes de tirarle un cojín a la cara. Un cachorro al que adoraba y que era como mi hermanito pequeño.

Después de todo, habíamos formado una pequeña familia, rara y diferente, pero era nuestra familia disfuncional.

Esa noche dormí de pena en mi nueva cama. Odio estrenar colchón. Lo sentía duro como una piedra debajo de mí. Boca arriba, imposible. De lado, fatal. Boca abajo... bueno, podía aguantarse, pero la espalda me molestaba. Al final conseguí dormirme en sabe Dios qué postura, porque al día siguiente me dolía la espalda como mil demonios.

Eran las once de la mañana cuando mi móvil sonó. Estaba sacando vasos de una caja en la cocina. Cogí el teléfono y me sorprendió ver que era Pedro. Contesté con tono incrédulo. Jamás me había llamado a esas horas de la mañana.

—Buenos días, Pedro, pensaba que dormías de día y solo salías de noche —bromeé al contestar.

—Menos bromitas, Clara —contestó cortante. Me reí todavía más al escuchar el tono de su voz—. Te llamo porque te necesito aquí a mediodía.

—¿Qué dices? Imposible. Te recuerdo que estoy en medio de un traslado terrorífico. No puedo ir al club.

—No te llamaría si no fuera estrictamente necesario.

Noté la desesperación en su voz.

—¿Qué pasa, Pedro? —Dejé sobre la encimera la taza de *Los Simpson* de Cris.

Casi pude imaginármelo, indeciso, retorciendo sus manos.

—Necesito que me eches una mano con las facturas —admitió al fin—.

No me cuadra nada, el estúpido de Pep no sabe mirar los albaranes cuando traen las bebidas y firma todo lo que le dan. Ahora nada coincide y estoy a punto de cometer un asesinato.

Negué con la cabeza a la vez que reía entre dientes, pero muy bajito, para que Pedro no se enterara. No quería ser la siguiente en su lista de personas a asesinar.

—De acuerdo, Pedro, iré a ayudarte.

—Gra...

—No digas nada —le corté antes de escuchar sus agradecimientos efusivos—. Me lo cobraré cuando lo necesite.

—Nada de librar en fin de semana —soltó antes de que pudiera seguir hablando.

—Mira, Pedro. —Me puse seria, aunque él no pudiera verme—. Me voy a ganar el cabreo de Cris por dejarla con toda esta mierda del traslado, no sé si recuerdas la mala hostia que se aloja dentro de ese pequeño cuerpecito.

Escuché su bufido al otro lado. Lo recordaba perfectamente.

—Así que, si dentro de un tiempo, cuando yo quiera y lo considere necesario, te pido un fin de semana libre, tú me lo darás sin rechistar y sin quejarte ni jurar en hebreo, ¿de acuerdo?

Se hizo el silencio al otro lado. Empecé a golpear el suelo con mi pie derecho.

—¿De acuerdo? —repetí.

Escuché un largo suspiro y su aceptación muy a regañadientes justo antes de que me dijera que me quería en el club en una hora y colgara el teléfono. Sonreí mientras dejaba el móvil en la encimera y seguía sacando las cosas de esa caja.

—¿Quién era?

La voz de Cris provenía del salón, donde estaba inmersa en la tarea de limpiar el polvo de todas las estanterías. He de decir que eran muchas, ya que fue uno de mis requisitos para el nuevo hogar, porque así podría tener sitio donde dejar todos mis libros. Cris había accedido, ya que quería empezar a recopilar fotos de diferentes momentos de nuestras vidas y enmarcarlas para adornar la casa. Se había aficionado a la fotografía últimamente y andaba por todas partes con una cámara haciéndome fotos cuando menos lo esperaba. Cargante a tope.

—Pedro —contesté girando la cabeza en su dirección.

—¿Tienes que ir al club?

Jodida psíquica, ¿cómo lo adivinaba todo?

—Sí, dice que se está volviendo loco con unas facturas. Ya sabes, lo de siempre.

—Jodido Pedro... —murmuró haciéndome reír.

—Siento mucho dejarte sola, Cris —me apresuré a decir—. Si quieres, déjame parte de las cajas y cuando vuelva...

—No, Clara. —Su voz sonó justo detrás de mí y me sobresaltó; sonrió con inocencia—. Perdona, no quería asustarte.

La miré con una sonrisa, quitándole importancia.

—Jorge viene a ayudar, su amigo también viene, entre los tres podremos apañarnos. Intenta regresar pronto y no te preocupes por nada más. No dejes que el cabronazo de Pedro te haga quedarte para trabajar esta noche.

—¡Eso ni de coña! —exclamé—. Hasta mañana no comienza nuestra semana laboral. Bastante hago con ir a ayudarlo con las malditas facturas.

Me fui refunfuñando hasta mi habitación y abrí mi nuevo armario. Gran parte de mi ropa ya estaba colgada de las perchas y puesta en los estantes. Cogí un vaquero oscuro que me quedaba bastante ajustado y una camiseta roja de tirantes. Busqué en una caja hasta que mi querida chaqueta deportiva roja y blanca de Diesel apareció. Me calcé mis adoradas deportivas Adidas de color azul con las rayas en blanco. Fui hacia mi cuarto de baño (sí, teníamos un cuarto de baño para cada una, estaba realmente feliz por ello), me recogí el pelo en un moño improvisado y me lavé los dientes. Cogí las llaves de mi coche, bajé las escaleras saltando los tres últimos peldaños y fui a despedirme de Cris.

La encontré bailando mientras fregaba el suelo del salón. Sonreí.

—¿Qué haces? —le pregunté interrumpiendo sus pasos a lo Michael Jackson.

—Limpiar.

Sonrió como si fuera normal.

—Estás fatal de la cabeza.

—En esta vida hay que estar algo loco para poder disfrutarla como es debido.

—Me encantan tus teorías, Cris. —Me acerqué riendo hasta ella para darle un beso rápido en la mejilla—. Volveré lo antes posible.

—No te preocupes, tarda lo que tengas que tardar.

Fui hacia la puerta para salir, pero la voz de Cris llamándome me hizo parar en seco y girarme. Apareció por el pasillo casi corriendo.

—Se me olvidaba decirte una cosa...

Supe por el tono de su voz que nada bueno se avecinaba.

—El otro día me encontré con Iker en clase y me dijo que le encantaría quedar contigo de nuevo.

Tomé aire y me llevé la mano al puente de la nariz para masajearlo con lentitud.

Iker. El centro de mis males durante las últimas semanas.

Era un compañero de facultad de Cris. Nos conocimos en una fiesta de universidad, una de esas fiestas en las que los estudiantes beben hasta perder el conocimiento. Cris y yo no llegamos a tanto, bueno... más o menos. A la mañana siguiente amanecí al lado de Iker. Fue una de esas ocasiones en que miras a tu lado, descubres que un espécimen del sexo contrario duerme a pierna suelta justo ahí, pegado a tu cuerpo, y que esta desnudito como su madre lo trajo al mundo. Mi memoria dio signos de no recordar nada de nada (algo que dejaba claro que sí me había pasado con el alcohol la noche anterior), aunque al descubrir que yo también estaba desnuda bajo mis sábanas... vamos, que no había muchas opciones posibles. Asumí mi locura de borracha y decidí dejarlo pasar como si nada. Había sucedido, de acuerdo, pero no significaba nada. Sin embargo, él no parecía tener la misma intención. Había estado insistiéndole tanto a Cris para que volviera a quedar con él que acabé accediendo tras poner excusas durante dos semanas. Pasó a recogerme y fuimos juntos al cine y a cenar. En cuanto intentó besarme, la cobra me poseyó. Fue superior a mis fuerzas. Iker no era feo, la verdad es que era un tío bastante atractivo. Rubio, con ojos oscuros y expresivos, un rostro agradable, alto y musculoso, con una sonrisa bastante bonita, pero... no. Ni siquiera recordaba qué tal había sido cuando nos acostamos juntos. Tenía muy claro que no quería nada con él. Era demasiado insistente, pegajoso y fingido. Tenía algo que me echaba para atrás. No me gustaba.

Le dije que lo sentía muchísimo, que no estaba preparada para tener algo serio con nadie. Mentira gorda, fue la primera excusa que me vino a la mente. Él se quedó algo parado, aunque lo aceptó. O eso fue lo que creí en aquel momento, porque había seguido dándole el coñazo a Cris para que volviéramos a vernos.

—No voy a quedar con Iker otra vez, Cris —dije abriendo los ojos y mirándola—. No me gusta ni va a gustarme en ningún momento. ¿Es que no se da cuenta de todas las veces que le he dicho que no?

La idiota de Cris se rio ante mi desgracia.

—Yo lo sé, pero él parece no querer darse cuenta.

—Pues debería dejar de arrastrarse de una vez.

Cris me miraba con esos ojos que pone cuando está pensando algo y deduce lo que pasa por mi mente. Oh, oh... Odio cuando hace eso.

—Y tú deberías dejar de pensar en él.

La miré enarcando las cejas.

—Clara, sé que todavía piensas en él.

—No sé de qué me hablas.

Me di la vuelta, dispuesta a salir de allí antes de que empezara con su charla, aunque ella fue más rápida y se puso a mi lado a la vez que me agarraba del brazo.

—Se iba a casar, pasó lo que pasó y ya está. No sigas pensando en él porque eso no te hace ningún bien.

—Yo no pienso en él —mentí.

—¡Y una mierda! —exclamó mirándome a los ojos—. Dime que no sigues acordándote de él antes de dormirte todos los días.

Aparté la mirada de la suya. De verdad, la odiaba cuando se ponía en ese plan conmigo. Y es que la cabrona tenía razón.

—Me tengo que ir, Cris. Luego nos vemos.

Me deshice de su agarre y abrí la puerta de la casa. Salí al porche, todavía podía sentir su mirada sobre mí. Es que casi sabía lo que estaba pensando.

*Fue un simple polvo, olvídalo.*

*No quería nada más de ti aparte de tu cuerpo, ¿por qué sigues acordándote de él?*

*Ni siquiera sabes cómo se llama.*

Me monté en mi Audi y arranqué cuanto antes para poder salir de allí y dejar de sentir los ojos acusadores de Cris recriminándome cosas. Di marcha atrás en el caminito que llevaba a nuestra casa y aceleré para salir de la urbanización. Conduje por la autovía hasta Barcelona pensando en lo que no debía pensar. La jodida Cris había encendido la mecha de nuevo. Yo sabía perfectamente que no debía pensar en él, por supuesto que lo sabía. Pero una cosa es saberlo y otra hacerlo. Y no podía evitarlo. Mi mente volvía sin remedio a lo que había pasado aquella noche de hacía ya cinco meses.

Esos ojos verdes me llevaban acompañando en mis sueños desde entonces. No podía olvidarlos. Tampoco quería, la verdad. Eran los ojos más bonitos que había visto en mi vida y pertenecían al tío más bueno que había

conocido. Además, me había acostado con él y eso era algo que no pretendía olvidar. Mi palmarés de tíos buenos con los que había estado era muy reducido y que mi desconocido de ojos verdes formara parte de él era algo realmente acojonante. Yo jamás pensé que pudiera estar con un Adonis como él, así que no tenía intención alguna de olvidarlo.

Soy estríper, me dedico a algo que no suelo compartir con el resto del mundo. Tampoco tengo demasiados amigos, aparte de Cris, Sam y las chicas del club. La verdad es que soy reservada. No he estado con muchos hombres. En el instituto tuve un novio con el que me acosté y perdí la virginidad; no fue nada del otro mundo. Al ir a la universidad estuve con Pablo, un chico que estudiaba Derecho y que me conquistó con su sonrisa sincera y con el sonido de su risa. Pero me la metió doblada. A los cuatro meses me enteré de que llevaba más cuernos que el papá de Bambi. Lo mandé a tomar viento y estuve algo jodida, no voy a engañarte; durante esa temporada de despecho me acosté con varios tíos. Ninguno reseñable, aunque uno me hacía cosas maravillosas con la lengua. Después vino Iker y... él. Solo fue un polvo en el asiento trasero de su coche, pensarás, no pudo ser para tanto. Y sin embargo, lo fue. No solo el acto en sí, también él. Sus ojos, aquella sonrisa, sus respuestas mordaces, aquella seguridad que transmitía...

Además, no podía dejar de darle vueltas al hecho de que regresó por mí, para darme el dinero. Perfectamente podría haber pasado de eso, haberse quedado con el dinero y si te he visto no me acuerdo. Pero no, él volvió para dármelo, y eso, en el fondo, era un buen acto, ¿no? Olvidémonos del hecho de que iba a casarse en unos días y terminó acostándose conmigo, es decir, la estríper que le había hecho un baile privado el día de su despedida de soltero. Si tenemos eso en cuenta, que viniera a darme el dinero queda como un acto de mierda.

Joder, se habría casado y yo seguía pensando en él.

Muchas noches, mientras actuaba, lo buscaba entre el público, esperando ver ese pelo de color indescriptible, esos ojos verdes llenos de perversión, esa sonrisa perfecta... Sé que no debía hacerlo, aunque no podía evitarlo. Esperaba que volviera.

Pero eso no sucedió.

*Ni va a suceder, idiota.*

—Cierto, Clara —me dije en voz alta a mí misma mientras conducía—, no va a suceder.

Puede que aceptar la cita con Iker y darle una oportunidad no fuera tan

mala idea. Claro que para eso debía empezar a dejar de comparar a todos los chicos que conocía con él.

¿Podría?

\*\*\*

Pedro me puso los nervios a cien durante tres horas. Tres putas horas rodeada de papeles.

Los albaranes no coincidían con las facturas, tuve que llamar a los proveedores y gritarles más de lo que tenía pensado en un principio. La gente tiene una cara que se la pisa y, si te la pueden colar, mucho mejor para ellos. Lo que no sabían es que habían topado conmigo. Aquel curso que hice de Administración de Empresas el primer verano que estuve en Barcelona me venía de perlas para hacer esas cosas. Lo malo fue que Pedro se enterara de que tenía ese curso. Siempre que alguna cosa iba mal con la documentación y los papeles del club me llamaba a mí para que lo solucionara. A veces me venía bien, porque sacaba cosas a cambio, como días libres o más dinero. Pero otras veces, como aquel día, era para cabrearme hasta límites estratosféricos.

El idiota de Pep no ayudaba en nada, quejándose y poniendo tontas excusas de por qué no había leído los albaranes antes de firmarlos. Tuve que gritarle también. Pedro se acojonó. Juro que lo vi temblar mientras le gritaba a Pep que era un incompetente. Me acojoné hasta yo. Noté la vena de mi frente palpitando mientras chillaba y eso solo me pasa cuando estoy enfadada de verdad.

Gran parte del enfado se debía a lo que Cris me había dicho antes de salir de casa. Estar despotricando ante Pedro, Pep y los proveedores me vino bastante bien para liberarme del estrés. Siempre me venía bien gritar. Me iba mucho mejor golpear el saco de boxeo en el gimnasio, y la verdad es que no me hubiera importado golpear a alguno de los que tenía delante en ese momento, pero no soy partidaria de la violencia gratuita.

—Me voy ya, Pedro —anuncié, metiéndome el móvil en el bolsillo de la chaqueta—. Espero haber resuelto tus problemas y que no vuelvan a repetirse.

Pep se revolvió en su asiento y agachó la cabeza. Tenía miedo de que le gritara otra vez. Sonreí para mis adentros.

*Bien hecho, Clara.*

—No te preocupes —dijo Pedro a la vez que lanzaba una mirada de aviso

a Pep—. No volverá a suceder. Muchas gracias por venir. Espero que Cristina no se haya enfadado demasiado.

—Ha sido bastante comprensiva.

Empecé a caminar hacia la puerta del despacho de Pedro. Justo cuando puse la mano sobre el pomo, me volví para mirarlo.

—Te recuerdo nuestro trato. —Lo señalé con un dedo—. Cuando quiera y sin rechistar.

Suspiró con fuerza y asintió.

—De acuerdo, Clara. No voy a olvidarlo, no hace falta que me lo recuerdes todos los días.

—Descuida, dudo mucho que deje que lo olvides. —Reí abriendo la puerta—. ¡Hasta mañana!

Salí por el iluminado pasillo pensando en lo raro que se me hacía estar allí a la luz del día. Justo entonces escuché la voz de Pep.

—Parece mentira que tenga ese carácter con lo modosa que parece.

—Es una estríper; si no tuviera carácter, no valdría para trabajar aquí —le contestó Pedro.

—La verdad es que me ha puesto bastante cachondo que me hablara así...

—¡Pep! —grité sin dejar de caminar—. ¡Te estoy escuchando!

Escuché un gemido del aludido acompañado de las risas de Pedro.

—Hasta mañana, Celeste —gritó mi jefe, divertido con la situación.

Abrí la puerta que daba al *parking* trasero con una sonrisa en los labios.

—Capullos... —murmuré acercándome a mi coche.

Ay, mi coche. Mi querido, nuevo, limpio y con buen olor coche. Por fin me había deshecho de ese trasto que me dejaba tirada cada dos por tres. Después de que me hiciera la jugarreta de no arrancar durante tres días seguidos (con su consecuente pérdida del diez por ciento de las ganancias de esos tres días), decidí cambiar de coche. Tenía dinero ahorrado para pagar la entrada, así que fui con Cris al concesionario y me enamoré. Lo vi ahí, bajo las luces de los focos, de color rojo, mirándome con sus faros de xenon... y no pude soportarlo. Cometí la locura de comprármelo. Iba a estar media vida pagándoselo al banco, pero no importaba. Cada vez que lo conducía me repetía a mí misma que merecía la pena.

Subí en él y arranqué dispuesta a volver a casa para enfrentarme a las cajas de la mudanza. Conduje algo por encima de los límites. Me gusta la velocidad y con mi Audi podía correr, no como con la vieja chatarra. Puse el MP3 de mi reproductor y empecé a cantar la canción que sonaba. *Every*

*Teardrop is a Waterfall*, de Coldplay. Me encantaba. Subí más el volumen y moví la cabeza al ritmo de la música.

El resto del trayecto lo pasé cantando, moviendo los hombros y golpeando el volante al compás de todas las canciones que sonaron. Se me pasó el rato volando. Cuando me quise dar cuenta, había llegado a mi nuevo hogar. Por suerte, no había encontrado casi tráfico, eran las tres de la tarde y la autovía estaba tranquila.

Vi un coche plateado aparcado en la entrada de mi casa. Supuse que sería el coche de Jorge. Accedí al caminito del garaje y dejé el coche allí en medio, porque el de Cris ocupaba el garaje entonces. Bajé y observé el coche plateado. Fruncí el ceño. No sé por qué, pero me resultaba algo familiar. Me encogí de hombros, subí casi corriendo las escaleras del porche y entré gritando.

—¡Cris! ¡Ya estoy en casa!

Escuché unos ruidos que provenían del salón y pasos acercándose hacia mí. Bueno, no eran pasos exactamente, era alguien corriendo. De repente, Cris apareció por el pasillo con cara extraña. Parecía que acabara de presenciar un asesinato y a la vez se sintiera culpable por ello, algo así como si ella misma lo hubiera cometido. Me eché un poco hacia atrás, ¿lo habría hecho? Igual había matado a Jorge o a su amigo.

—¿Qué pasa? —pregunté algo asustada.

—Clara, lo siento.

La miré sin entender nada.

—¿Qué sientes?

—Lo que va a pasar dentro de unos momentos —dijo cogiéndome de la mano y arrastrándome con ella hacia el salón—. No tenía ni idea, yo no podía saberlo, era completamente imposible que pudiera pasar algo así.

—¿Qué dices, Cris? —pregunté mirándola como si me hablara en chino.

—En serio, Clara, no te enfades conmigo.

—¿Enfadarme? ¿Contigo? ¿De qué coño hablas?

Antes de entrar al salón me miró con arrepentimiento y a la vez rogándome con los ojos. En serio, empezaba a preocuparme que hubiera matado a alguno de los dos.

—Quiero presentarte a Jorge —dijo casi en un murmullo.

Vi a un chico guapísimo con el pelo castaño claro y rizado que se acercaba a mí con una enorme sonrisa. Sonreí porque me transmitió buenas vibraciones. Tenía ojos marrones claros, su sonrisa era genuina y muy bonita.

Era alto, puede que le sacara más de una cabeza a Cris, y parecía una persona agradable. Le di un voto de confianza antes de conocerlo.

—Encantado, Clara. Cristina me ha hablado mucho de ti.

—Lo mismo digo, Jorge. —Sonreí y le di un par de besos—. Es como si ya nos conociéramos.

Escuché su risa suave y me gustó ver que conectábamos bien. Me encantó para Cris. Me volví a mirarla para transmitirle mi opinión sobre su chico y entonces vi que ella me seguía observando con ese arrepentimiento plasmado en el rostro.

Entonces escuché unos ruidos al fondo del salón y me volví hacia allí. No sé si grité, si abrí la boca tantísimo que casi se me desencajó la mandíbula o si los ojos casi se me salieron de las cuencas. La cuestión es que mi corazón se detuvo dentro de mi pecho y no fui capaz de reaccionar ante la otra persona que se encontraba en mi salón.

—Clara, este es el amigo de Jorge. —Cris me miró de nuevo y pude ver una sonrisa malévolamente asomando en sus labios—. Te presento a Javier.

## CAPÍTULO 2. JAVIER

No entendía por qué coño teníamos que ir a ayudar a la tía esa a la que Jorge se follaba. En serio, si te vas a mudar, búscate la vida o que te ayude solo tu novio, joder, que para eso es tu novio. No me metas a mí en la mudanza porque ni te conozco ni me importa una mierda.

Pero no, con Jorge las cosas no eran así. Se consideraba un caballero de los que ya no existen, de los de abrir la puerta del coche, regalarles los oídos y ser agradable con las señoritas, como él las llamaba (delante de ellas, porque luego por detrás era el más cabrón de los cabrones, o por lo menos así había sido antes de que esa tal Cristina apareciera en su vida).

—Jordi, en serio —le dije mientras me dejaba caer en el sofá de nuestro piso—. Repítame por qué tengo que ir yo a ayudar a tu ligue y su amiga con el traslado a su nueva casa.

—Porque queremos echar una mano a un par de chicas que necesitan la ayuda de dos jóvenes fuertes y caballerosos para desempacar todo.

Me miró muy serio mientras tomaba asiento en el sillón de al lado del sofá.

—Tú lo que quieres es echar un polvo, a mí no me engañas.

Se echó a reír y me uní a él.

—La verdad es que es una de mis intenciones —admitió poniendo los pies sobre la mesita de centro—. Pero también quiero ayudar a Cris. Joder, Javi, no tienen a nadie más aquí para que las ayude, están solas en Barcelona y nosotros no tenemos nada que hacer en todo el día, ¿qué más te da echarles una mano?

Lo observé unos instantes mientras me rascaba la barbilla, pensativo.

—¿Su amiga está buena?

—No tengo ni idea. —Se encogió de hombros—. No la conozco.

Chasqueé la lengua.

—Joder, tío, si su amiga estuviera buena, podría intentar tener algo con ella, ya sabes, sacar algo productivo de un día entero sacando mierdas de cajas de mudanza.

—Puede que sea un bellezón —apuntó ladeando la cabeza.

—Puede...

Me quedé pensativo de nuevo.

Iba a darle el beneficio de la duda. Iría a echar una mano a la noviecita de Jorge e intentaría ligarme a la amiga. Si estaba buena, claro, si no lo estaba tenía más que claro que haría el vago todo el rato y me marcharía de allí a la mínima oportunidad. No iba a desperdiciar un día entero si no iba a tener ninguna clase de recompensa.

Mi teléfono móvil sonó. Me incorporé del sofá y lo cogí de encima de la mesa. Sonreí.

—¿Qué pasa, hermano? —contesté volviendo a recostarme.

—No se te ocurra casarte en la vida, Javi —soltó con tono serio, consiguiendo hacerme reír.

—¿Qué ha pasado ahora?

Jorge se acercó con una sonrisa interesada en la cara. Cotilla...

—Me está volviendo loco. Primero las cortinas tenían que ser en tonos verdes, ahora resulta que no conjuntan con los colores de las paredes, así que es mejor que sean en tonos pastel. ¿Tonos pastel? ¿Qué coño es eso? ¿Eso no se come?

Solté una carcajada y pasé un brazo por detrás de mi cuello, acomodándome, pues sabía que eso iba para rato.

—Pero es que quiere que sean en tono malva asalmonado. ¿Lo has oído? ¡Malva asalmonado!

—¿Eso existe? —pregunté con curiosidad.

—¡Y yo qué cojones sé!

Casi pude imaginármelo tirándose del pelo.

—¿Has hablado con mamá?

—¿Quién crees que está informando a Eva de todos esos colores? —gritó, haciendo que tuviera que apartarme el móvil del oído—. Creo que mamá se los está inventando para volverme loco.

Jorge se partía de risa y eso que no se estaba enterando de la mitad.

—Cuando mamá y Eva se juntan es como si Satanás tomara el té con Nosferatu. En serio, es la reunión del mal, el puto 666, el momento del Anticristo... —Hizo una pausa y suspiró—. No puedo soportarlo más, necesito escapar de esta casa.

—Vente por aquí, tenemos cervezas.

—¿Frías?

Solté un bufido.

—Me ofendes dudando eso, hermano.

—Estoy allí en media hora.

—De acuerdo, hasta ahora.

Corté la llamada y miré a Jorge, que me observaba con una sonrisa y con ganas de que le contara qué le pasaba a mi hermano.

—Eva.

No fue necesario nada más. Sacudió la cabeza y se recostó en su asiento.

—¿Noche de cervezas y fútbol? —preguntó, mirándome sonriente.

—Noche de *muchas* cervezas y fútbol —maticé cerrando los ojos.

Mi hermano Raúl se había casado hacía poco más de cuatro meses. Era el hombre más feliz del mundo entero, aunque sufría episodios como aquel en muchas ocasiones. Y por suerte nos tenía a nosotros como vía de escape.

Jorge y yo compartíamos piso en el centro de Barcelona. Llevábamos viviendo juntos desde que comenzamos la universidad. Ese era nuestro último año. Yo estudiaba Medicina y solo me quedaban un par de asignaturas para terminar y poder empezar la residencia en un hospital. Me había decantado por la pediatría. Me gustan los niños. Me gusta verlos reír y esos hoyuelos que se forman en sus mejillas regordetas. Jorge siempre se había reído de mí y mi amor hacia los niños, decía que no me pegaba en absoluto que me gustaran. Joder, ¿qué pasa? ¿Tan raro era?

Jorge también estudiaba Medicina, aunque se fue por otra rama. Una rama interesante por la que todos teníamos especial predilección, pero por la que jamás, y repito, jamás, me hubiera decantado yo. Iba a ser ginecólogo. Yo no podría pasarme el día viendo a mujeres medio desnudas, palpando sus pechos y otras partes de su cuerpo sin ponerme palote. En serio, no podría. La mujer es un ser demasiado bello y mi mente demasiado calenturienta como para soportarlo.

Estuvimos tirados por el sofá hasta que el timbre sonó. Me levanté sin prisa y fui hacia la entrada. Nuestro apartamento no era especialmente grande pero sí bastante espacioso. Tenía el tamaño perfecto para montar fiestas de vez en cuando. El salón era enorme y tenía unos grandes ventanales que dejaban ver los edificios de la ciudad, la cocina era bastante decente para que Jorge y yo nos las apañáramos, teníamos una habitación para cada uno con grandes camas y un baño en cada una de ellas. No necesitábamos más.

Abrí la puerta y mi hermano mayor me miró con seriedad. Me dio la impresión de que había envejecido cinco años desde la última vez que nos vimos.

—Una cerveza. Ya.

Reí y me hice a un lado para que pasara.

Raúl es tres años mayor que yo. Había estudiado Ingeniería Mecánica y entonces trabajaba en una empresa diseñando coches. Bueno, creo que por aquel entonces andaba metido en algo para conseguir que los coches consumieran menos gasolina y contaminaran menos. Era algo así como un *boy scout* de Greenpeace dentro de la mecánica, el muy capullo.

La gente dice que nos parecemos, aunque yo jamás nos he visto la similitud ni en el blanco de los ojos. Él es más alto que yo, mucho más musculoso, con el pelo casi negro y rizado, los ojos marrones y unos hoyuelos que habían sido el terror de las nenas en su época estudiantil. Hasta que apareció Eva, claro. La conoció en un bar cuando estaba en tercero. Ella parecía sacada del catálogo de Victoria's Secret. En serio, la primera vez que la vi me cagué en la suerte del cabrón de mi hermano al encontrar un pibón como aquel. En cuanto empecé a conocerla un poco, me compadecí de él.

Eva tiene un mal carácter acojonante. Su mala leche es directamente proporcional a lo escultural de su cuerpo. Lo que se suele decir sobre las chicas rubias, guapas, delgadas, con ojos azules preciosos y piernas kilométricas es que son tontas, pero Eva es la excepción. La tía es lista, muy lista. Y cabrona como ninguna. Al principio me intimidó bastante, pero cuando la fui conociendo me empezó a caer bien. Era una especie de tío dentro del cuerpo de una tía buena. Así es como Jorge y yo hablábamos de ella si alguien nos preguntaba.

Eva era informática. Siempre ha sido una puta friki de los videojuegos y del mundo de los elfos, el manga y todos esos rollos extraños. Creo que eso fue lo que enamoró definitivamente a mi hermano. Los dos son igual de frikis. Son unas putas máquinas jugando a la PlayStation. Los domingos suelen ser nuestros días de juegos y montamos bastante escándalo porque nos picamos mucho entre los cuatro. Eva no se corta un pelo con nosotros y se comporta como uno más.

Y muchas veces da miedo.

Por eso entendía a mi hermano en aquel momento. No podía imaginarme lo que sería vivir con ella y su mundo de las cortinas de colores.

Fui a la cocina y saqué tres cervezas de la nevera. Observé su interior. Dos yogures (caducados, con toda probabilidad), medio limón seco, un tomate con mala pinta, un paquete de salchichas y dos estantes llenos de cervezas. La nevera perfecta de un piso de tíos.

—Deberíamos ir a comprar, Jordi —dije mientras volvía al salón—. Esa nevera da pena.

—Os la cambio por la mía —exclamó Raúl cogiendo la cerveza que le ofrecí—. Tengo yogures desnatados que no saben a nada, lechugas de mil tipos diferentes, pechuga de pavo, apio, zanahorias y tofu.

—¿A qué sabe el tofu? —quiso saber Jorge justo después de abrir su cerveza—. Tengo muchísima curiosidad, he oído hablar del tofu muchas veces, pero jamás se me ha ocurrido probarlo.

—No sabe a nada.

—¿En serio? —Mi hermano asintió con la cabeza—. Entonces paso de probarlo. No entiendo eso de comer algo que no sepa a nada.

—Eso mismo opino yo —suspiró Raúl.

Los tres nos quedamos en silencio y dimos un trago a nuestras cervezas. Noté como mi hermano se relajaba sentado en el sofá. Tomó aire y lo soltó lentamente.

—Necesitaba escapar de esa locura —murmuró.

—Sabes que aquí siempre eres bienvenido —dije poniendo mi mano sobre su rodilla.

—Lo sé, Javi, y le agradezco a Dios por ello todos los días.

Jorge rio por su comentario.

—En serio, tíos —nos dijo pasándose una mano por el pelo—, no os caséis ni os echéis novia ni os colguéis por una tía en la vida.

—Tarde para Jorge —dije lanzándole una mirada acompañada de una sonrisa tocahuevos.

Raúl lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿No me digas que has conocido a alguien?

El aludido movió la cabeza a ambos lados y se encogió de hombros. Yo me reí entre dientes. Qué capullo. Babeaba por esa Cristina, se pasaba el día hablando de ella y cantando sus alabanzas. Y entonces, delante de mi hermano, hacía como si la cosa no fuera con él. Puto Jorge...

—Bueno... —empezó—, digamos que... hay una chica.

—¿Cómo es? —preguntó Raúl antes de volver a beber de su cerveza.

—Morena, bajita, muy guapa... Tiene unos ojos muy bonitos. —Sonrió con cara de capullo enamorado. Bufé al verlo—. Y tiene mucho mal genio, demasiado para ser tan pequeña. Es como un terremoto cada vez que aparece, no para quieta. Me hace reír muchísimo. Tiene una manera diferente de ver la vida.

—¿Y qué tal folla?

¡Demos la bienvenida al bruto de mi hermano!

Estallé en carcajadas ante su sutil y delicada pregunta. Jorge torció el gesto y lo miró con cara de pocos amigos. Raúl abrió mucho los ojos y se encogió de hombros.

—¿Qué? ¿Qué he dicho?

—Eres un desagradable, tío —soltó Jorge—. ¿En serio crees que es una pregunta adecuada?

—Joder, siempre hemos hablado de estas cosas, ¿no? —Se volvió hacia mí y asentí con la sonrisa en la boca todavía.

—Pero Cris es diferente.

—Ah, perdona, Cris es diferente —recitó mi hermano volviéndose a mirarme—. Javier, refréscame la memoria... ¿Qué fue lo que dijo Jorge sobre aquella chica morena con la que se lio las navidades pasadas? No me acuerdo de cómo se llamaba...

—María —dije, ganándome una mirada asesina por parte de Jorge.

—Eso es, María. —Asintió Raúl—. ¿Qué nos contó al día siguiente?

Se puso una mano en el oído como si quisiera escuchar mejor la respuesta que iba a darle. Sonreí.

—Dijo que esa chica sabía cómo hacer una buena mamada para que un tío se corriera en condiciones.

—¡Ajajaaaa! —exclamó mi hermano complacido.

Se volvió hacia Jorge, que nos miraba a los dos con gesto enfadado.

—Las cosas son diferentes con Cris —dijo antes de dar otro trago a su cerveza.

—¿En serio te gusta? —pregunté, aun conociendo la respuesta de antemano.

—La verdad es que sí —admitió empezando a esbozar una sonrisa—. Me gusta mucho.

—En ese caso te compadezco, amigo —le dijo mi hermano, dándole un golpecito en el hombro—. Ya estás pillado. Solo nos queda Javier para mantener la estirpe de los cabrones que fuimos antaño.

—Tranquilos, chicos, no os defraudaré.

Los tres nos echamos a reír y chocamos nuestras cervezas.

\*\*\*

A la mañana siguiente, el capullo de Jorge vino a despertarme como si él no se hubiera acostado completamente borracho la noche anterior. Parecía una niñita que iba a ir a montar por primera vez en su bici rosa de Barbie.

—¿Tú no estás resacoso? —le pregunté tapándome la cara con la almohada.

—Venga, Javi, no me jodas. Dijiste que vendrías.

—Y voy a ir, es solo que me duele la cabeza.

—Prepararé café, pero tú ve levantándote. Le dije a Cris que estaríamos allí dentro de una hora y su casa está en las afueras de la ciudad. Mueve el culo, capullo.

—Vete a la mierda —murmuré contra la almohada.

Escuché su risa mientras salía de mi cuarto.

Joder. En serio iba a tener que ir a ayudar a esas dos con la mudanza. ¿Por qué coño habría bebido tanto la noche anterior? Ah, sí, espera. El capullo de mi hermano había apostado a que no podía beberme dos cervezas enteras sin respirar. Perdió. Un pequeño recuerdo cruzó mi mente. ¿Nos habíamos metido media botella de tequila entre pecho y espalda para celebrar el enamoramiento de Jorge?

Me levanté de la cama dispuesto a darme una ducha reconstituyente. Me miré en el espejo y resoplé. Parecía un puto zombi. Me quité el pantalón del pijama, única prenda que usaba para dormir, y me metí en la ducha. El agua me espabiló y me sentó genial. Me entretuve más de la cuenta bajo el chorro, cerré los ojos y empecé a pensar en Vicky, mi última conquista. Recordé su cuerpo desnudo bajo el mío y sus enormes tetas. La verdad es que yo no soy fan de las tetas grandes, pero, vamos, a nadie le amarga un dulce. Sonreí y decidí darme un homenaje matutino. ¡Qué coño!

Salí de la ducha mucho más contento de lo que había entrado, después de dedicarle unos minutos de mi tiempo a mi soldado. Me miré en el espejo y comencé a peinar el desastre de pelo que tenía. Nunca había habido manera de dejarlo bien, completamente imposible. Aunque me quedaba bien y a las chicas parecía gustarles. Me di el visto bueno y salí a mi cuarto para vestirme. Me puse unos vaqueros claros y una camiseta de color azul. Busqué debajo de mi cama mis queridas Converse verdes y me las puse. Salí al salón y aspiré el aroma del café recién hecho.

—Venga, tío, vamos a llegar tarde.

Jorge ya estaba recogiendo las llaves de su coche de la mesita de la entrada.

—Ni de coña —le dije mientras me echaba café en una taza—. Iremos en el BMW.

—No me jodas, Javi.

—Me haces ir a ayudar a tu novia con su traslado y pretendes conducir tu coche... No me jodas tú a mí, Jorge.

Suspiró dándose por vencido. Me bebí el café bajo su atenta mirada y le regalé una sonrisa con todos los dientes cuando lo terminé. Puso los ojos en blanco. Salimos del apartamento y le di un golpe amistoso en la espalda. Se giró para mirarme y sonrió como el capullo que era. No me gustaba enfadarme con él, intentaba solucionar siempre las cosas entre nosotros, aunque fuera con un simple gesto. Era nuestra manera de pedirnos disculpas, darnos apoyo o lo que fuera. Éramos amigos, quería a ese capullo, aunque estuviera enamorado y se hubiera convertido en el ser más insoportable del planeta.

Nos montamos en mi coche y fuimos en dirección a la urbanización donde vivía Cris. Por Dios, ni siquiera la conocía y era como si ya formara parte de mi vida.

Llegamos allí tras casi una hora de trayecto y diez minutos dando vueltas hasta encontrar la casa. La verdad es que era enorme. Puede que demasiado para que dos chicas vivieran allí solas. Por lo menos era un barrio decente y no parecían correr peligro de ser atracadas en medio de la noche.

Aparqué frente a la casa y ambos salimos del BMW. Mi amigo parecía nervioso. Pasé un brazo por sus hombros.

—Tranquilo, colega, voy a comportarme como un caballero.

—Lo sé. No es eso lo que me preocupa.

—¿Entonces?

—Es la primera chica que me gusta de verdad, se la voy a presentar a un amigo mío... Siento como si las cosas fueran demasiado en serio y... uf... No sé si me entiendes.

—¿Vértigo?

—Algo así. —Sonrió.

—Todo irá bien, Jordi. De todas maneras, cuando nos vayamos de aquí te diré si esta chica merece la pena o no.

—Esperaré ansioso tu veredicto.

Los dos nos reímos y seguimos avanzando hacia las escaleras de la vivienda. Llamamos al timbre y vi como Jorge retorció sus manos en claro gesto nervioso. No pude evitar soltar una risita.

La puerta se abrió unos segundos después y una chica bajita apareció con

una enorme sonrisa en el rostro.

—Hola, Jordi —ronroneó hacia mi amigo.

Estaba claro que habían adquirido un nivel de intimidad bastante importante si ella ya lo llamaba Jordi, como sus amigos más cercanos.

Él la miró embelesado y se acercó a ella, la cogió de la mano y le dio un beso en los labios. No pude evitar sonreír ante esa imagen. El capullo de Jorge enamorado. Ja.

—Esta es Cristina —dijo girándose hacia mí—. Te presento a Javier, Cris.

Ella me miró con sus ojos verdes muy fijamente, escrutándome y haciéndome sentir bastante incómodo. No entendí por qué, pero me dio la sensación de que me miraba raro. Después de unos segundos eternos, que debieron de pasar desapercibidos para Jorge, porque la observaba absorto, sin dejar de sonreír, ella se acercó a mí para darme dos besos.

—Hola, Javier. Encantada de conocerte.

—Igualmente, Cristina.

—Pasad. —Se hizo a un lado para que entráramos—. Muchísimas gracias por venir, Javier. No sé cómo te has dejado convencer por Jorge para esto.

—Eso mismo me pregunto yo.

Ella se echó a reír y de repente sentí que me caía bien esa chica. Además, pegaba con Jorge. No sé si fue por su rostro dulce y esos ojitos que me recordaban a los de mi madre, o por su tamaño de bolsillo, pero me agradó.

Nos enseñó la casa. Dijo que su compañera no estaba porque había tenido que salir de urgencia a solucionar unas cosas en su trabajo, pero volvería en unas horas. Maldije el hecho de no poder conocerla antes de tener que empezar a trabajar. Tendría que hacer cosas de verdad hasta decidir si merecía o no la pena, según lo buena que estuviera esa tal Clara.

Empezamos por sacar los chismes para la cocina. Cubiertos, vasos, platos, más vasos, copas y copitas. Joder, cuántas cosas se pueden acumular en una cocina.

—Me juego algo a que nosotros no tenemos tantos vasos en casa, Jordi.

—Ni siquiera tenemos dos iguales.

—¿En serio? —exclamó Cris mirándonos sorprendida—. ¿Podéis estar tranquilos teniendo vasos de diferentes maneras?

La miré como si le acabara de salir otra cabeza. Jorge se dio cuenta.

—Cris es algo... ¿maniática?

—Soy ordenada, Jordi —lo corrigió con una sonrisa—. Me gusta tener las

cosas como tienen que estar. Javier, ¿a que no te pones un calcetín de cada color por las mañanas?

Negué con la cabeza sin saber muy bien a dónde quería llegar.

—Pues lo mismo pasa con los vasos. No queda bien que varias personas coman en la misma mesa y cada una tenga un vaso diferente. Tiene que haber armonía entre las cosas.

Y dicho esto, dio media vuelta y se fue dando saltitos por el pasillo. Me volví hacia Jorge, que tenía una sonrisa de gilipollas digna de grabarse en vídeo.

—Esta tía está loca —solté, haciéndolo reír.

—Ya te dije que tiene una manera especial de ver la vida.

—Allá tú si eso es lo que te gusta, tío...

Seguí sacando cosas de las cajas. Me giré de nuevo hacia mi amigo.

—Aun así, me gusta.

—¿En serio?

—No sé, tiene algo que me infunde confianza. De todas maneras, es tu chica, tú sabrás dónde te metes.

Se echó a reír y negó con la cabeza. Yo volví a mi labor riendo entre dientes.

Casi dos horas después, estábamos en el salón, sacando chismes de las más de diez cajas que había repartidas por la habitación. En serio, ¿cómo era posible que tuvieran tantas cosas? Estaba sacando marcos de fotos de una de esas cajas cuando de repente me pareció ver a alguien que me resultó familiar en una de las instantáneas. Cogí el marco y me acerqué a la ventana para poder verlo mejor a la luz del día.

—¡Joder!

Era ella. La chica del club de stripteis. Celeste.

La madre que me parió, eso no podía ser cierto. La novia de Jorge conocía a la stripper que me había llevado de cabeza desde hacía unos meses. Bueno, más concretamente desde la despedida de soltero de mi hermano.

Me llevé la mano a la cabeza y me despeiné sin ser muy consciente de ello. Era algo que solía hacer al ponerme nervioso.

—¿Qué pasa? —preguntó Jorge materializándose a mi lado como venido de la nada.

Me llevé el marco al pecho y lo tapé.

—Joder, qué susto me has dado.

—¿Estás bien? Parece que acabas de ver pasar un fantasma o algo así.

—Más bien es *algo así*.

Me miró frunciendo el ceño y yo volví la cabeza para saber si Cristina estaba por ahí. Ni rastro de la chica bajita. Separé el marco de mi pecho muy despacio y se lo enseñé a Jorge.

—Es ella.

Siguió mirándome sin dejar de fruncir el ceño y observó la foto un instante antes de volver hacia mí.

—¿Quién?

—Joder, Jordi, cómo que quién —susurré señalándola en la foto—. Ella.

—Lo siento, Javi, no te sigo.

Solté todo el aire de mis pulmones. Sentía el corazón latiendo deprisa en mi pecho.

—Celeste. La chica del club de la despedida de Raúl.

Casi escuché el *clic* en el cerebro de mi amigo. Sus ojos se abrieron al mismo tiempo que su boca.

—¿La estríper?

—¡Chist! —Me agaché como si así fuera a escucharse menos nuestra conversación, Jorge me imitó—. No grites, Cristina podría oírnos.

—¿El qué podría oír?

La voz de Cris nos sobresaltó a los dos y agarré con fuerza el marco de nuevo sobre mi pecho. Me quedé mirando hacia la ventana. Jorge se giró con lentitud.

—Nada, cielo. Es solo que Javi ha...

Le di un puñetazo en el hombro para que se callara y me di la vuelta con una sonrisa, demasiado fingida para ser cierta.

—No pasa nada. Me ha parecido reconocer a alguien en una de tus fotos, aunque tiene que ser imposible porque...

—No es imposible —me cortó.

Me quedé mirando a Cristina con los ojos muy abiertos. Abrí la boca para preguntarle si en realidad conocía a Celeste, la estríper que había perturbado mi mente por completo, cuando escuchamos el sonido de la puerta principal abrirse.

—¡Cris! ¡Ya estoy en casa!

Su compañera acababa de llegar. Perfecto. Ahora no iba a poder concentrarme y vislumbrar si estaba buena o no. Con los recuerdos que acababan de recrearse en mi cabeza, iba a ser complicado que pudiera desempeñar esa labor.

Cris salió corriendo del salón y yo dejé el marco de la foto en la caja de nuevo. Fui hacia el fondo del salón ignorando a Jorge, que me preguntaba no sé qué acerca de algo.

Retrocedí hasta el preciso momento en que la vi bailando sobre aquel escenario. Jamás había visto a nadie más sexi, y eso que había conocido a bastantes mujeres. Pero ella era diferente. Se movía sinuosa, sabiendo el efecto que ejercía sobre los hombres, dejando sus manos recorrer todo su cuerpo con aquella naturalidad que me dejó completamente embobado. Una necesidad imperiosa me poseyó. Tenía que conocer a esa mujer. Debía intentar tener algo con ella. Había seducido a muchas mujeres en mi vida y ella no podía ser menos. Conocía mis habilidades y estaba seguro de mí mismo. Cuando los chicos de la despedida le dijeron a mi hermano que le habían conseguido un baile privado con la «estriper buenorra» y él se negó por miedo a las posibles represalias de Eva (cagón de mierda), yo me ofrecí para ocupar su lugar. Además, el dinero estaba ya sobre la mesa, no pensaba desperdiciar una oportunidad como aquella.

Cuando la vi entrar en esa habitación oscura, la lujuria más absoluta me invadió. No podía pensar con claridad. Solo podía imaginar cómo sería tocar esa piel que parecía tan suave, besar esos labios carnosos y poseerla en ese mismo lugar. Luego, cuando escuché su voz y vi el efecto que ejercía en ella, no pude hacer otra cosa que regodearme en mi puñetera habilidad. Y cuando parecía que estaba a punto de ceder, se marchó, dejándome más salido que el pico de una plancha. Tuve que volver, necesité volver. Tenía que estar con esa mujer. Fue como un reto. Y lo logré. Y si pensaba que esa chica era sexi, ganó cualidades cuando hablamos en el aparcamiento trasero del club y vi sus reacciones, cuando sacó su mal genio a relucir diciéndome que no era puta, cuando escuché su risa en el asiento trasero de mi coche... Me dejó obnubilado. Una parte de mí se colgó de ella. Fue algo acojonante, increíble, digno para el recuerdo.

Y eso era lo que hacía bastante a menudo: recordarlo.

—Quiero presentarte a Jorge.

La voz de Cristina me devolvió a la realidad. Me giré para observarla mientras presentaba a su compañera a mi amigo y casi se me salen los ojos de las órbitas al ver que era ella. ¡Ella! ¡Celeste! No es que Cris la conociera, ¡era su amiga! ¡La chica con la que vivía!

Me dieron ganas de echarme a reír. Había estado un día entero cagándome en Jorge por la maldita idea de ir a ayudar a su novia con la mudanza. Había

estado hablando de la posibilidad de intentar tener algo con su compañera en caso de que estuviera buena y... ¡joder! No es que estuviera buena, ¡era ella! La diosa entre las diosas, la mujer más sexi que había conocido en la vida, la que había ocupado parte de mis pensamientos desde hacía varios meses.

Observé como hablaba con Jorge y entonces sonrió mientras le daba dos besos. Me quedé de piedra. Incluso allí, con vaqueros y una simple sudadera, con el pelo recogido de esa manera tan despreocupada y sin una pizca de maquillaje, la vi guapa. Y esa sonrisa me pareció sexi de nuevo. Mi entrepierna apoyó la idea y empezó a molestarme el pantalón.

Di un par de pasos hacia ella, queriendo verla mejor para comprobar si eso estaba sucediendo de verdad o estaba atravesando un episodio de flipada mental sin precedentes. Entonces ella se giró hacia mí y me vio. Su cara fue un poema. Estaba igual de alucinada que yo.

—Clara, este es el amigo de Jorge —dijo Cristina, rompiendo el silencio—. Te presento a Javier.

## CAPÍTULO 3. CLARA

*Oh, por Dios. Dime que esto no está pasando. Dime que estoy flipando.*

*He tenido un accidente con el coche viniendo a casa y estoy inconsciente en la carretera. Mi mente se ha ido de paseo y creo estar en casa con el novio sexi del baile privado con el que eché el polvo del siglo en el asiento trasero de su coche.*

*¡Joder! Eso es. El coche plateado de la calle. ¡Es su coche!*

*Mierda, mierda, mierda.*

*Y yo con estas pintas.*

*Y este silencio...*

Me di cuenta de que todos estaban callados, observándome, y que esos ojos verdes me miraban sorprendidos, pero con una pizca de diversión.

En serio, esos ojos eran demasiado bonitos para ser reales.

¿De verdad estaba pasando eso?

—¿Clara?

La voz de Cris me hizo volver a la realidad. Sí estaba pasando y yo estaba quedando como una auténtica estúpida.

Carraspeé y pestañeé intentando parecer simplemente sorprendida. Esperaba que ninguno pudiera escuchar los latidos de mi corazón, porque iban a una velocidad anormal y puede que incluso preocupante.

—Esto... —Miré al hombre frente a mí y sentí que me ruborizaba. Mierda de nuevo—. Eeerrrrrrr... Hola, encantada.

Di dos pasos hacia él y me dispuse a hacer como si no lo conociera. ¿Qué cojones se supone que debía hacer? Además, en realidad no lo conocía, solo había intercambiado con él un par de frases. Ah, sí, y fluidos corporales. Pero, aparte de eso, nada más.

Él me miró enarcando una ceja, se acercó a mí y sonrió. ¡El muy cabrón sonrió! Tuve que tragar en seco por lo maravillosa que era esa sonrisa y, cuando me besó en la mejilla, casi me caigo redonda al suelo por el roce de su piel contra la mía. ¡Y ese olor! Madre del cielo, qué olor... Mi recuerdo no le hacía justicia. Esos dientes perfectos, esos labios curvándose, las pequeñas arruguitas que se formaban alrededor de su boca, esos ojos verdes brillantes,

esa barba de un par de días que hizo cosquillas en mi piel cuando me besaba, el mínimo roce de sus labios en mis mejillas... Tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para no ponerme a babear allí mismo.

—Hola, Clara —dijo con esa voz que casi había olvidado—. Un placer conocerte por fin.

Asentí y pensé que me quería morir. Su voz fue directa al centro de mi cerebro y lo revolucionó todo. Creo que incluso se me puso la piel de gallina.

Los cuatro estábamos parados en medio del salón. Cris nos miraba sonriente y Jorge parecía a punto de echarse a reír. Yo no sabía si salir de allí echando leches y encerrarme en mi habitación o ponerme a saltar de alegría. Si eso no era extraño, no tengo ni idea de qué puede serlo de verdad.

Me paso cinco meses pensando en él todas y cada una de las noches antes de acostarme, esperando volver a verlo, encontrármelo por la calle, ¡yo qué sé! Simplemente volver a verlo. Y de repente, un día, cuando menos lo espero, me lo encuentro en mi casa, ayudándonos con la mudanza porque resulta que es el amigo del novio de Cris. ¡No me jodas!

Ironías de la vida.

No pude evitarlo y me eché a reír. Al principio fue una risita suave que poco a poco se convirtió en una risa nerviosa y que incluso me hizo soltar alguna lágrima. No pude evitarlo. Cuando me pongo demasiado nerviosa, me río. Cris se unió a mis carcajadas antes de cogerme de la mano para sacarme de allí.

—Disculpadnos un momento, por favor —dijo mirando a los chicos.

Jorge tenía una sonrisa enorme con pinta de ir cargada de cachondeo y Javier seguía con expresión alucinada, aunque vi que reía cuando Cris me sacó de allí a rastras.

Fuimos hasta la cocina y mi amiga cerró la puerta tras ella. Me apoyé en la encimera y seguí riéndome. Mis carcajadas poco a poco se transformaron en una mezcla de quejidos y lamentos. Ella se acercó y colocó las manos en mis hombros.

—Clara, tranquilízate —dijo mirándome a los ojos—. Estás sufriendo una especie de ataque. Respira hondo.

Hice lo que me pedía. Intenté acompasar mi respiración, tranquilizarme y centrarme un poco.

—Cris...

—Lo sé, esto es muy fuerte.

—¿Tú...?

—No, no sabía absolutamente nada. ¿Cómo voy a saberlo? No conocía a ningún amigo de Jorge.

Solté todo el aire de mis pulmones muy despacio para volver a llenarlos de nuevo con una gran inspiración. Cris me imitaba ahí plantada delante de mí. Parecíamos idiotas respirando de esa manera.

—Lo he reconocido en cuanto lo he visto entrar por la puerta.

—¿Y no sabes mandarme un mensaje? —exclamé, mirándola con ojos de asesina.

—Sí, claro, ¿y qué te pongo? «El novio del bailecito sexi es el amigo de Jorge, prepárate para cuando llegues». —Reí entre dientes, volvían los nervios—. Joder, Clara, me he quedado tan flipada como tú. Lo he mirado un rato y luego he hecho como si nada, porque él no sabe quién soy yo, a mí no me recuerda como a ti.

Entonces caí de repente en algo.

—¿Jorge sabe lo tuyo?

Sus ojos se posaron en los míos y me miró dubitativa.

—Bueno... No exactamente. —Se encogió de hombros—. Sabe que trabajo en un club donde uso poca ropa para trabajar, le dije que era gogó.

—Joder, Cris... Se va a enterar.

—Bueno, antes o después tenía que contárselo.

Ví algo de inseguridad en su mirada.

—Si te quiere lo aceptará —dije cogiéndole la mano.

—¿Tú aceptarías que tu novio fuera estríper por mucho que lo quisieras?

Joder. Buena pregunta.

Me quedé pensativa unos segundos.

—No lo sé —admití.

Las dos nos sumimos en un silencio en el que sobrevolaba la tristeza.

—Aunque no tiene por qué pensar que tú te dedicas a eso porque yo lo haga —le dije con un amago de sonrisa.

—Bueno... eso es cierto. Pero debería contárselo, ¿no crees?

—Si él no saca el tema, no le digas nada de momento, espera un poco.

—Tienes razón, podemos dejar esa conversación para más adelante. —Me miró con ojos pícaros—. Ahora es mucho más entretenido tu reencuentro con el noviecito sexi.

Gemí echando la cabeza hacia atrás.

—No es justo, Cris —me quejé—. Para un tío bueno con el que tengo algo, resulta que ahora está casado. La vida es una mierda.

—Yo no he visto ningún anillo en su mano...

La miré fijamente mientras ella empezaba a pensar en voz alta.

—Puede que sea de esos que no llevan el anillo de casado. Aunque si yo fuera su mujer, no dejaría que saliera a la calle sin que el resto de mujeres supieran que tiene dueña. Está muy bueno.

Reí al escucharla.

—Y que conste que mi Jorge es mucho más guapo que él. —Levanté un dedo para objetar, pero ella siguió hablando—. Sin embargo, es cierto que es guapo. No lo recordaba tanto de aquella vez.

—Está para tirar cohetes, Cris. Ese hombre es el pecado personificado.

Solté un largo suspiro.

—Y está en nuestro salón desempacando nuestras cosas, es el amigo de mi novio y tendrás que hablar con él.

—Pero ¿qué le digo? —exclamé, mirándola con los ojos muy abiertos y cogiéndola por los hombros—. Acabo de hacerme la tonta como si no lo conociera.

—¿Y en serio piensas que eso ha sido creíble? —Elevó una ceja, escéptica.

—La verdad es que no mucho...

—Pues sal ahí y habla con él. No sé, conócelo, busca el anillo en su mano o en un colgante en su cuello, ¡cualquier cosa! Ahora por lo menos sabes que se llama Javier.

Sonreí y me quedé mirando la pared detrás de Cris.

Javier...

Javi...

Javier...

Cuanto más lo repetía en mi mente, más me gustaba.

Javi...

—¡Clara! ¡Vuelve!

Agité la cabeza y miré a mi amiga, que estaba riendo al ver mi cara de cuelgue.

—Vamos al salón, anda.

Cogió mi mano y me sacó de la cocina. Mi corazón empezó a acelerarse. Joder. Iba a estar con él en la misma habitación, bajo el mismo techo, se supone que tendríamos que conversar. Eso si conseguía articular palabra sin morir de vergüenza.

*Pero ¿vergüenza por qué?*

*No sé, ¿porque nos acostamos sin saber nuestros nombres, en su coche, llegar y pum? Es algo que no suelo hacer.*

*Con Iker te acostaste y no pasaste vergüenza después.*

*Vale, ahí me has pillado. Pero Iker no es Javier...*

*Ains... Javier...*

Entré al salón detrás de Cris con mi cabeza divagando y volví a verlo ahí, sacando cosas de una caja como si nada. Me detuve en el marco de la puerta y mi amiga me agarró del brazo para después empujarme hacia donde él estaba.

—Ey... —dije sintiéndome gilipollas.

—Ey. —Se volvió a mirarme y sonrió.

—Esto... Gracias por venir a echarnos una mano.

—Agradéceselo a Jorge, es el que me convenció.

Murmuró algo que no entendí, pero lo dejé estar. Empecé a sacar cosas de la caja que había encima de la mesa. Todo estaba envuelto en papel de periódico para evitar que se rompiera con el traslado.

—Así que te llamas Clara.

Levanté la vista para descubrir que estaba observando la portada de uno de mis libros, *Los pilares de la Tierra*.

—Me gusta este libro. —Lo levantó un poco para enseñármelo.

—A mí también. Ken Follett es uno de mis escritores favoritos.

—Esto es extraño, ¿verdad?

Asentí mientras volvía a los chismes de la caja; observar esos ojos me ponía bastante nerviosa.

—Muchas veces me he preguntado cuál sería tu nombre real, porque está claro que Celeste no era. Es nombre de prostituta y tú dejaste muy claro que no te dedicabas a eso.

Fruncí el ceño. ¿Ese comentario era bueno o malo?

—La verdad es que Clara me gusta.

Me giré a mirarlo de nuevo. Estaba observándome con esos ojos verdes tan penetrantes. Consiguió hacerme sentir desnuda. Otra vez.

—¿Qué tal la vida de casado? —solté para incomodarlo y para que dejara de mirarme así. No me gustaba que me observara de esa manera porque casi podía apostar a que estaba recordándome desnuda. Y ya se sabe, la mejor defensa es un buen ataque.

—¿Casado? —preguntó, confundido.

—¿No nos conocimos en tu despedida de soltero?

Entonces empezó a reír como si le hubiera contado el mejor chiste de la

historia. Levanté mi ceja izquierda y esperé a que se recuperara para que me lo explicara. No le veía ni la más mínima gracia a mi pregunta.

—¿Yo casado? —exclamó entre risas—. No me jodas, ¡qué bueno!

¿Ein?

Seguía mirándolo sin entender el porqué de sus carcajadas.

En serio... ¿¿¿ein???

Debió de ver que mi cara era un poema de los serios y se aclaró la garganta, tranquilizándose tras su ataque de risa antes de resolver mis dudas.

—No era mi despedida de soltero, era la de mi hermano.

—¿Cómo?

Esa era buena.

—Era la despedida de mi hermano Raúl, que se casó una semana después. Fuimos a celebrarla allí y las circunstancias nos hicieron coincidir de esa manera.

Sonrió como si tuviera que estar agradecida al cielo por haber coincidido con él. La cuestión era: ¿por qué coño no lo había dicho entonces?

—¿Por qué el baile fue para ti si no eras el novio? —pregunté frunciendo el ceño.

—Mi hermano es un calzonazos y tenía miedo de las represalias de mi cuñada, así que decidí que no podía desaprovechar la ocasión de verte de cerca. Joder, eres la criatura más sexi que he visto en la vida.

No pude evitar que las comisuras de mis labios se elevaran un poco.

—Pudiste haberme dicho que no eras el novio.

—¿Hubiera cambiado algo de lo que sucedió? —preguntó dando un paso hacia mí.

Pude oler su aroma y mi cuerpo tembló por su proximidad.

Casi abro la boca para decirle que entonces hubiera follado con él el primer día que lo conocí, en medio del cuarto oscuro de los bailes privados, pero decidí que era mejor que esa información me la guardara para mí misma.

—Lo suponía. —Río al ver que no contestaba.

Mierda. Debía recordar no quedarme en silencio ante una de sus preguntas. Parecía que este chico tomaba los silencios siempre como respuestas positivas. Y la verdad es que me hacía quedar bastante mal frente a él.

—No voy por ahí tirándome a todas las personas para las que bailo —solté para dejarle claro que no hacía ese tipo de cosas. Normalmente, claro.

—Vaya, entonces eso me hace sentir importante.

Y ahí fue cuando sonrió de esa manera que recordaba como la sonrisa más jodidamente sexi del universo. Mi mente viajó al pasado y recordé su rostro en la oscuridad de su coche, sus caricias mientras me besaba, sus ojos verdes mirándome con pasión y esa sonrisa asomando en sus labios mientras los dos gemíamos...

*Mierda, Clara, ¡vuelve al presente! Este tío sigue siendo el mismo capullo arrogante que era hace unos meses.*

*Pero está tan bueno como entonces.*

*Y se cree el copón con ruedas porque echó un polvo contigo.*

Reaccioné por fin.

—Fue un polvo sin más, no creas que se trató de algo tan memorable como para que te sientas importante.

Y seguí sacando cosas de la caja como si nada. Por suerte, supe enmascarar mi estado de ánimo y que no se reflejara en mi voz, porque no habría sido raro que hubiera abierto la boca para dejar salir un gemido demasiado embarazoso en lugar de una respuesta mordaz.

Vi por el rabillo del ojo que la sonrisa desaparecía de su rostro y se daba la vuelta para seguir sacando libros de la caja.

Respiré más tranquila al no tenerlo tan próximo a mí. Su cercanía me aturdía y no me dejaba pensar con claridad. Y es que a la luz del día era todavía más atractivo. Sus ojos verdes se veían brillantes, llenos de vida y aún más penetrantes de lo que los recordaba. Y ya podía definir el color de su pelo. Era de un castaño claro precioso. Y ahora lo llevaba algo más largo que en nuestro... ejem... momento pasado, por llamarlo de alguna manera. Y los rasgos de su rostro eran perfectos, para mí al menos. Esa mandíbula marcada ahora cubierta por una ligera barba de un par de días, su nariz, sus pómulos que apetecía acariciar, las largas pestañas y esas cejas pobladas que enmarcaban a la perfección esos ojazos. Madre mía del amor hermoso, ¡esa cara era una maravilla! Y qué decir de su cuerpo... Yo lo recordaba glorioso, pero es que casi podía imaginármelo debajo de su ropa. Me dieron ganas de acercarme, quitarle la camiseta y acariciar su torso como una puta loca desquiciada.

—¿Tenéis hambre?

Pegué un brinco en mi posición al escuchar la pregunta de Cris.

¿Hambre? En ese momento me venía a la cabeza algo que podría comerme sin problema.

*Joder, Clara, mente calenturienta a estas horas del día. Es cojonudo el*

*efecto que este hombre ejerce sobre ti.*

—¿Pedimos unas pizzas? —Jorge se acercó a nosotros.

—Por mí perfecto —contestó Javier.

Y eso fue lo que hicimos. Pedimos unas pizzas y los cuatro las devoramos sentados en la mesa de la terraza aprovechando que hacía buen tiempo. Pronto comenzaría el otoño y diríamos adiós a esas temperaturas.

Hablamos un poco de todo. Me enteré de que los dos estudiaban Medicina, que Jorge iba a ser ginecólogo y Javier pediatra. No pude evitar bufar al escuchar esto último y me gané una mala mirada por su parte. En serio, él no pegaba como pediatra. No lo conocía demasiado, aunque podía apostar a que era el típico ligón de playa que solo se interesa por las tías tetudas y lleva la cuenta de los polvos que echa. Casi me lo imaginaba marcando con un palito cada conquista en una libreta que ocultaba bajo el colchón. No lo veía rodeado de niños de ninguna de las maneras.

Cris nos contó cómo se conocieron ella y Jorge. Fue un día en el campus de la universidad, cuando salía corriendo de su clase de Interpretación. Se chocaron y todas las carpetas de Jorge salieron volando. Ella lo ayudó a recogerlas y, cuando vio unas láminas con dibujos del aparato reproductor femenino, pensó que era un salido asqueroso. Él se apresuró a explicarle que estudiaba Ginecología y los dos rieron tanto que tuvieron que sentarse en un banco. Comenzaron a hablar y se gustaron. Jorge pasó de dos de sus clases por estar con Cris, y ella pasó de mí y nuestra cita para hacernos la pedicura.

—¿Ese fue el día en que os conocisteis? —exclamé cuando lo contó.

Cris asintió con cierta timidez.

—Cristina Villanova Hernández —dije su nombre completo para que se acojonara—. ¿Me dejaste plantada en una pedicura sabiendo que odio que me toquen los pies y que solo accedí a ir porque TÚ querías?

—Clari...

—¡Ni Clari ni leches! —grité lanzando a la caja el borde del trozo de pizza que me estaba comiendo.

Jorge y Javier me miraban sorprendidos y algo acojonados. Sé que no debería sacar mi mal genio a relucir delante de desconocidos, pero eran el novio de Cris y su mejor amigo, que fueran acostumbrándose a lo que había cuanto antes.

—¿Recuerdas que me dijiste que tu profesor te había obligado a quedarte dos horas más para ensayar no sé qué escena y que por eso no habías podido venir?

—Fue una mentira piadosa, Clari.

—¡Y una mierda! Me dejaste abandonada por un tío, ¡por un tío!

Apostaría a que los vecinos estaban empezando a asomarse a las ventanas para ver a la tía loca que estaba gritando como una posesa. Entonces llegaba el momento en que se alegraban de tener vecinas nuevas. ¡Ja!

—Eso no se le hace a una amiga... —La señalé con un dedo acusador.

—Mi vestido de Miss Sixty.

Me quedé pensándolo un momento.

—Tus zapatos rojos de Jimmy Choo —contraoferté.

Gimió y pataleó un poco.

—De acuerdo, acepto. —Extendió su brazo para que yo le diera la mano y cerráramos nuestro trato.

Sonreí triunfante.

—¿Alguien puede explicarnos qué coño ha sido eso? —preguntó Javier, mirándonos bastante alucinado.

—Sí, por favor —pidió Jorge—. Parecía que la ibas a matar y de repente...

—Nosotras funcionamos así. Si una la caga con la otra, le ofrece cosas para terminar con el enfado.

—Yo puedo ofrecerle algo que sé que quiere cuando he metido la pata —añadió Cris.

—Y entonces yo puedo pedir algo que me gusta más que lo que me ofrece. Ella aceptará o no según el grado de cagada que haya tenido.

—Así terminamos las dos contentas. Una con la cosa que quería y la otra sin que esté enfadada con ella.

—Joder, qué lío —exclamó Javier mirándonos como si estuviéramos locas.

—¿Debería preocuparme que te enfades conmigo y no tener zapatos ni nada que ofrecerte por tu perdón? —le preguntó Jorge a Cris con cara de miedo.

—No, Jordi, tú no te preocupes por eso. —Se acercó a él y pasó una mano por su nuca—. Tú tienes otras maneras de hacer que se me olvide el enfado.

Y se pusieron a besarse como un par de babosos.

—Ugh... —murmuré dándome la vuelta para no mirarlos.

—Desagradable, ¿eh?

Me reí con Javier mientras los dos nos volvíamos para dejarles intimidad. Observé nuestra nueva piscina. Era una pena que quedara tan poco del buen

tiempo, deberíamos aprovecharlo en condiciones.

—Tendríamos que hacer una fiesta de inauguración —murmuré más para mí misma que para el resto del mundo.

—Eso sería genial —dijo Javier justo a mi lado.

Lo miré. Grave error. Sus ojos bajo la luz del sol eran todavía más increíbles, por no hablar de su pelo, con todos esos reflejos cobrizos. En serio, ¿ese tío de dónde había salido? ¿Quiénes eran sus padres y quién había permitido que fornicaran para crear ese pecado de la naturaleza?

—¿He oído la palabra fiesta? —chilló Cris a nuestras espaldas.

Bueno... ya estaba liada.

La loca de mi amiga empezó a organizar la fiesta perfecta para la inauguración. Como quedaban poco más de dos semanas para que terminara septiembre, debíamos hacerla pronto, así que fijó una fecha para semana y media después, es decir, en un par de fines de semana. Podría pedirle a Pedro el que me tocaba libre por los servicios administrativos de aquella mañana.

—Tú también vendrás, ¿verdad?

Cris estaba mirando a Javier con una enorme sonrisa que reconocí como su sonrisa demoníaca, esa que solo yo podía identificar y que, en aquella ocasión, iba dirigida a mí, aunque no me mirara. Esa pequeña bruja estaba empezando a maquinarse algo en su cabeza que incluía a Javier. Y a mí, claro.

Él asintió con efusividad.

—No me lo perdería por nada del mundo. Una fiesta en una piscina siempre es algo interesante. Será obligatorio el uso de bañador, ¿cierto?

Me dirigió una mirada rápida justo antes de volver a centrarse en Cris. Estaba pensando en verme en bañador. Negué imperceptiblemente con la cabeza a la vez que reía entre dientes. Menudo elemento este Javier.

—¡Por supuesto! Además, será una fiesta hawaiana, ¿cómo no vamos a ir en bañador? —Se volvió hacia mí tan deprisa que casi me mareé—. Será el momento perfecto para que estrenes ese bikini blanco que te compraste, ya sabes, ese que no lleva tirantes en la parte de arriba y te hace unos pechos tan...

—¡Sí, Cris! —la corté—. Sé cuál dices.

No quería alimentar a las bestias. Javier ya me estaba mirando con esa cara de nuevo, con la sonrisa comenzando a asomar y esos ojos que me desnudaban.

Iba a ser muy interesante tener a Javier como amigo. Un momento... ¿amigo? Bueno, ¡lo que fuera! Iba a ser interesante sin importar lo que saliera

de eso.

## CAPÍTULO 4. CLARA

Cris había decidido trabajar solo dos noches a la semana en el club. Pedro no estaba demasiado contento, pero no podía hacer nada. Digamos que los contratos que nos unían al club no eran exactamente legales. El problema que la decisión de Cris ocasionaba me lo tenía que comer yo con patatas. Me vi *obligada* a duplicar mis horas bailando. Eso conllevaba el doble de dinero, aunque volvía a casa hecha polvo, cansadísima y bastante irascible.

Por suerte, la mudanza estaba casi terminada, solo quedaban un par de cajas con cosas que no utilizábamos y que decidimos guardar en el garaje. El resto de la casa estaba perfecta. Me encantaba nuestro nuevo hogar. El salón era tal y como siempre había imaginado el salón de mis sueños: sofá negro, cojines blancos, estanterías llenas de libros y fotos con nuestros amigos, una mesa de comedor con seis sillas combinadas a la perfección con sus colores rojos y negros, cortinas hasta el suelo, cuadros de estilo japonés y una lámpara que nos enamoró a Cris y a mí nada más verla en la tienda de muebles. No podía pedir más, ese salón, mi habitación con su cuarto de baño y el jardín. Era feliz en aquella casa.

La única pega era la fiesta de inauguración.

Cris estaba organizándola como si fuera la última fiesta del mundo, como si al día siguiente los cuatro jinetes del Apocalipsis fueran a aparecer en la Tierra y llegara el fin de nuestros días.

Yo dejé todo en sus manos. No tenía tiempo para organizar nada, así que confié plenamente en su criterio. Lo malo es que se puso bastante pesada. Había revisado mi vestuario en cinco ocasiones en los últimos dos días, me hizo jurarle tres veces que iba a tener el día entero libre y que iba a recibir a los asistentes a la fiesta con ella, e incluso había medido con un metro la distancia exacta que separaba la piscina de las mesas y las sillas del jardín. ¿Para qué? Eso mismo me preguntaba yo.

Conseguí sacarle a Pedro el día libre. Farfulló incoherencias, se quejó y casi pataleó como un niño pequeño mientras me decía que Teresa no era la chica ideal para un sábado por la noche, que el público me prefería a mí. Me encogí de hombros. Un trato es un trato, haberlo pensado mejor antes de

hacerme ir a trabajar de administrativa en mi día libre.

La mañana previa a la fiesta desperté con los gritos de Cris. Miré la hora en mi despertador y gemí al descubrir que eran las diez de la mañana. Igual no recordaba que yo me había acostado a las cinco de la madrugada tras mi trabajo doblemente agotador gracias a ella.

—¡Cris! —exclamé para que me escuchara—. ¿Podrías gritar un poquito más? ¡Los vecinos no te habrán escuchado!

Me tapé la cara con la almohada y decidí seguir durmiendo. Pero, claro, esa era mi intención, no la suya.

Escuché la puerta de mi cuarto abriéndose y unos pasos silenciosos que se acercaban a mi cama.

—Cris, te lo advierto —la amenacé desde debajo de mi almohada—, no estoy de humor para tus tonterías.

—¿Y qué hay de las tonterías de un viejo amigo?

Grité al escuchar su voz y me levanté de un brinco de la cama. Salté sobre sus brazos y lo abracé con fuerza mientras reía como una loca.

—¡Alberto! ¡No me puedo creer que estés aquí!

Él rio mientras sus fuertes brazos se enroscaban alrededor de mi cintura.

—No podría perderme esta fiesta por nada del mundo.

Me dejó en el suelo y lo miré todavía sin creérmelo. Llevábamos sin vernos... ¿cuánto? ¿Casi dos años? Joder, cómo pasa el tiempo.

—¿Qué tal te va la vida, Clara? —preguntó, observando mi habitación con total confianza.

—Más o menos igual que antes. Por aquí las cosas no han cambiado demasiado.

—Ahora las cosas os van bastante mejor que antes, no lo puedes negar. — Se giró para mirarme con sus ojos marrones—. Esta pedazo de casa lo confirma.

Reí y me encogí de hombros.

—Es lo que tiene aumentar los turnos y esas cosas, Alberto, ya sabes cómo funciona este mundillo.

—La gran Celeste... —murmuró mientras observaba una foto pegada en la pared—. Aún recuerdo la familia del Silver... ¿Pedro sigue siendo tan capullo como siempre?

—Puede que incluso más. Apuesto a que le encantaría verte.

—Una pena que eso no sea recíproco.

Se volvió hacia mí y sonrió. Entonces reparé en su cambio de aspecto. Su

melena rubia había desaparecido y ahora llevaba el pelo corto, peinado con las puntas hacia arriba. Estaba mucho más moreno, es lo que tiene vivir en el sur. Dedicarse a dar clases de surf y vivir de su cuerpo ejerciendo de modelo hacía que hubiera modificado algunas de sus costumbres. Seguro que la de tomar el sol se había convertido en primordial. Sin embargo, seguía teniendo el mismo estilo a la hora de vestir: vaqueros entallados, bajos de cintura y mostrando parte del calzoncillo, camiseta ajustada marcando pectorales y *piercing* en el labio inferior.

—Joder, Alberto, estás guapísimo. Vivir allí abajo te sienta de maravilla.

Soltó unas risitas mientras se acercaba hasta mi cama para sentarse a mi lado.

—Tú también estás guapísima, Clara. Apuesto a que sigues siendo la guarrilla que lleva de calle a todos los clientes del club.

—¡Oye! Yo no soy guarrilla.

Él se volvió a mirarme con una sonrisa un tanto condescendiente.

—De acuerdo... —admití entre risas—. Soy guarrilla, pero no fácil, recuerda la diferencia.

—Te enseñé todo lo que sabes, pequeña, no lo olvido.

Los dos nos echamos a reír y estuvimos hablando y recordando viejos tiempos. Un rato después, Cris apareció en la puerta de mi cuarto y se abalanzó sobre Alberto entre risas, abrazándolo y diciéndole lo mucho que lo habíamos echado de menos. Y tenía razón. Alberto formó parte de nuestras vidas durante muchísimo tiempo, vivimos grandes momentos juntos y fue duro despedirnos de él cuando se marchó a Málaga. Le ofrecieron un trabajo de modelo para la línea de bañadores de una famosa marca de ropa y se marchó sin pensarlo. Tenía cuerpo de modelo y valía para ello. Fue triste decirle adiós, pero era lo que debía hacer. Puede que incluso yo hubiera aceptado aquel trabajo, aunque no fue a mí a la que se lo ofrecieron, claro.

No podía creer que estuviera aquí para nuestra fiesta de inauguración. Había venido desde Málaga para acompañarnos ese día. ¿Cómo no íbamos a quererlo?

Cris anunció que la gente comenzaría a llegar en un par de horas. Alberto se iba a quedar en casa con nosotras aquel fin de semana, así que se marchó a una de las habitaciones para invitados a instalarse y prepararse para la fiesta. En esa casa había un total de cinco habitaciones en la planta de arriba, dos de ellas eran muy pequeñas y las utilizábamos para lo típico, como guardar la tabla de planchar y la ropa pendiente de pasar por ese trámite, o para dejar

algún trasto que podíamos necesitar de vez en cuando, como nuestras maletas. Pero la otra habitación libre sí estaba acondicionada para acoger visitantes; con una cama, una mesilla y un pequeño armario de madera lacada blanca, era el perfecto cuarto de invitados. Mientras él se marchaba hacia allí, yo me metí en mi baño para ducharme. Como me sentía feliz por la inesperada llegada de nuestro viejo amigo, decidí hacerme un tratamiento completo.

Me lavé el pelo y luego le apliqué una mascarilla especial para los efectos del sol. Conforme hacía efecto, me exfolié todo el cuerpo con un jabón especial de frambuesas y limpié mi rostro con un gel antifatiga. Tras unos minutos, dejé que el agua se llevara los restos del gel y la mascarilla. Salí de la ducha bastante relajada. Me dejé el pelo suelto con sus ondas naturales, no me maquillé, porque antes o después terminaría en la piscina y no quería rímel corrido ni mascarones de sombra de ojos. El vestuario había sido elegido por Cris hacía varios días: mi bikini blanco, un short vaquero y una camiseta azul oscuro con cuello palabra de honor. En cuanto vi mi reflejo con el bikini en el espejo pensé en Javier.

Desde que nos reencontramos aquel fatídico día de mudanza en el que hice bastante el ridículo, no habíamos vuelto a coincidir, aunque nos habíamos agregado como amigos en Facebook. Un gran medio de comunicación actual, ciertamente. Me había servido para conocerlo un poquito mejor, y también para darme cuenta de que era un capullo con todas las letras. Mis sospechas se hacían realidad.

Tenía un total de trescientos veintinueve amigos, doscientas setenta y ocho eran mujeres. Casi podría apostar a que se había liado con muchas de ellas, por no decir con casi todas. Y hasta yo me incluía en ese grupo. En fin, dejemos eso a un lado. Lo que estaba claro es que habría intentado ligar con todas ellas, con unas consiguiéndolo y con otras no tanto (las menos, me jugaba lo que fuera. Resistirse a los encantos de ese hombre no era sencillo, y lo digo por experiencia). Leyendo los comentarios que esas chicas le dejaban en su perfil me daban ganas de ir a decirles que no tenían ni una pizca de amor propio.

«Oh, Javier, ¿irás el viernes a la fiesta de la facultad? Podríamos vernos y... ya sabes... tomarnos algo juntos...».

Estúpida.

Y también estaba la de: «Hola, Javi, supongo que perdiste mi número, si quieres te mando un privado y te lo digo de nuevo».

¡Chicas, por favor! ¿Dónde está vuestro orgullo? Casi me dieron ganas de

crear un grupo para todas las engatusadas por esos ojos verdes tan arrebatadores.

Me contuve porque yo tendría que ser integrante de pleno derecho de ese grupo. Puede que incluso su administradora.

Lo peor de toda esa situación del Facebook era que fue él quien me envió la solicitud de amistad y yo acepté esperando que me escribiera en alguna ocasión. No sé, qué menos que un: «¿Qué tal estás, Clara? ¿Con ganas de la fiesta del sábado?». Pero no. Ni un mensaje. Solo veía que subía fotos estúpidas de sus pies apoyados en la mesa de su salón mientras veía la tele, o fotos del café maravilloso que Jorge le preparaba por las mañanas (sus palabras textuales). Si por lo menos hubiera sabido que no usaba Facebook, me habría sentido mejor. Podría haber sido de esos que te piden amistad y no usan nunca la red social. Pero el muy idiota entraba en su perfil más de cinco veces al día y no había sido capaz de dejarme un triste comentario, ¡o un *me gusta* en alguna de mis publicaciones!

No le había contado ni media palabra a Cris porque no quería que me dijera que estaba estúpidamente celosa de una mierda como es Facebook. Ya me repetía yo eso bastantes veces a lo largo del día.

Salí de mi cuarto dejando a un lado todos esos pensamientos sobre redes sociales y ojos verdes y bajé las escaleras para encontrarme con el despliegue organizativo de la loca de mi compañera.

—Por Dios... —murmuré al encontrarme con todo aquello.

La puerta de la entrada estaba abierta de par en par y un toldo de flores de colores colgaba del marco. Un montón de collares de más flores colgaban del espejo de la entrada esperando a nuestros invitados. El salón estaba cerrado para que nadie entrara y lo destrozara en medio de la borrachera. Solo se podía acceder a la cocina y al cuarto de baño. Un detalle en el que ambas estuvimos de acuerdo. Cero borrachos recorriendo nuestro espacio. Me dirigí hacia la piscina y la sonrisa se extendió en mis labios de manera automática. Cris era una pasada, qué artistaza. Había varias mesas del club, que Pedro nos había prestado, ya que estaban muertas de risa en el almacén desde hacía varios años. A nosotras nos hacían el papel de maravilla porque así las usamos para colocar todo encima. Cris había preparado una especie de zona *chill out* en el césped, con almohadas en el suelo y una pérgola que protegía del sol; también había un puesto de perritos calientes para que cualquiera se preparara algo de comer y, para rematar, una de las mesas estaba cubierta de botellas y más botellas de bebidas alcohólicas para no quedarnos cortas de

nada. Una nevera conectada a la corriente de la casa justo al lado de esa mesa dejaba claro que los hielos estaban asegurados durante horas.

—Cristina es la hostia.

Me volví al escuchar a Alberto tras de mí. No pude evitar abrir mucho los ojos cuando lo vi vestido con un bañador negro y una camiseta blanca de tirantes.

—Me reitero: el sur te sienta de miedo —exclamé, haciéndolo reír.

Cris apareció poco después y decidimos comenzar la fiesta con un chupito por los viejos tiempos. Mi amiga sacó una botella de tequila de la nevera y nos sirvió sin borrar la sonrisa de su rostro. Llevaba un vestido en tonos blancos y rosas, corto y ajustado; recordé que era suyo desde aquella vez que olvidé pasar a recogerla después de una revisión médica; tuvo que volver caminando a casa porque llovía tanto que todos los taxis estaban ocupados. Reprimí la risa al recordarla mojada como un pollo en la puerta de nuestro apartamento.

Nos bebimos el chupito tras brindar para que esa fiesta fuera legendaria. Entramos en la casa dispuestos a esperar a los invitados. Cris entró en la cocina con los brazos llenos de collares y coronas de flores.

—Es una fiesta hawaiana, todos tenemos que llevar adornos florales —decía, mientras le ponía a Alberto una ridícula corona, cosa que me provocó una carcajada—. Clara, para ti también hay, así que no te rías como una hiena.

Fue el turno de Alberto para reír.

Parecíamos idiotas con tanta flor encima. Por suerte, todos los invitados fueron obligados a ponerse collares y pulseras, nada de coronas, ya que eso era exclusivo para los habitantes de la casa.

—Yo no vivo en esta casa —susurró Alberto en mi oído mientras estábamos apoyados en la pared del pasillo observando entrar a la gente—. Puedo quitarme esta horterada de corona sin problema.

Hizo amago de quitársela, pero agarré su muñeca con rapidez.

—Ni se te ocurra, tú llevarás eso mientras yo lo lleve. No voy a ser la única que hace el ridículo aquí.

—De acuerdo... —aceptó a regañadientes—, pero tráeme una cerveza.

Lo miré con los ojos muy abiertos mientras soltaba una carcajada incrédula. ¿Qué se pensaba que era? ¿Su criada?

—Venga, Clari, voy a pasar un par de días con vosotras, qué menos que compadecerte un poquito de mí.

—Yo vivo con ella todo el año, ¿sabes?

—Solo una cerveza... —rogó juntando las palmas de sus manos y haciendo un puchero.

Sacudí la cabeza entre risas. Capullo...

Me di la vuelta y salí al jardín para coger una cerveza de la nevera. Bueno, una para él y otra para mí. Sonreí a la gente que había por allí, aunque no los conocía; supuse que serían compañeros de Cris. Me sonaba alguna cara, puede que de las fiestas universitarias a las que acudíamos a veces. Volví al interior de la casa, pero Alberto ya no estaba donde lo había dejado. Fruncí el ceño y fui hacia la cocina para ver si lo encontraba allí.

—¡Clara!

Oh, no...

Me quedé paralizada en medio del pasillo con las dos cervezas en la mano. No quería girarme y ver al dueño de esa voz. Quería desaparecer de allí y no volver. Como eso es algo imposible, no pude evitar que Iker me cogiera de los hombros y me diera la vuelta con suavidad hasta que quedé frente a él. Sonreí, queriendo parecer agradable.

—Hola, Iker. ¿Qué tal estás?

—Muy bien, contento de verte. Me alegré mucho cuando Cristina me invitó a la fiesta.

Maldita fuera mi compañera.

*Nota mental: patear el trasero de Cris.*

—No sé si te comentó lo que estuvimos hablando hace unos días. Me encantaría volver a salir contigo alguna vez.

Y allá vamos de nuevo...

—Esto... ejem... Sí, Iker, algo me había comentado. —Reí, nerviosa y sin mirarlo a la cara—. Ando muy liada últimamente, no tengo tiempo para nada.

—Un simple café sería perfecto, y no te quitaría casi tiempo.

Reí un poco más alto. Joder, tenía que salir de ahí o mis nervios me iban a jugar una mala pasada. Podía ponerme a reír como una histérica en cuestión de segundos si la conversación no terminaba echando virutas.

—Lo siento, Iker, de verdad que no puedo...

—¿Esa cerveza es para mí? —me cortó observando los dos botellines que sostenía.

Fruncí el ceño y miré mis manos. Abrí la boca para decirle que las dos eran para mí (sí, ridículo, pero fue lo primero que se me ocurrió) cuando otra voz se unió a nosotros.

—La verdad es que es para mí.

Me giré a la derecha y descubrí los verdes iris de Javier, que me observaban divertidos. Cerré los ojos un par de segundos agradeciéndole su intervención mientras él cogía una de las cervezas. Iker nos miraba a los dos como si acabaran de darle una patada en las pelotas.

—Hola, soy Javier —dijo, tendiéndole la mano.

Iker lo miró de arriba abajo, nada disimulado, torció el gesto y le estrechó la mano.

—Yo soy Iker, compañero de Cristina y amigo de Clara.

No me pasó desapercibido que recalcara la palabra «amigo». Demasiado. Mucho más de la cuenta. Tomé aire y abrí la boca dispuesta a decirle que él no era mi amigo ni nada parecido, pero Javier me pasó el brazo por los hombros con total naturalidad mientras reía.

—No me habías hablado de él, Clara —soltó apretándome a su cuerpo, que olía muy bien, por cierto.

Iker lo miró un instante para luego dirigir su mirada confundida hacia mí. Yo sonreí todo lo natural que pude, teniendo en cuenta que la mano de Javier no dejaba de acariciar mi hombro y mi corazón había decidido ponerse a galopar.

—¿Vosotros... —empezó Iker dando signos de alarmante frustración— ... estáis...?

—¿Juntos? —Javier terminó la pregunta por él.

Me lanzó una mirada acompañada de una de esas sonrisas bajabragas y asintió justo antes de acercarse a besar mi mejilla.

*¡Por favor! ¿El calor que hace en este pasillo es normal?*

—Soy un hombre afortunado —añadió acercándose más todavía a su cuerpo.

*En serio, que alguien apague la puta calefacción, ¡solo estamos a mitad de septiembre!*

Iker seguía ahí parado como un pasmarote. Su cerebro parecía funcionar a toda máquina, tratando de entender aquello. Echaba humo. En realidad, creo que su expresión y la mía no se diferenciaban tanto, claro que cada una era motivada por cosas muy distintas. Yo estaba al borde del desmayo. Javier, su cuerpo pegado al mío, su olor, ese beso que me había plantado en la mejilla, los recuerdos del asiento trasero de su coche que volvían a inundar mi cabeza...

Desmayo en tres, dos, uno...

—Si nos disculpas —soltó Javier, consiguiendo que tomara aire por fin.

Parecía haberme quedado en *shock*. Dio dos pasos atrás, hacia el jardín, yo lo seguí en sus movimientos porque permanecía pegada a su costado—. Vamos a salir a la piscina, nos esperan allí. Ha sido un placer conocerte, Iker.

—Igualmente —musitó el aludido.

Lo dejamos atrás y salimos al jardín sin que él me soltara en ningún momento. Tan pronto como llegamos al lado de las sillas de plástico y fui consciente de que su mano seguía en mi hombro me aparté de él. Sentía el pulso en los oídos, atropellado, y la respiración demasiado acelerada.

—De nada —dijo justo antes de guiñarme un ojo.

Tragué en seco, me cuadré de hombros e intenté mutar la expresión de mi rostro.

—Podría habérmelas apañado sin tu ayuda —solté, cruzándome de brazos.

Enarcó una ceja y me miró escéptico.

—¿En serio?

Sonó burlón, y encima sonrió. Y yo tuve que mirar hacia otro lado porque esa sonrisa me hacía pensar demasiadas cosas.

—Tengo controlada la situación con Iker.

—Tu cara decía todo lo contrario. Tendrías que haber visto tu expresión mientras él te hablaba. —Estalló en carcajadas—. ¡Dabas miedo!

El sonido de su risa me hizo sonreír, no pude evitarlo. Un segundo después, me uní a sus risas.

—Joder, es un chaval insoportable —admití entre carcajadas—. Lleva meses persiguiéndome, le dice a Cris que quiere salir conmigo una y otra vez, una y otra vez... Y yo ya no sé cómo pedirle que me deje en paz.

—Creo que desde hoy las cosas serán más fáciles —dijo, levantando en el aire su cerveza.

Observé el botellín un instante y lo miré a él, ¡qué narices! Sonreí y choqué mi cerveza contra la suya. Los dos dimos un largo trago a la ambarina bebida, yo la necesitaba con urgencia en mi organismo.

—¿Y Jorge? —quise saber a la vez que lo buscaba, mirando a mi alrededor.

—Está con Cristina. —Hizo una mueca muy graciosa—. Creo que han ido a hacer cositas a su habitación.

—Puaj...

Imité su mueca y los dos nos echamos a reír.

—Se me hace raro que Jorge esté tan colado por una chica.

Me volví a mirarlo, sorprendida por que hablara de ese tema conmigo. Decidí ser agradable con él; después de todo, se había portado bien conmigo al ayudarme con Iker.

—A mí me pasa algo parecido con Cris —admití antes de volver a beber de mi cerveza—. Habla de él a todas horas, se mandan mensajitos cursis, se llaman por teléfono mil veces al día y hacen esa cosa de «no, cuelga tú» que me pone de los nervios.

—Odio cuando Jorge hace eso —exclamó, mirándome con los ojos muy abiertos—. Me dan ganas de tirarle un zapato cuando empieza con esa chorrada. En serio, ¿quién hace eso con veinticuatro años? ¿No se supone que somos adultos?

Me eché a reír con él. Parecía ser un chico muy divertido y ocurrente. Además de un dios griego de carne y hueso, claro. Aunque trataba de no pensar demasiado en ello, o no respondía de mis actos.

Fuimos hacia la mesa de bebidas y nos preparamos unas copas. Me sorprendí al descubrir que ambos bebíamos lo mismo: ron con Coca-Cola y un poquito de zumo de limón.

—Si no es Brugal, jamás bebo ron —dijo mientras cogía la botella azul de la mesa.

—El resto no saben igual.

*¿Te das cuenta, Clara? Tenéis cosas en común.*

*Cállate, estúpida. Solo estamos hablando sobre bebidas alcohólicas, eso quiere decir que somos unos juerguistas, nada más.*

Lo observé ir hacia la nevera donde estaban los hielos y aproveché para hacerle un escaneo de los serios. Vestía una camiseta blanca de manga corta en la que ponía Quicksilver con letras rojas en la parte delantera, y un bañador azul eléctrico de estilo surfero de la misma marca, con unas rayas blancas en ambos laterales. El collar de flores lo hacía parecer algo ridículo, pero todos estábamos igual, así que... Ví que en el gemelo derecho llevaba un tatuaje tribal. No recordaba habérselo visto la vez que... ¡Alto! No, no, cambio de pensamiento, prohibido recordar aquello.

Volvió a mi lado con los hielos en la mano y los dejó caer en nuestros vasos. No pude evitar observar sus dedos mientras lo hacía.

—¿Me oyes, Clara?

Su pregunta me hizo parpadear. Me había enfrascado en una espiral de imágenes demasiado explícitas de lo que esos largos dedos podrían hacer en mi piel.

—¿Perdona? —pregunté mirándolo a la cara.

Su sonrisa torcida apareció de repente y mi corazón empezó a latir irregular.

En serio, deberían prohibirle sonreír de esa manera a la gente. ¡Podría provocar infartos!

—Te decía que Cristina se ha currado muchísimo esta fiesta. Todo está genial.

—Cris nunca hace las cosas a medias.

La mirada de Javier se dirigió hacia algo que había a mis espaldas y sonrió.

—La cara de mi amigo dice exactamente lo mismo.

Me giré y vi a Jorge saliendo de la casa con una enorme sonrisa que dejaba claro que nuestras sospechas habían sido ciertas. Me eché a reír y sentí un codazo cómplice de Javier en mis costillas, que me dirigió una mirada de «te lo dije» que consiguió aumentar el volumen de mis carcajadas. Jorge se acercó a donde estábamos. Llevaba un sombrero blanco de vaquero que lo protegía del sol, un completo tejano de los pies a la cabeza, sí, señor.

—Todas las reses están recogidas en el rancho, vaquero —dije sin poder evitar tomarle el pelo.

Escuché la risa sofocada de Javier a mi lado.

—Ah, y John Wayne ha llamado para decir que le devuelvas su sombrero, ¡cuatrero! —le gritó a su amigo.

Jorge nos miró con mala cara y nos enseñó el dedo corazón sin ninguna vergüenza. Yo me eché a reír y Javier se acercó a darle un puñetazo amistoso en el hombro.

—No os reiréis tanto cuando os dé una insolación dentro de un rato —dijo caminando hacia la mesa de las bebidas.

—¿Insolación? —exclamó Javier—. ¿En septiembre?

Negó con la cabeza justo antes de girarse a mirarme. Tuve que hacer muchos esfuerzos para no perderme en el verde de sus ojos y evitar ponerme a babear como una estúpida. Él me hizo un gesto inclinando la cabeza hacia Jorge mientras abría mucho los ojos, moviendo las cejas arriba y abajo. Era una especie de señal, eso estaba claro, aunque no la entendía. Flexionó el brazo y lo giró en el aire como si llevara algo en la mano. Entonces comprendí, tuve que aguantarme la risa al darme cuenta de sus intenciones. Alargó una mano, la posó en mi cintura y me hizo avanzar hacia Jorge de forma sigilosa, para que él no se enterara. Cuando estuvimos a su espalda los

dos gritamos a la vez:

—¡Yijaaaaaaa!

Dio un salto en su posición y se tiró por encima la copa que se estaba preparando. Javier estalló en carcajadas y yo tuve que agarrarme el estómago porque me dolía de tanto reír. Jorge nos observó a ambos con gesto indignado. A él no le había hecho tanta gracia como a nosotros.

—Javi, eres un capullo y me parece penoso que arrastres a Clara con tus tonterías. —Se volvió a mirarme mientras trataba de limpiar su camiseta—. Me has decepcionado, Clara.

Chasqueó la lengua de una manera que me recordó a un antiguo profesor de bachillerato que siempre hacía ese gesto cuando algún alumno hacía algo que no debía. Casi me echo a reír de nuevo. Jorge dio media vuelta y se marchó, no sin antes lanzar una mirada envenenada a Javier y hacerle unos gestos con las manos que no entendí. Me volví justo para ver como este lo miraba con los ojos muy abiertos y la boca fruncida, como queriendo advertirlo de algo, con una expresión de «como te atrevas, te mato». Sin embargo, en cuanto vio que lo observaba sonrió como si nada. Lo vi carraspear y rascarse la nuca. Me pareció algo incómodo de repente.

—Esto... ¿te apetece otra copa?

Asentí a su propuesta y juntos volvimos a la mesa de las bebidas.

Las siguientes horas pasaron entre risas, comentarios chistosos acerca de la gente que había en la fiesta, copas y más copas. Cris estuvo un rato con nosotros, pero enseguida se fue con sus compañeras de clase al ver que íbamos demasiado borrachos para decir nada coherente. Cada vez que veíamos a Jorge volvíamos a gritar como si fuéramos vaqueros y él nos enseñaba el dedo. Se convirtió en algo recurrente, perdí la cuenta de las veces que se repitió la escena. Hasta que decidió unirse a nosotros y los tres comenzamos a beber chupitos de tequila. Un rato después, yo llevaba su sombrero de *cowboy* y los tres gritábamos «Yijaaaa» entre carcajadas.

Me alegró deshacerme de la ridícula corona de flores. ¡Punto para mí, Cris!

La verdad es que me lo pasé de miedo con los dos. Javier era muy divertido, bastante capullo con sus bromas, pero era el tipo de humor que a mí me gusta: faltón e irreverente. Aunque el hecho de que observara cada par de tetas que pasaban a su lado sin ningún tipo de pudor me hacía poner los ojos en blanco y recordar la clase de hombre que era, si podía denominarse hombre y no crío. Creído, ligón de playa, chulo, picaflor... No sé, demasiadas

definiciones posibles. En aquel momento, no podía elegir una, iba bastante bebida. También Jorge era muy gracioso, estuvo contándonos chistes sin parar e incluso ponía una voz diferente a cada personaje que aparecía en ellos. Fue divertidísimo. Reí hasta las lágrimas en un par de ocasiones.

Creo que hablamos de alguna cosa más personal, aunque no las recuerdo demasiado bien. La compatibilidad del alcohol y las confesiones es nula, se mire como se mire.

Eran las cuatro de la tarde y llevaba un pedo de los que hacen historia. El calor apretaba, así que pensé que era el momento perfecto de darme un baño en la piscina. Dejé mi copa en una de las mesas, mientras Javier reía con Jorge porque una compañera de Cris estaba tirada en el césped y sus amigos le pintaban cosas en la cara sin que ella se enterara. Empecé a quitarme la camiseta, aunque no recordé quitarme antes el sombrero, con lo que me costó más de la cuenta conseguir desprenderme de ella. Resoplé cuando lo conseguí al fin y Javier se giró al escucharme. Juro por Dios que casi se le salen los ojos de las órbitas. No pude evitar sonreír. Ví como observaba mis pechos y, acto seguido, tragó saliva. Sus ojos enrojecidos por el alcohol me recorrían sin ninguna vergüenza. Di dos pasos hacia él y me apoyé en su hombro.

—Ayúdame un momento, por favor —pedí mientras empezaba a quitarme el *short*.

Necesitaba un apoyo para no caerme en el intento y permití que mi demonio interno tomara el control de mis actos. Un poco de tonto no me haría ningún daño, ¿no? Reí para mis adentros mientras sentía sus ojos fijos en mi cuerpo, que se tambaleaba al intentar quitarme los pantalones. Los dejé sobre una silla junto con mi camiseta y me volví a mirarlo.

Y ahí estaba. ¡Maldita sonrisa canalla!

Pero iba borracha y, como ya he dicho, mi demonio interior había tomado el control. Su sonrisa no me afectaba nada de nada.

Bueno... Eso es mentira, me afectaba muchísimo. Casi pensé que la parte de abajo de mi bikini estaría en mis tobillos, pero no, gracias al cielo, no fue así.

Además, yo podía con esa sonrisa, soportaba borrachos en el club cada dos por tres. ¿Cómo no iba a poder con la sonrisa de alguien que se cree demasiado guapo como para ser real?

*No es que se lo crea, es que es cierto.*

*¡Calla un momento, coño!*

—¿Te acuerdas de que tengo cara? —pregunté llevándome las manos a las

caderas al ver que solo observaba mi cuerpo.

Carraspeó y sonrió mientras se llevaba la mano a la cabeza y se despeinaba.

*¡Joder! ¡Quiero ser la que despeine ese pelo!*

—Ese bikini es... guau... Cristina tenía razón.

Reí entre dientes e hice un mohín coqueto.

Un momento, ¿coqueto?

*Clara, despierta, espabila, ¡vuelve a ser la que manda!*

Ya era tarde para eso.

Javier dio un par de pasos hacia mí y me miró con esas pupilas verdes que brillaban bajo el sol de aquella tarde, desnudándome, devorándome, hipnotizándome. Me trasladé al pasado y me sentí como aquella noche en la sala del club mientras bailaba para él. Su mano fue a mi cintura y la acarició con excesiva y deliciosa lentitud. Tuve que aguantar la respiración. Él lo notó, claro que lo notó. Sabía perfectamente el efecto que ejercía en mí.

Maldito ligón creído.

—¿Un baño? —propuso con esa voz adulatora que en aquellos momentos inundó mi cabeza e hizo que bajara todas las barreras que me había autoimpuesto con él.

Asentí justo antes de que apartara la mano de mi piel y se sacara la camiseta por la cabeza en un rápido movimiento. Mi cara de cuelgue ante su perfecto torso desnudo duró escasos segundos, porque su mano cogió la mía con rapidez y echó a correr hacia la piscina arrastrándome con él. Grité mientras reía, diciéndole que no me tirara al agua, pero él no me hizo ni puñetero caso. Me agarró con más fuerza y saltó, obligándome a mí a hacer lo mismo.

## CAPÍTULO 5. JAVIER

Clara en bikini. Clara con su perfecto cuerpo maravilloso en bikini. Bikini blanco. Sin tirantes.

La arrastré conmigo hasta la piscina y ella rio como una niña pequeña. El sonido de su risa era contagioso, una de esas risas que quieres seguir escuchando y escuchando. Realmente encantadora.

*Alto, Javi. ¿Has utilizado la palabra «encantadora»?*

*No voy a tenerme eso en cuenta a mí mismo.*

No solté su mano cuando ambos nos zambullimos en la piscina. Salí al exterior sonriendo y agitando la cabeza para apartarme el pelo de la frente. Clara emergió del agua poco después, sacando primero la nariz y luego el resto de su rostro, echando su cabello hacia atrás y sin dejar de sonreír. Joder, ni la mismísima Jennifer Lopez estaría así de sexi haciendo un anuncio de champú.

—¡Capullo! —gritó echándome agua con la mano libre.

—¿Qué? —Reí cerrando los ojos cuando esta impactó en mi cara.

—No me has dado tiempo a taparme la nariz.

—¿Taparte la nariz? ¿Qué tienes? ¿Cinco años?

Los dos nos echamos a reír y tuve que esforzarme por controlar a mi soldado. Clara mojada, riendo sin parar y bajo los rayos de sol. Demasiado sugerente para mi pobre mente calenturienta.

—¡Clara!

Los dos nos giramos hacia esa voz masculina que la llamaba. Pensé que sería el rubito del que la había rescatado nada más llegar a la fiesta, pero estaba equivocado. Este era mucho peor.

Un tiarrón musculoso, muy bronceado y con un *piercing* en el labio inferior se acercó hasta ella nadando, sin borrar la sonrisa deslumbrante que presidía su rostro moreno. Clara sonrió y se acercó hasta él soltando mi mano sin ningún miramiento. Casi me hundo en la piscina y me ahogo cuando ella pasó los brazos por su cuello y él la levantó en el agua. No hacía falta ser demasiado inteligente para saber que las piernas de ella estarían enroscadas alrededor de su cintura. Lo peor de todo es que las manos de él no se veían

por ninguna parte.

Algo rugió en mi interior.

—¡Alberto! —gritó ella luciendo muy feliz.

En ese exacto momento empecé a odiar a ese tal Alberto.

Me dieron ganas de salir de la piscina al ver la compenetración de esos dos. Sobraba allí. Pero me comporté como el adulto que era y sonreí esperando que Clara volviera a hacerme algo de caso; después de todo, llevábamos juntos toda la fiesta y ella no iba a abandonarme por el primero que apareciera, ¿verdad?

—¿Dónde te habías metido? —le preguntó ella posando las palmas de sus manos en el agua mientras se mantenía frente a él sin esfuerzo.

¿Dónde coño estarían las manos de ese tío?

Estaba tan concentrado en intentar ver a través del agua que no me enteré de su respuesta. En serio, si estaba tocándole el culo...

¿Y qué si lo estaba haciendo?

Dios, la borrachera me estaba afectando demasiado.

—Mira, Alberto, este es Javier.

Menos mal. Por fin parecía acordarse de que yo seguía allí. Sonreí muy educado, tal y como mi madre me había enseñado.

Los dos se acercaron a mí sin separarse ni un milímetro. El brazo de Clara descansaba sobre sus hombros y entonces vi que sí, tal como sospechaba, sus piernas estaban alrededor de su cintura y las manos de él sujetaban su trasero. Me tragué el gruñido que creció en mi pecho y amenazaba con ascender por mi garganta.

El tal Alberto me tendió una mano y me miró con esa sonrisa blanca y reluciente.

—Encantado, Javier.

—Igualmente —dije estrechando su mano.

En ese momento me sentí bastante intimidado, para qué voy a mentir. Ese tío era un armario. No tanto como mi hermano, pero sí fuerte de cojones. Además, estaba tan bronceado que mi piel blanquecina quedaba de pena a su lado. Yo parecía de leche y él de chocolate. Entonces reparé en algo: Clara se veía muy feliz entre sus brazos. Eso me hizo darme cuenta de que tenía mil tíos entre los que elegir. Ella, tan sexi, tan caliente, tan atractiva... Podría conseguir a cualquiera, a quien quisiera. Y ese tío parecía tener bastantes papeletas para ser el elegido.

—¿De qué os conocéis? —preguntó él, mirándome con fijeza.

—Mi mejor amigo sale con Cristina —dije de manera escueta.

—¿En serio? ¿Tú eres amigo de esa maravilla de *cowboy* sonriente que Cris me presentó hace un rato?

¿«Esa maravilla de *cowboy* sonriente»? ¿Qué cojones...?

—Esto... sí, soy amigo del *cowboy* sonriente —contesté frunciendo un poco el ceño.

Él estalló en carcajadas ante una gracia que yo no era capaz de pillar por ninguna parte y Clara se unió a sus risas. Me quedé observándolos sin entender nada de nada. Sentí una especie de mareo de repente. ¿Tan borracho iba que no me enteraba de los chistes?

—Uy, disculpadme —se excusó Alberto mirando hacia el final del jardín—. Tengo unos asuntos que atender.

Le dio un beso a Clara en la mejilla y ella se desenroscó de su cuerpo. Sentí que mis músculos se relajaban. ¿Cuándo se habían puesto tan tensos?

—Nos vemos luego, chicos.

Se despidió de nosotros agitando la mano y empezó a nadar hacia la escalerilla de salida. Yo le hice un gesto con la cabeza a modo de despedida.

Clara se deslizó por el agua hacia un lateral de la piscina y se agarró a una barra que había bajo la superficie, estirándose por completo hasta quedar bocarriba. Empezó a mover sus piernas en el agua. Me acerqué a su lado.

—¿De qué conoces a Alberto?

No pude evitar preguntarlo. Ella podría haberme dicho que no era asunto mío, pero en lugar de eso enarcó una ceja y me observó con una sonrisa empezando a asomar en sus labios rojos.

—¿Detecto algo de celos en esa pregunta?

—¿Celos? —exclamé entre risas, tratando de parecer despreocupado. Creo que me salió como el culo—. ¿De ese? Por favor, Clara...

Maldita sea. Ir borracho no me ayudaba a la hora de filtrar el tono de mi voz para hablar. Debía controlarme antes de abrir la boca.

—Trabajábamos juntos —dijo mirándose los pies que aparecían de vez en cuando por encima del agua—. En... ya sabes... el club.

—Aaammm...

Trabajaron juntos en el club. Interesante.

—¿Era segurata?

—No. Bailaba... conmigo.

—¿Qué?

Esa pregunta tampoco pasó por mi filtro de control de tono de voz y sonó

como un puto gato chillando al meterlo en una bañera. Clara rio al escucharme.

—Vamos fuera —dijo, empezando a nadar hacia la escalerilla—. Me apetece una copa.

Mi cerebro entró en bucle. Un bucle de celos y especulaciones. Dios. Clara y ese tío bailando juntos. Joder. Habría tocado su suave piel. Se habrían desnudado juntos. ¿Habrían hecho algún tipo de espectáculo porno?

Un escalofrío me recorrió la espalda al imaginármelo.

Agité la cabeza para apartar las imágenes que habían llenado mi mente (y que no escatimaban en detalles escabrosos, morbosos y sucios) y la seguí entre la gente que se bañaba en la piscina.

—¿Quieres otro ron?

Su dulce voz me sacó de mis pensamientos mientras subía la escalerilla de la piscina. Estaba delante de mí, mojada, con su bikini blanco adhiriéndose a su piel; la melena castaña húmeda caía por sus hombros. Me sonreía. Avancé hasta quedar frente a ella y le aparté un mechón para ponerlo tras su oreja. Ella me observaba, su sonrisa había desaparecido. Pude notar que su cuerpo se tensaba cuando mis dedos rozaron su piel. Sonreí.

Después de todo, todavía seguía teniendo mi toque Casanova.

—Me encantaría otro ron —susurré dejando que mi mano acariciara su brazo desde el hombro hasta el codo.

De pronto, me trasladé en el tiempo. Me sentí como en aquella habitación en el club meses atrás. Ella no se movía, me miraba como hizo entonces, con esos preciosos ojos chocolate ligeramente desenfocados. De repente pestañeó y tomó aire.

—Voy... voy a por esas copas. Ahora... esto... ahora vengo —tartamudeó girándose hacia la mesa de las botellas.

Me reí entre dientes.

La observé preparando las copas. Su cuerpo era una oda a la feminidad, en serio. Esas curvas, esa piel, ese bikini...

—¡Javier!

Di un brinco en mi posición ante el grito de Cristina, que casi me dejó sordo.

—No me gustaría que llenaras de babas mi jardín. —Rio mirándome con sus ojitos verdes.

—No te preocupes. —Sonreí en respuesta—. Puedo controlarme sin problemas.

—¿Lo estás pasando bien?

—De maravilla, Cris. Es una fiesta estupenda, de verdad. Gracias por invitarme.

Se encogió de hombros.

—Ya eres uno más en nuestra pequeña familia disfuncional. ¿Cómo no te íbamos a invitar?

No entendí a qué se refería con eso, aunque me gustó que lo dijera. Hizo que me sintiera incluido en sus vidas. O algo así. ¿Se comprende lo que quiero decir? Le sonreí sin poder evitarlo. Ella se me quedó mirando y me puse nervioso. Había algo en sus ojos...

—¿Qué pasa, Cris? Me das miedo mirándome así.

—Nada, Javi, es solo que tengo una especie de sexto sentido.

—¿En ocasiones ves muertos?

No pude evitar hacer la broma.

—Ja, ja, ¡qué gracioso! —ironizó negando con la cabeza. Yo me reí más alto—. Solo digo que sé que vas a tener un papel importante en nuestras vidas a partir de ahora, y me alegro muchísimo.

Me quedé mirándola con el ceño fruncido.

—No te asustes. —Rio apoyando su manita en mi hombro—. Lo que te estoy diciendo es bueno. Vas a ser nuestro amigo y eso va a ser genial. No es como si fueras a hacer llorar a Clara, aunque... puede que en alguna ocasión sí lo hagas.

—Ey, Cris.

Clara apareció a nuestro lado con dos vasos. Menos mal. ¿Esa loca me estaba diciendo que yo iba a hacer llorar a Clara? ¿Qué demonios estaba contándome?

—Toma, Javier. —Cogí el vaso que me ofrecía—. Dime, Cris, ¿qué tal va todo con esa maravilla de *cowboy* sonriente?

Me eché a reír en cuanto oí sus palabras. Ya analizaría después lo que Cristina me había dicho de formar parte de sus vidas, ser amigos y hacer llorar a Clara. Si lo recordaba, claro.

—Ya habéis estado con Alberto, ¿eh? —preguntó la pequeña sonriendo de oreja a oreja.

—Deberías tener cuidado, Cris —le dijo Clara dándole un codazo—, igual intenta robártelo.

Movió las cejas arriba y abajo consiguiendo que Cristina se echara a reír.

Un momento, ¿robárselo?

—¡Ni de coña! —exclamó ella entre risas—. Mi Jorge no tiene ni una pizca de sangre gay en su organismo. Le gustan las vaginas, créeme.

—Ugh, Cris. —Clara arrugó la nariz al escucharla—. No quiero conocer ese tipo de detalles, por favor.

Yo estaba observándolas sin entender nada. Cristina se giró a mirarme y sonrió con amplitud.

—Alberto es gay.

—¿No te habías dado cuenta? —casi gritó Clara.

¿Alberto gay? ¿En serio? Empecé a hacer un baile ridículo en mi interior. Solté una carcajada, sintiendo como mi temor a que tuviera algo con Clara se esfumaba.

—Sí, sí... —murmuró ella acercándose hacia mí con una sonrisa que me pareció demasiado malévola—. Yo no me reiría tan a gusto. Le has gustado, ¿sabes? Me ha dicho que estás muy bueno.

Dejé de reírme de forma radical.

—¿Qué?

—Supongo que dentro de un rato intentará meterte mano —sentenció Cristina—. Siempre hace lo mismo cuando va muy borracho.

—Ah, no —dije sacudiendo la cabeza a ambos lados—. Yo no soy gay.

—Cuando el alcohol le nubla los sentidos, a Alberto le importa una mierda que la gente de su alrededor sea gay o no.

Cristina empezó a reír a carcajadas y Clara me miraba sin dejar de sonreír, con la misma malicia de hacía unos segundos. La muy cabrona parecía estar disfrutando de lo lindo. Y yo terminé sonriendo con ella. No sé, me sentía bien a su lado, feliz de verla sonreír. Puede que fuera por el alcohol o por el calor, pero me sentía incapaz de borrar la sonrisa de mis labios, aunque me estuvieran diciendo que el tal Alberto (recordemos que era una especie de armario de cuatro puertas) estaba interesado en mí y que, con toda probabilidad, me iba a meter mano cuando menos lo esperara.

No sé cómo, cuándo ni de qué manera, la noche cayó sobre nosotros y la gente empezó a desaparecer. Había sido un día muy largo y Cristina anunció en una especie de idioma extranjero que había que respetar a los vecinos, su descanso y las horas de sueño. Agradecí que Clara lo tradujera para mí, todavía no estaba familiarizado con el idioma alcohólico de Cris.

Jorge y yo nos quedamos a ayudarlas con la limpieza. El tal Alberto estaba espatarrado en el sofá del salón y, por mucho que intentamos moverlo, no nos hizo ni caso; es más, sus ronquidos se intensificaron, por lo que

optamos por cerrar la puerta y dejarlo ahí. Muchos músculos, pero poca tolerancia al alcohol.

Recogimos el jardín lo mejor posible dado nuestro estado. Jorge volvía a llevar su sombrero de *cowboy* sonriente y tarareaba sin parar canciones de campamento. En serio, cuando va borracho suele hacerlo. Lo peor de todo es que es contagioso y, minutos después, los cuatro estábamos en la cocina cantando *Madre anoche en las trincheras*. Si Alberto no se despertó con nuestros gritos, estaba claro que nada lo iba a mover de ese sofá.

—¿Tomamos la última? —propuso una dulce aunque borracha voz de mujer.

Miré a Clara intentando centrar la vista en su rostro, pero era como si hubiera dos Claras en lugar de una. Me senté en una silla de la cocina. Jorge sacó una botella de vodka de la nevera y cuatro vasos. Se sentó frente a mí e hizo un gesto para que Cristina se sentara en su regazo. Clara se colocó entre nosotros en la última silla que había en esa cocina.

—Juguemos a verdad o acción —pidió Cris agarrándose al cuello de mi amigo mientras se tambaleaba.

—No —contestó Clara a la vez que negaba con la cabeza.

—Aquí jugamos todos o ninguno —dije mirándola muy serio.

—Vale, listillo, pero no pienso besar a nadie.

Me sentí defraudado de inmediato.

—¿Cómo que no? —exclamó Cris.

—Eso, eso... —apunté yo señalando a la enana loca.

—Te conozco, Cris, sé lo que estás tramando.

Y ambas empezaron a reír como locas. Miré a Jorge con una mueca y él me respondió encogiéndose de hombros. Debió de pensar que lo mejor era pasar de esas dos borrachas, porque empezó a llenar los cuatro vasos de vodka, tirando parte del líquido por encima de la mesa. A ninguno nos molestó.

—Bueno, yo empiezo —dijo Cris sonriendo y mirando a Jorge—. ¿Verdad o acción?

—Verdad —dijo el *cowboy* sonriente.

—¿Estás enamorado de mí?

Clara y yo emitimos sendos sonidos de queja ante el uso indebido de este juego.

—¡No queremos saber eso! —grité—. ¡Pregúntale por el gato de nuestra vecina, Cris! Eso tiene una respuesta mucho más divertida.

—Cállate, Javier. —Me fulminó con la mirada.

Cerré la boca automáticamente y me eché hacia atrás en la silla. Me había dado mucho miedo. Sentí la mano de Clara dando golpecitos sobre la mía. Giré la cabeza y la vi mirándome con comprensión.

—Yo te protegeré —susurró haciéndome sonreír.

Y me tranquilicé porque lo decía muy en serio.

—¿Vas a contestar, *Jordicito*? —La vocecilla de Cristina me devolvió al juego.

Mi amigo la observó con su cara de *cowboy* borracho y estiró la mano para acariciarle la mejilla. Por Dios, ¿podía estar presenciando una estampa más ñoña? Puse los ojos en blanco y me dieron ganas de tirarles una chancleta a la cara.

—Sí, *Crisi*, estoy enamorado de ti.

Un «Oooohhh» emocionado salió de la boca de Clara y la vi mirándolos con cara de lela. A ver cómo te lo explico, una de esas caras que ponen las chicas cuando ven a Matthew McConaughey declarándose a los pies de las escaleras después de haber estado puteando a la protagonista durante toda la película. Lo imaginas, ¿verdad? Volví a poner los ojos en blanco. Me cago en mi vida. Qué desastre de final de noche. Me llevé la mano a la frente.

La gota que colmó el vaso fue que los dos empezaran a besarse como babosos. Ahí ya no pude más y metí los dedos en mi vodka para salpicarlos después.

—Basta ya, asquerosos, si vais a enrollarlos de esa manera no os queremos aquí.

Se separaron disgustados, me miraron, se miraron entre ellos y se levantaron de la silla para salir de la cocina sin decir adiós. Enarqué una ceja y me quedé observando la puerta con la boca abierta.

—Eso ha sido...

—Muy descortés por su parte —sentenció Clara con la mirada fija en la puerta, como yo—. Cualquiera diría que es un *cowboy* de Texas educado y caballeroso.

Me eché a reír ante el tono indignado de su voz. Ella me miró raro un momento, aunque enseguida se unió a mí y nuestras carcajadas fueron lo único que se escuchaba en toda la casa.

\*\*\*

Al abrir los ojos fruncí el ceño. Joder, ¡qué dolor de cabeza! Fui a llevarme la mano a la susodicha cuando me di cuenta de que no podía. No podía porque estaba debajo del cuerpo de alguien. Sentí el corazón en la boca. ¿Del cuerpo de quién? Me giré para ver dónde me encontraba y así descubrir a la poseedora de ese cuerpo que mantenía mi brazo cautivo. Una melena castaña fue lo primero que mis ojos encontraron, y supe de inmediato a quién pertenecía.

—Joder... —murmuré.

Clara dormía acostada a mi lado, de espaldas a mí. Mi brazo estaba debajo de su cuello y ella agarraba mi muñeca con sus suaves manos. Justo en cuanto me incorporé para observarla, me di cuenta de que los dos estábamos vestidos. Respiré aliviado, aunque enseguida me sentí terriblemente decepcionado. Habría sido una pena echar un polvo con ella para no recordarlo, aunque, oye, de todas maneras, hubiera sido un polvo, ¿no? Un polvo con ella, nada más y nada menos.

Me incorporé y observé su rostro pacífico mientras dormía. Tenía la boca entreabierta y sus respiraciones eran profundas. Un mechón de pelo le caía por encima de la nariz, así que alargué mi mano libre y lo aparté con cuidado para echarlo hacia atrás y así poder observarla mejor. Frunció un poco el ceño cuando notó el roce de mis dedos y me tensé pensando que se iba a despertar. Cerré los ojos, preparándome para su estallido al darse cuenta de dónde estábamos los dos. Iba a ser épico. Sin embargo, hizo un ruidito gracioso mientras se removía bajo mi brazo y su rostro volvió a su anterior paz. Estaba dormida como un tronco. Sonreí y me acosté de nuevo a su lado.

No tenía ni la más mínima idea de cómo habíamos terminado juntos en su cama. Después de haber recogido los restos de la fiesta, mi mente pasaba a una larga escena en blanco. Completamente vacía. Bueno, me importaban una mierda los motivos que nos habían llevado hasta allí, la cuestión es que estaba en la cama de Clara y con ella entre mis brazos. Eso sí era un buen final de fiesta. Sonreí de nuevo antes de acurrucarme otra vez contra su espalda y pasé un brazo por su cintura. Cerré los ojos sin poder borrar esa curva alegre de mis labios y me centré en la cadencia tranquila de su respiración.

## CAPÍTULO 6. CLARA

Reparé en la cantidad de luz que inundaba la estancia a través de mis párpados. Debía de ser bastante tarde, porque parecía que entraba demasiada entre las rendijas de las persianas (que probablemente no bajé al acostarme borracha como una cuba). Intenté desperezarme, pero me fue imposible porque unos brazos me sujetaban por la cintura.

¿Qué coño? ¿Unos brazos?

Abrí los ojos a toda velocidad y me quedé mirando el techo a la vez que empezaba a murmurar eso que había repetido en ocasiones similares: «Que no esté desnuda, que no esté desnuda, por favor, que no esté desnuda». Miré hacia abajo y respiré tranquila al descubrir que llevaba puesta la misma ropa que durante la fiesta. Me relajé entre los brazos de quien fuera.

Las opciones disponibles para el dueño de esas extremidades eran bastante escasas. Una no me suponía problema alguno, pero la otra... O era Alberto o era... él.

Me giré muy despacio para encontrarme con esa maraña de pelo castaño claro.

Mierda.

Él.

Javier.

El corazón comenzó a latirme a toda pastilla. Y, sin embargo, continué observándolo, ¿por qué no?

Estaba completamente dormido. Parecía un niño pequeño teniendo uno de sus mejores sueños. Lo vi tan adorable que me dieron ganas de acariciarle la mejilla y apartar esos mechones de pelo que le caían por la frente. La cosa es que... eso podía hacerlo, ¿no?

Alargué la mano con cuidado y aparté el pelo de su frente. Las comisuras de mis labios se curvaron en una pequeña sonrisa. Observé su tranquilo rostro dormido. Sus cejas pobladas, su nariz recta, sus pómulos perfectamente esculpidos, sus labios carnosos. Oh, joder, esos labios... Estuve tentada a acariciarlos, pero hubiera sido demasiado. Si se despierta y me pilla tocándole la boca me da un patatús.

Intenté moverme bajo la fuerza de sus brazos, no quería despertarlo, aunque estaba empezando a tener calor. Al girarme hacia la izquierda, su agarre en mi cintura se intensificó y lo escuché suspirar. Me tensé, paralizada.

—Mmmmm... Buenos días, Clara —susurró al lado de mi oído.

El roce de su aliento en mi cuello me hizo cerrar los ojos de placer. Mi corazón empezó a latir atronador en mi pecho. Otra vez. Estábamos cerca, demasiado cerca.

—B-buenos... días... —murmuré como pude.

—No tengo ni idea de por qué estamos aquí los dos —dijo sin abrir los ojos todavía.

—Yo tampoco —admití mirando al techo.

—Aunque la verdad es que no me importa, se está bien así.

Me giré al escucharlo decir esto y me encontré de lleno con el verde de sus ojos. La sonrisa canalla centelleó en su rostro y no pude evitar reírme. Negué con la cabeza y traté de incorporarme.

—Pasara lo que pasara ayer...

—¿Qué? —exclamó tirando de mí hacia la cama de nuevo. Caí de espaldas y él se incorporó sobre un codo para mirarme desde arriba, sin apartar su otra mano de mi cintura—. ¿Vas a arrepentirte de algo?

—Esto... Para arrepentirme debería saber qué hice, cosa que no sucede. Y parece ser que tú tampoco tienes ni idea, así que no me eres de gran ayuda.

—Lo hicimos.

Abrí los ojos escandalizada.

—¿Qué? —chillé.

*Mierda. Lo hacemos y yo no me acuerdo de nada.*

*Perfecto, Clara. Eres la hostia.*

De repente, se echó a reír y lo entendí.

—Eres...

Le di un golpe en el hombro.

—... un...

Otro golpe.

—... capullo.

Y otro más.

—Auch, auch, auch —contestó él sin borrar esa estúpida sonrisa de su rostro todavía adormilado.

Aproveché el momento para incorporarme del todo.

—Imagina que lo hubiéramos hecho y no recordaras nada —empezó

mientras yo me ponía de pie—. Sería terrible, Clara, acostarte conmigo y no recordarlo. Seguro que estarías carcomiéndote por dentro ante semejante disgusto.

¿Acababa de leerme la mente?

—Eso querría decir que no fue demasiado interesante, listillo. —Empecé a caminar hacia mi cuarto de baño sin dejar de hablar—. Te dejaría en muy mal lugar, ¿sabes?

—En caso de que hubiéramos hecho algo, lo recordarías igual que recuerdas la otra vez. Con todo lujo de detalles.

Ahí sí que me pilló. Me quedé paralizada en la puerta del baño. Por suerte estaba de espaldas a él y no podía verme la cara, porque era de color escarlata.

—Más quisieras tú que volver a acostarte conmigo —murmuré y entré al baño cerrando la puerta tras de mí.

Escuché su risa a través de la hoja de madera y no pude evitar sonreír. Ese capullo era adulator en exceso. Y le salía genial, he de admitirlo.

Entonces reparé en algo. Acabábamos de amanecer juntos en la cama y no me sentía extraña. Vale que me había dado un susto de muerte al despertarme a su lado, porque no me lo esperaba para nada, pero, no sé, me sentía bien. El hecho de abrir los ojos y encontrarte a alguien a tu lado en la cama, cuando no tienes ni la más mínima idea de cómo has terminado así, suele asustar. Te lo digo yo, que lo he vivido en un par de ocasiones. Sin embargo, entonces, una vez superado el yuyu inicial... No sé, me sentí bien. Más que bien, diría yo.

Me observé en el espejo y vi mi sonrisa. Era excesiva. Grotescamente enorme. La eliminé a toda velocidad y carraspeé para centrarme. Javier Miranda sabía a la perfección el efecto que ejercía sobre las mujeres. Sabía que con sus ojos y con esa maldita sonrisa canalla podía conseguir cualquier cosa que se propusiera. Pero no sería eso lo que conseguiría de mí.

*¿En serio?*

*En serio.*

No estaba dispuesta a sucumbir a sus encantos y pasar a ser otra más en su lista interminable de conquistas. No de nuevo. Iba a contenerme y a resistirme a esa sonrisa, a esos dientes immaculados y a todo el conjunto de su cuerpo maravilloso.

*¿De verdad?*

*De verdad.*

Iba a ser complicado, también te lo digo, pero iba a conseguirlo. Porque

cuando yo me propongo algo, lo cumplo. Sí o sí.

Javier me caía bien. Me había dado cuenta de que las risas con él estaban garantizadas, era amable, divertido y habíamos conectado de alguna manera a lo largo de la fiesta. Y me refiero a una manera amistosa, nada de física, no te montes películas. Así que prefería no cruzar la línea de esa amistad que parecía comenzar a florecer ente ambos.

*Ah, ¿no?*

*Que no, petarda.*

Amigos y nada más.

Me lavé los dientes repitiéndome ese mantra en la cabeza una y otra vez. Salí del cuarto de baño y él seguía tumbado en la cama. Tenía los brazos doblados detrás de la cabeza, por lo que su camiseta se había levantado dejando a la vista gran parte de su abdomen y ese caminito feliz que una vez recorrí con la punta de mi lengua y...

*Clara, ¡basta ya! Nada de pensamientos sobre el pasado.*

Joder... Eso iba a ser más difícil de lo que pensé.

Agité la cabeza para centrarme y empecé a andar hacia la cama. Entonces él abrió los ojos y giró la cabeza para mirarme. Sonrió y le devolví la sonrisa. En serio, es que no podía evitarlo.

—¿Desayuno? —preguntó con un brillo especial en sus ojos.

Miré el reloj de mi mesilla.

—¿A las tres de la tarde?

—No sé tú, pero yo tengo cuerpo de desayuno. —Se incorporó con agilidad de la cama—. Me apetecen tortitas con ibuprofeno.

Solté una carcajada.

—Desayuno de resaca.

—Efectivamente, Clarita. Tengo la cabeza a punto de explotar.

—Demasiado ron.

—Mereció la pena.

Y sonrió dejando a la vista toda su perfecta dentadura y algo dentro de mí suspiró al verlo tan guapo.

*No, no, no. Nada de suspiros internos. Amigos y nada más.*

Asentí a mi mente, extrañamente espabilada, pese a todo el alcohol que había ingerido el día anterior.

Los dos salimos de mi habitación en silencio. De repente me sentí incómoda, no sé, como si mi madre fuera a aparecer de detrás de la esquina del pasillo y me fuera a juzgar por haber dormido con él. Puede que Javi lo

notara, o puede que actuara de manera natural, pero en cuestión de segundos su brazo estuvo alrededor de mis hombros y consiguió que me relajara. Volví la cara para mirarlo y sonreí al ver que miraba al frente despreocupado.

No tenía ni idea de qué iba a salir de todo aquello, aunque tener a Javier Miranda como amigo no podía ser tan malo. ¿No?

\*\*\*

El lunes por la tarde estaba harta de ver la televisión y aguantar los ronquidos de Alberto. Llevaba frito desde después de comer. Siempre le costó recuperarse de una juerga, pero esta vez estaba batiendo récords. Decidí irme a mi cuarto a cotillear un poco en internet. Me senté frente al escritorio y encendí mi Mac. Mientras todo comenzaba a funcionar, observé de reojo mi cama y sonreí. Era algo que me pasaba desde el día anterior, desde que había estado ocupada por un personaje de ojos verdes, pelo castaño desordenado y sonrisa radiante. A la noche siguiente, cuando volví a acostarme, me costó horas coger el sueño. Di vueltas y más vueltas y, pese a conseguir conciliarlo al fin, dormí fatal. No podía dejar de pensar en quién había compartido espacio conmigo la noche anterior; sus recuerdos volvían una y otra vez para conseguir, de manera inevitable, que una sonrisa brotara en mis labios.

Entré en mi perfil de Facebook y vi que tenía varias notificaciones. Me habían etiquetado en cuatro fotos. Eran de la fiesta de la piscina y las había subido Jorge. ¿Llevaba cámara? No me enteré. En una salíamos Cris y yo con esas horribles coronas de flores, parecíamos ridículas. Otra era de las dos con Jorge, que ejercía de perfecto *cowboy* sonriente con su sombrero de tejano. Me reí entre dientes al verla. La siguiente era muy similar, solo que Javier también salía. Los cuatro estábamos partiéndonos de risa por vete tú a saber. Y la siguiente hizo que me quedara sin oxígeno. Javier y yo solos. SO-LOS. No estábamos posando, ni siquiera mirábamos a cámara. No tengo ni idea de cuándo nos hizo esa foto, parecía robada. Salíamos riendo mientras nos observábamos el uno al otro. Él con su pelo revuelto, con su preciosa sonrisa y apoyando la mano en mi hombro. Yo movía la mía en el aire y ya llevaba el sombrero de Jorge. Era una foto bonita.

Entonces descubrí algo que me hizo fruncir mucho el ceño. Javier le había dado al *me gusta*. Él nunca hacía esas cosas en sus fotos. Lo sabía porque las había visto todas y cada una de ellas en más de una ocasión. Penoso, lo sé, pero entiéndeme.

Decidí imitarlo y le di al *me gusta* también. En ese momento me di cuenta de que tenía un mensaje privado. Casi me caigo de la silla al ver que era de Javier. Me había mandado un privado, ¡a mí! Moví mi cuello de un lado a otro, haciendo una especie de minibaile de la felicidad, sonriendo como una idiota.

*«¿Qué pasa, compañera de pijamadas?  
Espero que estés terminando bien el domingo...».*

¡El mensaje era del día anterior! Con toda la resaca ni siquiera había encendido el ordenador.

*«... y que la resaca te haya abandonado. A mí me queda algún resto y solo de pensar que mañana tengo que estar a las ocho en el hospital me dan hasta mareos. Me lo pasé genial contigo y he estado pensando que podríamos repetir. El jueves hay una fiesta en el campus, la organiza la facultad de Económicas y suele ser bastante animada todos los años. ¿Te apuntas? No sé si trabajas o no... ¡Ya me dirás! ;)».*

No sabía si levantarme de la silla y empezar a saltar como una cría de quince años por la alegría o tirarme de los pelos de frustración. El jueves trabajaba, claro está, era imposible que pudiera asistir a esa fiesta. Que Javier me invitara me había sorprendido, y también generaba ciertos interrogantes: ¿lo hacía porque quería pasar un rato divertido conmigo de nuevo? ¿O lo hacía para intentar llevarme al huerto? El otro día, durante la fiesta hawaiana, los dos lo pasamos estupendamente juntos. De verdad que sí. Hubo mucho tonto, aunque no pasó nada. La atracción era algo que quedaba patente entre nosotros, de eso no había ninguna duda. Sin embargo, tras leer por cuarta vez su mensaje, no encontré rastro de intenciones sexuales ocultas en él. Parecía querer quedar conmigo de verdad, para divertirnos sin más, como amigos. Y si lo que de verdad quería era invitarme para terminar en la cama no había sido tan idiota como para plasmarlo en sus palabras.

Le contesté.

*«Hola, amigo del cowboy sonriente.  
Ayer estuve en estado off todo el día, por  
suerte hoy es día de fiesta también para mí :D  
Lo malo es que mi jornada laboral empieza mañana  
y el jueves me va a ser imposible acompañarte,  
lo siento mucho. Pero me encantaría quedar otro día.  
Espero que hayas sobrevivido al madrugón».*

Lo envié y me entretuve mirando un par de correos que me había mandado mi madre. Desde que aprendió el uso de las nuevas tecnologías casi nunca me llamaba, ella decía que era una mujer moderna de la era de internet. El hecho de que aprendiera a usarlo se tradujo para mí en cientos de correos basura de estúpidas cadenas del estilo de «si no envías este email a 534 personas el perro de tu vecina se cagará en la puerta de tu casa y, al salir, pisarás la mierda resbalándote y partiéndote un brazo». Odiaba esas cadenas, las borraba todas. Pero mi madre creía que traían buena suerte e incluso jugaba más a la lotería después de enviar a todos sus contactos uno de esos *emails* pensando que así le tocaría.

El sonido de un nuevo mensaje en Facebook me hizo abrir esa pestaña y sonreí al descubrir que era de Javier.

*«¿Qué días trabajas? No pienses que es  
para ir a verte ni nada parecido, aunque  
es una idea que me ronda la mente más de  
lo que debería...».*

¿Cómo? Me puse nerviosa de repente. Si él volvía a aparecer por el club no podría actuar, de eso no me cabía ninguna duda.

*«No pienso decirte mis horarios.  
No te quiero babeando en el club».*

Treinta segundos después llegó su respuesta.

*«Sabes perfectamente que la que babearías  
serías tú, Clara. Aunque he de admitir  
que eso sería ponerte en riesgo, no*

*quiero que resbales con tu propia baba y te caigas del escenario».*

Me reí.  
*Será capullo...*

*«Si sigues por ese camino voy a tener que plantearme seriamente lo de ser tu amiga».*

Su respuesta fue rápida.

*«Aguafiestas...  
Si no me dices tus horarios no puedo saber cuándo podemos quedar para explorar esta nueva experiencia de ser amigos tú y yo.  
Nada de ir a verte al club, lo prometo.  
Palabra de scout que se lleva la mano al pecho con gesto solemne».*

*«Trabajo de martes a sábado. Los días de diversión están en esa franja así que nada de fiestas de pijamas».*

*«¿Quién ha dicho que el resto de días no se pueden hacer fiestas de pijamas? ¿Te hace una peli el domingo por la noche?».*

*«Yo elijo».*

*«De acuerdo... Pero nada de romances protagonizados por Matthew ni Richard, con el cowboy sonriente y la enana loca ya tenemos suficiente dosis de azúcar y ñoñez».*

Me reí a carcajadas.

*«Ok, buscaré una de Stallone entonces».*

*«Empezamos a entendernos tú y yo, Clara.  
Te dejo, estoy escuchando a Jorge poniendo  
el horno en marcha y es probable que  
estallemos por los aires, no sabe ni cascar  
un huevo el muy idiota. Si no volvemos a vernos,  
que sepas que ha sido un verdadero placer  
conocerte un poco mejor; quedarme solo con  
el recuerdo de tu cuerpo y tus suspiros no era justo,  
me gusta mucho más Clara que Celeste.  
Descansa antes del comienzo de tu jornada laboral».*

Me quedé embobada mirando la pantalla de mi ordenador. No podía mover ni un músculo. ¿Qué coño le contestaba a eso?

*«Yo también espero que vuestro horno no explote  
y que podamos volver a vernos, ya me he hecho a  
la idea de esa peli del domingo y no me gustaría  
perdérme la.  
Que descanses tú también».*

Apagué el ordenador porque no quería ponerme a ver sus fotos. Otra vez. Ni a releer nuestra conversación. Podría haberse convertido en una especie de espiral interminable: ver sus fotos, leer charla, ver sus fotos, suspirar, leer charla, ver sus fotos, suspirar más alto... Un puñetero círculo vicioso.

*Y tan vicioso...*

Agité la cabeza para alejar ese tipo de pensamientos. No me venían nada bien.

Miré el reloj. Las once de la noche, demasiado pronto para irme a dormir, pero no tenía ganas de bajar las escaleras y encontrarme con mis compañeros. Me sentía tan vaga... Cris no tardaría en volver de su cena de los lunes con Jorge y no me encontraba con fuerzas para aguantar sus historias edulcoradas. Estaba saturada de Jordicito y Crisi, necesitaba un par de días de desintoxicación. Joder, Jordicito y Crisi... Sonaba como una de esas parejas que visten a juego, con jersey en los hombros anudados a la altura del pecho, cogidos de la mano y sendas sonrisas de anuncio de dentífrico. Muy en plan «Amo a Laura, pero esperaré hasta el matrimonio» (aunque ya sabía yo que eso de esperar no lo habían cumplido esos dos). Me dio un escalofrío y corrí

hasta mi cama.

*Eso te pasa por imaginar lo que no debes.*

Al estirarme un poco para poder correr la cortina vi una almohada en el suelo. La recogí y la dejé sobre el colchón. Eché la cortina a un lado y me lancé de nuevo sobre la cama. Apagué la luz y, cuando me di la vuelta y cerré los ojos, percibí un aroma que me resultó demasiado familiar. Husmeé la almohada que había recogido del suelo. ¡Olía a Javier!

Esa noche me dormí abrazada a esa maldita almohada. Juro que la sonrisa idiota no se borró de mi cara y que dormí mejor que nunca en la vida.

\*\*\*

Los días pasaban lentos ante la perspectiva de ver una película con Javier ese domingo por la noche. El trabajo en el club era estresante. Pedro estaba especialmente pesado, ya que había recibido una carta de la Administración de Hacienda en la que hacían alusión a una serie de impuestos no pagados y alguna irregularidad en el club. No me sorprendía en absoluto.

—¿Constamos en algún lado como club de estriptis? —le pregunté el jueves cuando estuvimos solos en el camerino después de una de mis actuaciones.

Me miró enarcando una ceja.

—Clara, ¿tú qué crees?

—Lo suponía...

Se levantó de la silla donde estaba y encendió un cigarrillo. Otro más. Lo observé ir y venir en la pequeña sala llena de trajes con lentejuelas y disfraces eróticos.

—¿Has pensado alguna vez en transformar este lugar? —solté después de haberlo visto pasearse durante dos interminables minutos.

Se paró en seco y se me quedó mirando con esos ojos negros tan serios.

—¿A qué te refieres? —preguntó receloso.

—No sé, Pedro. Un cambio, un lavado de cara, unas mejoras para todos los que trabajamos aquí. Me refiero a adecuarse a los tiempos que corren.

—Continúa...

—A ver, está claro que el negocio de los clubs de estriptis siempre va a tener clientela, no van a faltar hombres que quieran ver bailar a mujeres desnudas. Sin embargo, el problema del Silver radica en su legalidad. No sé cómo constará este club para Hacienda, pero si no puede ser un club de

estriptis por temas fiscales que nos van a traer problemas de impuestos con los de arriba... ¿por qué no transformarlo en algo que sí sea legal y más sencillo de llevar en cuanto a la Administración se refiere?

Me miró frunciendo el ceño un instante, dio una larga calada a su cigarro y se sentó en la silla de nuevo, acercándola a mí y consiguiendo que hiciera un ruido terrible al moverla por el suelo.

—¿En qué has estado pensando, Clara?

Sonreí.

—Es algo que siempre me he planteado, Pedro. No es que se me haya ocurrido hoy mismo. Me gusta trabajar aquí, da mucho dinero fácil y no demasiados problemas. Pero sé que esto no puede durar para siempre. Mi cuerpo cambiará y tendré que optar por trabajar en algo que no implique tanto... desnudo.

Pedro rio entre dientes.

—¿Acaso se han enterado tus padres?

—¿Qué? Oh, no, no, mis padres no tienen ni idea. Y espero que siga así hasta el final de los tiempos. No tiene nada que ver con eso. Es simplemente lo de «Evolucionar o caducar», Pedro.

—¿Y qué propones?

—Un club.

Me miró fijamente sin inmutarse.

—No un club como hasta ahora, claro —añadí al ver su expresión—. Hablo de un club con música, bebidas, gogós, diversión... Nada de desnudos, sino un club para salir de fiesta, para divertirse, para bailar, tanto hombres como mujeres. Una discoteca, Pedro.

Me miró largo y tendido durante un rato. Escuché el sonido de la música cambiando y supe que me tocaba salir al escenario en breve. Me levanté de la silla y fui tras el biombo que utilizábamos en pocas ocasiones, ya que Pedro se había quedado muy quieto en la silla, todavía pensando. Él me había visto desnuda cientos de veces, pero no es lo mismo desnudarse sobre el escenario mientras ejercía mi labor profesional que en una habitación normal con él sentado en una silla fumándose un cigarrillo. Me puse el traje de aviadora y salí para subirme a los taconazos negros. Justo entonces Patricia entró en la sala cubriéndose los pechos con los brazos. Me sonrió con dulzura.

—Llévate la bata para ponértela al terminar, Clara, hace demasiado frío por el pasillo hoy.

—Gracias, Pati. —Posé una mano sobre su hombro con cariño.

Esa chica era un encanto. Llevaba tres meses trabajando en el Silver y habíamos hecho muy buenas migas. Sus ojitos marrones me transmitían alegría. Tenía el pelo castaño por encima de los hombros y rematado por un flequillo recto. Creo que era de Valencia. Se metió tras el biombo porque nuestro jefe seguía sentado en la silla sin moverse. Parecía abducido por sus propios pensamientos.

—Pedro —lo llamé.

Sobresaltado, levantó la cabeza para mirarme. Carraspeó y se puso en pie.

—Habla sobre lo que me has dicho, Clara. Me has dado mucho en qué pensar.

Y dicho eso, salió del camerino sin pronunciar más palabras. Me encogí de hombros y fui hacia el escenario. Joder, sí que hacía frío. Vi a Sam apoyado en la pared justo al lado de la puerta de emergencia. Se volvió hacia mí y sonrió al descubrirme ahí parada. Le guiñé un ojo y giré en dirección a las escaleras que me llevaron al escenario.

—Estimados clientes. Recibamos con un fuerte aplauso a Celeste...

Allá vamos de nuevo.

\*\*\*

El domingo desperté gracias al sonido de un taladro. Y sí, por taladro me refiero a la herramienta de bricolaje, al aparato del demonio que hace un ruido estremecedor y que se me metió hasta el cerebro cuando yo lo único que quería era dormir. Pero no iba a ser posible, pues alguien muy simpático estaba haciendo agujeros en las paredes de mi hogar sin tener en cuenta que había personas a las que les gustaría descansar.

En serio, la consideración en esa puñetera casa brillaba por su ausencia.

Me levanté de la cama y fui hacia la puerta hecha una furia. Ni me preocupé por vestirme ni nada, llevaba una camiseta gris de tirantes y un culote negro. Y así salí al pasillo y bajé las escaleras siguiendo el sonido del maldito taladro. Me llevó hasta el salón. Al abrir la puerta me encontré con ellos. Cris y Alberto estaban poniendo cuadros. Acojonante.

—¿No hay otro momento para hacer eso? —grité cuando Alberto apartó el taladro de la pared y el silencio se hizo en la habitación.

Los dos se sobresaltaron y se giraron para encontrarme en la puerta. Me sonrieron como si nada y Cris se acercó hasta mí saltando. Cualquiera diría que la noche anterior había pasado horas bailando sobre el escenario con unos

tacones de doce centímetros y se había acostado a las cinco de la mañana. Igual que yo. En su rostro no había rastro de ojeras ni de cansancio. Lo contrario a mí.

—Buenos días a ti también, Clara. —Me dio un abrazo intentando apaciguarme—. ¿No estás contenta de que hayan llegado tus días libres?

—Ugh, claro, Cris. —La aparté poniendo mala cara—. Pero no vengas a hacerme la pelota. Me habéis despertado con ese ruido del infierno.

Alberto me miró pestañeando con inocencia. No le pegaba nada.

—El domingo es el día perfecto para labores de bricolaje, Clari.

—Sí, claro, se nota que tú anoche no te acostaste a las mil.

—Ha llegado a casa esta mañana —susurró con aire confidencial Cris en mi oído.

—¿Cómo? —Abrí mucho los ojos mirando a Alberto—. ¿Dónde has dormido?

Él rio con timidez y dejó el taladro en el suelo.

—Conoció a alguien —me susurró de nuevo Cris.

La fulminé con la mirada.

—Cállate, quiero que me lo cuente él.

—Cris, no sabes mantener esa boca cerrada —dijo Alberto sentándose en el sofá.

—¿Cómo voy a callarme? —canturreó yendo hasta su lado—. Has conocido a tu príncipe azul.

—¿Príncipe azul? —pregunté arrugando la nariz.

Él me hizo un gesto con la mano quitándole importancia. Cris creía en esas cosas, nosotros no. Fui hasta el sofá y me senté al lado de Alberto. Le di un codazo en el brazo y se volvió a mirarme.

—¿Has mojado el churro? —Moví las cejas arriba y abajo haciéndolo reír.

—Mojé el churro, lo cubrí de chocolate y sirvió de desayuno a un guapo chico que conocí anoche en un bar.

Cris y yo nos reímos a carcajadas.

—¿Cómo se llama?

—Se llama Enric y es un perfecto gay de los que a mí me gustan.

—¿Con pluma?

—Con muuuuuucha pluma. —Sonrió mostrando su blanca dentadura.

—Queremos conocerlo —exclamó Cris aplaudiendo feliz.

—Esperaremos a ver cómo van las cosas. Lo he dejado en su apartamento

esta misma mañana, no voy a agobiarlo llamándolo ni mandándole mensajes.

—Hablando de agobios... —murmuré como quien no quiere la cosa.

—Lo sé, lo sé —empezó él mientras elevaba las manos en el aire—. Os dije que me iba a quedar unos días y ya llevo aquí una semana.

—No nos importa, Al, hay habitaciones de sobra. Solo nos gustaría saber cuánto te vas a quedar, ya sabes, por si queremos traer a alguien a casa y se van a encontrar a un chico tan guapo como tú roncando en el sofá.

—¡Ey! —Se cruzó de brazos y me miró muy serio—. Yo no ronco.

—Alberto, roncas como un león —le dijo Cris riendo entre dientes.

—Lo que vosotras digáis, pero... —Se me quedó mirando muy serio—. ¿Por qué quieres saber eso? ¿Cómo que «por si acaso traéis a un chico»? Cris puede traer a Jorge y no pasa nada. Además, no es mi tipo, ya lo sabéis. A mí me gustan más... bueno, menos masculinos. ¿Qué está pasando aquí, Clara?

Los dos se me quedaron mirando fijamente. Me puse nerviosa al instante. Casi me sudaban las manos. Mierda. No les había comentado nada acerca de mi «cita» para ver una película con Javier.

—¿Has quedado con alguien? —preguntó la cotilla de Alberto con tono divertido y socarrón.

Nerviosa, retorcí las manos y carraspeé. Cris se levantó como una flecha del sofá y se agachó frente a mí. Sus ojos entraron en contacto con los míos. Fueron solo unos segundos, pero los necesarios para ella y su poder paranormal.

—¿Has quedado con Javier!

—¿El amigo de Jorge de ojitos verdes chispeantes? —preguntó Alberto lanzándome una mirada emocionada—. ¡Me encanta ese chico!

—Y por eso os agradeceré que no estéis merodeando por aquí esta noche.

—¿Esta noche? ¿Aquí? ¿Solos? ¿Qué vais a hacer? ¿Te lo pidió él o fuiste tú? ¿Por qué no nos habías dicho nada?

Cris parecía una auténtica loca, hacía preguntas sin parar mientras aplaudía y reía.

—Por esto, Cris —grité para conseguir que dejara de hablar. Lo hizo. Se sentó en el suelo y me miró expectante—. Porque eres una cotilla y no quiero que le demos a esto más importancia de la que tiene. Hemos quedado para ver una película, como amigos, nada más. No es una cita, no vamos a salir a la calle cogidos de la mano ni va a pasar nada entre nosotros. Es una noche de pelis entre amigos. Punto.

Me crucé de brazos mientras sentía sus miradas sobre mí. Pasaron unos

segundos antes de que escuchara carraspear a Alberto. Volví la cara hacia él. Conocía la expresión en su rostro.

—Permíteme que te lo diga de una manera... no sé... delicada. —Tomó aire y me miró fijamente a los ojos—. ¡Eso no te lo crees ni tú, guapa!

Puse los ojos en blanco al escucharlo. Él siguió a lo suyo.

—Ese hombre es el pecado original personificado, Clara. Llama al sexo, huele a sexo, sonríe pidiendo sexo, se mueve incitando al sexo...

—Clara ya sabe algo sobre eso... —murmuró Cris ganándose una patada en la rodilla—. ¡Ay!

Alberto la miró primero a ella y luego a mí, parecía confundido. Lógico, él no tenía ni idea del episodio del baile al novio sexi en el club.

—Aquí hay algo que me he perdido, ¿verdad?

—¿Puedo contárselo yo? —rogó Cris mirándome con ojos del gato de Shrek—. Porfa, porfa, porfa...

Bufé y miré hacia el techo. ¿Cuándo me había hecho yo amiga de esos dos? ¿Qué había hecho para merecer semejante tortura? Extendí la mano hacia delante dejándole a Cris vía libre para contárselo. Prefería que fuera ella la que lo hiciera. Aunque no reparé en la cantidad de detalles que no tenía intención de omitir: las expresiones de mi rostro durante los dos días en que todo sucedió, mi obsesión durante los meses siguientes, mi reacción al descubrirlo en nuestra casa...

*Esto te pasa por darle rienda suelta a esta loca.*

Soporté las miradas inquisitivas y socarronas de Alberto durante todo el relato, que fue largo, con todo lujo de detalles y con comentarios que incluso sobraban. Cuando Cris terminó, los dos me miraron con unas sonrisas enormes. ¡Malditos! Antes de que pudieran hablar, me levanté del sofá y coloqué las palmas de las manos hacia delante.

—No. Por favor. No quiero que digáis ni media palabra. Javier y yo vamos a ver una película como dos amigos que quedan para pasar juntos un rato porque disfrutan de la compañía del otro. Sin más. Lo que sucedió aquella vez es cosa del pasado. No se va a repetir. Javier es el típico ligón de playa que sabe que puede tener a sus pies a todas las mujeres del planeta. Lo sabe y lo explota. No voy a ser una más en su lista. No voy a sucumbir a sus encantos de nuevo. Voy a ser su amiga y nada más. —Levanté un dedo al ver que Cris abría la boca para hablar—. No, no, no. Ni media palabra, Cris. Si vais a estar en casa esta noche me parecerá bien, no hace falta que os marchéis de aquí. Pero no quiero risitas estúpidas, miraditas de las vuestras ni comentarios

jocosos de ningún tipo. Y sí, Alberto, eso va por ti. Si no vais a saber comportaros, será mejor que os busquéis un plan y desaparezcáis de aquí. ¿De acuerdo?

—Joder, Clara, qué mal genio tienes —soltó Alberto enfurruñado—. Nos quitas toda la diversión.

—Mis historias no son para que tú te diviertas —enfaticé acercándome a la puerta.

—No conocerás a Enric hasta que dejes de comportarte como una anciana amargada.

Solté una carcajada. Como si conocer a su ligue con tanta pluma como la gallina Caponata fuera a hacerme cambiar de parecer.

\*\*\*

Nervios, nervios y más nervios.

Me sudaban las manos. Parecía que se me iba a salir el corazón por la boca. Volví a mirarme en el espejo por... ¿quinta vez?

*Joder, Clara. Tú misma lo has repetido hasta la saciedad. Solo amigos viendo una película. ¿Por qué coño estos nervios?*

Esa era una buena pregunta.

Bajé a la cocina para asegurarme de que había cervezas frías.

Otra vez.

—Dudo mucho que ahí dentro haya algo diferente a lo que había hace media hora.

Me giré para encontrarme a Alberto apoyado en el quicio de la puerta de la cocina con esa sonrisita de suficiencia en su bronceado rostro.

—¿Cuántas veces has mirado la nevera en las últimas dos horas? —preguntó mientras daba un paso hasta posar una mano en la encimera y se rascaba la barbilla con falso gesto pensativo.

—Alberto, capullo, pasa de mí.

Me crucé de brazos a la vez que él se echaba a reír.

—Estás nerviosa.

—No estoy nerviosa.

—Lo estás.

No pensaba discutir con él, y mucho menos decirle que me encontraba más nerviosa que la primera vez que bailé en el Silver. Salí de la cocina pasando a su lado mientras él reía. Fui hasta el salón y me agaché delante del mueble de

la televisión para buscar el DVD de la película que íbamos a ver Javier y yo.

—Me marchó.

Me di la vuelta para mirarlo y asentí con la cabeza. Estaba algo molesta con él, para qué mentir. Odiaba que me conociera tan bien y, sobre todo, odiaba sentirme así por culpa de esa estúpida «no cita» con Javier. Sí, de acuerdo, lo que me causaba los nervios y el malestar era únicamente la «no cita». Estaba atacada de los nervios, como hacía muchísimo tiempo que no me sentía. Y enfadada por encontrarme así. Por él, nada menos.

—He quedado con Enric —me informó Alberto.

—Perfecto. —Volví de nuevo a los DVD.

Escuché un bufido a mis espaldas.

—Te comportas como una niña, Clara.

Abrí la boca para contestarle cuando el timbre de la casa se escuchó. Me incorporé como un resorte y vi a Alberto sonriendo con todos los dientes delante de mí.

—¡Yo abro! —exclamó dándose la vuelta y echando a correr por el pasillo.

—¡No te pases ni un pelo! —grité siguiéndolo a toda velocidad.

Escuché sus carcajadas, vi que llegaba hasta la puerta y la abría con su expresión de ~~hola-qué-tal-soy-un-niño-bueno-que-no-ha-roto-un-plato-en-su-vida~~. No pude evitar reírme entre dientes. Qué peliculero era.

—Hola, Javier.

Reprimí las ganas de poner los ojos en blanco al apreciar el ronroneo en su voz.

—Oh... hola. Alberto, ¿verdad?

Aparecí tras mi amigo para que Javier no se sintiera incómodo bajo su escaneo gay. Sabía perfectamente cómo lo estaba mirando, lo conocía demasiado.

Los ojos de Javier reflejaron alivio en cuanto me vio. Pese a estar siendo víctima de una situación que podría incluso llegar a considerarse acoso sexual, me regaló una de esas sonrisas suyas. Casi noté el hilillo de babas colgando de mis labios. Tragué la saliva que se acumuló en mi boca y le sonreí de vuelta.

—Hola.

—Hola, Clara. ¿Puedo pasar?

—Claro, adelante. —Alberto se echó a un lado y le hizo un gesto con el brazo para que pasara—. Yo ya me marchó. Así os dejo a solas.

Javier se giró una vez estuvo en el interior de mi casa y miró a Alberto, que ya estaba en el porche.

—Pasadlo bien viendo esa película, chicos —dijo a la vez que movía las cejas de manera sugerente.

—Venga, Alberto —dije agarrando la puerta y empezando a cerrársela en las narices—. Vete de una puñetera vez y disfruta de tu cita.

—Igualmente, Clara —murmuró con un tono demasiado plagado de connotaciones eróticas.

Entonces cerré de un portazo. ¡Cuantísimo lo odiaba en esos momentos! Pude escuchar sus carcajadas malévolas a mis espaldas.

Menudo capullo estaba hecho.

—Me pone nervioso —admitió Javier tras de mí.

Entonces me di la vuelta y reparé en él y en todo su esplendor.

Llevaba una camiseta negra que le quedaba algo ajustada y marcaba los músculos de su pecho. Sus vaqueros eran claros y desgastados en las rodillas; me sorprendió descubrir que eran de talle bajo y que podía ver parte del elástico de sus calzoncillos. En mi fuero interno, agradecí a Calvin Klein por su maravillosa colección de ropa interior masculina. La imagen de Javier posando en uno de los anuncios que adornaban las marquesinas de los autobuses ocupó toda mi mente en ese mismo instante.

—¿Clara?

Su voz me devolvió a la realidad. Lo miré parpadeando.

—Me estabas observando igual que Alberto, como si fuera un pedazo de carne.

Sonrió encantado consigo mismo.

—Sí, claro. —Moví la mano en el aire a la vez que negaba con la cabeza—. Eso es lo que a ti te gustaría.

Fuimos hacia el salón y se dejó caer en el sofá con total confianza, como si estuviera en su casa. Levantó las piernas y apoyó sus Converse azules en la mesita. Lo miré arqueando una ceja.

—Ups, perdón —dijo quitando los pies y poniéndolos en el suelo.

—No te tomes demasiadas confianzas.

—Los amigos las tienen, ¿no?

Me miró con sus penetrantes ojos verdes y tuve que carraspear a la vez que apartaba la mirada para no abalanzarme sobre su boca justo en ese momento. Que me mirara de esa manera no me ayudaba en nada, todo lo contrario, complicaba las cosas. Complicaba mis convicciones, mis

decisiones acerca de lo que quería y no quería que pasara con él. Porque si me miraba así... joder, yo quería que pasara de todo.

Dios, ¿es que ese hombre siempre me iba a afectar de esa manera?

—¿Una cerveza? —propuse para salir del paso.

—Por supuesto.

Fui a la cocina y saqué dos cervezas de la nevera. Metí un paquete de palomitas al microondas y me apoyé en la encimera para empezar a tomar hondas bocanadas de aire. Tenía que calmarme. El sonido de la explosión de las palomitas acompañó mis pensamientos constantemente encadenados a esos ojos verdes chispeantes, tal como Alberto los llamaba.

—Ey.

Di un bote al escuchar su voz y me giré para verlo apoyado en el marco de la puerta de la cocina.

—Las palomitas ya estarán listas.

Señaló el microondas. Que ya había terminado. Y yo, como era de esperar, ni siquiera me había enterado de los pitidos que avisaban de ello. Parpadeé varias veces para centrarme, me acerqué al electrodoméstico y lo abrí para extraer la bolsa con cuidado de no quemarme. Saqué un bol de un armario y vertí el contenido en él.

—Mmmmm, me encanta el olor a palomitas recién hechas —murmuró demasiado cerca de mi oído—. ¿A ti no? Yo sería capaz de comer palomitas a todas horas; aunque esté completamente lleno, no me puedo resistir a ellas.

Sonreí ante su confesión.

—¿Saladas o dulces? —pregunté mientras daba unos golpes al fondo de la bolsa para que se despegaran las últimas palomitas.

—Buena pregunta. —Se quedó pensativo unos segundos, me giré a mirarlo y estaba rascándose la nuca mientras su vista se centraba en el techo de la cocina—. Las saladas son sabrosas y me apetecen a todas horas, pero las dulces...

Sus ojos tomaron contacto con los míos y entonces su sonrisa torcida hizo su aparición estelar. Oh, por favor... Noté como se me secaba la boca.

—Ya sabes lo que dicen. —Ladeó un poco la cabeza y miró mis labios—. Un dulce nunca amarga.

Hola, doble sentido. Hola, pensamientos impuros. Hola, pulsaciones aceleradas. Hola, calores de la muerte centralizados entre mis piernas.

Tomé aire, intenté calmarme un poco y ladeé la cabeza, imitándolo.

—Lo siento, esta vez tendrás que conformarte con las saladas.

Soltó una carcajada y asintió despacio.

—Palomitas saladas, cerveza y película, ¿qué más puedo pedir?

—Creo que se te olvida algo —dije cogiendo el bol y una de las cervezas que había dejado en la encimera.

Él cogió la otra y me observó pasar frente a él en dirección al salón. Frunció ligeramente el ceño y salió tras de mí. Al llegar, me senté en el sofá, dejé las palomitas en la mesa y lo miré. Enarqué las cejas mientras me señalaba a mí misma y él se echó a reír.

—Por supuesto —exclamó tomando asiento a mi lado—. No podía olvidarme de la compañía. Eso, sin duda, es lo mejor de la noche.

Me dio un ligero codazo en el brazo que me hizo sonreír. Me estiré para coger el mando y le di al *play*.

—Espero que te guste *Terminator*.

—¿En serio? —Se volvió a mirarme con los ojos muy abiertos—. Creí que tocaría algo de romance esta noche.

—Tú dijiste que nada de Matthew ni Richard. Ya ves que te he hecho caso. ¿Acaso te parece mal?

—En absoluto —se apresuró a contestar mientras se acomodaba en el sofá muy cerca de mí—. *Terminator* es mucho mejor que cualquiera de esos actores, no podemos comparar. Encima en esta sale ese maravilloso robot con su traje granate de cuero... Oh, Clara, tú sí que sabes cómo complacer a un hombre.

Me eché a reír a la vez que él y me encantó cómo sonaban nuestras carcajadas unidas.

Vimos la película entre risas por sus constantes exclamaciones y mis bufidos ante las cosas que eran físicamente imposibles. Ese tipo de películas no eran mi fuerte, pero la verdad es que disfruté viéndola con él. Tres cervezas y todo el bol de palomitas después, Terminator llegó a su fin y estiré los brazos repantigándome en el sofá.

—¿Estás cansada? —preguntó mirándome con curiosidad.

—Un poco...

—Si estás cansada, puedo irme a casa para que te acuestes y...

—No, no —le corté poniendo mi mano sobre la suya—. Estoy bien, en serio.

Observó mi mano y levantó su gloriosa ceja.

—¿Otra peli?

Esa vez le tocó el turno a una de las mías: *City of Angels*, de Meg Ryan y

Nicholas Cage. Y, como siempre que veía esa película, terminé llorando como una idiota. Nunca he conseguido verla sin derramar una lágrima, jamás. Puede que las cinco cervezas que me había bebido influyeran un poco en mi estado de ánimo e hicieran que las lágrimas salieran con más facilidad. Ver al pobre Nicholas Cage volviendo del mundo de los ángeles por su amor hacia Meg Ryan para que ella terminara muriendo... demasiado para mí.

—Dios... es tan triste... —sollocé agarrada a un cojín mientras me llevaba un pañuelo a la nariz.

Noté la tensión en el cuerpo de Javier y me volví a mirarlo. Sus ojos verdes estaban enrojecidos, tenía las mandíbulas apretadas. Fruncí el ceño y me incorporé para observarlo. Él se dio cuenta y enseguida cambió el gesto de su cuerpo para carraspear como si nada.

—¿Estás llorando?

Se llevó una mano al pelo y se removió incómodo en el sofá.

—No estoy llorando.

El tono de su voz me dejó claro que mentía. Era ronca y sonaba bastante afectada.

Fruncí los labios con fuerza. No quería reírme, me parecía tan dulce y tan mono que se hubiera emocionado con esa película que no quise ponerlo en ridículo. Bastante incómodo se estaría sintiendo él ya. Así que me acerqué y apoyé la cabeza en su hombro.

—No importa. No se lo diré a nadie.

Intuí la sonrisa en su rostro y noté como se relajaba a mi lado. Su mano derecha se acomodó en mi rodilla, le dio un pequeño apretón y suspiró. Permanecimos así, muy pegados, mientras las lágrimas seguían cayendo por mis mejillas y mojaban su camiseta.

La película terminó y comenzamos a hablar de tonterías pese a que ya eran las dos de la madrugada. Me contó sobre los niños que había atendido esa semana en el hospital durante sus prácticas. Una niña de trenzas rubias le había pedido que fuera su novio y, para mostrarle su amor eterno, le había regalado una chocolatina con cacahuetes. Comprendía muy bien a esa niña. Me reí mientras me contaba anécdotas de él, Jorge y su hermano Raúl. Por lo visto, esos tres fueron un peligro para el sector femenino de la sociedad. Menuda cuadrilla debían de estar hecha. Me pareció apreciar cierta nostalgia en sus palabras mientras hablaba de ellos. Su hermano llevaba varios meses casado, y eso, unido al hecho de que Jorge estuviera con Cris, parecía haberlo dejado colgado en sus noches de ligoteo.

Le conté acerca de mi llegada a Barcelona y cómo había terminado trabajando en el club. No añadí a Cris a la historia, ya que no quería que le fuera con el cuento a Jorge antes de tiempo. Él asintió mientras le explicaba los motivos por los que me dediqué a eso; parecía entenderme y eso me gustó. Nunca le había contado mi historia a nadie aparte de la gente del club, así que agradecí su comprensión.

De repente caí en algo.

—Mierda, Javier... Son las cuatro de la mañana. Tendrás que madrugar y yo estoy aquí contándote mis historias.

—No importa. —Se encogió de hombros y miró el reloj—. Mañana no tengo que ir al hospital, solo tengo una tutoría en la universidad por la tarde.

—¿Tutoría?

—De una de las asignaturas pendientes que me quedan del año pasado.

Nos quedamos en silencio. De repente, el ambiente cambió. Habíamos pasado horas hablando de tonterías, pero con el simple hecho de mencionar su partida la situación se modificó. Me di cuenta de que no quería que se marchara, lo que quería era que se quedara allí, hablando conmigo durante horas y horas, hasta que saliera el sol. Quería escuchar el sonido de su risa y ver como se pasaba la mano por el pelo cada vez que explicaba algo que lo ponía nervioso. Quería ver su sonrisa ladeada cuando decía algo subido de tono y observar el brillo en sus ojos afectados por toda la cerveza que habíamos bebido. Quería que me contara cosas para conocerlo mejor. Quería memorizar las arrugas que se formaban alrededor de sus ojos cada vez que reía. Quería...

—¿Quieres que me vaya? —susurró de repente.

Levanté la vista y la centré en su mirada. Negué efusivamente con la cabeza. Ni de coña quería que se marchara. Él asintió despacio y las comisuras de sus labios se elevaron poco a poco hasta formar una sonrisa que me aceleró el pulso.

—Me alegro... porque yo no quiero irme.

El tono de su voz, suave y algo ronco, se coló en mi interior hasta ponerlo todo del revés. No sé qué fue lo que me pasó ni cómo dejé que las emociones que me embargaron tomaran el control de la situación, pero, cuando quise darme cuenta, mis manos estaban acariciando los contornos de su hermoso rostro. Cerró los ojos mientras yo delineaba su mandíbula con la yema de mis dedos.

—Clara... —murmuró recostándose en el sofá y suspirando.

Lo hice callar.

No quería palabras que pudieran poner algún tipo de objeción a lo que estaba haciendo. No quería nada más que eso en ese exacto momento. Acaricié sus párpados, su nariz, sus pómulos, su frente... Recorrí su labio inferior con los dedos de mi mano derecha. Aprecié que me temblaban y noté su respiración pesada. De repente, su boca se abrió y soltó una especie de ronquido.

¿Qué narices...?

Me incorporé muy rápida y me quedé mirándolo. ¡La madre que lo parió! Se había quedado dormido. Sonreí a la vez que negaba con la cabeza. Me levanté del sofá y lo moví con cuidado para acostarlo sobre el sofá. Cogí una manta de cuadros rojos y verdes que descansaba sobre el respaldo y lo tapé para que no tuviera frío. Emitió unos ruiditos graciosísimos mientras se acomodaba que me hicieron reír. Me agaché y me permití observarlo durante unos segundos. Su rostro perfecto estaba tan tranquilo, tan relajado, tan en paz... Aparté unos mechones de pelo que caían por su frente y lo besé en la mejilla. Suspiró y sus labios se curvaron hacia arriba. Pensé que se habría despertado, pero no, estaba completamente dormido. Apagué la luz justo después de echarle un último vistazo y me marché por el pasillo hacia mi habitación.

## CAPÍTULO 7. JAVIER

Abrí un ojo y me di cuenta de que seguía en el salón de Clara, tumbado en su sofá y cubierto por una manta de cuadros que perfectamente podría pertenecer a mi abuela. Me incorporé y observé los restos de las cervezas que nos habíamos bebido aquella noche. No entraba casi sol por la ventana. Miré el reloj de encima de la televisión y gemí al ver que solo eran las seis de la mañana. Me rasqué la cabeza a la vez me ponía de pie, necesitaba ir al baño.

Una vez hube hecho mi primera descarga matutina, regresé al salón. Me planteé volver a echarme en el sofá o recoger todos esos botellines de cerveza. Decidí recoger, no quería que Clara pensara que era un vago de mierda, aunque en realidad sí lo fuera.

Dejé todo en la cocina y abrí la nevera para beber algo de zumo directamente del recipiente. Una cosa es que recogiera las cervezas y otra muy diferente que fuera a beber zumo en un vaso, jamás lo había hecho y no tenía intención de cambiar eso, por mucho que no estuviera en mi casa.

Bostecé y miré a mi alrededor. Clara estaría durmiendo todavía. ¿Y si...? Agité la cabeza para alejar el pensamiento que acababa de tener. No, no podía aparecer en su cuarto como si nada para meterme en su cama. Sería una especie de suicidio. Aunque la verdad es que me dolía el cuello tras haber dormido en ese sofá del demonio. Dudaba mucho que Clara aceptara eso como justificación para meterme en su cama. No podía aparecer en su cuarto diciendo: «Clara, perdona, ¿puedo dormir contigo porque ese sofá de mierda que tienes me está dejando la espalda hecha polvo?». Su respuesta más segura sería: «Vete a tu puta casa, Miranda».

Me reí imaginándolo.

Había empezado a conocer a Clara y me gustaba. Mucho. Celeste formaba parte de ella, era su parte externa, su envoltorio, lo que mostraba al resto. Pero por dentro era una chica divertida, con mal genio, capaz de hacer comentarios audaces y realmente sorprendentes en ocasiones. Si Celeste me dejó obnubilado, con Clara estaba ascendiendo a un nuevo nivel. Me estaba enganando a ella.

Sopesé mis opciones durante unos segundos. Sofá o su cama. Sofá o su

cama. ¡Qué coño!

*Vamos a por todas, Miranda.*

Si me echaba de su habitación volvería al sofá, no perdía nada por intentarlo.

Salí de la cocina y fui escaleras arriba en dirección al cuarto de Clara. Llegué a su puerta y me detuve frente a ella un instante. ¿Qué iba buscando en realidad? No quería meterme en sus bragas. Bueno... las bragas de Clara era algo en lo que quería meterme una y otra vez, sin ninguna duda y en cualquier momento o lugar. Pero entonces lo único que quería era dormir, como la noche tras la fiesta, abrazado a su cintura y escuchando su respiración. En ese instante no pensaba en otra cosa.

Abrí la puerta sin planteármelo más, despacio, sin hacer ruido. La habitación estaba a oscuras, solo entraba una ligera luz por las rendijas de las persianas. Fui de puntillas hasta su cama y me metí por el lado contrario al que estaba acostada. Ni se inmutó. Me acerqué a ella y aspiré el aroma de su pelo. Mmmmm... Fresas... Ese olor le gustó a mi soldado, pero lo obligué a calmarse. Pasé una mano por su cintura y pegué mi pecho a su espalda. Ella se movió un poco antes de suspirar. No pude evitar sonreír. La verdad es que no me hubiera importado nada escuchar ese sonido todos los días.

Fruncí el ceño. ¿Qué tipo de pensamiento era ese?

*¿Todos los días? Miranda... esta mujer te está trastornando.*

Respiré hondo antes de cerrar los ojos. Las fresas llenaron mis fosas nasales y me sentí tan bien que me apreté un poco más a ella, acariciando su estómago sobre la tela de su camiseta al moverme. Clara se agitó de nuevo y de repente se puso rígida.

Oh, oh...

—¿Qué coño estás haciendo?

Su voz sonó con todo el poder del lado oscuro, una mezcla entre Darth Vader y El Padrino. Me acojoné.

—Dormir —contesté con toda la inocencia que fui capaz de mostrar.

Se giró despacio y aparté la mano de su cintura. Me dio miedo que fuera a arrancármela.

—Javi, en serio, ¿qué coño haces aquí?

—En tu sofá se duerme de pena, Clara, así que había pensado que te apiadarías de mi espalda y me dejarías dormir contigo un par de horas más. Solo dos horas más.

Respiró hondo y se llevó la mano al puente de la nariz para masajearlo

con dos dedos.

—Javier...

Me acerqué a ella y pasé de nuevo el brazo por su cintura, noté que se tensaba con mi toque. No sé si fue porque era yo y la ponía nerviosa o porque estaba realmente cabreada y a punto de saltarme a la yugular.

—Clara... —susurré con voz de niño bueno al ver que abría la boca para añadir algo más—. El otro día dormimos juntos y pensaba que no pasaría nada por repetir. No vengo con intención de meterte mano, aunque si eso es lo que quieres puedo hacer un esfuerzo y...

Un golpe en la frente me hizo callar. Se me escapó una carcajada y oí que Clara reía también.

—Eres un capullo —dijo entre risitas.

—Pero te gusto.

Se volvió a mirarme, suspiró sonoramente y se dio la vuelta para quedar tumbada como lo estaba cuando me metí en su cama.

—Cuidadito con esas manos —me advirtió—. No te pases ni un pelo, Miranda.

Sonreí y me acurruqué a su lado de nuevo.

—Me encanta cuando me llamas por mi apellido.

Noté que su cuerpo se agitaba por la risa.

Me atreví a volver a mi posición original de antes de que ella despertara. Pasé lentamente mi mano por su cintura.

—¿Puedo? —pregunté con suavidad.

Respiró hondo y asintió, lo noté por el movimiento en su almohada. Sonreí mientras me pegaba de nuevo a su espalda y me relajaba gracias a su maravilloso aroma. Cuando comencé a acompasar mi respiración a la suya, noté que movía su brazo hasta colocarlo encima del mío. Su mano terminó sobre la mía y entrelazó nuestros dedos a la vez que suspiraba. De nuevo sonreí y, casi sin darme cuenta, acerqué mi rostro a su pelo para besarlo. Mi cuerpo se relajó por completo y me quedé dormido.

\*\*\*

—¿Qué coño es esto?

Me levanté de la cama como un resorte al escuchar los gritos de una especie de urraca con diarrea. Comencé a frotarme la cara mientras intentaba abrir los ojos para descubrir quién era la persona o el animal que gritaba de

esa manera. Clara estaba sentada a mi lado, se había incorporado a la misma velocidad que yo.

—Vaya, vaya... —dijo esa voz derrochando suficiencia.

Miré hacia la puerta y vi a Cristina ahí plantada, de brazos cruzados y con una sonrisita condescendiente.

—¿Qué tenemos aquí? —siguió sin dejar de sonreír—. Clara, esto no es lo que yo tengo entendido como una noche de...

—¡Cállate, Cris! —gritó ella a mi lado.

No sé qué pretendía decir la novia de mi amigo, pero estaba muy claro que Clara no quería que yo lo escuchara. Me giré a mirarla y descubrí el gesto serio de su rostro, parecía muy enfadada. Tenía las mejillas sonrojadas y el pelo completamente revuelto. Yo la vi guapa, sexi, apetecible... De repente, se volvió hacia mí y suspiró con intensidad justo antes de cubrirse los ojos con la mano y dejarse caer sobre el colchón. Muy teatral, la verdad, aunque parecía afectada en serio. Por lo que fuera. Por algo que en esos momentos, todavía medio dormido, no llegaba a comprender.

—¿Qué tal, Cris? —pregunté, ya que parecía que nadie iba a hablar en esa habitación.

—Muy bien, Javier, gracias por preguntar. Acabo de volver de tu apartamento.

—¿Qué hora es?

—Las dos y media.

—¡Mierda! —exclamé poniéndome de pie—. Voy a llegar tarde a la tutoría.

Clara seguía con la mano sobre la cara. Esperé que me mirara para decirme adiós o para proponerme quedar otro rato, pero no se movió ni un milímetro. Me puse las Converse a toda velocidad y me acerqué hasta su lado de la cama. Antes me volví hacia Cristina, que seguía apoyada en el marco de la puerta observando todo con una sonrisa de vieja alcahueta. Era igual de cotilla que Jorge. Si ya lo dice el refrán: Dios los cría y ellos se juntan. Puse los ojos en blanco justo antes de hacerle un gesto con la mano para que se fuera. Ella me miró raro un momento, me sacó la lengua y se dio la vuelta para desaparecer por el pasillo. Me arrodillé al lado de Clara y esperé a que se moviera. Seguro que sabía que estaba ahí, me habría escuchado. Pero no lo hizo. Seguía igual, con la mano sobre la cara, mortificada. Tomé aire y lo solté deprisa.

—¿Clara? Me marchó.

Asintió con la cabeza y yo fruncí el ceño. ¿Qué coño le pasaba?

—¿Estás bien?

—Sí, Javi, estoy bien. Vete, por favor.

El tono de su voz me dejó claro que no quería hablar conmigo. Me incorporé sin entender absolutamente nada.

—Bueno... Ya... —Ni siquiera sabía qué decir. ¿Había hecho algo mal? —. Ya nos veremos.

Me hizo un gesto con la mano para que me fuera. Me quedé con cara de póker total. Ni siquiera me había mirado ni un segundo. Tampoco se había despedido. Nada de nada. Ni un beso, ni un agitar de mano, ni una sonrisa... Salí de su habitación muy confundido, mientras comenzaba a pensar en que la posibilidad de haberla cagado con ella fuese la causante de su extraño despertar. ¿Era por haberme metido en su cama de madrugada? No, no podía ser. Ella había aceptado. Quiso que durmiéramos juntos. ¿Entonces? Bajé las escaleras cabizbajo y salí de la casa sin despedirme de Cristina; no sabía dónde estaba y tampoco me sentía con ganas de buscarla para decirle adiós. Me monté en el coche y arranqué para ir a mi apartamento a coger los apuntes y luego dirigirme a la facultad. Mierda, tendría que conducir muy deprisa o no iba a llegar a tiempo. Dormir con Clara era demasiado reconfortante, había descansado como un niño pequeño y no había sido consciente de las horas que pasaban.

\*\*\*

Después de mi tutoría (a la que llegué veinte minutos tarde), volví al apartamento para encontrarme con Jorge tirado en el sofá con los pies apoyados en el respaldo y la cabeza colgando por un lateral.

—Ey.

—Ey —contesté con gesto serio.

—¿Dónde has pasado la noche? —preguntó sin apartar la vista de la televisión.

—Lo sabes perfectamente, no te hagas el idiota.

Pasé por delante y fui a mi cuarto. Dejé los apuntes sobre el escritorio y me quité la ropa; ni siquiera me había podido duchar antes de la tutoría. Y ahora no tenía ninguna gana, así que me puse un chándal, dejé el móvil sobre la cama y fui al salón, donde Jorge seguía exactamente en la misma postura. Apostaba algo a que después le iba a doler el cuello.

Me senté en el sillón y pasé una pierna por el reposabrazos. Miré la tele. Perfecto. Fútbol europeo: Inglaterra – Suecia. Rooney llevaba el balón y lanzó a puerta, aunque se le fue bastante alta. Chasquéé la lengua.

—¿Te la has tirado? —soltó Jorge de repente.

Me volví a mirarlo con sorpresa.

—¿No eras tú el que decía que esas cosas no se preguntaban?

El muy capullo se encogió de hombros.

—Es curiosidad.

—Eres un cotilla de mierda.

—Cris me ha dicho que os ha pillado en la cama cuando ha llegado a casa, pero los dos estabais vestidos, así que descartamos que haya habido *ñogo-ñogo* entre vosotros. No sabe qué ha pasado, dice que Clara se ha ido de casa en cuanto tú te has marchado y no ha vuelto a hablar con ella. Por eso te lo pregunto yo.

Por Dios, ¡qué pareja!

Lo ignoré y volví a dirigir toda mi atención a la televisión. No pensaba hablarle de mi noche con Clara ni de cómo ella había respondido cuando Cristina nos despertó aquella mañana. No era capaz de entender su reacción en esos momentos. Había estado dándole vueltas varias veces tras marcharme de su casa y nada lo explicaba. Parecía enfadada, contrariada, incluso algo decepcionada, pero ¿por qué? Hasta tuve la sensación de que se arrepentía, aunque no había sucedido nada de lo que arrepentirse. ¿Acaso podía sentirse así por el hecho de compartir cama y dormir juntos? No tenía mucho sentido cuando ambos éramos ya mayorcitos para saber qué hacíamos y a quién metíamos en nuestras camas. Además, fue de mutuo acuerdo. ¡Y no pasó nada, joder! ¿Qué coño estaba mal con Clara?

—Te ha llamado Laura.

La voz de mi compañero me trajo de nuevo a la realidad. Lo miré enarcando una ceja.

—¿Qué ha dicho?

—Que la llames. Sonaba desesperada por un revolcón.

Sonreí.

—La llamaré luego.

—Eres un cabrón con suerte, también te ha llamado Vicky. Podrías quedar con las dos y proponerles montaros un *ménage à trois*. Me juego lo que sea a que ambas accederían.

—Es una gran idea, Jordi. ¿Sabe Cristina la mente tan asquerosamente

perversa que tienes?

—Oh, sí, amigo. Por supuesto que sí. Lo sabe y le encanta. —Y me miró levantando las cejas mientras sonreía con todos los dientes.

Me eché a reír y él se unió a mis carcajadas. Le lancé un cojín a la cara y él me devolvió el golpe. Estuvimos viendo fútbol hasta la hora de cenar y después me fui a estudiar. En un mes tenía un examen importante que debía aprobar y tenía que ponerme las pilas. Estuve metido de lleno en el mundo neurológico infantil hasta las doce de la noche. Sobre esa hora me estiré un poco en la silla para destensar los músculos y, al echar la cabeza hacia atrás, vi mi móvil sobre la cama. Fui hasta allí y me tumbé mientras lo cogía. ¿Era demasiado tarde para llamar a Laura?

Vi que tenía varios mensajes de WhatsApp. Odio esa mierda, estar siempre conectado, disponible y visible para todo el mundo, pero mi cuñada me lo instaló en el Android porque decía que así podría mandarme fotos comprometidas de mi hermano. Eso era lo único bueno de esa aplicación, al fin y al cabo solo se trataba de otra manera más de controlar a la gente dentro del mundo de las redes sociales, sabiendo siempre cuándo te conectas y pudiendo localizarte en cualquier momento.

Tenía doce mensajes de tres contactos diferentes.

Dos mensajes eran de Eva. Uno era una foto. Me eché a reír en cuanto la vi. Raúl dormido sobre la cama, abrazado a un peluche de Snoopy y con el pulgar metido en la boca. Seguramente la propia Eva lo habría puesto en esa posición, pero era gracioso. Si mi hermano supiera las cosas que ella le hacía mientras dormía y luego documentaba para el resto... El siguiente mensaje de mi cuñada era: «Soñando con los angelitos». Negué con la cabeza y le contesté con un simple: «Eva, tienes un problema, háztelo mirar».

Miré los siguientes avisos. Uno era de Laura. Simple, directo y al grano: «Esta noche estoy sola en mi apartamento. Podríamos inaugurar el sofá, la encimera de la cocina e incluso la bañera...». Añadía un emoji lanzándome un beso. No le contesté, igual los otros mensajes eran de Vicky. Esa mujer hacía unos trabajos orales de cine y hay algunas propuestas que priman sobre otras.

Fruncí el ceño al ver que provenían de un móvil que no conocía.

*«Hola, soy Clara, Cris me ha dado tu teléfono a través de Jorge».*

Jorge... pedazo de capullo. Pregunta si me la he tirado, pero omite que le

ha dado mi móvil de manera encubierta.

*«Quería disculparme por mi reacción de antes. Cris es demasiado... ¿intimidante?, ¿pesada? cuando descubre chicos en mi cama».*

¿Chicos? ¿Cuántos?

*«Ni siquiera me he despedido de ti. Lo pasé muy bien anoche. Gracias. Ah, y lo siento».*

Y añadía un emoji con carita triste.

Me acomodé en la cama y empecé a teclear en la pantalla a toda velocidad.

*«No pasa nada, no te preocupes. Aunque creo que es la primera vez que despierto al lado de una mujer que no se despide de mí».*

Añadí el mismo emoji triste que ella. Ví que se conectaba y escribía.

*«Seguro que se despiertan y te suplican por otra noche de sexo».*

Enarqué una ceja y sonreí.

*«Normalmente es así».*

Añadí el emoji que saca la lengua.

*«Eres demasiado creído, Miranda».*

*«Lo que daría por escuchar cómo dices mi apellido».*

*«Jajaja».*

*Ahora en serio, ayer lo pasé genial».*

*«¿Qué pasa? ¿No te lo esperabas?».*

*«Bueno... digamos que eres diferente  
a lo que transmites con la primera impresión».*

*«Clara... ¿estás pensando en la primera vez  
que nos conocimos?».*

Sonreí expectante. Esto del WhatsApp acababa de adquirir una nueva apreciación por mi parte.

*«No aproveches el hecho de que no estamos  
cerca y no puedo darte una colleja  
por ese comentario».*

*«¿Me pegarías?».*

De nuevo, añadí el emoji triste.

*«Si haces comentarios de ese tipo, sí,  
sin dudar».*

Me reí.

*«De acuerdo, me los guardaré para mí».  
Porque sé que ese día te ha venido a la mente y  
probablemente estés acalorada mientras lo  
recuerdas. No te preocupes, es normal,  
es el toque Casanova».*

*«Jajajaja.  
¿El toque Casanova?.  
Pero qué creído eres».*

*«Porque puedo, Clara, solo porque puedo».*

*«¿No deberías estar estudiando?».*

*«Estoy hasta las pelotas de estudiar. Prefiero mantener una conversación con una nueva amiga».*

*«¿Qué tal la tutoría?».*

*«He llegado tarde, por tu culpa».*

*«¿Mi culpa?».*

*«Duermo demasiado bien cuando duermo contigo. Deberías haber puesto el despertador».*

*«¿Yo? Eras tú el que tenía cosas que hacer».*

*«Recuérdalo para la próxima vez».*

Y a eso no contestó. Me quedé observando la pantalla, viendo que seguía conectada, aunque sin escribir nada. Mierda. Me había pasado de la raya.

*«Perdón».*

*«¿Por qué?».*

*«No sé, parece que eso último no te ha gustado, no contestabas».*

*«Me he quedado en shock».*

Sonreí.

Justo entonces, la pantalla de mi móvil cambió y apareció un nombre parpadeando. Laura me estaba llamando. Dios, qué mujer tan pesada. Contesté.

—¿Sí?

—Hola, Javi.

—¿Qué pasa, Laura?

—¿Te ha dicho Jorge que te había llamado a casa?

—Sí.

—¿Has visto mi mensaje?

—Ajá.

—¿Y?

—¿Y qué?

Me encantaba hacerme el tonto y ponerla nerviosa.

—Joder, Javi, ¿quieres que nos veamos o no? —soltó, impaciente.

Me reí entre dientes.

—Claro, Laura. Pasaré por tu casa dentro de un rato.

—Perfecto. —Seguramente sonreía—. Te veo luego.

—Adiós.

Y colgué, a la vez que aparcaba a un lado esa conversación. Quería seguir charlando con Clara. Volví a la pantalla del WhatsApp y vi que me había escrito mientras hablaba con Laura.

*«No sé si dejaré que vuelvas a dormir conmigo. Me das demasiado calor».*

Me reí. Eso perfectamente podía tener un doble sentido. ¿Lo estaba utilizando entonces?

*«Pues yo duermo de maravilla siempre que duermo contigo. Creo que es tu olor, me relaja».*

*«¿En serio?».*

*«Hacía tiempo que no dormía tan bien como hoy. Creo que hasta he soñado con cosas bonitas».*

*«¿Ah, sí? ¿Con qué?».*

Estuve unos segundos con el dedo apartado de la pantalla, planteándome si escribirlo o no. Me decidí por hacerlo.

*«Contigo».*

De nuevo pasó un rato sin que contestara.

*«¿Vuelves a estar en shock?».*

*«Sí. Eres demasiado adulator».*

*«Es mi segundo nombre, nena».*

*«Jajajajaja.*

*¿Nena? Por Dios, Javi... Eres tan típico...».*

Fruncí el ceño. ¿Cómo? No me hizo falta preguntar, ella siguió escribiendo.

*«Eres el perfecto prototipo del ligón de playa: adulator, guapo, chulo, engreído...».*

*«¿Crees que soy guapo?».*

*«¿Eso es lo único con lo que te quedas de toda la lista? Eres increíble».*

*«Lo sé, me lo suelen decir».*

*«Jajajaja.*

*Bueno, Javier Adulator Miranda, voy a acostarme. Mañana tengo que ir temprano al gimnasio».*

*«¿Vas al gym?».*

*«Claro».*

*«Es verdad, ese cuerpazo no se mantiene solo».*

Casi me la podía imaginar sonriendo mientras leía.

*«Hasta mañana, Javi».*

¿Hasta mañana? Joder, eso sonaba genial.

*«Descansa, Clara. Sueña con algo bonito».*

*«¿Como, por ejemplo, contigo?».*

*«Por supuesto».*

*«Veré qué puedo hacer...».*

Y añadía el emoji que sacaba la lengua.

*«Hasta mañana, preciosa».*

Y se desconectó.

Observé el móvil embobado, con una enorme sonrisa que incluso hacía que me dolieran las mejillas. ¡Me encantaba el WhatsApp!

Salté de la cama y me puse unos vaqueros y una sudadera encima de la camiseta. Antes de salir al salón, me calcé las deportivas. Descubrí que el capullo de Jorge estaba frito en el sofá, con la boca abierta y la baba colgando, literalmente. Colgando de verdad. Qué asqueroso. Me acerqué a él y cogí uno de sus brazos para ponerle la mano sobre el paquete, con mucho cuidado para no despertarlo. Lo enfoqué con el móvil e hice una foto que enseguida envié a Eva para continuar con nuestra colección de fotos comprometedoras de personas dormidas. Lo dejé ahí, con la televisión encendida y, sin poder dejar de sonreír, salí del apartamento para ir a visitar a Laura.

## CAPÍTULO 8. CLARA

Las semanas avanzaban demasiado lentas. Pedro seguía cabreado por todo el tema de Hacienda, aunque no me había comentado absolutamente nada acerca de la idea que le di. Las cosas en el club continuaban igual que siempre, ajenas a los problemas causados por impuestos y documentos oficiales. Era jueves. Esa noche habíamos tenido bastante gente y volvía a casa a las cuatro de la madrugada, cansada y pensando en las ganas que tenía de coger mi cama. Conduje por la tranquila carretera sin cruzarme con demasiado tráfico. Llegar a esas horas a nuestro nuevo barrio era como llegar a un lugar fantasma. Todas las luces de las casas estaban apagadas, no había un alma por la calle y no se oía ni un solo ruido, solo el sonido de la brisa que soplaba y movía las ramas de los árboles. Las farolas iluminaban el asfalto e impedían que se vieran las estrellas, aunque aquella noche estaba algo nublada. Aparqué en la acera de enfrente, ya que el coche de Cris estaba en medio del camino al garaje. ¿Por qué nunca lo metía dentro? Entré en casa y cerré con llave. Ví luz en el salón y fui a ver de quién se trataba. Alberto estaba dormido como un tronco con la televisión encendida. Cogí el mando y la apagué. Lo tapé bien con la manta que tenía arrugada en las piernas y salí cerrando la puerta tras de mí. Casi le doy un besito cariñoso en la frente, pero recordé que no tenía ganas de ser cariñosa con él.

El capullo de Alberto ya llevaba más de tres semanas con nosotras. No es que me enfadara en realidad, es más, me encantaba vivir con él. Era un buen compañero, colaboraba con las labores del hogar, en la aportación económica, cocinaba de vez en cuando, nos reíamos mucho y, al fin y al cabo, éramos muy buenos amigos. Sin embargo, el hecho de no saber hasta cuándo se quedaría me causaba una especie de reacción nerviosa. La idea inicial era vivir con Cris, ella y yo solas, y se había esfumado por completo cuando él había aparecido en nuestra puerta con su bronceado y su maleta. Lo habían llamado para trabajar en una agencia de modelos y tenía una entrevista a la mañana siguiente. Ojalá lo cogieran. Lo deseaba tanto por él, porque se merecía encontrar un buen trabajo, como por mí, ¡que no quería hombres viviendo en mi casa! Aunque fueran tan *gays* como Alberto.

Fui a la cocina y me preparé un vaso de leche fría con cacao. Escuché el sonido de un mensaje, dejé mi bebida sobre la encimera y busqué mi móvil en el bolso para ver de quién se trataba a esas horas de la noche.

Javi.

Sonreí de manera automática.

Desde hacía una temporada habíamos establecido una rutina enviándonos mensajes a través de WhatsApp, varias veces en el mismo día incluso. Era muy divertido hablar con él, Javi es muy ocurrente y me hacía reír muchísimo. Hasta nos mandábamos fotos de cosas que nos parecían graciosas: un perro enano, carteles de anuncios de Marlboro con un tejano con un enorme sombrero vaquero, sus pies en todas partes... Ahora ya no subía esas fotos a Facebook, me las mandaba a mí. Su pie delante de la tele, su pie al lado de una cerveza, su pie en la cara de Jorge dormido, su pie con una cara sonriente dibujada en el empeine... Lo dicho, me reía muchísimo con sus mensajes. Bueno, con él, con... ¡lo que sea! La cuestión es que se había convertido en una costumbre entre ambos, ya no concebía despertar sin tener uno de sus mensajes de buenos días en el móvil, o sin desearle que le fueran bien las prácticas antes de meterme a trabajar, o sin desearle buenas noches antes de cerrar los ojos.

Leí su mensaje.

*«¡Clara! Estoy en una fiesta y...  
¿a que no sabes con quién me he encontrado?».*

Fruncí el ceño. En ese mismo instante llegó una foto que descargué sin dilación. Abrí muchísimo los ojos al verla. No me jodas, ¡lker!

*«¿Le digo que lo echas de menos?».*

Me reí. Qué capullo era.

*«¡Ni se te ocurra!».*

*«¡Estás despierta! Espera, te llamo».*

Dicho y hecho. Di a aceptar la llamada antes incluso de que el móvil llegara a sonar.

—Hola —contesté cantarina.

—Ey, Clara. ¿Qué haces despierta a estas horas?

Se escuchaba música de fondo.

—Vengo de trabajar.

—Ah, es verdad, lo había olvidado.

¿Qué había olvidado? ¿Que era estríper?

—No sabes la sorpresa que me he llevado al ver a este tipo aquí —siguió con tono divertido—. Aunque creo que la suya ha sido mayor. Deberías haber visto la cara que ha puesto, peor que en la fiesta de tu casa.

Se echó a reír y lo acompañé.

—Me ha preguntado por ti.

—¿Y qué le has dicho? —inquirí.

—Que te habías quedado en casa porque estabas demasiado cansada después de habernos pasado toda la tarde enfrascados en una maratón sexual histórica.

—¡Javi! —grité entre divertida y escandalizada.

Él rio a carcajadas. Casi me dolían las mejillas de la enorme sonrisa que tenía dibujada en los labios en ese momento. Me encantaba el sonido de su risa.

*Stop, Clara. No pienses esas cosas de Javier Adulador Miranda.*

*Sí, sí, lo que tú digas.*

—¿Dónde estás? —pregunté curiosa.

—En una fiesta de esas que organizan los universitarios de primero de vez en cuando. No me preguntes de qué carrera porque no tengo ni idea. ¿Te vienes?

—No puedo, mañana trabajo.

—Vaya...

Aprecié la decepción que tiñó su voz y me dieron ganas de decirle que viniera a casa para poder verlo y pasar juntos un rato. No lo hice, me aguanté las ganas.

Nos quedamos unos segundos en silencio, se oía una canción de música *house* y gritos de gente.

—¿Quedaremos este fin de semana? —preguntó de repente. Intuí una sonrisa acompañando a sus palabras.

—Claro, si tú quieres...

—Siempre quiero quedar contigo, Clara, siempre.

Sentí que se me escapaba todo el aire de los pulmones, como si me

desinflara como un globo. El tono serio que utilizó para decirlo me había pillado desprevenida, y una sensación de nerviosismo muy placentera se instaló en mi vientre.

—Adulador...

Escuché su risa de nuevo.

—No estaba siendo adulador, Clara, lo digo completamente en serio. Me encanta pasar tiempo contigo.

—A mí también —añadí con cierta timidez.

*Joder, ¿timidez? ¿Tú? ¿Desde cuándo?*

—Lo vamos hablando a partir de mañana, ¿de acuerdo? —preguntó.

—Claro.

—Ve a acostarte, tienes que estar guapa para ir a trabajar mañana. —De repente soltó un gruñido—. Odio tu trabajo. Hasta mañana, Clara.

Y colgó antes de que pudiera decirle nada.

¿Qué había sido eso?

Me quedé mirando el móvil con el ceño fruncido. ¿Odiaba mi trabajo? Estaba demasiado cansada como para analizarlo. Me terminé la leche y fui hasta mi cuarto. Dejé que mi agotado cuerpo se desplomara sobre la cama y me quedé dormida en cuestión de segundos.

\*\*\*

El viernes pasó muy lento y, si le añadimos que Cris estaba de mal humor porque había tenido que mentir a Jorge para poder ir a trabajar (otra vez), el día pintaba de maravilla. La situación entre ellos se estaba poniendo complicada, ya que él no entendía por qué no podía ir a verla bailar a la «discoteca» donde trabajaba. Comprendía a Jorge, se sentía frustrado, no entendía las razones tan tajantes que Cris siempre le daba para negarse a que fuera a verla. Y lo peor es que ella estaba empezando a quedarse sin excusas. Antes o después, la bomba estallaría. Y cuando Jorge se enterara de que, en realidad, su novia era estríper, entraría en *shock*.

Mi amiga estaba asustada, no quería perderlo, lo quería de verdad.

—Odio esta mierda.

—Cris, no estás obligada a seguir trabajando aquí. ¿Por qué no buscas otra cosa?

—¿De qué, Clara? —gritó mirándome fijamente—. ¿De ejecutiva o de presidenta de un banco? ¡No soy nada!

—No seas condescendiente conmigo. —La apunté con un dedo—. Y no seas tan mala contigo misma. Podrías trabajar en cualquier parte si te lo propusieras.

Me miró triste y vi como se le llenaban los ojos de lágrimas.

—No llores, Cris... aquí no.

Me acerqué a ella y la abracé con cariño. Ella se aferró a mi cintura y sollozó en mi hombro. Justo entonces, la puerta del camerino se abrió y Sofia entró cubriéndose los pechos. Nos miró sorprendida. Bastante normal teniendo en cuenta que yo iba vestida de policía sexi y Cris de bombera, sexi también, claro. Vio las lágrimas de mi amiga y se alejó sin decir nada. No era algo extraño ver a alguna de las chicas llorando en el camerino. Ese no era un trabajo demasiado... ¿reconocido? Sí, llamémoslo así. Muchas de las chicas que pasaban por allí lo hacían porque no tenían otra opción. Era dinero fácil, un dinero que necesitaban por diversos motivos que normalmente incluían a más personas como hijos o padres, un dinero que servía para salir de una crisis provocada por la situación precaria de esos familiares o por simple necesidad. Allí había madres solteras, hijas desesperadas por ayudar a sus padres para que no perdieran la casa en la que habían vivido siempre o extranjeras que no tenían otro lugar en el que trabajar para ganar un dinero que después debían enviar a su país y así ayudar a los que habían dejado allí. Aunque también estábamos nosotras, que lo hacíamos porque queríamos, porque nos habíamos acostumbrado a ganar esas cantidades y no nos importaba continuar haciendo lo que hacíamos pese a todos los contras que tenía. Hasta que uno de esos contras se convertía en algo tan importante que comenzaba a impedir que realizáramos nuestro trabajo como siempre.

—Cris, ¿quieres irte a casa? Puedo hacer tus números.

—No, Clara. —Se apartó de mí y se enjugó las lágrimas—. No quiero que te comas mis marrones.

—Pero no estás bien, cariño... No me gusta nada verte llorar.

—Ni a mí me gusta hacerlo y, sin embargo, es lo que hay. —Se encogió de hombros—. Voy a salir, me toca dentro de un rato.

Tomó aire y se marchó sin decir nada más. Me dolía en el alma ver así a mi amiga. Vale que era un trabajo que nos habíamos buscado solitas; cuando comenzamos sabíamos muy bien dónde nos estábamos metiendo. Pero compaginarlo con una pareja era muy complicado. Un novio es un gran contra en este oficio. Si le confesabas a lo que te dedicabas en realidad, corrías el riesgo de que te mandara a la mierda sin pensarlo demasiado. Los hombres no

suelen aceptar que sus novias trabajen en esto, incluso dudo que yo misma pudiera hacerlo con mi pareja. Y si lo aceptaban... aparecían los celos. Y todo se volvía todavía más complicado, llegando incluso a desgastar a las parejas.

En fin, una situación difícil que Cris llevaba cargando sobre su espalda demasiado tiempo y ahora estaba empezando a pasarle factura.

Fui al despacho de Pedro y entré al ver la puerta abierta. Estaba sentado tras su mesa fumándose un cigarro mientras miraba ceñudo unos documentos. Levantó la vista al escucharme entrar.

—¿Has pensado en lo que te dije? —solté sin más.

—Siéntate, por favor.

Hice lo que me decía. Me quité la estúpida gorra de policía de cuero brillante y la dejé sobre la mesa.

—Lo he pensado, Clara, lo he pensado mucho.

—¿Y?

Dio una larga calada al cigarrillo y me miró fijamente con sus ojos negros.

—Creo que podríamos hacerlo.

Sonreí de manera automática. ¡Eso era genial!

Pero, un momento... ¿Podríamos?

—Pedro, perdona, has dicho *podríamos*. ¿Quiénes? —pregunté confundida.

—Tú y yo, por supuesto.

Me quedé helada. Mi cara sorprendida debía de ser muy divertida porque empezó a reír de repente. Di un respingo, su risa era algo poco habitual.

—Tengo un primo en el ayuntamiento que me ha facilitado toda la documentación necesaria para transformar esto en una discoteca —explicó señalando los papeles que estaba leyendo cuando yo entré—. No tendríamos que hacer demasiadas cosas, solo acondicionar los aseos, añadir un par de salidas de emergencia, cambiar la decoración, poner una cabina para el DJ... El lugar es bastante amplio y está bien ubicado para convertirlo en una discoteca. Tenemos un aparcamiento justo detrás, no hay demasiados edificios alrededor para que haya vecinos a los que molestar. Si nos movemos por las redes sociales, con *flyers* y carteles pegados por toda la ciudad, creo que es algo que podría funcionar muy bien.

Se encogió de hombros y volvió a dar una calada al cigarrillo.

—¿Me explicas qué pinto yo en todo esto? —pregunté sin entender nada.

—Quiero que seas mi socia, Clara.

Abrí los ojos desmesuradamente.

—¿Socia? —chillé—. ¿Con qué dinero, Pedro? Tú estás loco.

Me eché a reír a carcajadas.

Ahí vamos con otro ataque histérico.

—Clara, tú eres buena con todo el tema administrativo, yo soy un desastre. Podrías encargarte de eso y yo pondría el dinero para la inversión. Yo sería el socio capitalista y tú te encargarías del resto.

Mis carcajadas se hicieron más débiles conforme lo escuchaba.

—Serías la encargada del local. La mía no es una buena imagen para una discoteca a la que queremos que acuda gente joven, guapa y con ganas de gastar dinero. —Sonrió y vi sus horribles dientes amarillentos. Cierto, Pedro y «buena imagen» no eran compatibles—. Dejaré todo en tus manos: la contratación de camareros, los pedidos a proveedores, la decoración que quieras darle a esto... absolutamente todo. Confío en ti, Clara, son muchos años trabajando juntos y sé que no eres una simple cara bonita.

—La leche... me has dejado sin palabras.

—Me alegro, eso no es algo que se consiga todos los días.

Sonreí en respuesta.

Joder. Yo, encargada de una discoteca. Yo, ocupándome de todo, dejando de bailar desnuda para babosos borrachos, llevando una vida normal... bueno, todavía en el mundo de la noche, aunque de manera muy diferente. Sonreí aún más.

—Me gusta la idea, Pedro.

—¿Aceptas, entonces? —Me miró esperanzado.

Estiré la mano hacia él y asentí sin poder borrar la sonrisa.

—Acepto.

Nos estrechamos las manos para así dejar sellado nuestro acuerdo. Casi empiezo a bailar ahí mismo de la alegría que sentí. ¡Podría ayudar a Cris con todo lo de Jorge! Dejaríamos de ser estríperes para tener un trabajo aceptado por la sociedad, por los novios, por las madres. Moví los pies imposibilitada a tenerlos quietos, estaba tan contenta...

—¿No quieres saber tus honorarios? —me preguntó de repente.

—Ah, sí, claro.

*¿En serio, Clara? Ni siquiera te has interesado por tu nómina. Ya te ibas a ir de aquí sin preguntarlo, como el día que te marchaste sin el dinero de aquel baile privado.*

*¡Cállate!*

Maldito subconsciente...

—Todo dependerá de cómo funcione el local, por supuesto, pero estaba pensando en algo así para empezar. —Me tendió una tarjeta con una cifra escrita que observé con detenimiento. No estaba mal, era un poco menos de lo que cobraba entonces, aunque debía tener en cuenta que se trataba de algo completamente diferente, nada de tetas al aire—. Si la cosa va bien, estaré dispuesto a pagarte un porcentaje según los beneficios.

—Muy bien, Pedro, me parece genial. Seguro que esto funciona.

—Confío en ti, sé que saldrá bien.

Nos miramos a los ojos unos segundos y sonreí. Él cogió el paquete de tabaco y encendió un nuevo cigarrillo. Lo miré mal un instante.

—Deberías fumar menos, Pedro.

Me observó enarcando una ceja.

—De acuerdo, de acuerdo. —Me levanté mientras extendía las palmas de mis manos hacia delante—. Haz lo que te dé la gana.

—Eso es lo que pensaba hacer. —Soltó el humo con deliberada lentitud.

Negué con la cabeza y salí de su despacho hacia el escenario.

*Yo, encargada de una discoteca, dejando de bailar desnuda y cambiando de vida al fin. Pedro confía en mí, me da responsabilidad y libertad absoluta. ¡Quiero saltar!*

Miré a mi alrededor. No había nadie por el pasillo, así que salté mientras levantaba los brazos en el aire. No me puse a lanzar gritos por si llamaban la atención de alguien y me encontraban de esa guisa en medio del pasillo tan mal iluminado. Aunque no fue por falta de ganas.

Tenía que contárselo a alguien, necesitaba sacarlo fuera y gritárselo al mundo. Inmediatamente, el rostro de «alguien» acudió a mi mente. Un nudo de nervios apareció en mi estómago junto con unas ganas tremendas de abandonar el club cuanto antes esa noche. Quería llamar a Javi y contarle las buenas noticias, seguro que se alegraría por mí.

\*\*\*

Después de saltar y abrazarnos como dos idiotas, Cris se montó en su coche y fue al apartamento de Jorge. Estaba tan contenta con la noticia que decidió ir a verlo sin más dilación y darse un «revolcón feliz» con él para celebrar la buena nueva. Así lo llamó ella, no me miréis raro. Y no es que fuera a contarle la noticia, claro que no. Teniendo en cuenta que él no tenía ni idea de qué iba

el asunto, sería una absoluta insensatez comentarle nada acerca de los cambios que se avecinaban. Sin embargo, ella quería celebrarlo de esa manera y no sería yo la que tratara de persuadirla. Después de todo, estaba a punto de hacer algo similar al querer ver a Javi cuanto antes para contárselo. Pero sin «revolcón feliz», ¿eh?

*Aunque... ¿te has parado a pensar en lo bien que te sentaría echar un polvazo con él? Esa sí sería una gran celebración.*

*¡Silencio! Imaginar esas cosas está prohibido, ¿recuerdas?*

*Sí, claro, intenta impedírmelo.*

Entré en mi adorado Audi tratando de obviar las imágenes recurrentes que la parte que más odiaba de mi cerebro solía proyectar en *Full HD* de vez en cuando, y sin omitir ningún detalle de la única vez que Javi y yo habíamos practicado sexo. He de admitir que lo recordaba todo demasiado bien, alarmantemente bien. Respiré hondo, agité la cabeza y busqué en mi móvil el teléfono de Javi. Eran las cuatro y media de la madrugada de un viernes, me apostaba algo a que estaría de fiesta por ahí. Los tonos de llamada se sucedieron uno tras otro. Nada. A punto de colgar, su voz somnolienta respondió al otro lado.

—¿Clara? ¿Qué pasa, estás bien?

—Sí, tranquilo. ¿Estabas durmiendo?

—Claro, son las... —Hizo una pausa, probablemente mirando el reloj—. Joder. Las cuatro y media de la mañana, Clara. ¿Qué coño pasa para que me llames a estas horas? Estaba teniendo un buen sueño.

—No voy a preguntarte con qué soñabas porque conseguirías escandalizarme.

Escuché su risa adormilada.

—Haces bien, no preguntes.

Sonreí y moví la mano en el aire para quitarle importancia e ir al grano de una vez.

—Tengo que darte una buena noticia.

—Te escucho.

—Pedro ha decidido cambiar el estilo del club. Ya no va a ser un local de estriptis, va a transformarlo en una discoteca.

—¿En serio? —exclamó con alegría.

—¡Y ahora viene lo mejor! —grité sin dejar de sonreír—. ¡Quiere que sea la encargada!

—Joder, Clara, eso es fantástico.

—¿Verdad?

—¿Quieres que vayamos a celebrarlo?

—No, Javi, déjalo. Es tarde y estabas durmiendo. No te preocupes, me voy a casa a descansar, vuelve a dormirte.

—Joder, Clara, me has despertado para darme una buena noticia. ¡Una gran noticia! Esto hay que celebrarlo.

Escuché varios ruidos a través del auricular.

—¿Qué haces?

—Vestirme.

—En serio, Javi... —Cerré los ojos—. Vuelve a dormirte.

—No. Ven a buscarme.

—¿Qué? —exclamé.

—Venga, pasa a recogerme y nos vamos a celebrarlo.

Me quedé pensativa unos segundos. Ir con Javi a celebrarlo... La verdad es que sonaba genial y era bastante tentador. ¿Por qué no? De repente, dejé de sentirme cansada y ese cansancio se sustituyó por nervios. Sonreí.

—De acuerdo. En diez minutos estoy allí.

—Perfecto. Estaré esperándote en el portal. Hasta ahora.

—Hasta ahora.

Y colgué el teléfono. Agarré el volante con fuerza, respiré hondo y me obligué a centrarme un poco. De celebración con Javier...

*Estás pensando con el toto y no con la cabeza.*

Joder, ¿es que mi puta conciencia no se podía callar nunca?

Agité la cabeza en un intento de marearla o algo así. Arranqué el coche y conduje por las calles de Barcelona hasta su apartamento. Sabía dónde vivía porque había pasado por allí con Cris al principio de esa semana y me había informado de cuál era el portal exacto. Llegué antes de lo que pensaba, así que detuve el coche en doble fila y esperé a que él bajara mientras tarareaba la canción que sonaba en mi MP3.

Estaba tan tranquila, dando toquecitos en el volante al ritmo de la música mientras miraba al frente, que unos golpes sordos en el cristal de la ventanilla casi hacen que me dé un infarto. Grité y me llevé las manos al pecho a la vez que me giraba hacia la izquierda. El imbécil de Javier estaba ahí, partiéndose de la risa.

Bajé la ventanilla y estiré el brazo para golpearlo en el estómago.

—¿Sabes que casi me da algo?

—Venga, quejica, ábreme la puerta —contestó sin dejar de reír.

Quitó los seguros del coche mientras él daba la vuelta alrededor del mismo. Lo observé caminar. Llevaba una chaqueta de color negro, vaqueros claros y sus perpetuas Converse azules. Abrió la puerta y se sentó en el asiento sin borrar la sonrisa de su rostro. Entonces giró la cabeza y me miró fijamente con esos ojazos verdes. A punto estuve de ponerme a babear.

—Enhorabuena por ese cambio de empleo, Clara.

—Muchas gracias.

—¿Adónde quieres ir? —preguntó mientras se abrochaba el cinturón de seguridad.

—No lo sé, tú querías que viniera a buscarte. ¿Qué te apetece hacer?

Se quedó pensativo un rato y me miró de repente.

—Vamos al parque.

—¿Qué? ¿De noche?

—Claro, venga, arranca. Vamos al parque de Diagonal Mar.

—Hace frío ahí fuera, por si no te has dado cuenta.

—¿Ya estás quejándote de nuevo?

Me miró con esa sonrisa torcida suya tan... mmmmm... Erótica, sexi, maravillosa...

*Basta ya, Clara, no pienses en esas cosas con él tan cerca.*

Puse toda mi atención en arrancar el coche y conducir hasta el parque. No estaba lejos de su apartamento. Él fue mirando por la ventanilla todo el camino, me dio la sensación de que se estaba quedando dormido, así que le di un golpe con el codo que lo sobresaltó.

—¿Te estabas durmiendo?

—¿Qué? No, ¡no! Claro que no.

Se pasó una mano por el pelo. Había pasado mucho tiempo con él, empezaba a conocerlo bastante bien y sabía que ese gesto significaba una cosa: estaba nervioso. La cuestión era: ¿por qué?

—Ya casi estamos... —murmuré.

Él asintió y se quedó mirando al frente sin decir ni una sola palabra. Llegamos al parque y aparqué en un sitio vacío que había cerca de la entrada. El agua del mar reflejaba la noche estrellada de Barcelona. Corría una suave brisa fría propia de primeros de noviembre, así que cuando abrí la puerta agradecí poder respirar algo de aire puro al fin. Esos minutos con él y su aroma en el coche habían sido bastante desconcertantes.

—¿Me explicas qué coño vamos a hacer aquí a estas horas? —le pregunté mientras pulsaba el botón de la llave para el cierre centralizado del coche.

—Vamos a ver el lago.

—En serio, Javi, si tú crees que esta es la forma correcta de celebrar mi nuevo trabajo es que tú y yo tenemos conceptos muy diferentes de lo que es una celebración.

Se echó a reír y un escalofrío me recorrió la columna vertebral.

—¿Tienes frío? —preguntó acercándose a mí.

—Un poco... —admití, encogiéndome de hombros.

Se colocó a mi lado y me pasó un brazo por la cintura para atraerme a él, entonces me abrazó un instante para después comenzar a mover sus manos arriba y abajo por mi espalda, dándome calor. Me miró a los ojos.

—¿Mejor?

Asentí con la cabeza. Se me había secado la garganta.

—Venga, vamos. —Tiró de mí para que caminara a su lado.

Fuimos caminando entre los árboles, por los caminos normalmente recorridos por corredores, padres con carros de bebés, gente con perros o niños de excursión. Entonces estaba vacío y muy oscuro. Incluso me dio miedo. Si de repente alguien salía de detrás de un árbol o de una de las modernas estructuras metálicas que recorrían el parque, me iba a dar un susto de los serios.

Javi me preguntó acerca de lo que había hablado con Pedro y comencé a relatarle toda nuestra conversación. Me sentía cómoda hablando de eso con él, era la única persona aparte de Cris con la que podía tratar ese tema con total libertad, y me encantaba. Él movía su mano arriba y abajo por mi brazo continuando con su intento de hacerme entrar en calor, sonreía con lo que le estaba contando y me guiaba a través de la oscuridad del parque sabiendo a dónde nos dirigíamos. Yo, simplemente, me dejaba llevar. Al fin, llegamos al lago y no pude evitar que una exclamación de sorpresa abandonara mis labios.

La luna se reflejaba en la superficie del agua, había pocas nubes en el cielo, por lo que las estrellas más brillantes también adornaban el líquido elemento con su titilante reflejo. Las luces de las farolas que iluminaban esa parte del parque se mostraban sobre el agua y todas esas luces juntas le daban un aspecto de cuento al entorno. Además, el olor a salitre del mar nos acompañaba y conseguía terminar de hacer de ese lugar algo mágico. Era precioso. No es que nunca hubiera estado en el parque, es que nunca había estado de noche. Ni con Javier, claro.

—¿Te gusta? —preguntó muy cerca de mi oído.

Asentí maravillada.

—¿Sueles traer aquí a todos tus ligues?

—Perfecta manera de joder el momento, Clara —gruñó soltándome y yendo hacia un banco que había cerca de la orilla del lago.

Fui tras él, algo sorprendida por su reacción. No lo había dicho con mala intención, de verdad que no. Era una pregunta que me había salido sola, sin más. Aunque puede que no fuera la más indicada en ese momento. Tomé asiento a su lado y los dos nos quedamos mirando al frente, en completo silencio.

—Para tu información, te diré que no he traído aquí a ninguno de mis ligues.

*Perfecto, Clara, se ha enfadado.*

—Lo siento. A veces soy una idiota.

Río entre dientes.

—Lo sé, pero aun así me gustas.

Se volvió a mirarme y nuestros ojos se encontraron. Permanecimos en silencio varios segundos sin que ninguno apartara la mirada. Ni él ni yo parecíamos tener intención de hacerlo. Fue ahí cuando me di cuenta de que no tenía la situación tan controlada como pensaba. Con Javi no había nada que pudiera controlar; todo estaba desordenado, caótica y maravillosamente desordenado. Mi corazón latía de manera irregular, mi cerebro se unió a él y empezó a funcionar de igual forma, lanzando estúpidos mensajes que me incitaban a acercarme y besarlo. Me contuve, aunque no sabía durante cuánto tiempo podría seguir haciéndolo. De repente, él se inclinó un poco hacia mí y eso me dejó muy claro que tenía la intención de llegar hasta mi boca. Oh, Dios, ¿me iba a besar? Alargó la mano y la llevó a mi rostro, dejándola en mi mejilla mientras con su dedo pulgar recorría mi labio inferior. Gemí involuntariamente. Él sonrió de esa manera tan sexi.

—Lo digo en serio, Clara —murmuró—. Me gustas.

Tragué en seco.

—Tú a mí también —admití sin miramientos.

—Creo que voy a besarte.

—Hazlo de una maldita vez y calla.

Y con esa frase dejé claro de nuevo que la imagen de mujer dura que intento proyectar frente a los demás es una simple fachada y que él podía mandarla a la mierda sin ningún problema.

Sus labios hicieron contacto con los míos y el tiempo se detuvo. La parte física de mi cuerpo se desconectó de la neuronal, ya no era capaz de controlar

mis propios movimientos, mis reacciones, mis actos. Creo que fue por eso por lo que terminé amarrada a su cuello, tirando de él, atrayéndolo más a mi boca. Ansiaba sus besos. Desde hacía casi seis meses habían sido un recuerdo recurrente de mi mente, apareciendo cuando menos lo esperaba para recordarme que jamás nadie me había besado como él lo hizo en la oscuridad del aparcamiento del club.

*Qué bien besa...*

Su lengua acariciaba la mía, mis labios, y me hacía jadear. El corazón me iba a una velocidad alarmante, traqueteando en mi pecho, emocionado porque, al fin, ese beso tan ansiado se repetía. Mis manos seguían su trayectoria sin control, el cerebro aún no me funcionaba correctamente. Acaricié su espalda a la vez que sus manos levantaban mi camiseta y entraban en contacto con la piel desnuda de mi espalda. Nuestros suspiros se escuchaban junto con el canto de algún pájaro nocturno. Estábamos muy pegados, me estaba planteando la posibilidad de sentarme a horcajadas sobre él y terminar de perder la poca dignidad que me quedaba, pero por suerte (o por desgracia) él se apartó, depositando pequeños besos en mis labios mientras cogía aire para poder respirar con algo de calma. Dejó salir un profundo suspiro y apoyó su frente en la mía, cerrando los ojos y posando ambas manos en mis mejillas.

—Guau... —susurró.

Me eché a reír.

—Lo mismo digo.

Ví las comisuras de sus labios elevándose en una de sus sonrisas torcidas marca registrada Javier Miranda.

Uno de mis yos gritaba que estaba loca por haberme dejado llevar por el momento, que no debería haberlo besado así ni de ninguna otra manera, que esto iba a pasarme factura y que me lo merecía por no saber controlar mis impulsos. Pero mi otro yo... Mi otro yo silbaba eufórico y le sacaba el dedo a esa otra parte de mí para que se metiera sus pensamientos por donde le cupiesen porque aquello había sido genial, épico e insuperable.

Decidí quedarme con esa segunda opinión.

## CAPÍTULO 9. JAVIER

Los labios de Clara.

Los labios de Celeste.

Eran los mismos labios, aunque los sentí completamente diferentes.

En su momento, besar a Celeste fue increíble. Por algo no había conseguido pasar ni un solo día desde entonces sin pensar en esa boca dulce y jugosa.

Pero besar a Clara...

Joder.

Besar a Clara Márquez fue lo más jodidamente increíble que me había pasado en la vida.

La observé mientras conducía de vuelta a mi apartamento. Miraba al frente, con la vista fija en la carretera. Parecía concentrada, ensimismada. Puede que estuviera pensando en nuestro beso igual que yo. Entonces vi que las comisuras de sus labios se elevaban con picardía.

—Si sigues mirándome así tendremos un accidente, Miranda.

Reí entre dientes y dirigí la vista hacia delante. Nos quedamos en silencio de nuevo. No tenía ni puñetera idea de qué decir. No sabía si ponerme a contarle tonterías, hablarle acerca de lo muchísimo que había ansiado ese beso o permanecer con la boca cerrada hasta llegar a mi casa.

Opté por la tercera y última opción. Seguro que era la más adecuada, puesto que era propenso a meter la pata con ella. No quería meterla de nuevo. La pata, me refiero. No estaba hablando de mi soldado. Quedaba claro, ¿verdad? Joder... me estoy liando demasiado.

*Céntrate de una puñetera vez.*

Los dos continuamos en el silencio más absoluto hasta mi apartamento. No fue incómodo, para nada, aunque sí bastante raro, porque en mi mente no dejaba de imaginar que le decía algo y ella reía, me cogía la mano y yo me acercaba a besarla en la mejilla. Pensamientos muy cursis, lo sé.

Aparcó frente a mi portal y detuvo el motor del coche.

Momento interesante...

¿La invitaba a subir?

¿Me cruzaría la cara de un bofetón si se lo decía?

¿Le pedía una cita?

¿Me lanzaba a besarla de nuevo?

Mierda. ¿Desde cuándo había necesitado pensar tanto las cosas con una mujer?

*Miranda, eres un sex symbol, el puto amo, un crack con las mujeres. ¿Qué coño te está pasando?*

Buena pregunta.

Escuché a Clara carraspear a mi lado.

—Esto... ejem. Creo... creo que será mejor que me vaya a casa. Es tarde y mañana tengo que trabajar otra vez.

Su trabajo. Su puto trabajo. Lo odiaba.

—¿Quieres que quedemos el domingo? —pregunté sin planteármelo demasiado.

Ella se volvió a mirarme y sonrió. Juro por lo más sagrado que su sonrisa en ese momento fue lo más bonito que he visto en la vida.

—Por supuesto —murmuró sin apartar sus ojos de los míos.

Asentí complacido y aparté la mirada. No tenía ni idea de qué más decir. Me sudaban las manos. El corazón me latía muy deprisa. Me sentía como un estúpido colegial ante la chica que le gusta. Y eso ni siquiera me había sucedido en el colegio, nunca fui detrás de ninguna chica, jamás; eran ellas las que venían tras de mí. ¿Qué coño estaba pasándome?

—¿Película y palomitas? —preguntó Clara con una sonrisa en los labios.

—Claro, suena genial. Llevaré algún DVD de los que tengo en casa.

—Nada de *Terminator*. —Levantó un dedo, avisándome.

—¿Stallone?

Negó con la cabeza.

—Me opongo firmemente a seguir viendo ese tipo de películas.

—Yo me opongo a ver cursiladas de niñas.

—Claro, no puedes terminar llorando de nuevo —soltó con malicia.

Se echó a reír y yo fingí estar enfadado, aunque en realidad estaba maravillándome y comenzando a notar cosas raras en la boca del estómago.

—Llevaré la película que me dé la gana, Márquez. Si te gusta bien y si no... también. Pero esta vez decido yo.

Soltó una carcajada.

—De acuerdo, trae lo que quieras.

—Eso pensaba hacer.

Nos quedamos en silencio de nuevo.

Joder, qué incómoda era la ausencia de sonido alguno, me obligaba a pensar demasiado mi siguiente movimiento. ¿Qué hacía? ¿Besarla?

—Bueno... —empezó ella.

—Será mejor que me vaya a casa.

—Sí, tienes razón.

—¿Te sientes estúpida?

Lo solté de repente, casi sin pensarlo. Ella se echó a reír y asintió con la cabeza.

—Bastante —admitió sin dejar de reírse.

—Parecemos adolescentes primerizos sin saber cómo actuar. Menuda tontería, ¿verdad?

La miré fijamente, ella posó sus ojos en los míos y se puso seria de repente. El color de sus pupilas pareció volverse líquido, derretirse por segundos y convertirse en algo tan precioso que de nuevo volvió esa extraña sensación en la boca de mi estómago. Necesitaba sentir su boca sobre la mía otra vez. Con urgencia.

—Creo que voy a besarte —murmuré.

—¿Vas a decir eso cada vez que tengas intención de besarme?

Vi su sonrisa en la oscuridad del interior del coche, dulce aunque pícara a la vez. Maldita mujer, me estaba volviendo loco.

Me acerqué a ella y llevé mi mano hasta su nuca. Ella se movió hacia mí y sentí su mano posarse sobre mi antebrazo. Unimos nuestros labios de nuevo y, como hacía un rato en el parque, la misma sensación me inundó. La mejor sensación del mundo entero, mezcla de pasión, descontrol, calidez y una pizca de algo adictivo, que enganchara. La húmeda lengua de Clara hacía virguerías con la mía. Oír los pequeños jadeos que escapaban de sus labios de vez en cuando era como escuchar la más maravillosa melodía.

No hubiera dejado de besarla nunca. Por mí, podríamos haber seguido así para toda la eternidad. Su boca y la mía, unidas; nuestras lenguas acariciándose sin cesar, haciendo que esos gemidos continuaran sonando en el interior de ese coche. Poco a poco la intensidad del beso disminuyó, volviéndose más calmado, acompañado de caricias suaves y roces que nos pusieron la piel de gallina y alborotaron más nuestros corazones. Lo supe por la manera en que respiraba al separarnos.

Dejé un reguero de pequeños besos desde su mandíbula hasta su sien. La miré a los ojos fijamente y, pese a encontrarnos casi a oscuras, vi el brillo que

los bañaba. Brillo de deseo, de ganas, de querer más. Sonreí y le di un último beso en los labios.

—Buenas noches, Clara.

—Buenas noches, Javi.

Le dirigí una pequeña sonrisa y salí del coche. Después de cerrar la puerta no pude evitar volverme para mirarla de nuevo. Sonrió, consiguiendo que tuviera ganas de meterme otra vez en el vehículo para arrancarle la ropa sin miramientos y tumbarla en el asiento para poseerla tal y como me pedía el cuerpo. Pero no fue eso lo que hice. Agité la mano y arrancó para, instantes después, desaparecer calle arriba en su Audi rojo, un coche que parecía diseñado especialmente para ella. Me quedé ahí en medio como un idiota hasta que me di cuenta de que eran casi las seis de la mañana y hacía frío. Entonces me dirigí hasta mi portal y subí a mi apartamento sin poder dejar de sonreír. Había sido una noche espectacular.

\*\*\*

Tenía que estudiar. Debía ponerme en serio de una vez con los malditos exámenes. Dos semanas después, tenía un final importante y no había manera de concentrarme. El idiota de Jorge y su maldita música rara no ayudaban en absoluto. Me levanté cabreado de la silla y salí de mi habitación hecho una furia. Fui hasta el salón y me lo encontré sentado en el sofá moviendo la cabeza al ritmo de la música, si es que se puede llamar así al sonido que salía por los altavoces de la minicadena.

Pum-pum-pum... titiriririririiiiii... pum-chis-pum-chis-pum...

En serio, ¿eso era música? Beethoven se daría cabezazos contra la pared si lo escuchara.

—¡Jorge! —grité poniéndome frente a él—. ¿Puedes quitar esa mierda? Aquí hay gente que intenta estudiar.

Levantó la cabeza y me miró igual que quien mira la cosa más aburrida del mundo.

—Es sábado.

—¿Y?

Se encogió de hombros.

—Y es sábado —repitió como si fuera lo más lógico.

Cerré los ojos y me llevé dos dedos al puente de la nariz. Estaba perdiendo la paciencia.

—Jordi...

—Vale, vale. —Se levantó refunfuñando y fue hacia la minicadena—. Lo apago, pero que sepas que eres un aguafiestas.

Bufé ante su comentario. Yo siempre era el alma de la fiesta.

Me di la vuelta y volví a mi habitación. Observé de refilón mi móvil y vi que tenía un mensaje. Lo miré y sonreí al instante.

*«Hola, ¿qué tal has dormido?».*

Clara.

A teclear se ha dicho.

*«La verdad es que he dormido genial, ¿y tú?».*

Respondió enseguida.

*«Muy bien, gracias».*

Me quedé esperando. Nada. ¿En serio esa iba a ser nuestra conversación? Solo nos faltaba comentar el tiempo que hacía. Opté por hablar de algo que era acierto seguro.

*«Tengo un compañero de piso con clara ausencia de cerebro».*

*«¿El vaquero sonriente está haciendo de las suyas?».*

*«Me dan ganas de estrangularlo...  
¿El asesinato de un compañero de piso insoportable  
está penado con la cárcel?».*

*«Me temo que sí».*

*«Recuérdamelo a menudo, por favor».*

*«Jajajaja. Lo haré, no quiero que vayas*

*a la cárcel».*

*«¿Me echarías de menos?».*

*«Puede ser».*

*«¿Vendrías a verme?».*

*«Es posible».*

Sonreí complacido y comencé a teclear con más brío.

*«Seguro que me prepararías un pastel con una lima dentro para que pudiera escapar».*

Varios emojis llorando de la risa fueron su primera respuesta.

*«No te recomiendo probar mis tartas.  
Pregúntale a Cris qué pasó en su último  
cumpleaños con la que preparé para su fiesta.  
Fue un desastre».*

*«Lo haré, acabas de alimentar mi curiosidad».*

—¿Así es como tú estudias?

La voz de Jorge me hizo dar un respingo en mi silla. Ahí estaba, apoyado en el quicio de la puerta con una estúpida sonrisa que preferí ignorar devolviendo toda mi atención a mi móvil.

—¿Es Clara? —preguntó elevando las cejas, todavía con esa sonrisilla.

—¿A ti qué te importa?

Levantó las manos en el aire y se echó a reír.

—Guau... Vale, vale, tranquilo. Solo era una pregunta.

Suspiré profundo y cerré los ojos. Dejé salir todo el aire muy despacio y volví a abrirlos, solo entonces miré a mi amigo. Al que tenía ganas de asesinar en esos momentos. Muy lentamente. Me sacaba de quicio, no podía evitarlo.

—Perdona —dije a regañadientes—. Sí, es Clara.

Sonrió y entró en la habitación, se sentó en la cama y me miró levantando

una ceja.

—Venga, Javi, cuéntamelo. ¿Qué ha pasado entre vosotros?

Abrí mucho los ojos, haciéndome el sorprendido mientras intentaba disimular una sonrisa.

—¿Entre nosotros? Nada. ¿Por qué?

—Vamos, no soy estúpido. Si hubieras visto la cara con la que mirabas el móvil hace un momento... Deberías ponerle un protector de pantalla a prueba de babas.

Solté una carcajada.

—No hay nada entre nosotros, Jordi. Solo somos amigos.

—No me creo una sola palabra. Lo sabes, ¿verdad?

Asentí con seriedad.

—Lo sé.

—Voy a darme una ducha. —Se puso de pie y me apuntó con un dedo—. Antes o después me enteraré de lo que está pasando entre vosotros, y lo sabes.

—Sí, sí, lo que tú digas.

Me di la vuelta y volví a mis apuntes, ignorando sus palabras. Lo escuché salir de mi habitación murmurando cosas y sonreí. Claro que lo iba a adivinar. Estaba con Cris, la compañera de piso de Clara, la cotilla de Cris. En un momento u otro las cosas saldrían a la luz y todos se enterarían de lo que pasaba. Si es que pasaba algo, claro. No lo tenía demasiado claro.

¿Qué quería decir que algo sucedía? ¿Que mi corazón latiera más rápido cuando la tenía cerca, que quisiera besarla cada vez que la veía o que tuviera ganas de estar con ella a todas horas?

Puede que todo. Puede que nada. Porque, con nada que ella hiciera, para mí ya lo era todo.

*Comienza a preocuparte, Miranda.*

Dejé a un lado los pensamientos, cogí de nuevo el móvil y continúe mi charla con ella. No hablamos de nada en especial ni de nada trascendente, tan solo pasamos el rato.

Estaba riéndome con nuestra conversación cuando escuché unos juramentos. Jorge estaba gritando como un loco en el baño. Lancé el móvil sobre la cama y salí pitando hacia su habitación. Abrí la puerta bastante asustado, él no solía maldecir de esa manera, así que algo gordo debía de haber pasado.

Me lo encontré en pelota picada y con el pelo lleno de espuma en medio de su cuarto de baño. Un enorme chorro de agua salía desde la tubería de la

ducha. No desde donde debería salir sino desde arriba, desde el comienzo del tubo justo pegado al techo. Fruncí el ceño y me acerqué para cerrar las llaves del agua. El agua no dejó de salir, por lo que me mojé de arriba abajo.

—¡Cierra la llave principal! —le grité a Jorge, que se había puesto una toalla alrededor de la cintura (gracias al cielo).

Abandonó el baño a toda prisa y poco después el agua dejó de salir. Jorge volvió y se me quedó mirando con los ojos muy abiertos, desconcertado.

—¿Qué coño ha pasado?

—¡Y yo qué sé! No soy fontanero.

Cogí una de sus toallas y me sequé la cara. Estaba empapado. Y qué decir del cuarto de baño... Había agua por todas partes.

—Tendrás que limpiar todo esto —le dije sin poder evitar sonreír.

Bufó con fuerza y miró a su alrededor pensando, con toda probabilidad, en la putada tan tremenda que era limpiar todo ese estropicio.

De repente, se escuchó el sonido de agua cayendo al suelo. Miré a Jorge frunciendo el ceño.

—¿Qué coño es ese ruido? ¿No has cerrado la llave de paso?

—¡Claro que sí! ¿Qué crees, que soy idiota?

—No me hagas responder a eso.

Salí de su habitación siguiendo el sonido y casi me da un infarto cuando vi un chorro de agua cayendo del techo del salón sobre nuestra tele. ¡Nuestra preciosa y queridísima tele! Grité y eché a correr hacia ella, quitándola de la mesita en la que descansaba y llevándola a otro lugar donde estuviera protegida.

—¿Qué demonios está pasando? —grité mirando a mi amigo, que observaba todo con cara desencajada y todavía con espuma del champú en el pelo.

Si tengo que relatar lo que sucedió a continuación lo mejor será referirme a ello como el más completo y absoluto caos. El agua empezó a caer del techo como si lloviera dentro de nuestro puñetero apartamento. No solo caía en el salón, caía en todas partes. En nuestras habitaciones, en los cuartos de baño, en la cocina... ¡Una puta locura! Los dos corrimos a poner a salvo lo más importante. Lo primero que cogí fue mi móvil, el portátil, mis Converse, que estaban tiradas en el suelo bajo mi cama y, en un extraño ataque de lucidez, también los apuntes que debía estudiar para mi examen. Corrí y metí todo dentro de la nevera. No se me ocurrió un lugar más seguro, la PlayStation ya estaba dentro del horno.

Llamamos a nuestro casero y rápidamente contactó con los vecinos de arriba. En cuanto ellos cerraron su llave de paso, la lluvia cesó en nuestro piso. El espectáculo que dejó la tempestad fue acojonante.

Todo estaba mojado y, cuando digo «todo», me refiero a todo. Absolutamente todo. Sofá, sillas, mesas, camas, almohadas, alfombras... Un charco de dos dedos de altura cubría el suelo de madera del apartamento.

Miré a Jorge. Estaba a mi lado observando todo con cara de no entender nada, cubierto únicamente por una toalla alrededor de sus caderas y con el pelo pegado a la frente, ya sin rastro de espuma. Giró la cabeza hacia mí y me miró con la boca abierta. La expresión de su rostro era todo un poema. No pude evitarlo. Me eché a reír a carcajadas. Por sus pintas, por la situación, porque no sabía qué había pasado y no entendía nada, porque de repente me pareció una estampa tan surrealista que no podía dejar de verle el lado cómico. Jorge me miró raro un instante y enseguida se unió a mis risas.

En mi cabeza no dejaba de preguntarme qué coño íbamos a hacer, dónde nos íbamos a meter esa noche y qué iba a pasar con nuestra casa. Pero no podía parar de reír, imposible. Hasta que me dolió el estómago y se me saltaron las lágrimas. Nunca me había encontrado en una situación tan hilarante.

\*\*\*

—No te pediría esto si no fuera una situación de completa necesidad, Crisi. Sé que no queríais algo así... ¡Por supuesto que no! ¿Crees que somos gilipollas? En serio, solo somos nosotros... De acuerdo... Sí. De acuerdo. Sí, en media hora estamos allí... ¡Espera! ¿Podré meter mi coche en el garaje?

Se apartó el móvil de la oreja y lo observó, ceñudo. Muy despacio, giró la cabeza hacia mí para mirarme boquiabierto.

—Me ha colgado.

Solté una carcajada.

Las tuberías entre nuestro apartamento y el de arriba habían reventado. Literalmente. Se trataba de una instalación antigua y el fontanero nos informó de que nos encontrábamos ante una situación que podía suceder, teniendo en cuenta que hacía más de cuarenta años que no se revisaban las tuberías. Sabía que nuestro apartamento era antiguo, pero no tanto. La cuestión era que debía cambiar toda la instalación, y eso iba a llevar unos días. Todo el edificio tenía que quedar vacío enseguida para que se pusieran a ello cuanto antes. Los

vecinos con seguro de hogar podrían ir a un hotel. Ese no era nuestro caso. Jorge y yo no teníamos seguro de nada, solo los de nuestros coches. Y el de la Play, a la que hicimos un seguro cuando la compramos, por si acaso. Se trataba de nuestro bien máspreciado y no podíamos arriesgarnos a que le pasara nada malo. Nunca pensamos que las tuberías del edificio reventarían, de haberlo hecho puede que nos hubiéramos planteado contratar un maldito seguro del hogar.

Así que, debido a nuestra actual situación de personas desalojadas a la fuerza de su propio apartamento, tuvimos que pedir asilo. Mis padres no eran una opción de ninguna manera. Llevaba cinco años viviendo solo, me había acostumbrado a la libertad y la simple idea de tener a mi madre encima diciéndome que tenía que hacer una cosa u otra me ponía de los nervios. Los padres de Jorge vivían en Pamplona, así que no eran una posibilidad a tener en cuenta. Mi compañero mencionó a Raúl, pero vivir con Eva era algo que los dos descartamos inmediatamente. ¿Comer tofu? No, gracias.

¿Qué nos quedaba?

Las chicas.

Después de la *agradable* conversación con Cris, recogimos nuestras maletas llenas de ropa húmeda, apuntes y, por supuesto, nuestra querida y venerada PlayStation para montarnos en nuestros respectivos vehículos. No teníamos ni idea de cuántos días tendríamos que estar fuera; el fontanero había dicho que sería cosa de una semana. Más o menos. Y esperaba que tuviera razón. La idea de vivir con Clara se me hacía... no sé, llamémosla extraña.

Tras los recientes acontecimientos, me sentía raro ante ese cambio repentino. Nos habíamos besado la noche anterior y, casi de manera obligatoria, teníamos que mudarnos con ellas. A su casa, juntos, bajo el mismo techo, con toda esa tensión que había siempre a nuestro alrededor. No tenía ni idea de qué iba a suponer ese cambio en nuestra relación. Besarse con una amiga siempre cambia las cosas, siempre; para bien o para mal. Sin embargo, la cuestión es que Clara no era una simple amiga, al menos no para mí. Sentía una atracción irrefrenable hacia ella, como si fuéramos dos imanes que se atraían. Sabía que ella también sentía algo parecido, lo veía en sus ojos y en cómo su cuerpo reaccionaba a mi tacto o a mis palabras. Y no estoy hablando del «toque Casanova» en estos momentos, me refiero a atracción real, de la buena, de la que une a las personas.

Sin embargo, para mí, además de eso, había más, mucho más. Clara y su sonrisa, Clara y sus ruiditos nocturnos, Clara y sus comentarios audaces, Clara

y el sonido de su risa, Clara y su ceño fruncido cuando le decía alguna cosa subida de tono...

Simplemente Clara.

Nunca había tenido novia. Nunca había tenido sentimientos fuertes por una chica. Ni siquiera en el instituto, jamás en la universidad. En mi vida solo había sentido atracción por el sexo femenino, atracción sexual. Por eso me creía inmune a algo más, a sentir, a padecer esa extraña enfermedad llamada amor. A ver, no te alarmes, que de momento nadie habla de amor con Clara, solo trato de explicarme. Aunque lo cierto es que no comprendía muy bien qué estaba pasándome. No me daba miedo, no sentía vértigo; bueno..., en realidad un poco sí, porque estas cosas siempre lo dan. Pero qué bonito es vivir con esa sensación de vértigo en el estómago, con esas mariposillas volando en tu interior que te hacen sentir vivo.

Entonces me di cuenta de que estaba conduciendo con una cara de imbécil que no tenía precio. Menos mal que iba solo en el coche. Encendí mi MP3 mientras seguía a Jorge por la autovía e intenté no pensar en lo que iba a suceder en unos minutos. Me centré en cantar las canciones de mi lista de reproducción. Los Beatles, Oasis y Blur siempre me ayudan a evadirme ante situaciones peliagudas.

Cuando llegamos a casa de las chicas, eran casi las siete de la tarde. El coche de Clara estaba en el caminito del garaje, así que nosotros aparcamos al lado de la acera. De repente, empecé a encontrarme nervioso. Joder... Vivir con ella, con Clara, la que conseguía ponerme palote con solo imaginar su sonrisa, la que me hacía reír con sus comentarios y tenía ocupada mi mente a todas horas. Iba a vivir con ella. Joder...

*Hola de nuevo, vértigo.*

Llamamos al timbre cargados con nuestras pertenencias y fue Cristina la que abrió la puerta con cara de pocos amigos. Di un paso atrás agarrando con fuerza la bolsa de la PlayStation. La expresión de su rostro daba muchísimo miedo.

—Hola, cielo... —la saludó Jorge acercándose a darle un beso.

—¡Cállate!

La leche, qué bienvenida tan agradable.

Se dio la vuelta sin más y entró en la casa. Jordi y yo nos miramos confundidos, paralizados en el porche.

—No sé si esto ha sido buena idea —murmuré.

—¿Y qué hacemos, genio? ¿Vamos a casa de mamá y papá Miranda?

—¡Ni de coña!

—Pues lo siento, pero mi *suite* de lujo habitual en el Four Seasons está ocupada ahora mismo. Tendremos que quedarnos aquí.

—Mierda de tuberías y mierda de instalación de ese piso de mierda...

—Deja de decir «mierda» y entrad.

La voz de Clara me hizo volver a mirar hacia la casa. Estaba ahí, de pie, sosteniendo la puerta, sonriéndonos; vestida con unos vaqueros claros, una camiseta azul y una chaqueta negra desabrochada. Iba descalza. La miré a los ojos y vi que se sonrojaba un poco. Una sonrisa se materializó en mis labios y me olvidé de lo que podía suceder por tener que vivir con ella. Quería hacerlo, estar ahí. Clara se puso un mechón de pelo tras la oreja y sonrió con timidez. Cuando la veía de esa manera era casi impensable para mí que pudiera ser *estríper*. ¿Desde cuándo alguien que se desnuda delante de desconocidos resulta tan vergonzosa por una simple mirada? Sentí dentro de mí la rabia habitual al recordar su trabajo, pero no dejé de sonreír, no podía.

—Venga, pasad —dijo haciéndose a un lado—. Os enseñaré dónde vais a dormir estos días.

—¿Cris no quiere que duerma con ella? —preguntó Jorge arrastrando su enorme maleta de ruedas al interior.

Clara se encogió de hombros.

—Habla con ella. Está... digamos que... ligeramente disgustada.

Mi amigo murmuró algo acerca de las mujeres y sus constantes cambios de humor y fue por el pasillo hasta el salón. Me reí entre dientes mientras entraba cargado de todos mis bártulos. Clara me quitó una de las maletas para ayudarme. Ninguno hablamos. Me sentía algo cohibido.

Decidí romper el hielo a mi manera.

—Entonces, ¿tú y yo compartimos habitación?

Se volvió y me lanzó una de sus miradas de aviso.

—Es broma, Clara. Aunque no tengo ningún problema en dormir contigo, ya lo sabes.

—Sé que eso es lo que más te gustaría en este mundo, Miranda. Puedes ir olvidándolo, no va a suceder.

—¿Tú crees? —La miré levantando una ceja y componiendo una de mis mejores sonrisas canallas.

Sus ojos se desenfocaron y un precioso rubor cubrió sus mejillas. Me dieron ganas de soltar todo lo que llevaba en las manos para acercarme, acariciarlas y besarla en la boca a continuación, pero enseguida se recompuso,

carraspeó y empezó a caminar en dirección a las escaleras.

—Estás aquí como un favor —empezó mientras subía—. Si te pasas de la raya, aunque sea por una tontería, te echaré a la puta calle. ¿Crees que serás capaz de comportarte?

Me reí entre dientes mientras subía tras ella, sin poder apartar la vista del movimiento de su perfecto culo cubierto por esos vaqueros. Era hipnótico.

—Sí, sí...

De repente se detuvo en medio de las escaleras y choqué contra su espalda.

—Mirarme así el culo es motivo de expulsión —soltó sin volverse.

—¿Cómo coño...?

—Tengo ojos en todas partes, no lo olvides.

Fruncí el ceño. Ella rio y siguió subiendo las escaleras. Agité la cabeza con una sonrisa bailándome en los labios y la seguí. Me llevó hasta una habitación al fondo del pasillo, una más allá de la suya.

—Este es el baño que compartirás con Alberto. —Señaló la puerta de enfrente.

Gemí al escuchar eso. Compartir baño con el armario de cuatro puertas más gay del mundo. Simplemente genial.

De repente caí en algo.

—Tendrá cerrojo, ¿verdad?

Ella se echó a reír mientras negaba con la cabeza.

—¿No? —exclamé horrorizado—. No pienso compartir baño con él si en cualquier momento puede abrir la puerta y encontrarme allí en pelotas. Me niego.

—Todos podemos abrir la puerta en cualquier momento —murmuró, mirándome con diversión.

Un momento. ¿Todos? ¿Se refería a ella misma?

Sonreí. Así que... ¿coqueteando, Márquez?

Estiré la mano para apartarle el pelo de la cara, rozando de manera intencionada y muy suave la piel de su mejilla. Se sorprendió por mi gesto, y sus labios se curvaron en una dulce sonrisa algo tímida.

—Tenía ganas de verte —murmuré.

—Venga, lleva las maletas a tu habitación.

Me empujó con el codo hacia la puerta contigua a la suya.

—¿Voy a dormir en la habitación de al lado?

Asintió sin dejar de sonreír. Genial. Cojonudo. Pared con pared con

Clara. De repente, el hecho de haber tenido que salir por patas de nuestro inundado apartamento me pareció maravilloso.

—¿Y no puedo compartir tu baño?

—Como entres en mi baño y yo esté dentro... —Me miró entrecerrando los ojos a la vez que me apuntaba con un dedo—. Atente a las consecuencias.

—¿Eso quiere decir que puedo usarlo?

—Eso quiere decir que te atrevas, nada más.

Sonreí y solté una de las maletas para pasar un brazo por sus hombros y atraerla a mí.

—Me atreveré, Clara, puedes estar segura de ello.

Y antes de que pudiera soltarse de mi agarre le di un beso en la comisura de los labios con toda la intención del mundo. Estaba haciéndose la dura conmigo y, si pensaba que iba a conseguir algo actuando de esa manera, estaba equivocada. Tendría que utilizar mis mejores trucos, así que comencé en ese exacto momento. La besé demasiado cerca de los labios, incluso rozándolos un poco, acaricié su mejilla con la punta de mi nariz mientras dejaba que mi respiración también acariciara su piel intentando incitarla, llamarla, activarla. Recorrí su nuca con las yemas de mis dedos con estudiada lentitud y supe que había surtido efecto. La respuesta de su cuerpo fue inmediata. Jadeó y parpadeó confusa.

Ese fue solo el comienzo, un pequeño avance en la conquista de esa mujer testaruda y que me volvía completamente loco.

*Conquista viento en popa a toda vela.*

Carraspeó y dio un paso atrás, todavía observándome con ojos desenfocados.

—Bueno... —Miró hacia las escaleras y de nuevo a mí, consiguiendo que tuviera ganas de reír al verla tan nerviosa—. Tengo que irme a trabajar. Nos vemos mañana, ¿de acuerdo?

Mierda. Su puto trabajo.

*Tocado.*

—Oh, claro. —No pude esconder la desilusión en mis palabras—. Mañana nos vemos, entonces.

—Descansa en tu nueva cama.

Pareció dudar unos instantes, pero dio un paso hacia mí, consiguiendo que me tensara. Pensé que iba a besarme y se me aceleró el corazón. La vi acercándose mientras entreabría sus carnosos labios. Estaba paralizado. Cuando nuestras narices se rozaron, cerré los ojos. Sentía su cálido aliento en

mi rostro y el olor a fresas inundó mis fosas nasales. El conjunto de su aroma envió una descarga directa a mi soldado. Entonces noté que cambiaba de dirección y sentí su aliento rozando mi oído. Un escalofrío me recorrió la espalda.

—No olvides que los dos podemos jugar a este juego —susurró con una voz tan sexi que todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo se activaron y mi soldado se puso firme. *¡Señor, sí, señor!*

Abrí los ojos como platos. Clara se separó de mí, me guiñó un ojo con diversión, se dio la vuelta y se marchó escaleras abajo.

Me dejó ahí, aturdido, alterado, sorprendido y, una vez más, maravillado.

Joder...

*Tocado y hundido.*

## CAPÍTULO 10. CLARA

Vivir con Javi era... ¿cómo denominarlo? Una mezcla entre divertido y demasiado cargante. A veces me daban ganas de decirle que se fuera a su puñetero apartamento inundado y dejara de ser tan estúpido. En otras ocasiones, los sentimientos que despertaba en mí eran completamente diferentes.

Ya llevaban con nosotras una semana. Los días que trabajaba casi no lo veía, porque él se iba al hospital por la mañana y yo entraba en el club un par de horas después de que él llegara a casa. Coincidíamos poco, pero, pese a todo, nuestro coqueteo y tonto seguía adelante. Había miradas, sonrisas cargadas de intenciones y caricias furtivas que nadie más veía; sin embargo, no nos habíamos vuelto a besar, y eso era algo que me carcomía por dentro. Verlo rondar por la casa con su pantalón de pijama de cuadros (y nada más) era demasiado para mi mente calenturienta. Comenzaba a estar necesitada de acción. Con él, claro.

Por las noches, cuando volvía del club, sentía la tentación de colarme en su habitación para violarlo un poquito. O solo para observarlo mientras dormía con el torso desnudo. Porque dormía así, eso lo sabía. ¿Cómo? Pues porque un día eché una miradita a través de su puerta entornada. ¡No pude evitarlo! Que la hubiera cerrado y yo no me habría visto obligada a cotillear.

En serio, me estaba afectando demasiado.

El fontanero les había dicho que necesitaba un par de días más para terminar las obras. Cris ya no estaba tan disgustada por que Jorge estuviera en casa y se las estaba arreglando bien para encubrir sus dos días de trabajo en el club como «gogó». Alberto había terminado haciendo muy buenas migas con nuestros nuevos compañeros. Seguía mirándolos como si fueran comida, pero los tres lo pasaban genial mientras jugaban al póker. Descubrieron que eran amantes del juego de cartas y por las noches se entretenían bajo la atenta mirada de Cris, que intentaba aprender. Menos mal que yo me libraba de pasar las noches con ellos y sus timbas, odio jugar a las cartas.

Te preguntas por qué Alberto seguía ahí, ¿no? La respuesta es sencilla: porque es un comodón que se había acostumbrado enseñada a vivir con

nosotras y tenía poca intención de buscarse un lugar donde vivir. Le dieron el trabajo, sí, el de modelo, pero decía que no tenía tiempo de buscar piso, que no le daban las veinticuatro horas del día para trabajar y recorrer apartamentos. Qué cabrón... Así que seguía con nosotras. Aunque la verdad es que me estaba acostumbrando. Además, uno más o uno menos poco se notaba, ya que los chicos también rondaban por la casa.

Era domingo, mi día libre, y fue entonces cuando me di cuenta de lo gilipollas que puede llegar a ser un tío que se cree el centro del puto universo. Sí, ese es Javi en ocasiones.

Llevaba media tarde contestando a llamadas de teléfono de féminas variadas. En ningún momento supe si sentía una pizca de vergüenza o apuro por que lo llamaran y yo estuviera a su lado en el sofá, dándome cuenta de todo y casi escuchando sus puñeteras conversaciones. Él contestaba como si nada, riendo muy pagado de sí mismo, pasándose la lengua por los dientes de arriba y coqueteando con todas esas incautas. Yo no dejé de rechinar los dientes, aguantándome las ganas de quitarle el móvil de las manos y tirárselo por el váter. ¡El muy capullo hablaba con sus ligues delante de mí! ¡Después de habernos dado el lote y haber estado coqueteando durante toda esa semana! En serio, el Javier Miranda adulador había pasado a ser Javier Miranda, el gilipollas. Estaba a punto de ir al Registro a cambiarle oficialmente el nombre. Un momento... ¿podría hacer eso?

Estaba muy centrada en ese pensamiento, observando a través de la ventana a Cris y Jorge, que estaban en el jardín sentados en las tumbonas pese a que hacía un frío de mil pares, cuando escuché el timbre. Como el señor Gilipollas Miranda se encontraba muy ocupado atendiendo la llamada de una tal Laura, me levanté del sofá para ir a abrir. Cuando lo hice y descubrí a una rubia escultural que me observaba desde el porche, empecé a maldecir en mi interior al imbécil que estaba repantingado en mi sofá. ¡Había tenido los santos cojones de invitar a una de sus incautas a mi casa!

—Hola, ¿está Javier? —preguntó mirándome a través de sus gafas de sol.

Yo no podía articular palabra. En serio, eso no podía estar pasando.

En ese momento, vi a un chico enorme subiendo las escaleras del porche, cargado con unas pizzas y varias bolsas de supermercado llenas de bebidas y bolsas de patatas. Se detuvo al lado de la rubiales y me miró con una enorme sonrisa que mostró unos hoyuelos que lo hacían parecer adorable, pese a ser una especie de mole de músculos.

—Hola —saludó sin dejar de sonreír. Yo no entendía nada y mi cara debía

de ser digna de ser grabada en vídeo—. Somos Raúl y Eva, no sé si mi hermano te ha dicho que veníamos.

¿Hermano?

—Genial —rio el tal Raúl—, por tu cara veo que no. El capullo de Javi no ha avisado de nuestra visita. Esa puñetera manía que tiene de pensar con el culo.

Reí al escucharlo y me eché a un lado para que pudieran entrar.

—Estoy de acuerdo con eso. Pasad, por favor.

La chica rubia me sonrió y parte de mi autoestima se fue a la mierda. Joder, ¡era preciosa! El chico entró tras ella y dejó las bolsas apoyadas en el suelo.

—Soy Raúl, el hermano mayor de Javier —se presentó. Yo me acerqué y le di dos besos. Señaló a la rubia escultural—. Ella es Eva, mi mujer.

¿Su mujer? Entonces respiré tranquila, no era un ligue de Gilipollas Miranda.

Un momento... Este debía de ser el famoso hermano gracias a cuya despedida conocí a Javi.

Hum... el día que conocía a Javi... El día después... mmmmm...

*Alto, Clara, ¡no recuerdes esas cosas!*

—Hola, encantada —dijo Eva acercándose a mí mientras se quitaba las gafas y las apoyaba en su cabeza. Nos dimos los dos besos de rigor—. Tenéis una casa preciosa.

—Gracias. Yo soy Clara.

—Lo imaginaba. —Raúl soltó una carcajada y vi como ella le daba un codazo en las costillas.

Se miraron a los ojos unos instantes y mantuvieron una conversación silenciosa que duró dos segundos. Seguidamente, ella se giró hacia mí y volvió a sonreír. Otro poquito de mi autoestima a tomar por el culo.

—No te importará que hayamos venido sin avisar, ¿verdad? Los domingos suelen ser nuestros días de reunión familiar y el domingo pasado no nos vimos porque teníamos un asunto con mis padres. Javier nos ha dicho que podíamos venir, pensábamos que os habría avisado, pero a veces demuestra a todas luces su falta de cerebro.

—¡Eva! —la reprendió su marido.

—Sí, sí, Raúl, dime lo que quieras, que tú también lo insultas. —Hizo un gesto con la mano haciéndolo callar. Me reí—. Javi es un capullo, me da igual que sea tu hermano. Como te decía, si es un problema podemos marcharnos

y...

—No, no, pasad, por favor. El capullo está tirado en el sofá, hablando por teléfono.

Eva rio entre dientes y me siguió por el pasillo hasta el salón. Raúl vino detrás de nosotras con las cajas de pizza en las manos.

—Creo que hay algo que te habías olvidado de mencionar... —dije dirigiéndome a Javier cuando entré al salón junto a Eva.

Miró hacia nosotras con el móvil pegado a su oreja. Tomé aire y de nuevo reprimí las ganas de quitárselo y lanzarlo por la ventana. Nos hizo un gesto con la cabeza y levantó una mano para que esperáramos. Ahí ya no pude más. Si pensaba que era algo parecido a su puñetera secretaria estaba muy equivocado. En dos zancadas me planté a su lado y le quité el móvil de la mano. Me miró boquiabierto y le sonreí con toda la frialdad que pude, caminé hacia la ventana y la abrí sin borrar la sonrisa falsa de mi rostro. Me quedé mirándolo, él seguía con la boca abierta, observándome como si no pudiera creer lo que estaba viendo, y, muy lentamente, lancé el móvil al jardín.

—¿Qué haces, loca? —gritó poniéndose de pie de un brinco.

—Tu hermano y tu cuñada han venido a verte. Te estabas comportando como un estúpido.

Me lanzó una mirada asesina y aun así sus ojos me parecieron preciosos. ¡Qué le voy a hacer! El embrujo Miranda ya había hecho mella en mí.

—Guau, Javi... Esta chica tiene pelotas —murmuró su hermano observándome con una enorme sonrisa.

Eva me pasó un brazo por los hombros.

—Acabas de convertirme en mi mejor amiga, Clara.

La mirada furibunda que Javi me estaba lanzando consiguió arrancarme una carcajada. Me gustó verme respaldada por su hermano y su cuñada, para qué mentir. Él negó con la cabeza sin dejar de mirarme mal y salió del salón echando chispas. Nosotros tres nos echamos a reír. Lo observamos a través de la ventana, mientras buscaba su móvil por el jardín y hablaba a gritos con Jorge y Cris, diciéndoles que yo estaba como una puta cabra y que se me había ido la pinza del todo. Me miró desde el otro lado del cristal y me enseñó el dedo corazón, gesto que no consiguió otra cosa que hacernos reír todavía más alto.

Los tres entraron al salón e hicieron las presentaciones oportunas con Cris, que era la única que no conocía a la pareja invitada. Javi no me hizo ni caso, fingía que yo no estaba allí. Algo que agradecí bastante tras haberlo

aguantado toda la tarde con sus llamaditas, sus risitas y sus tonterías. Necesitaba olvidarme de él durante un rato.

Minutos después, tras haber dado buena cuenta de las pizzas que habían traído Raúl y Eva, todos jugábamos a la PlayStation, a un juego que se llamaba *Tekken*. Consistía en elegir un personaje y pelear contra otro a base de patadas, puñetazos, empujones y más patadas, pero voladoras. Era la primera vez que jugaba y me lo estaba pasando en grande. Jorge gritaba muy enfadado mientras luchaba contra Raúl, argumentando que realizar todo el tiempo las mismas llaves no era justo y que estaba prohibido por el reglamento del *Tekken*.

—Y una mierda, Jordi —contestó Raúl sin dejar de apretar los botones del mando y sin apartar la vista de la pantalla—. No es mi culpa que no sepas jugar.

—Miranda, en serio, me estás haciendo enfadar un huevo.

—¿Y qué vas a hacerme, *Jordicito*?

Solté una carcajada al escuchar que lo llamaba igual que mi compañera en sus momentos más cariñosos. Por lo visto, los amigos de Jorge también se traían bastante cachondeo con la parejita feliz. Cris no le vio la gracia al asunto porque se puso de morros y cruzó los brazos como una niña de cinco años.

Un par de partidas después, cuando mi dedo pulgar palpitaba como si fuera a explotar a causa de la fuerza involuntaria que utilicé para pulsar los botones del mando, me di cuenta de que Javier no estaba en el salón. Me puse de pie y dejé a Eva dándole una paliza de muerte a su marido mientras reía sin piedad. Parecía estar disfrutando de lo lindo y me dio incluso miedo. Qué maldad y qué habilidad para dar palizas al *Tekken* tenía esa mujer.

Fui al piso de arriba y escuché música que provenía de la habitación de Javier. Tenía la puerta entreabierta, así que me acerqué sigilosamente. Cuando estuve justo al lado descubrí que la canción que estaba escuchando era *Push*, de Matchbox Twenty. Fruncí el ceño, sorprendida, ¡esa era una de mis canciones favoritas! Empujé la puerta con la mano y lo vi. Estaba sentado frente a su escritorio, de espaldas a la entrada. Entonces comenzó a tararear la canción y el corazón dio un vuelco en mi pecho. Tuve que aguantar la respiración al escuchar el sonido de su voz.

Joder...

Todo el vello de mi cuerpo reaccionó ante ese sonido, erizándose.

Su voz era ronca, grave, y fue subiendo poco a poco el volumen hasta

dejar de ser un simple tarareo y convertirse en canción de verdad. Vi como movía una pierna al ritmo, golpeando el suelo con el talón.

Yo seguía paralizada en medio de la habitación. Mi mente se había enganchado a su voz y no podía pensar en otra cosa que no fuera en ese sonido dulce aunque algo roto que me había afectado tantísimo. Mi corazón estaba alterado, mis pulsaciones alborotadas y mi respiración acelerada porque, de una manera bastante estúpida, sentí que cantaba para mí. Solo para mí.

De repente, se dio la vuelta y nuestros ojos se encontraron. La canción siguió sonando, aunque él ya no la cantaba. Yo continuaba ahí, mirándolo como si lo viera por primera vez. Sus ojos verdes, su nariz recta, sus pómulos, su barba de dos días, sus labios. Él me observó sin pestañear, todavía con enfado tras lo que había sucedido antes en la planta de abajo. Pese a ese ligero cabreo vi que su respiración también se veía afectada por mi presencia. Y eso me gustó.

—¿También te molesta la música? —soltó de repente—. Porque si quieres tirar mi iPod por la ventana voy a oponer bastante resistencia.

Parpadeé un par de veces y recuperé la compostura. Bueno, al menos lo intenté, no tengo muy claro que lo consiguiera.

—¿Por qué no estás con nosotros en el salón?

Mi voz sonó demasiado baja y ronca. Ni de coña conseguí aparentar normalidad.

*Bien, Clara, que se note que este tío hace que se te caigan las bragas.*

*Pero ¿tú lo has oído cantar?*

Me observó muy serio un par de segundos, el enfado seguía latente en sus ojos. Tomó aire muy despacio y los cerró. Cuando volvió a abrirlos, todo atisbo de cabreo había desaparecido.

—Tengo un examen importante pasado mañana. No me apetece pasar la tarde entera jugando a la Play.

Ah, claro. Para estar con todos no tenía tiempo, pero sí para hablar con sus zorritas. Me dieron ganas de gruñir de rabia.

—¿Te pasa algo? —preguntó con curiosidad.

Joder, igual había gruñido de verdad.

—No, nada, estoy bien. —Empecé a darme la vuelta para salir de su habitación—. Voy a volver abajo para dejarte estudiar.

—¡Clara! Espera. ¿Te importaría echarme una mano?

Levanté una ceja y lo miré escéptica.

—¿Yo? ¿Estás de coña? No tengo ni idea de medicina.

—Lo sé, pero necesito a alguien para repetirme los temas. Puedes coger el libro y ver si estoy diciendo bien las cosas o no. Me harías un gran favor.

—De acuerdo.

Me acerqué hasta él, que me tendió un libro enorme con fotos de cerebros y de conexiones nerviosas del cuerpo humano; bueno, del cuerpo humano de los bebés. Me sonrió y le respondí de igual manera. Tomé asiento en su cama y él dio la vuelta a la silla para quedar frente a mí. Observé el libro, leyendo por encima la página en la que me lo había dado, y no entendí ni media palabra. Volví a mirarlo y se estaba riendo.

—Eh, capullo, no te rías de mí o no te ayudaré.

—No me río de ti, Clara, me río de tu cara.

—Ah, bueno.

—¿Puedo fumar un cigarro?

Lo miré frunciendo el ceño. ¿Desde cuándo fumaba?

—No suelo fumar nunca, solo cuando tengo un examen importante y estoy nervioso.

—De acuerdo, fuma. —Me encogí de hombros—. Pero abre la ventana, no quiero que la casa huela a humo.

Sonrió de nuevo y se levantó para abrirla. Después saco un paquete de tabaco de un cajón y encendió un cigarrillo. Verlo dándole una calada y luego expulsando el humo con lentitud mientras miraba hacia el techo fue la cosa más sexi que he visto en mi puñetera vida. Lo juro. Sexi, sexi, sexi. Me quedé embobada observándolo, creo que hasta se me escurrió un poco de baba por la barbilla.

—¿Empezamos? —preguntó mirándome fijamente.

Me costó unos segundos reaccionar y entender que se refería a lo de estudiar. Mejor, porque estaba a punto de ponerme de pie y sentarme a horcajadas en su regazo para besarlo y desnudarlo y empezar de verdad con todo lo que estaba pasando a cámara lenta en mi mente.

*Stop, fuera pensamientos impuros.*

Tomé aire y traté de sonreír.

Estuvimos así casi una hora. Él hablaba, recitaba las cosas a la perfección, daba caladas profundas y sexis a los tres cigarrillos que se fumó y yo lo miraba embobada. Joder, era muy inteligente. Se notaba a la legua que entendía todo sin problemas. Iba a ser un gran médico, un gran... pediatra. Dios, Javier cuidando de niños y bebés. La imagen de él cogiendo en brazos a un pequeño rubito con mejillas sonrosadas acudió a mi imaginación.

Enfundado en su bata blanca, con el estetoscopio alrededor del cuello, sonriendo a ese niño con dulzura...

—Clara, ¿me oyes?

Parpadeé y volví a la realidad. El doctor Miranda desapareció de mi mente y me encontré con Javier Miranda. En esos momentos no sabía si estaba ante el adulator o el gilipollas.

Él me observaba divertido, con una sonrisa dibujada en su perfecto rostro de dios del Olimpo, con los brazos apoyados en el respaldo de la silla y la barbilla sobre ellos. Desde donde yo me encontraba sentada, nos separaban unos escasos treinta centímetros. Podía oler su colonia.

—¿Te estás enterando de algo de lo que te estoy diciendo? —preguntó sin dejar de sonreír.

El muy maldito sabía perfectamente que por mi mente estaban pasando todo tipo de imágenes y situaciones que lo incluían a él. Pero yo no tenía planeado darle la satisfacción de que creyera que podía alterarme.

—Sí, me estoy enterando de todo —contesté, irguiéndome con un mohín indignado.

Él rio entre dientes y negó con la cabeza.

—Mientes fatal, Clara.

Se puso de pie con movimientos calmados y casi estudiados, como si quisiera tentarme con su sinuosidad y lentitud. Me entretuve más de la cuenta en observar la cintura de su pantalón vaquero y el primer botón que parecía llamarme sin piedad diciendo: «Desabróchame, desabróchame... te mueres de ganas...».

Maldita imaginación superdesarrollada.

Mi madre me había inculcado el hábito de la lectura. Por eso había leído tanto y mi mente estaba más desarrollada de la cuenta a la hora de imaginar posibles situaciones. Ver tanta televisión y ser fan incondicional de las películas románticas tampoco ayudaba en absoluto. Mi cabeza estaba atrofiada, tendía a montarse escenas de amor y, en esos momentos, todo lo que me rodeaba jugaba en mi contra.

Él jugaba en mi contra, pero ¿conseguiría que jugara conmigo?

Javi caminó hasta mi lado y se sentó despreocupado sobre la cama, aunque yo sabía que sus acciones no tenían nada de despreocupadas. El muy capullo tenía las cosas perfectamente planeadas.

Se movió hacia la izquierda, rozando mi hombro con el suyo. Giré la cara para mirarlo. Sus ojos verdes se centraron en los míos y tuve que esforzarme

para recordar cómo coño tenía que respirar.

*Sí, Clara, inspira, espira, inspira, espira... Es fácil, ¿lo ves?*

—Gracias por ayudarme, creo que ya he estudiado suficiente neurología.

—Una sonrisa canalla centelleó en su rostro—. ¿Me echas una mano con la anatomía?

No pude evitarlo y me eché a reír. Si hubiera sido otro lo habría golpeado, pero era él, y en esos momentos estaba siendo el Javi adulator, el que tenía las de ganar. Mierda.

—Creo que mi cuerpo está más desarrollado que el tipo de cuerpos que tú...

—Ya lo creo que está más desarrollado —me cortó, recorriéndome de arriba abajo con esa mirada esmeralda que conseguía ponerme nerviosa.

—¡Javi! —Lo empujé, juguetona—. No me mires así.

—¿Por qué?

—Me haces sentir desnuda.

Enarcó una ceja y su mejor sonrisa torcida marca registrada Javier Miranda apareció en sus labios para conseguir dejarme sin respiración de nuevo. Mi pulso se disparó, incluso creo que estaba jadeando por su proximidad. Se había acercado demasiado a mí y lo peor de todo es que en esos momentos no quería que se alejara, sino todo lo contrario. Quería que se acercara, mucho, todo lo que pudieran nuestros cuerpos para poder sentirnos el uno al otro. En esos momentos solo podía pensar en él desnudo, en sus manos, en sus labios y en su lengua; y en todo el tiempo que llevaba sin acostarme con nadie y con él paseando medio desnudo por la casa sin preocuparse por mi salud mental ni cardíaca.

—No hay otra cosa que me gustaría más que sentirte desnuda de nuevo, Clara.

*Oh, joder, ¿en serio acaba de decir eso?*

Se acercó un poco más y sentí su aliento cálido acariciando mi piel. Sufrí un *déjà vu*. Menta y tabaco. Mmmmm... menta y tabaco. Como aquella vez, como en el club, como en nuestro primer encuentro. Ese aroma fue la gota que colmó el vaso. Mi fuerza de voluntad se fue a la mierda junto con mis intenciones de resistirme un poquito más a sus encantos.

Nuestras narices se rozaron y cerré los ojos, a la vez que me inclinaba un poco más hacia él. Escuché que cogía aire y después sus labios estaban sobre los míos. Joder, los había echado tanto de menos. Entreabrí la boca para dejarle paso y nuestras lenguas se encontraron al fin. Me deleité en su sabor

mentolado con un toque a tabaco. Mis manos fueron a sus hombros y las suyas se posaron en mi cintura. Me dejé llevar por las sensaciones y profundicé el beso viéndome respaldada por su respuesta, igual o más apasionada que la mía. Mi corazón latía desacompasado, emocionado y vibrando por esa situación tan ansiada; mi respiración errática se instaló entre esas cuatro paredes, viéndose interrumpida por algún gemido y algún jadeo involuntario que se nos escapaba.

Nuestros cuerpos estaban pegados, mis manos vagaban sedientas por su pelo y por su espalda. Sin que yo le diera permiso, una de ellas se adentró bajo su camiseta y acarició su espalda desnuda. El contacto con su piel caliente y suave fue otro *déjà vu*.

Su mano subía y bajaba por mi muslo, acercándose de forma peligrosa a zona extremadamente caliente. Sus dientes mordisquearon mi labio inferior y yo gemí haciéndolo sonreír.

—¿Clara?

Me aparté un poco para observarlo con la mirada febril y desenfocada. Estaba tan guapo...

—Me muero de ganas por desnudarte y hacértelo aquí y ahora.

*¡¡Aaaaaaahhh!!*

—Hazlo.

La forma en que lo dije dejó muy claro que estaba más que dispuesta a hacer realidad ese comentario.

*Estupendo, que vea el efecto que ejerce en ti.*

*Que vea lo que quiera, pero que me desnude ahora mismo o me va a dar algo.*

Sus ojos verdes brillaban con todo el deseo contenido en esos meses atrás y que seguro que él también podía encontrar en los míos. Al ver su pelo más revuelto de lo habitual me dieron ganas de volver a besarlo. Y lo hice, ¡qué cojones!

Me lancé sobre él y enterré los dedos entre sus mechones, volviendo a conectar nuestros labios. Sus manos estuvieron en mi cuerpo en cuestión de microsegundos. Aunque la cosa no salió como esperaba. Me cogió por los hombros con suavidad para apartarme poco a poco. Lo miré con el ceño fruncido.

—No, ahora no —dijo tras tragar saliva.

—¿Qué?

*¿Cómo que ahora no? ¡Ahora sí!*

—Mi hermano y nuestros amigos están abajo —explicó mientras se pasaba una mano por el pelo—. No quiero que esto suceda así, te mereces algo mejor.

—¿Algo mejor? —repetí con voz aguda, tragándome las ganas de echarme a reír—. A mí me parece que esto es mejor que el asiento trasero de tu coche.

—Lo sé. Pero ahora las cosas son diferentes.

—¿Por qué?

—Porque... porque eres tú.

—¿Y antes no lo era? Joder, Javi...

Me levanté de la cama con la decepción cayendo como una losa sobre mí, aunque también con bastante enfado, para qué negarlo. Fui hacia el escritorio mientras trataba de peinarme un poco. Me apostaba cualquier cosa a que con el resto de sus conquistas no tenía tanto miramiento.

—¿Con ellas también te preocupas tanto por quién hay en la habitación de al lado?

Mierda. Lo había dicho en alto.

—¿Ellas? ¿Quiénes?

—Las zorras a las que te tiras.

*Perfecto. Ahora que vea que estás celosa.*

Escuché como se levantaba de la cama y caminaba hacia mí. Quería moverme, marcharme de allí, escapar de esa habitación para encerrarme en la mía y compadecerme bajo las sábanas durante unas horas, pero no lo hice. Quería saber qué pensaba él y qué me hacía tan diferente al resto como para cambiar su *modus operandi* de follador empedernido.

—Tú eres distinta.

Sonó tras de mí, tan cerca que sentí su aliento acariciando la piel desnuda de mi cuello. Supe por su tono de voz que lo decía en serio, que creía que yo era diferente. Pero ¿diferente a qué? ¿A ellas? Yo no quería ser una más de su lista. No quería echar un polvo con él y verlo coquetear con todas esas mujeres, no quería sentir celos cuando una rubia desconocida se plantara en la puerta de mi casa, no quería numeritos de pareja celosa. Yo quería más, lo quería todo. Y eso con Javi... ¿era posible?

—Me gustas, Clara, me gustas más de lo que nadie me ha gustado jamás —explicó todavía a mis espaldas—. Y quiero hacer bien las cosas contigo. Bien de verdad. No quiero que pienses que lo único que espero es meterme en tus bragas y que luego te dejaré tirada porque...

—Porque eso es lo que sueles hacer con las mujeres —lo corté con

seriedad.

—Bueno... sí... es lo que solía hacer.

Me di la vuelta para afrontarlo. Estaba rascándose la nuca, con la mirada gacha. Levantó la vista para encontrarse con mis ojos. Esbozó una tímida sonrisa y estiró la mano para coger la mía. Ese gesto nervioso y la forma tan tierna en que sujetó mi mano consiguieron que unas estúpidas mariposas revolotearan en mi estómago. No quería sentir las, pero las reacciones de mi cuerpo ante sus actos escapaban a mi control.

—Desde que dormí contigo la segunda vez no he estado con nadie.

—¿Pretendes que me crea eso? —Reí al escucharlo.

Me miró ofendido y cerré la boca.

—Lo digo en serio, Clara, joder. Desde aquel día en que me dejaste dormir contigo después de ver esa horrible película de ángeles... por cierto, recuérdame que jamás vuelva a verla.

Solté una risita.

—Llorica.

Sonrió y tiró de mi mano para que le hiciera caso.

—Desde ese día las cosas son diferentes, completamente diferentes. Y créeme cuando te digo que no me he acostado con nadie. No porque no me lo hayan propuesto, sino porque no he... podido.

La última palabra la dijo tan bajito que casi no la escuché.

—¿No has podido? ¿Por qué?

Me miró fijamente y alargó la mano libre para apartarme el pelo de la cara, rozándome la piel y provocándome un escalofrío que me recorrió la espalda. Sus ojos verdes derrochaban sinceridad, brillaban plagados de emociones que estaba tratando de hacerme entender.

—Porque solo podía pensar en ti —anunció sin apartar la mirada.

La respiración se me quedó atascada en la garganta.

—No he mentado en ningún momento cuando he dicho que me gustabas, Clara, en ninguno. —Posó la palma de su mano en mi mejilla—. Me gustas mucho.

Dejé que mi rostro descansara ahí, que lo acunara mientras sus palabras casi susurradas se deslizaban por mi interior. Cerré los ojos un instante, dejándome llevar por el momento. Deleitándome en su tacto, en la suavidad de su voz, en esa confesión que daba más alas a las mariposas. Aunque mi mente bipolar hizo su aparición estelar para volverme loca.

*Dice que le gustas... ¿y tú te lo crees? No te dejes embaucar por él, te*

*hará daño.*

*Pero parece sincero, puede que lo diga de verdad.*

*¿Y qué va a ser lo próximo? «Cambiaré por ti, Clara; dejaré de ser un ligón empedernido por ti». ¡Ja! Eso no se lo cree ni él.*

*¿Y por qué no? Puedo darle el beneficio de la duda, creo que se lo merece.*

—No quiero que me hagas daño —susurré volviendo a abrir los ojos.

—Jamás haría algo así. Confía en mí, por favor.

—No sé si podré.

—Lo entiendo, pero déjame demostrártelo. Déjame que te muestre que no soy tal como crees, que soy más que lo que has visto de mí en estos meses. Quiero enseñarte al verdadero Javier. Ya conoces gran parte de mí, aunque creo que lo que tú consideras malo prima sobre el resto. Dame una oportunidad, Clara, y verás que no soy como piensas.

Se había acercado peligrosamente a mí. De nuevo el olor a menta y tabaco nubló mi mente y eliminó los restos de resistencia de mi organismo. Asentí con la cabeza lo suficiente para que él lo viera y sonriera. Y esa sonrisa provocó una cálida sensación extendiéndose por mi cuerpo hasta inundarlo todo, derritiéndome para él. Un poquito más, he de decir.

—¿Quieres tener una cita conmigo? —preguntó con emoción.

—Me encantaría.

Hice una mini reverencia cogiendo una falda imaginaria con mis dedos e inclinándome hacia él. Javi rio antes de agarrar una de mis manos con delicadeza para llevársela a la boca y besarla. Se me puso la piel de gallina. Dios... quería más besos suyos.

—Me hace muy honrado con su asentimiento, señorita.

—No te pega nada hablar tan educado, es anti-tú.

Se me quedó mirando con los ojos muy abiertos, fingiendo estar ofendido.

—Yo soy muy educado, Márquez.

—Sí, claro... Ya me he dado cuenta en otras ocasiones, Miranda.

—Te lo demostraré.

Llevó una mano a mi cintura y la otra a mi nuca. Se me disparó el pulso. Mi corazón se anticipaba a lo que sabía que iba a suceder.

—¿Sería tan amable de permitirme besar esos lindos labios? —preguntó clavando su mirada en la mía.

Solté una carcajada y pasé los brazos por sus hombros para acercarme hasta quedar a dos milímetros de su boca.

—Eso ni se pregunta.

## CAPÍTULO 11. JAVIER

Iba a salir con ella, con Clara, con mi Clara. Nada de salir con Celeste o lo que ella representaba. Tenía una cita con la auténtica Clara. A la que había besado en varias ocasiones y cuya sensación solo podía compararse con la de montar en un cohete y viajar hasta la Luna. Vale, sí, no tengo ni puñetera idea de cómo será volar hasta la Luna, aunque me juego cualquier cosa a que, si algún día lo hiciera, sería solamente comparable a los increíbles besos de Clara.

Lo que le dije el domingo era cierto. No había vuelto a acostarme con nadie desde que durmiera con ella por segunda vez. Fui a ver a Laura, de acuerdo. Tenía la intención de hacérmelo con ella, también de acuerdo. Pero no pude. No conseguía apartar de mi mente el recuerdo de los ojos de Clara, su sonrisa, sus ruiditos mientras dormía, el movimiento de su pecho cada vez que respiraba, la suavidad de su piel, el olor que emanaba de su cabello. Y ni las enormes tetas de Laura ni su constante coqueteo pudieron quitarme a Clara de la cabeza.

Y no fue porque ella no le puso empeño. Se lanzó a mi cuello tan pronto entré en su apartamento, nos besamos y empecé a meterle mano como siempre. Le quité la ropa y, cuando la vi desnuda, frente a mí, dispuesta a hacerme cualquier cosa que le pidiera, me sentí mal. Sí, en serio, me sentí como si estuviera haciendo algo malo. La miré a los ojos y ella pestañeó con picardía, me la cogió con fuerza y empezó a meneármela. Una sensación extraña me subió por la garganta. Me di asco a mí mismo.

—No, Laura, para —dije, apartándome de ella y agachándome para subirme los calzoncillos—. No me encuentro bien.

—¿Qué?

Por el sonido de su voz quedó muy claro que esa no era la reacción que esperaba por mi parte. Para ser sincero, yo tampoco.

—Creo que me estoy mareando —mentí—, no me encuentro bien.

—¿Estás enfermo?

Verla así, expuesta, mirándome con preocupación, casi hizo que me sintiera mal por mentirle. Casi.

—Creo que estoy cogiendo la gripe o algo así. —Terminé de ponerme los pantalones—. Será mejor que me vaya a casa antes de que te contagie.

—Si quieres, puedes quedarte a dormir aquí —ofreció mientras se subía las bragas.

—No es necesario, Laura, pero gracias de todas formas.

Me puse la camiseta a la velocidad de la luz, como si me fuera la vida en ello. Tenía que salir de allí cuanto antes. La rareza de mis sentimientos, acompañada de la mirada de corderito degollado de Laura, me estaba haciendo sentir enfermo de verdad.

Salí de su apartamento prometiéndole volver a llamarla cuando mejorara. Bajé por las escaleras notando un sudor frío recorriendo mi espalda. Puede que en realidad estuviera enfermado. La brisa de la calle no me ayudó, continuaba acalorado, agobiado. ¿Qué me estaba pasando? Caminé observando el suelo, cabizbajo, repasando los acontecimientos recientes, tratando de encontrar un porqué a mi reacción. La noche de películas con Clara, la complicidad entre ambos, las risas, meterme en la cama con ella y que se acurrucara a mi lado, el bienestar que me invadió al tenerla entre mis brazos, su extraña reacción con la aparición inoportuna de Cris, sus mensajes por WhatsApp...

En ese momento pasaba junto a una tienda, levanté la cabeza y vi mi reflejo en la cristalera. Me quedé helado. Mi cara de bobo lo dejaba todo claro.

Cara de bobo. Yo.

Alucinante.

Jamás había visto esa expresión en mi rostro. Jamás había dicho «no» a uno de mis ligues. Jamás había sentido un cosquilleo tan tonto como el que sentía en esos puñeteros momentos. Estaba, literalmente, temblando ante mi cita con Clara.

La situación era todavía más tonta, ya que ella estaba preparándose para esa misma cita en la habitación de al lado. La tenía tan cerca que todavía me provocaba mayor nerviosismo. Y tenía que ir al baño. No pensaba utilizar el que compartía con Alberto porque el día anterior él había abierto la puerta mientras yo estaba meando con toda la tranquilidad del mundo. La mirada que me lanzó fue suficiente motivo para tomar la decisión de no volver a entrar en ese cuarto de baño, por mucho que Clara se enfadara si usaba el suyo. Es más, aquella noche dormí con una silla apostada en la puerta de mi cuarto. Por si acaso. Cualquier previsión era poca ante la loca de «Alberta».

Salí de mi habitación y llamé en la puerta de Clara. No contestó, por lo que supuse que podía entrar. En cuanto lo hice, su maravilloso aroma me impactó de lleno. Qué bien olía, coño. Cerré los ojos y sonreí. Entonces escuché ruidos en el cuarto de baño y me acerqué despacio para llamar a esa puerta de nuevo.

—¿Clara? ¿Puedo usar tu baño?

—¡Javier! Usa el baño del pasillo, ¿cuántas veces te lo tengo que decir?

—No puedo, está ocupado.

Tuve que mentir, entiende mi situación.

La puerta se abrió dos segundos después y me encontré con una Clara espectacular. Completamente es-pec-ta-cu-lar.

Llevaba un vestido de color negro, ajustado, corto y con encaje en las mangas. Juro por Dios que mi mandíbula chocó contra el suelo en cuanto ella se dio la vuelta y me miró. Se había maquillado lo justo: ojos ahumados y labios rojos. No necesitaba más porque siempre estaba preciosa con la cara lavada, el pelo alborotado o de cualquier manera. Sin embargo, me gustó mucho verla maquillada. Esos ojos envueltos en sombras me provocaron un nuevo cosquilleo, añadiendo más nerviosismo al anterior. Clara llevaba el pelo suelto en ondas que caían por su espalda. Y en ese momento estaba descalza. Creo que eso fue lo que me puso más cachondo.

Sí, lo sé, no tiene sentido. Ponerse cachondo por ver a alguien descalzo es algo ridículo. Pero es que Clara descalza era... una obra de arte, una maravilla de la naturaleza, un... no sé, algo increíble. Esas piernas torneadas, suaves y tan perfectas rematadas por esos pies pequeños...

*Mejor pienso en otra cosa.*

*Neurología infantil.*

*Mi padre jugando al golf.*

*Jorge disfrazado de Shakira.*

—Javi, ¿te encuentras bien?

Su voz me devolvió a la realidad. Parpadeé un par de veces y la miré intentando sonreír.

—Sí. Es que me has dejado... —Recorrí su cuerpo, desde el nacimiento de sus pechos hasta sus tobillos, sin ningún reparo—. No tengo palabras.

—¡Javi! No me mires así. —Me dio un empujón con el hombro.

Fui rápido y deslicé la mano por su cintura para atraerla a mí. Nuestros pechos chocaron y escuché como dejaba salir todo el aire de sus pulmones.

—Estás preciosa —susurré, conectando nuestras miradas.

—Gracias —murmuró a la vez que pasaba las manos por mi cuello.

Se acercó un poco más y su nariz rozó la mía. Mi mano vagó por su cintura hasta el final de su espalda, donde noté el elástico de su ropa interior. Mi soldado vibró con anticipación.

—Tú también estás muy guapo.

Su cálido aliento impactó en mi rostro y cerré los ojos deleitándome en la sensación. Cuando los abrí, vi que ella me observaba con un brillo divertido en sus preciosos ojos marrones. Sonreí.

—¿Qué?

Se encogió de hombros.

—Me gusta observarte.

—Ah, ¿sí? —Me eché un poco hacia atrás para poder verla mejor.

Rio, coqueta, antes de acariciar mi nuca con las yemas de sus dedos. El nerviosismo aumentó, un poquito más, removiendo mi interior y alborotándome el corazón.

—¿De verdad tenemos que salir a cenar?

Su pregunta me provocó una carcajada.

—Márquez, el hecho de que prefieras que nos quedemos en casa me halaga y también me demuestra lo realmente salida que estás. —Ella sonrió a la vez que se apretaba más a mí, casi danzando con sus caderas, acariciando las mías con sinuosidad—. Clara... No juegues...

—¿O qué?

Dios, esa mujer me iba a volver loco.

Bajé mi mano un poco más y la agarré del culo para terminar de unir nuestros cuerpos y así poder besarla de una vez. Lo estaba buscando, lo quería tanto o más que yo. Sonrió contra mis labios antes de mordisquearlos de forma deliciosa. Profundizamos el beso, devorándonos. Tenía tantas ganas de ella que no sé cómo fui capaz de frenar. Solo deseaba desnudarla, sentir su piel, acariciar sus rincones más ocultos, repetir aquello que pasó tanto tiempo atrás en el asiento trasero de mi coche con la única intención de mejorarlo. Apoyé mi frente sobre la suya y sonreí tratando de recuperar el aliento. Su respiración continuaba besando mi piel. Me encantaba sentirla así, tan cerca, tan mía.

—Voy a ponerme los zapatos —murmuró antes de unir nuestros labios unos segundos que me supieron a poco.

Dejé ir un suspiro y la observé saliendo del baño. Se dio cuenta y reaccionó como solo ella podría. Llevó sus manos al bajo de la falda, la

levantó con lentitud y me enseñó la ropa interior. Braguitas negras de encaje. Braguitas mínimas. Braguitas provoca-infartos. Mi pulso se disparó, mi soldado dio una sacudida y mis labios se curvaron en una sonrisa lobuna.

—Vas a conseguir que no vayamos a cenar.

Esa amenaza tuvo por respuesta una risita desde su habitación.

Mi pequeña provocadora...

Tomé una honda bocanada de aire y me miré en el espejo. En serio, esa mujer iba a acabar conmigo o con mi salud mental. Su imagen mostrándome las bragas se repetía sin cesar en mi cabeza. Acababa de erigirse como la mejor escena que mi cerebro almacenaba de toda la película que era mi vida. Sonreí pensando en las veces que la recordararía en el futuro. Jamás iba a olvidar ese momento.

Entonces reparé en una cosa desagradable. Ese gesto me recordó a Celeste, me recordó a su trabajo. Y lo odiaba tanto... Seguía siendo estríper, seguía desnudándose para hombres borrachos y salidos. Debo admitir que no lo llevaba nada bien. En realidad lo llevaba fatal. Odiaba ese trabajo. Odiaba que otros vieran su cuerpo. Odiaba que fuera bailarina, quería que lo dejara cuanto antes, que no se desnudase para nadie más. Solo para mí. Jamás me había considerado una persona celosa, aunque puede que eso se debiera a que nunca unos sentimientos como los que ella despertaba en mí habían conseguido esa reacción. Ninguna mujer me había provocado tanto como ella, tantas sensaciones desconocidas, esas cosquillas de anticipación, ese nerviosismo al verla llegar a casa, esa sonrisa involuntaria al escuchar su risa, ese extraño aleteo de mi corazón... Y tenía que ser estríper. La primera mujer que conseguía que Javier Miranda sintiera todas esas cosas era estríper. Hay que joderse.

La idea de cambiar el club a una discoteca continuaba adelante y estaba generando muchísimo papeleo, por lo que sería un cambio lento, aunque estaban avanzando relativamente rápido. Unos días atrás, había comentado con Clara que mi hermano conocía a un par de ingenieros que podrían echarles una mano si se vieran en la obligación de hacer algún cambio estructural en el edificio. Ella se lo comentó a su jefe y contactó con Raúl. Creo que habían quedado ese mismo lunes para echar un vistazo al proyecto.

Ojalá la reforma fuera rápida. Ojalá ese trabajo se convirtiera cuanto antes en un recuerdo del pasado.

Pero no iba a pensar en eso, no entonces. Quedaba poco para que dejara de bailar medio desnuda para cualquiera; iba a convertirse en la encargada de

una discoteca y eso conllevaba algo muy importante: ir vestida.

Y esa noche tampoco iba a pensar en mis exámenes. Aquel martes había hecho el último y trataba de no darle vueltas al resultado. No pregunté a compañeros ni me interesé por sus respuestas. Solo me alegré por que fuera el último y, si todo salía bien, habría terminado la carrera. Quedaba esperar las notas, y mi intención era hacerlo sin nervios. Por esa noche nada de pensar en estudios, exámenes, estríper ni discotecas.

Solo me iba a centrar en ella.

Terminé de peinarme y salí del cuarto de baño. Clara estaba metiendo su móvil en un pequeño bolso de color negro. Se giró y me miró con una preciosa sonrisa en los labios.

—¿Está usted lista, señorita?

Extendí mi mano hacia ella y la cogió sin borrar esa sonrisa. Me la llevé a la boca para besarla con suavidad.

—Señor Miranda —exclamó fingiendo sorpresa—, es usted todo un caballero.

—Ya veremos si me dices lo mismo cuando termine la noche.

La miré con mi mejor sonrisa, sabiendo perfectamente el efecto que ejercía en ella. Sus pupilas se dilataron y vi como tragaba saliva.

—Ya veremos... —susurró con voz ronca.

Recogimos nuestras cazadoras, bajamos las escaleras y nos encontramos frente a otros habitantes de la casa. Jorge pasaba un brazo por los hombros de Cris y ella tenía las manos en el pecho. Los dos nos miraban con cara de emoción. Puse los ojos en blanco al verlos, menuda pareja de capullos. Alberto se había ido a pasar el fin de semana con Enric a Madrid, donde se celebraba un certamen de moda bastante importante. Creo que el fin de semana siguiente iban a tener lugar las presentaciones oficiales de su nuevo novio. La verdad es que sentía bastante curiosidad por conocerlo, porque no dejaba de hablar de él a todas horas. Era muy pesado con Enric por aquí, Enric por allá. Había conseguido que me interesara por él tras noches sin hablar de otra cosa durante nuestras partidas de cartas.

—Los niños se nos hacen mayores, querida —le dijo Jorge a Cris con un marcado acento americano.

Clara se echó a reír.

—¡Esperad! —chilló la enana—. No bajéis del todo las escaleras.

Y desapareció corriendo en dirección al salón, dejándonos a los demás plantados con cara de no entender nada. A los pocos segundos apareció con su

cámara de fotos en la mano y una enorme sonrisa feliz.

—Una foto para el recuerdo —dijo colocándonos en la posición que consideró mejor, como si fuera una verdadera fotografía y tuviera idea de lo que hacía. Cosa que no sucedía. Estaba mal de la cabeza—. Debajo podéis escribir: «Nuestra primera cita, aunque no nuestro primer revolcón».

—¡Cris! —gritó Clara, mirándola con ojos de asesina.

Yo no pude evitar reírme. El hecho de que todos los que vivíamos allí y, por consiguiente, las únicas personas con las que me relacionaba últimamente, supieran lo que había pasado entre nosotros era muy divertido. Las caras de Clara cada vez que Cris le decía algo referente a nuestro primer encuentro eran dignas de observarse. A mí me encantaban, por supuesto. Me llevaba alguna colleja por parte de Clara, pero merecía la pena.

En esa ocasión me llevé una buena, como no podía ser menos.

Aguantamos estoicamente la sesión de fotos, posando para ella como si fuéramos modelos de verdad, atendiendo sus órdenes.

—Pon la mano en la cintura de Clara. Eso es, muy bien. Ahora miraos a los ojos fijamente. Clara, siéntate en la escalera y, Javi, obsérvala desde arriba. Sí, justo así. Ahora sube al tercer escalón y salta para que él te recoja en brazos con si fuera *Dirty Dancing*...

—¡Cris! —gritamos los tres a la vez.

Jorge también estaba cansado de tanta pose y tanta tontería.

—Vale, vale, ya os podéis marchar. Pero portaos bien, no bebáis mucho y, sobre todo, usad protección.

—Sí, mamá —contesté reprimiendo la sonrisa.

—Adiós, pesada. —Clara agarró mi mano y abrió la puerta para sacarme de ahí y dejar atrás a esa pareja de dementes.

Me despedí de ellos agitando la mano. Se quedaron en la puerta, con la misma pose que cuando bajamos las escaleras, como si fueran nuestros padres o algo así. Me dio mucha risa y les grité que eran gilipollas. Jorge me enseñó el dedo y los cuatro reímos muy alto. Clara y yo nos montamos en mi coche y arranqué dejando a Cris y Jordicito atrás, poniendo rumbo al lugar al que había pensado llevarla. Por supuesto, ella no tenía ni idea.

—¿Adónde vamos? —quiso saber, curiosa, observando por la ventanilla al ver que nos dirigíamos a las afueras de la ciudad.

—Ya lo verás.

—¿Ni una pista?

—Ni una pista.

La escuché refunfuñar y reí entre dientes. ¿Podía ser más encantadora? No me sorprendí de haber tenido ese pensamiento. Entonces ya estaba acostumbrado a las cosas que Clara me hacía sentir. Cosas que jamás había pensado de una mujer. Porque siempre había tenido mujeres en la cabeza, siempre, pero nunca de la manera en que la tenía a ella. Porque era verla y mis labios se curvaban alegres, era escuchar su risa y sentir ganas de reír con ella, era sentirla cerca y tener ganas de que no se fuera.

Pensaba mucho en ella en el aspecto físico. Me atraía, creo que jamás me había sentido así por otra chica, tan colgado por las curvas de su cuerpo y la calidez de su piel. Aunque, además de eso, también estaba el simple hecho de pasar tiempo juntos. Me encantaba compartir cosas con ella, contarle lo que me había pasado ese día, hablarle de mis exámenes y mis profesores, hablarle de cualquier cosa. Quería que lo supiera todo de mí, lo bueno y lo malo, lo que había sucedido antes de que ella apareciera y lo que, de alguna manera, quería vivir a su lado de entonces en adelante.

Hay que joderse, ¿podía sonar más cursi?

En ese momento empezó a sonar una canción de Rihanna en la radio y ella alargó la mano para subir el volumen. Se puso a tararear mientras bailoteaba al ritmo de la música. Me descubrí observándola atontado en cada semáforo, en cada curva, en cada segundo que podía desviar la vista del tráfico para centrarla en ella.

Continuamos por la carretera de la costa durante unos kilómetros más y me desvié por un camino de tierra a mano derecha, directo al mar. Clara se volvió a mirarme con curiosidad; la ignoré. Seguí conduciendo unos minutos más hasta llegar a nuestro destino. La vegetación que había estado acompañando nuestro avance por el camino desapareció para dejar paso a una explanada en la que una casa de madera con las luces encendidas presidía el lugar. Aparqué frente a la vivienda. Clara la observó con el ceño fruncido y después a mí, con la misma cara.

—Es una sorpresa —susurré, inclinándome hacia ella.

—Ni siquiera sé qué preguntar.

—Mejor, no preguntes nada.

Salimos del coche en silencio. Clara se dirigió a un lateral de la casa desde donde se podía ver la playa y se quedó observando el horizonte.

Nos encontrábamos en una pequeña colina cubierta de césped y con algún que otro arbusto que la adornaba. La casita quedaba visible desde una cala prácticamente desconocida. Habría un kilómetro de distancia hasta el agua. Es

bastante probable que no cumpliera ni uno solo de los requisitos de urbanismo actuales, pero era pequeña y se encontraba bastante escondida de las miradas. Dudo que alguien tuviera conocimiento de esa cala en aquella zona de costa, y mucho menos de la edificación. Mi abuelo fue un hombre listo en su día, la construyó en un lugar apartado, tranquilo y maravilloso para que su familia pudiera pasar un día en la playa sin que nadie los molestara. Se trataba de un tesoro familiar que quería compartir con Clara. Para conseguirlo, tuve que rogar a mi padre que me la prestara esa noche. Y, por supuesto, tuve que contarle cuáles eran mis intenciones y confesar que quería llevar a una chica especial allí. Le hice jurar que no le diría ni media palabra a mi madre o estaba seguro de que me interrogaría acerca de Clara y terminaría pidiéndome que la llevara a casa a comer para conocerla. Y eso sí que no. Ni de coña.

—Este sitio es precioso, Javi.

Sonreí y me acerqué a su lado.

—Es un rincón de la familia Miranda que quería compartir contigo.

—Pues me encanta.

Se volvió a mirarme y me quedé sin aliento. La luz de la luna incidía en su rostro, envolviéndolo entre sombras, dulcificando todavía más su expresión. Estaba preciosa. Era preciosa. Estiré una mano y le aparté el pelo de la cara, la brisa del mar lo mecía de un lado a otro. Sonrió antes de recoger un mechón, colocarlo tras su oreja y acercarse.

—Gracias —susurró.

—¿Por qué?

—Por este momento.

Sonreí y la cogí de la mano. Justo entonces un escalofrío hizo que se estremeciera.

—Vamos dentro, no vayas a coger frío.

Tiré de ella y nos dirigimos a la entrada de la casa. Era de madera, pequeña y acogedora. En la planta de abajo se encontraba el salón, que se comunicaba con la cocina. La chimenea estaba encendida porque esa misma tarde me había acercado a dejar todo preparado. Normalmente solo la encendíamos en invierno, pero esa era una ocasión especial y quería que ella lo notara. En el piso de arriba había un cuarto de baño y dos habitaciones en las que dormíamos toda la familia cuando íbamos a pasar algún día de playa que terminaba alargándose hasta el anochecer. Clara observó todo con muchísima atención mientras se lo fui enseñando. Sonrió cuando le conté alguna anécdota de mi niñez en ese lugar, se pegó a mi cuerpo al mostrarle las

habitaciones de arriba, consiguiendo que se me acelerara el pulso, me cogió de la mano cuando bajamos las escaleras y no dejó de observarme con ojos brillantes en ningún momento.

Fui a la cocina para sacar una botella de vino, ella se quedó en el sofá, observando la estancia con atención. Era muy observadora. Volví con dos copas llenas, dejé la botella sobre la mesa y me senté a su lado. Se había quitado la cazadora, tenía las piernas cruzadas y miraba el fuego. Me regaló una pequeña sonrisa antes de coger la que le tendí.

—Por nosotros —propuse.

—Por nosotros —repitió chocando su copa con la mía.

Ambos bebimos un sorbo, aunque estuve a punto de beberme su contenido en un trago. Estaba nervioso, el corazón me latía deprisa. Yo no solía ponerme nervioso con las chicas, siempre tenía el plan establecido en mi mente de antemano. Sabía cuándo la iba a besar, que ella caería rendida a mis pies con cualquier comentario preparado y que suspiraría por mí en una media de treinta minutos. Lo tenía comprobado, fruto de años de experiencia. Pero con Clara... Joder, no tenía ni idea de qué pasaría. Nunca sabía qué iba a suceder con ella. Siempre me descolocaba con sus comentarios, con sus pensamientos. No reaccionaba como esperaba, como el resto. Y eso era algo que me encantaba en ella, la incertidumbre, la sorpresa, el desconocimiento de sus actos, tan repetitivos en el tipo de mujeres con las que estaba habituado a relacionarme. Por eso me sentía así, esa era la razón de mi nerviosismo: no tenía ni idea de qué podía salir de esa noche con Clara.

El silencio se había instalado en el salón. Ella no dejaba de mirar el fuego y yo no sabía qué decir.

Un desastre de comienzo de cita.

*¿Qué coño te está pasando, Javi?*

Volví a beber vino. En esa ocasión sí la vacié. Procedí a rellenar mi copa e hice lo mismo con la suya, aunque solo hubiera bebido un sorbo. Se volvió hacia mí y observó lo que estaba haciendo.

—¿Estás nervioso?

Carraspeé un poco y me rasqué la cabeza. Claro que lo estaba.

—No, en absoluto. ¿Por qué lo dices?

Se echó a reír y se estiró a por su copa, bebió un trago y volvió a mirarme.

—Yo sí lo estoy —confesó en voz baja.

—Es ridículo que estemos nerviosos. No estamos haciendo nada del otro

mundo.

—Ah, ¿no? Pues yo he catalogado esta cita como una de alto riesgo.

—¿De alto riesgo?

Me reí y parte de mis nervios se fueron con las carcajadas. Ella me miró, divertida.

—Joder, Javi... Estoy en una cita contigo. ¡Contigo! Mil pensamientos cruzan mi mente a toda velocidad. No sé si hacerles caso o beberme esa botella de vino de un trago para callarlos.

—¿Qué tipo de pensamientos? —Me acerqué un poco más a ella en el sofá.

Frunció el ceño antes de negar con la cabeza y volver a beber de su copa.

—No quiero hablar de eso.

—Venga ya, Clara. Cuéntamelo.

Le di un pequeño empujón con el hombro y chasqueó la lengua. Tomó aire sin apartar la mirada de la chimenea. Las sombras que el fuego proyectaba en su rostro hicieron que me dieran ganas de recorrerlo con las yemas de los dedos, desde la frente hasta la barbilla, pasando por su pequeña nariz y acariciando sus labios. Se irguió en el asiento antes de aclararse la garganta.

—No quiero que te sienta mal —me advirtió. Yo asentí con la cabeza para que siguiera hablando—. Me encanta que me hayas traído a este sitio, es precioso y me hace sentir especial. Aunque a la vez algo dentro de mí grita que seguro que has traído a más chicas aquí y yo...

—Nunca he traído a nadie a este lugar.

Se volvió a mirarme con incredulidad.

—Es en serio. Jamás he traído a ninguna chica aquí. Tú eres la primera.

Las comisuras de sus labios se elevaron, despacio, incluso reticentes, y creo que en ese momento comenzó a relajarse. No me había dado cuenta de la tensión en sus hombros hasta entonces.

—Voy a creerte, Javi. No hagas que me arrepienta por confiar en ti.

—No te arrepentirás. Te lo prometo.

Entrecerró los ojos y escudriñó mi rostro, tratando de ver a través de mí, intentando averiguar si mentía o lo decía en serio, decidiendo qué hacer. Yo le sonreí, poniendo mi mejor cara de niño bueno hasta que la hice reír.

—No sé cómo consigues que me crea todo lo que dices —soltó con un ligero mohín de incredulidad.

—Estás loca por mí, es por eso.

—Eso te gustaría a ti.

Su respuesta para todo. Me reí.

—Y me encanta, porque sé que es cierto.

Me acerqué más a ella y se tensó al instante. La miré fijamente a los ojos, acaricié su rodilla desnuda. Ella se puso nerviosa, observó mi mano sobre su pierna, tragó saliva y yo aguanté la sonrisa que quería mostrar al ver su reacción a mi caricia.

—Estás loca por mí, Clara... —susurré acercándome a su oído—. Igual que yo lo estoy por ti.

Entonces sus labios chocaron con los míos. De repente. Me pilló desprevenido, no esperaba que me besara tan pronto, aunque no tenía ningún problema con ello. Reaccioné enseguida, llevando la mano a su nuca para atraerla más a mí y así poder profundizar en el beso.

Un beso inesperado, sorpresa, como todo con ella.

Lo que me gustaba esa mujer...

Al separarnos, chasqueó la lengua de nuevo y vi que negaba repetidamente con la cabeza. La miré interrogante y ella suspiró.

—Voy a prohibirte que digas ese tipo de cosas que sueles decirme, como que estás loco por mí y que soy la primera chica que traes aquí. Consigues que baje las defensas.

Me eché a reír y le contagié mis carcajadas.

—¿Y por qué crees que las digo?

Cerró la boca de repente y me lanzó una mirada asesina que me dio ganas de volver a reír, pero decidí que calladito estaba más guapo. Cogí su mano, con intención de enmendar mi desafortunado comentario.

—No seas tonta, si te digo ese tipo de cosas es porque es cierto, porque lo siento de verdad.

—Ahora mismo ya no me lo creo.

Resoplé.

—Clara, en serio. Me conoces, sabes cómo soy. Me gusta ser bromista contigo, hacerte rabiar y reírnos juntos de todas las tonterías que se nos ocurren. Pero lo que acabo de decir es cierto. Estoy loco por ti, ¿acaso no lo ves? ¿De verdad crees que sería capaz de decirte algo así para que me beses?

Me miró levantando una ceja.

—Sabes perfectamente que no necesito decir nada para que lo hagas —añadí con sorna.

—Eres un jodido creído, Miranda.

—Y aun así sabes que voy en serio.

Suspiró frustrada y volvió a mirar al fuego.

—¿Vas a dejar de buscar defectos en mí? —La cogí de la mano.

—Es que todas esas chicas...

—¿Qué chicas?

—Todas esas incautas con las que hablas por teléfono mientras pones tu cara de chulo y que babeen por ti.

La miré sorprendido.

—Esas chicas no significan nada.

—Pero te has acostado con ellas. Y siguen llamándote por teléfono, tú contestas, ríes con ellas y alimentas sus esperanzas.

—¿Yo hago eso?

No tenía ni idea de qué quería decirme.

—Sí, Javi. Ellas te llaman esperando gustarte, queriendo repetir, y no haces nada por negarte. Al contrario, ríes con ellas, respondes a sus gracias y consigues que crean que lo vuestro puede volver a suceder, que puede haber algo más. ¿Imaginas cómo me siento cuando hablas con ellas y estoy sentada a tu lado?

La miré, contrariado.

¿Eso hacía yo? ¿Alimentaba sus ilusiones? Bueno, la verdad es que siempre contestaba a las chicas que me llamaban; me hacía sentir deseado y me gustaba devolverles los cumplidos porque nunca se sabe qué puede suceder. Aunque jamás lo hice con intenciones de que ellas se colgaran por mí o llegaran a pensar que entre nosotros iba a haber algo más. Es simple: no me gustaba decirles que no. Me daba la sensación de que sería cruel no responder a sus mensajes o llamadas. Lo cierto es que nunca me dio por pensar que con mi actitud podía darles a entender que estaba interesado en ellas. Porque la realidad es que jamás me había interesado por ellas, tan solo se trataba de sexo. Ni Laura ni Vicky ni ninguna habían conseguido generar ningún sentimiento en mí, solo eran un pasatiempo momentáneo. Nunca les había prometido nada, citas o cine, jamás. No habían significado nada aparte de un cuerpo con el que satisfacer nuestras ganas, las de ambos, porque ellas sabían lo que había. O al menos eso pensaba yo. Para mí eran sexo, un polvo y a casa. Nada más.

De repente tuve una pequeña revelación.

Volvían a llamarme. Aguantaban que yo me fuera de malas maneras o las echara de mi casa sin miramientos y, aun así, volvían a llamarme.

Clara tenía razón.

Un momento. Había algo más importante. A Clara le dolía que yo hiciera esas cosas. Y ella era especial, la única persona a la que no quería hacer daño de ninguna manera.

—No lo había pensado —admití, acariciando su mano, que aún permanecía entre las mías—. Lo siento, no quería hacerte sentir mal.

—Pero ¿me entiendes? Es por eso por lo que no termino de confiar en ti. ¿Quién me dice que no estoy aquí haciendo el idiota? ¿Quién me asegura que mañana cuando estemos en casa no vas a volver a coger el teléfono y vas a disfrutar de lo lindo hablando con una de ellas? No quiero ser la estúpida de la que te aprovechas.

—Yo jamás me aprovecharía de ti —exclamé algo indignado por que pensara así—. Clara, ¿cuántas veces tengo que decírtelo? Me gustas. Me gustas muchísimo.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —La sorpresa se reflejó en mi pregunta.

Sonrió y estiró la mano libre para acariciarme la mejilla.

—Claro que lo sé. Igual que tú sabes que también me gustas.

Respiré hondo, dejando que mi rostro reposara en su palma.

—No volveré a dar coba a esas chicas, te lo prometo.

—No prometas cosas de las que no estés seguro.

—Lo digo en serio, Clara. No quiero hacerte sentir mal, nunca. Quiero estar contigo, ver qué puede salir de nosotros dos juntos, porque me encantas. Desde aquella vez en el aparcamiento del club no has salido de mi cabeza, y cada día es peor. Antes pensaba en ti porque anhelaba tus besos y tu cuerpo, lo admito, era algo físico. Aunque ahora... —Sonreí como un tonto—. Ahora eres tú, no eres Celeste. Eres Clara. Mi amiga, mi inesperada compañera de piso, la chica que me hace reír y que sabe cómo contestarme para que me deje de tonterías. La única que me importa de verdad. Quiero que confíes en mí.

—Y yo quiero confiar en ti —murmuró sin dejar de mirarme con intensidad.

—Déjame demostrártelo. Dame una oportunidad.

—¿Qué crees que hago aquí?

—¿Darme una oportunidad? —pregunté con cara de niño bueno otra vez.

—No necesitas poner esa cara, idiota. —Se acercó a mí y me besó en los labios—. Tienes esa oportunidad, aprovéchala.

—Lo haré —murmuré justo antes de besarla otra vez.

## CAPÍTULO 12. CLARA

Íbamos a acostarnos.

No iba a ser la primera vez. No había motivos para estar nerviosa. Lo sabía el día anterior, lo supe durante el viaje hasta la casa al lado de la playa, estuvo claro durante todo el tiempo que charlamos, sentados en el sofá, y todavía más cuando el vino se terminó, el ambiente se caldeó y comenzamos a meternos mano.

*Entonces... ¿qué narices haces hiperventilando en el baño?*

Una desagradable sensación me había invadido. ¿Y si no salía bien? ¿Y si tenía las expectativas tan altas tras aquel encuentro descontrolado en su coche tiempo atrás que ahora todo salía fatal? Ya no éramos las mismas personas, o, bueno, sí lo éramos, solo que entonces no nos conocíamos. La primera vez se trataba de dos extraños que se atraían, entre los que saltaron chispas y que decidieron cometer una pequeña locura sexual transitoria. Pero ahora... éramos nosotros, Javi y Clara. Ya no éramos el novio del baile sexi y Celeste. Habían sucedido muchas cosas, entre otras, que conseguimos conocernos. Nos habíamos convertido en amigos. ¿Y si eso lo cambiaba todo?

—Clara, ¿estás bien? Llevas ahí demasiado rato.

Me sobresalté un poco al escuchar a Javi al otro lado de la puerta. Respiré hondo antes de mirarme por última vez en el espejo. Ojos brillantes, mejillas arreboladas y labios hinchados. Cara de sexo, sin duda. Sexo con Javi. Oh, joder...

—Dame un momento, por favor.

—Voy a entrar.

—¡No entres!

—Ya lo creo que sí.

—¿Qué hay de mi intimidad? —pregunté mientras él accedía al pequeño cuarto de baño.

—En esta casa nunca ha habido de eso. —Señaló la puerta, donde debería estar el cerrojo.

—Pues menuda mierda. ¿Y si hubiera estado ocupada?

—¿Sentada en el trono? —Se encogió de hombros—. Todos lo hacemos,

¿no?

—Javi, no estás ayudando.

Rio un poco entre dientes y se acercó hasta mí, tomando asiento en el borde de la pequeña bañera.

—¿Qué te pasa, preciosa? ¿Por qué estás aquí comiéndote la cabeza?

—La situación.

—¿Estás nerviosa? No tenemos que hacer nada si no quieres.

—Claro que quiero.

—Menos mal.

Me eché a reír al ver su cara de alivio y sonrió antes de coger mi mano. Me miró a los ojos.

—Sé que quieres, que ambos nos morimos de ganas. Pero si no te sientes cómoda no es necesario que...

—No es eso —lo corté, respirando hondo—. Creo que es por las expectativas.

—Y el pasado.

—Ajá.

Se encogió de hombros.

—No lo pienses, déjalo a un lado. Es lo que hago yo.

—Creo que resulta más fácil decirlo que hacerlo.

—No, Clara. Mira, yo lo veo así. Tú y yo tenemos un pasado juntos, algo anecdótico, una batallita que hemos recordado miles de veces durante todo el tiempo que hemos pasado sin saber nada el uno del otro. Ahora es distinto. Se trata de nosotros, y no somos los mismos de aquella vez. Al menos yo lo siento así. Tú eres Clara, la chica que ha puesto todo patas arriba aquí. —Señaló su cabeza—. Aunque también aquí.

Agarró mi mano y de repente estaba sobre su corazón. Sonreí.

—Quiero acostarme contigo, quiero besarte, recorrer tu cuerpo con mis dedos y hacerte gemir tan alto que creas que todo ha sido un sueño.

Tragué saliva mientras un hormigueo me recorría el cuerpo. Él continuó con su discurso.

—No quiero hacerlo como aquella vez. Eso fue frío, impersonal, sin sentimientos. Y ahora es diferente, muy diferente. Porque yo siento, mucho, y lo quiero todo de ti, pero contigo segura y tranquila. Por eso me da igual que no suceda nada hoy, porque no tenemos que correr por algo que ha de surgir de manera natural, espontánea, entre dos personas que saben que se gustan, que sienten cosas y quieren compartirlas.

Sonreí antes de acariciar su mejilla.

—Aunque... —añadió con una de esas sonrisas lobunas tuyas— me muero por desnudarte ahora mismo y comerte entera.

No dije nada. Llevé las manos al lateral de mi vestido y bajé la cremallera, ante su atenta mirada y esa sonrisa que todavía coronaba su rostro. Dejé que la prenda cayera al suelo.

—Creo que me has convencido —murmuré dando un paso hacia él.

Su mano soltó la mía y recorrió despacio mi muslo desde la rodilla hacia arriba.

—Dios mío, qué *déjà vu*...

Sonreí ante sus palabras. Lo sabía, yo también lo había sentido.

—¿Bailas para mí?

—No estoy en horario de trabajo —bromeé.

—Por favor, Clara, baila como aquel día.

Y lo hice. Me moví despacio para él, sin música, con luz, con ganas. Y fue distinto, porque ya no éramos desconocidos, porque había una confianza entre ambos que me hizo sentir cómoda y segura. Diferente de aquella vez. Diferente a todo. Porque él me miraba como nunca me habían mirado. En sus ojos verdes había lujuria y deseo, por supuesto, aunque brillaban con algo más. Con algo que daba seguridad y tranquilidad. Con algo que consiguió que las mariposas de mi interior se removieran inquietas, alegres y emocionadas.

Mi cuerpo se contoneaba para él. Mis manos se movían para él. Mi piel se erizaba por él, por sus dedos sobre ella, recorriéndola lentos, demorándose en cada porción que encontraban. Di un nuevo paso hacia su cuerpo y agarró mi trasero.

—Qué bonitas vistas —murmuró observando mis pechos.

Seguí bailando, llevé las manos hasta mi espalda y busqué el cierre de mi sujetador, que abrí sin dejar de moverme. Estaba bailando para él, solo para él, dedicándole cada uno de mis movimientos y mis respiraciones. Sus ojos observaron mis pechos cuando dejé que la prenda se deslizara de manera sinuosa por mis brazos. Alzó las manos y los acarició, consiguiendo que gimiera. Aunque no dejé de bailar. Sentía sus caricias en mis pezones, su respiración comenzó a acelerarse, abrí las piernas para sentarme sobre su regazo y descubrí que mi baile estaba gustándole mucho.

—Veo que lo estoy haciendo bien —susurré moviendo mi cintura a un lado y a otro, rozándolo.

—Lo estás haciendo mejor que eso.

Sus manos recorrieron mi espalda desnuda. Llevé las mías al bajo de su camiseta y tiré de ella, consiguiendo que levantara los brazos para quitársela. Uní nuestras pieles, calientes, sedientas, ansiosas. Mis movimientos continuaban y nuestras respiraciones se hicieron más sonoras. Mis dedos acariciaron su espalda, los suyos se enredaron entre mi pelo. Lo miré a los ojos, con la boca entreabierta, las ganas desbordadas.

—Clara...

Me apartó un mechón de la frente. Mi nombre susurrado de aquella manera, como nadie lo había susurrado antes, me alteró más de lo imaginable. Acerqué mi rostro al suyo y uní nuestras bocas. Pausado, húmedo, delicioso. Su lengua se fundió con la mía de una manera tan erótica, con una lentitud tan exquisita, que me pegué más a él, dejando de moverme y centrándome en ese beso. Al hacerlo, Javi perdió el equilibrio sobre el borde de la bañera, precipitándose hacia atrás y llevándome con él.

—¡Joder!

Mis carcajadas acompañaron su taco. Él se rascó la cabeza.

—Me he dado un golpe, graciosa.

Todavía reí más alto.

—Te parece divertido, ¿eh? —añadió sonriendo—. Ahora verás. A la mierda la calma.

Me agarró por el trasero y me acopló a su entrepierna. Asaltó mi boca, que todavía sonreía, y me besó de verdad. No quiero decir que lo de antes no hubiera sido un verdadero beso, solo que fue pausado e incitante; todo lo contrario a este, que fue tan demandante que consiguió que dejara de reír y me revolucionó entera.

En aquella bañera, en contacto con la fría loza, entre risas y algún que otro golpe más, la ropa que todavía llevábamos desapareció, nuestros cuerpos se volvieron a encontrar, tanto tiempo después, y conectaron de nuevo. Pero fue distinto, porque nosotros lo éramos. Y fue genial, tanto que más tarde repetimos, aunque en la cama esa vez. Y bailamos juntos sobre las sábanas blancas hasta que el cansancio nos llevó a ambos a un sueño que compartimos abrazados.

\*\*\*

Al abrir los ojos todo me pareció distinto. Javi estaba a mi lado. Dormía. Era él, aunque no era el mismo. Ya no. Desde aquella noche, había dejado de ser

el chico que había entrado en mi vida tras pedir un baile privado conmigo y me había arrastrado a cometer una locura sexual en el asiento trasero de su coche, que había reaparecido de manera inesperada por ser el amigo del novio de Cris, que llevaba semanas tonteando conmigo, haciéndome reír y metiéndose de lleno en mi día a día al convertirse en compañero de piso por accidente. Mis ojos lo miraban distinto, con esperanza, con ilusión, con ganas de más.

Sí, lo he dicho, ganas de más. Eso es lo que quería de Javi.

*Auténtica ida de pinza, Clara.*

*No empieces, por favor...*

*Vas a cagarla pero bien. Te estás colando por él, creo que eres bastante consciente de ello. ¿Quieres que te dé la patada en cuanto una de sus incautas entre en escena?*

*No lo hará, sé que no.*

*¿Confías en él?*

*Quiero hacerlo...*

*Lo dicho, auténtica ida de pinza. Cuando la realidad explote en tu cara seré la primera en reírme.*

—Buenos días, bonita.

La voz adormilada de Javier me sobresaltó. Dejé a un lado las cavilaciones de mi mente enferma y me centré en él. Qué guapo estaba.

Acaricié sus hombros desnudos y deslicé mi mano por su pelo hasta llegar a la frente, donde aparté unos mechones que casi le tapaban los ojos. Estaba tumbado bocabajo, con las manos debajo del almohadón, con los labios curvados en una pequeña sonrisa de satisfacción.

—Buenos días, bonito.

Soltó una risita antes de abrir los párpados.

—Yo soy resultón, la bonita de verdad aquí eres tú. Anda, ven, tumbate a mi lado.

Lo hice. Él cambió de postura y me acomodé en su pecho, donde pude escuchar los latidos de su corazón y centrarme en el ritmo que marcaban. Suspiré, porque estaba tan a gusto que no podía imaginar un lugar mejor en el que encontrarme. Sus dedos comenzaron a acariciar mi cuero cabelludo. Casi ronroneé.

—Podría acostumbrarme a esto —murmuró de repente.

—Y yo.

—¿Eso quiere decir que por fin vamos a compartir habitación?

Me eché a reír antes de incorporarme para observarlo.

—No pararás hasta meterte en mi cama, ¿verdad?

—Me gusta dormir contigo, ya te lo he dicho muchas veces. Descanso de maravilla si tu cuerpo está cerquita del mío. Y si le añadimos el poder disfrutar de cada curva de tu piel, lo de compartir cuarto se convierte en mi sueño hecho realidad.

—Me lo pensaré.

—No mientas, Clara. Ya conoces cuál será la respuesta.

—Te sobreestimas, Miranda —dije mientras mi mano recorría su brazo.

—¿Sabes ya lo mucho que me pone que me llames por mi apellido?

Lo tenía encima de repente.

—¿Que te diga Miranda? No, Miranda, no lo sabía.

Soltó una risita antes de agacharse y besarme.

—Yo sí podría acostumbrarme a esto —murmuré sobre su boca.

—Mejor, porque no pienso dejar de hacerlo.

—Mmmmm, de acuerdo. Miranda...

La intensidad aumentó. Su boca se volvió demandante, ansiosa por más, por todo. Y se lo di. Mis manos vagaron por su cuerpo, las suyas por el mío, hambrientas y sedientas, levantando gemidos a su paso. Cuando su lengua abandonó mi boca y recorrió la distancia hasta mis pechos, me retorcí sobre el colchón. Lamió mis pezones, haciéndome gemir muy alto, volviéndome loca con cada húmeda caricia. Enredé los dedos en su pelo. Bajó por mi vientre, besando todo, y, al llegar al final, levantó la vista. Sus ojazos verdes brillaban.

—Quiero comerte entera, Clara.

No respondí, no pude, un lametazo me impidió articular palabra y de mis labios solo salió un sonoro gemido. Por Dios, qué brusquedad tan maravillosa. Lo repitió y me agarré a las sábanas con fuerza. Lo siguiente fue centrarse en mi clítoris, consiguiendo que mi espalda se arqueara y que repitiera su apellido varias veces. Eso pareció alentarlos, porque continuó haciéndolo, lamiéndome entera, muy bien, excesivamente bien. Su lengua era maravillosa, él lo era. Oh, joder, que no dejara de hacerme eso jamás. Cerré los ojos y arqueé la espalda con más intensidad cuando uno de sus dedos entró en mí. No podía dejar de gemir. Las sábanas ya formaban un gurrúño en mis manos. Él no dejaba de lamer y chupar todo mi centro, llevándome irremediabilmente a un orgasmo increíble que me hizo gritar su nombre esta vez, no su apellido.

—Eres una diosa.

No había dejado de temblar cuando lo sentí entrar. Lo acepté, por supuesto, elevando mis caderas hacia él y pidiéndole más, pese a que mi cuerpo no pudiera reaccionar del todo bien tras la oleada de placer que todavía daba sus últimos coletazos. Javi empujó, gimió y se agachó a besarme. Sus besos eran adictivos, al igual que sus movimientos, que solo conseguían que quisiera más. Más hondo. Más fuerte. Más.

Un nuevo remolino que no esperaba comenzó a formarse en el centro de mi sexo, estallando como fuegos artificiales cuando cerré los párpados y pintando de colores la oscuridad tras ellos. Javi se unió a mí, pronunciando mi nombre para después dejarse caer poco a poco sobre mi pecho, uniendo nuestras pieles sudorosas. Besó el hueco bajo mi oreja, convirtiendo su respiración agitada en el único sonido que me rodeaba. Ya no había nada más. Nosotros, nuestros cuerpos, su respiración...

—Quiero despertar así todos los días —dije cuando pude articular palabra.

—Me lo apunto. Pero en tu habitación.

Reí muy alto.

—Qué pesado eres...

Se incorporó para mirarme con una sonrisa esperanzada. Y preciosa, la verdad. Llevaba el pelo revuelto, las mejillas coloreadas por el esfuerzo realizado, los labios hinchados, los ojos adormilados.

—Aunque podría acostumbrarme a ver esto todas las mañanas —añadí acariciando su mejilla.

—¡Hecho! Esta misma tarde me traslado.

Volví a reír, y él conmigo. Me abrazó y besó mi cuello, pasé las manos por su espalda y rodamos por la cama.

—Voy a decirte una cosa y puede que no me creas, pero aun así quiero contártela.

Lo miré expectante. Me acarició el pelo con delicadeza, colocándolo tras mis orejas antes de continuar hablando.

—Es la primera vez que me levanto así con una chica.

—Ya, claro —exclamé sin poder evitar echarme a reír.

—Sabía que no me creerías, aunque es completamente cierto.

—¿Me estás diciendo que jamás habías dormido con uno de tus ligues? ¿Eres de esos que no duermen con ninguna y las echa de malas maneras de su cama o escapa en cuanto termina la faena?

—No, aunque alguna vez lo he hecho —admitió incorporándose y

apoyando la mejilla sobre su mano—. Sí he dormido con mis ligues, como todo el mundo. Pero nunca me había despertado así.

—Así, ¿cómo?

—Feliz.

La sonrisa se fue expandiendo por mi rostro poco a poco. Volvió a acariciar mi mejilla antes de acercarse a darme un beso.

—¿Desayunamos?

Y saltó de la cama para ponerse los bóxer, comenzó a moverse por la habitación mientras abría la ventana, recogía las mantas del suelo y parlotaba acerca de las ganas que tenía de comerse un gofre, o unos donuts, o un ñu al horno. Yo no podía decir ni media palabra, tan solo seguí sonriendo, mirándolo. Y mi corazón latía y latía, comenzando a ilusionarse sin medida por aquel chico que estaba robándole pedacitos poco a poco.

## CAPÍTULO 13. CLARA

Estaba disfrutando de dos días libres y no tenía nada que hacer. Bueno, en realidad sí, me pasaba el día observando a Javi. A mi... no sé, lo que fuera, porque no quería nombrar la palabra. Ya sabes a cuál me refiero. No quería, ya que no terminaba de creérmelo. En parte porque había sido una especie de salto de fe, aceptando sus palabras y depositando en él una confianza que todavía no tenía, y también porque estaba coladita por sus huesos. Y es que menuda estructura ósea tenía el jodido. Vamos, qué menudo cuerpazo hecho para el delito. Delito sexual, ¿queda claro?

*Clara, ya estás igual otra vez. Deja de decir estupideces y céntrate un poco.*

*Calla, imbécil, déjame disfrutar de esta situación.*

*Ya me lo dirás cuando te la pegue con cualquiera.*

*¿Te puedes ir un poquito a la mierda?*

Y es que no podía dejar de imaginar que lo hacía. Que me la pegaba con otra. No quería pensarlo, de verdad que no. Quería confiar, pero, como ya he dicho antes..., todavía no podía depositar en él toda la confianza que me pedía. Lo intentaba, trataba de no darle demasiadas vueltas al asunto y creer en él, en sus palabras, en su mirada sincera y limpia, en su forma de actuar conmigo. Porque ya no era como antes, había cambiado. Me miraba a todas horas, me sonreía, me acariciaba la mano si estábamos sentados juntos en el sofá, me besaba cuando salía de la habitación y también cuando volvía, me susurraba cosas al oído que me hacían reír, me miraba un poquito más... y yo me derretía a todas horas, minuto tras minuto, deshaciéndome ante sus acciones, que desmontaban mi miedo a que hiciera algo que no debía. ¿Cómo iba a hacerlo? La forma en la que sus ojos se posaban en mí decía que no, que era imposible. Alguien que mira así no engaña. Alguien que acaricia así no miente. Alguien que besa así... ay, Dios mío, alguien que besa como él me besaba no podía fingir.

Había pasado una semana desde que comenzamos lo nuestro. Lo que sea que fuera eso.

*Novios, somos novios.*

*Llevo días tratando de contener tu boca para que no digas eso.*

*Pero lo pienso siempre que quiero. Y ahí no puedes hacer nada. ¡Novios, novios, novios!*

Por dónde iba..., dejando a un lado mis divagaciones, llevábamos juntos una semana. Una semana diferente y especial porque yo no había tenido nada así con ningún chico. Hubo más chicos, novios incluso, aunque ninguno a este nivel, pues compartíamos techo bajo el que vivir. Javi y Jorge continuaban en casa con nosotras, lo que hacía todo más intenso. Su piso tardaría un poquito más de lo previsto en estar listo. Aunque a Cris y a mí ya no nos importaba tanto, nos habíamos habituado demasiado a ellos. A tenerlos allí al llegar a casa, a oír sus voces mientras charlaban con Alberto, a sus aromas, a sus besos por la mañana, incluso a compartir lavadoras con ellos. Qué le vamos a hacer, eran buenos chicos. Y les habíamos cogido cariño, mucho cariño.

En unas semanas las obras en el club comenzarían. Esteban, un amigo de la facultad de Raúl, se estaba encargando de los planos, mano a mano con Pedro, que revisaba con atención cada detalle. Según había dicho el hermano de Javi, la reforma sería sencilla si no surgía ningún problemilla desagradable. No sé a qué «problemilla» se referiría, pero esperaba que todo fuera bien y rápido. Aunque en realidad lo de la rapidez no me importaba mucho. Me gustaba la idea de estar de vacaciones casi obligadas. Y para Cris estaba siendo un punto de inflexión en su vida.

—Voy a matricularme en la universidad otra vez.

Me giré hacia la puerta del salón, donde estaba plantada con expresión convencida.

—¿No te habías matriculado ya?

—No, pensé hacerlo, pero al final dejé pasar los plazos. Este curso sí voy a hacerlo.

—¿Compaginándolo con el trabajo? —quise saber.

Respiró hondo y caminó hasta el sofá, dejándose caer a mi lado.

—Creo que lo voy a dejar —susurró.

—¿En serio?

—Necesito una vida de verdad, Clara.

Me molesté *ipso facto*.

—Joder, gracias.

—No te lo tomes a mal. —Me cogió la mano—. Sé que es un trabajo como cualquier otro. No me malinterpretes, por favor. He estado trabajando como estríper tanto tiempo como tú, hemos hecho dinero y hemos vivido muy

bien. Mi siguiente opción en el nuevo club es ser camarera, lo que implica continuar trabajando en el mundo de la noche de todas formas. En tu caso será diferente, Clara. Vas a ser la responsable del lugar y no tendrás que vivir situaciones que, con toda probabilidad, yo sí. No tengo ganas de continuar aguantando miradas sucias ni momentos incómodos. Siento que necesito un cambio, ¿me entiendes?

—Perfectamente.

—Podría continuar como camarera, sacándome un dinerillo que en realidad no necesito porque tengo mucho ahorrado. Podría, por el cariño que le tengo a Pedro, al club. Pero necesito hacer borrón y cuenta nueva. Me hace falta cambiar de vida y centrarme en lo que quiero en mi futuro.

—¿Y qué es lo que quieres, Cris?

Me miró fijamente con sus ojitos verdes antes de suspirar.

—Quiero estar con Jorge.

—Ya estás con él.

—Lo sé, pero quiero hacerlo al cien por cien, sin mentiras de por medio.

—Ya... comprendo.

—Y quiero dedicarme a la interpretación. Siempre he deseado ser actriz.

—Llevas toda la vida siéndolo. —Reí, acariciando su mano.

Se encogió de hombros y soltó una risita.

—Lo llevo en la sangre. Mi abuela siempre me lo ha dicho. Soy un poco peliculera.

—Si no me lo llegas a decir no me habría dado cuenta nunca —ironicé, sonriente.

Cris se echó a reír antes de apoyar la cabeza en mi hombro.

—Gracias por apoyarme siempre, Clara.

—No te pongas moñas, por favor.

—¡Calla y déjame hablar!

Me golpeó la pierna y cerré la boca.

—Gracias por estar ahí siempre, por ser mi amiga y mucho más que eso.

—Se incorporó y me miró a los ojos. Los suyos estaban húmedos. Mierda. Me iba a hacer llorar—. Gracias por ser mi hermana y en ocasiones ejercer un poquito de madre conmigo. Has sido mi familia durante todo este tiempo, Clara. Eres mi familia, la única que tengo.

—No digas eso, tu abuela...

—Ella está en el pueblo, tú estás aquí. Has estado todo el tiempo.

Tragué saliva e hice un esfuerzo apoteósico por aguantar el sollozo que

ascendía por mi pecho.

—Gracias por ser mi hermana mayor y cuidarme siempre, Clara. —Una lágrima se deslizó por su mejilla y llegó hasta la sonrisa más cálida que me habían dedicado jamás—. Gracias por quererme tanto y tan bien.

Hasta ahí aguanté. Solté un ruidito a la vez que la primera lágrima.

—Mis padres se fueron cuando yo era muy pequeña. No los recuerdo. Tampoco recuerdo el dolor por la pérdida porque mi abuela cuidó de mí desde el primer momento, sin darme tiempo a notar nada. Ella ejerció de ambos, en los buenos y en los malos momentos. Pero yo soñaba con haber tenido una hermana. Eso nunca llegó, por supuesto. Hasta que entraste en mi vida.

Su sonrisa estaba matándome. Qué manera de llorar.

—Te quiero mucho, Clara.

Balbuqué algo que trataba de ser una respuesta.

—¿Cómo?

Lloré muy fuerte unos segundos, pidiéndole con gestos que me diera un momentito. Cris me observaba sin borrar esa sonrisa, agarrada a mi mano y esperando que me calmara. Cuando conseguí dejar de sollozar, me lancé a sus brazos y la achuché con brío.

—Yo también, Cris. Te quiero millones.

Soltó una risita y me correspondió.

—Eres muy moñas, Clara.

—Calla, gilipollas. Me has tocado la fibra a base de bien.

Me abrazó más fuerte entre carcajadas.

—¿Me he perdido algo?

La voz de Javier interrumpió nuestro momento emotivo, nos separamos y traté de limpiarme la cara.

—Clara, ¿estás llorando?

Me miraba con el ceño fruncido, preocupado. Qué mono él.

—Déjame, por favor, que me cuelgan los mocos hasta la barbilla.

—¿Pasa algo? —le preguntó a Cris cuando yo me levanté y les di la espalda mientras me limpiaba con un pañuelo que llevaba en el bolsillo.

—¿Tienes idea de lo mono que eres? —soltó ella.

Javi la miró con cara de póker. Yo me reí, todavía medio llorando, dándome la vuelta para verlos.

—Cris, en serio, trata de hablar de las cosas que están pasando en el momento, que siempre me lías. ¿Tiene algo que ver que yo sea mono con vuestras lágrimas? Porque comprendo que soy el colmo de lo mono en el

mundo, más que un cachorro de perro correteando por el campo.

Me eché a reír a carcajadas.

—Eres muy tonto, Miranda.

—¿Por qué? —Sonrió—. Sabes que es cierto.

—No eres el colmo de lo mono en el mundo.

—Sí lo soy. Solo hay que ver cómo me miras.

—¿Yo?

—Sí, tú.

Se había ido acercando hasta mí, lo tenía muy cerca.

—Me encanta que me mires así —murmuró.

—No hay nada raro en mi manera de mirarte.

—Ya lo creo que sí. Tus ojos hablan solos, Márquez.

—Ah, ¿sí?

Sus manos se posaron en mis caderas, mi corazón comenzó a galopar.

—Dicen que crees que soy mono.

—Dicen que eres un creído.

—También. Pero un creído muy mono.

—¿Todo va a llevarnos a que eres mono?

—Claro. Porque lo soy.

—Dios mío, qué ego tienes.

Me eché a reír. Javi tiró de mis caderas, acercándome a él y uniendo nuestros labios.

—Ya lo creo que sois monos.

La voz de Cris y sus aplausos no consiguieron que nos separáramos. Cuando Javi me besaba, nada más importaba.

\*\*\*

Los días libres volaron. Pasaron a toda velocidad, dejándome de nuevo en jueves por la noche, frente a la puerta trasera del club. Saludé a Sam con un beso en la mejilla.

—¿Qué tal los días libres con tu chico? —se interesó.

—Maravillosos.

—Suenas asquerosamente feliz, ¿lo sabías?

—Por supuesto.

Escuché sus carcajadas a mi espalda conforme avanzaba por el oscuro pasillo.

—¿Cuándo me lo presentarás? —gritó cuando estaba a punto de abrir la puerta del camerino.

—Ven a casa este fin de semana. Podemos hacer una barbacoa.

—Vale, lo haré. Además... —Vi que dudaba. Quería contarme algo, algo importante.

—Sam, ¿está todo bien?

Volví sobre mis pasos, acercándome de nuevo a él. Se rascó la cabeza y sonrió con cierto nerviosismo.

—Todo está bien, de maravilla, para ser más exactos.

—¡No me digas! —exclamé comprendiendo el porqué de su timidez—. ¿Has conocido a alguien?

Se echó a reír y se le subieron los colores. ¡A Sam! ¡Al segurata del club! ¡A mi Sam! No pude evitarlo y me lancé a abrazarlo, riendo con él.

—Cuantísimo me alegro, de verdad. Tráela a casa, ven con ella a la barbacoa. Tenemos que conocer a la chica que hace que el grandullón de Sam se sienta avergonzado.

—Solo si me prometes que mantendrás a Cris a raya. La que podría sentir vergüenza de verdad sería Helena.

—Me gusta su nombre.

—Y a mí.

—Sabes que ahora mismo también tú has sonado asquerosamente feliz, ¿verdad?

Los dos nos reímos y volví a abrazarlo. ¡Qué gran noticia! Acordamos que celebraríamos la barbacoa el domingo a mediodía, que controlaría a Cris y que haríamos que su chica se sintiera de fábula con nosotros. Volví al camerino con una sonrisa enorme, feliz por mi amigo. Se merecía la alegría que Helena parecía darle, solo la expresión de su rostro al hablar de ella dejaba claro que despertaba muchos sentimientos en su interior. Sam era un gran chico, se había ganado toda la felicidad que el universo pudiera darle.

Me vestí a toda prisa, había perdido demasiado tiempo con nuestra charla. Me tocaba el número de marinera sexi. Saludé a Teresa cuando entró en el camerino cubriéndose los pechos desnudos y fui hacia el *backstage*. Pedro me vio llegar, se acercó al micrófono y me presentó como Celeste, sin escatimar en tonterías, como siempre. Tomé aire antes de salir cuando las primeras notas de música sonaron. Las luces impactaron en mi rostro, comencé a moverme, a bailar, a deslizarme por el escenario. La ropa fue cayendo poco a poco, los ánimos de los asistentes subieron y se vieron reflejados en sus gritos y

aplausos. No había demasiado público. Vi un grupito en una mesa algo alejada, parecían bastante bebidos por la manera en que reían y se jaleaban entre ellos. También había un par de los habituales de siempre sentados en sus sitios también habituales. Y entonces lo vi, sentado justo frente al escenario, mirándome fijamente. No lo había visto jamás por el club, tampoco actuaba de la manera que podría considerarse normal en un lugar como aquel. Es decir: no aplaudía, no gesticulaba, ni siquiera su mirada era la que debería. No había deseo, solo frialdad.

Me puso la piel de gallina.

Al terminar, recogí mis ropas y salí pitando. Ese hombre me había dejado una sensación desagradable. Aunque, claro, tuve que obviarla y continuar con mi trabajo, con mis actuaciones. Siguió allí, en primera fila, observándolo todo con esa mirada helada. No mutó la expresión de su rostro en toda la noche. No hubo nada que perturbara esos ojos oscuros. Ni rastro de las emociones habituales que causábamos en los hombres. Qué tío más raro. Lo comenté con mis compañeras y llegamos a la misma conclusión: era un amargado.

Cuando la noche tocó a su fin, me despedí de todos en el camerino, recogí mi bolso y fui hacia la salida. Al abrir la puerta, el frío de las primeras noches de diciembre me golpeó. Me arrebujé en el abrigo y caminé hacia mi coche. Iba pensando en Javi, en las ganas que tenía de llegar a casa y meterme en la cama con él, en las ganas que tenía de darle un beso y tocarlo. Iba ensimismada. Tanto que no vi la sombra que había junto a la puerta del conductor.

—Buenas noches, Celeste.

Casi me dio un infarto.

—¿Quién eres? —grité, asustada, agarrando el bolso con fuerza y dando un paso atrás.

—Tranquila, no pasa nada.

La sombra dio dos pasos y la luz de una de las farolas lo iluminó. Coño. El amargado de la primera fila. Mi primer pensamiento fue darme la vuelta, echar a correr y buscar a Sam. Pero entonces vi la puerta del club abriéndose y a Teresa saliendo acompañada de Patricia. Me relajé un poco cuando ellas me vieron. El que no se relajó fue el amargado, que dio un paso atrás.

—¿Querías algo? —pregunté sintiéndome algo más segura al tener testigos.

—Solo quería hablar contigo un rato.

—No es buena idea.

—De acuerdo. Otro día, entonces.

Se dio la vuelta y desapareció entre los coches del aparcamiento.

En ese momento volví a respirar.

—Coño, qué susto —murmuré llevándome la mano al pecho.

—¿Estás bien?

Me volví hacia Teresa y asentí con la cabeza.

—Todo en orden. No ha sido nada.

—¿Era el tío de primera fila?

—Sí, quería hablar conmigo.

—¿Qué ha pasado? —Sam salió del club y se acercó al vernos todavía allí.

—Nada, tranquilo. Ha sido un susto tonto.

—El cliente rarito de esta noche quería hablar con ella —le explicó Pati.

Sam miró hacia el aparcamiento, escrutando la oscuridad, supongo que buscando al susodicho. Todos estábamos al tanto de ese hombre, lo habíamos comentado varias veces a lo largo de la noche.

—Qué poco me gustan estas cosas, joder —murmuró Sam—. Mañana me quedaré aquí cuando terminéis los turnos. No quiero que nadie os dé más sustos como este.

—Gracias, Sam, eres un sol.

—Es mi trabajo, Clara.

—Lo sé. —Me acerqué y lo besé en la mejilla—. Buenas noches a todos, que descanséis.

Se despidieron mientras me montaba en el coche. El corazón todavía me latía deprisa. Conduje intentando apartar de mi mente la cara de ese tipo, su expresión vacía aunque sucia. No nos había mirado así a ninguna aquella noche, pero sí entonces en el aparcamiento. Me dio un escalofrío al recordar sus ojos oscuros, aunque traté de olvidarlo, apartarlo de mi mente y dejarlo como un simple encontronazo indeseable.

Esas cosas no solían pasar. Alguna de las chicas había tenido que aguantar a algún hombre que las esperaba fuera, pero Sam siempre terminaba interviniendo y nunca había pasado nada. La única vez que la cosa fue a más, en el buen sentido, sucedió el día en que una de las estríperes olvidó el dinero de un baile privado y el chico la esperó fuera, haciéndole sucias proposiciones que la tentaron. Tanto que sucumbió. Y aquella estríper era yo, y el hombre era él... Javi, y su aliento mentolado, sus ojos verdes y su sonrisa

canalla. Sonreí recordándolo. Quién hubiera dicho que las cosas terminarían como estaban entonces.

Llegué a casa. Rondaban las seis de la madrugada. Estaba molida. Entré silenciosa, casi de puntillas. Estábamos al completo entre Alberto y los chicos, no quería despertar a nadie. Fui hasta mi habitación y descubrí un bulto metido en mis sábanas. Sonreí, quitándome la ropa a toda prisa, entré en la cama y me apreté al cuerpo caliente de Javi. Respiré hondo y cerré los ojos. Cómo me gustaba tenerlo ahí al llegar a casa. Fui reticente al principio, pero ahora ya no podía imaginarlo de otra forma.

—Hola...

Su susurro me hizo sonreír. Me apreté un poquito más a él, sus manos me acariciaron la piel de los brazos y le di un beso en la coronilla.

—Vuelve a dormirte.

—¿Cómo ha ido la noche?

—Todo bien.

Decidí dejar a un lado el episodio del aparcamiento. No tenía importancia.

—Qué ganas tengo de que comiencen las obras —murmuró dándose la vuelta y quedando frente a mí.

—Me tendrás en casa dando el coñazo todo el día.

—Te tendré fuera de ese trabajo que tanto odio. Te tendré solo para mí.

Me acarició el pelo, apartándolo con suavidad de mi rostro. Sus labios se posaron sobre los míos. Pasé un brazo por su cintura.

—Ahora me tienes. Toda. Tuya.

Escuché su risita justo antes de sentir su mano adentrándose entre mis muslos, haciéndome dar un respingo y consiguiendo, de manera automática, que todo mi cuerpo vibrara y mi pulso se disparara.

—Tendré que hacer algo con eso...

—Hazlo —gemí cuando comenzó a tocarme.

Me besó con intensidad y me dejó llevar entre sus brazos y caricias.

\*\*\*

Domingo. Casa de la playa. Otoño. Javi.

Palabras mágicas y perfectas. Como aquel fin de semana.

Esa mañana abrí los ojos y me encontré con un Javier emocionado, una pequeña maleta descansaba a sus pies. No me dio opciones, solo podía darme

una ducha y meterme en el coche cuanto antes. Nos íbamos de viaje.

—¿A dónde?

Ni siquiera respondió. Cosa que me puso nerviosa y me tuvo con la mosca detrás de la oreja durante un rato. Hasta que vi que nos dirigíamos a su casita de la playa. Lo que me gustaba aquel lugar. Era precioso. Y pude disfrutarlo con creces, pues nos quedamos hasta el día siguiente.

Comimos en la pequeña terraza que daba al mar unos bocadillos que Javi había traído. Hicimos el amor ahí mismo, sin preocuparnos por miradas indiscretas, después nos sentamos en los graciosos asientos colgantes que decoraban la terraza y observamos las vistas en silencio, adormilándonos irremediabilmente. Me despertaron sus besos.

—Ven, vamos a bajar a la playa.

Paseamos por la orilla cogidos de la mano. Las temperaturas habían descendido bastante, el final del otoño había llegado de lleno a Barcelona durante aquel mes de diciembre. Aunque ese día el sol brillaba sin ninguna nube que lo bloqueara, por lo que la sensación térmica era agradable y nos permitimos caminar descalzos mientras las olas chocaban contra nuestros tobillos. Si te digo que parecía una jodida película pensarás que estoy mal de la cabeza, pero lo digo en serio. Recuerda una peli en la que vieras una escena así, no sé, *3 metros sobre el cielo*, *Algo prestado*... Pues esos éramos Javi y yo. Cogidos de la mano, él salpicándome agua de vez en cuando, haciéndome reír; él con los pantalones vaqueros remangados hasta las rodillas, yo con un vestido de flores y mi cazadora vaquera; ambos con gafas de sol y sonrisas radiantes. Joder. Como una puta película romántica.

—¿Qué piensas?

—Tonterías mías.

Me miró antes de tirar de mi mano.

—Venga, cuéntame. Yo te cuento todas mis tonterías.

—Lo sé, y déjame que te diga que a veces no es necesario.

—¿Por qué no? Eres mi chica, ¿a quién voy a contárselo si no?

Me detuve para girarme hacia él.

—Sabes que me importa muy poco la frecuencia con la que te cortas las uñas de los pies.

Se encogió de hombros y sonrió con inocencia.

—Te lo cuento para que veas lo higiénico que soy.

—Vas a ser pediatra, más vale que seas higiénico.

Llevó sus manos a mi cintura para atraerme a él.

—Venga, cuéntame en qué pensabas.

Suspiré antes de pasar los brazos por sus hombros.

—Esto me parece irreal —continué hablando al ver su ceño fruncido bajo las gafas de sol—. Esta mañana en la terraza, el paseo por la playa, nosotros... Parecemos protagonistas de una película.

—¿Una peli romántica con final feliz?

—Bueno, el final no lo sé, pero hasta ahora la película pinta muy bien.

Sonrió antes de acercarse para besarme.

—Ya lo creo que pinta bien —murmuró en mi boca.

Nos besamos mientras las olas continuaban estrellándose en nuestros pies.

¿No lo había dicho? Una jodida película.

—¿En tu peli los protas hacen el amor en el agua? —preguntó apartándose para mirarme.

—Lo harían si fuera verano.

—Bah, vaya aburridos... La verdad es que lo que da calidad a una película es que los protagonistas sean atrevidos y desafíen lo establecido.

—Sí, claro, y que pillen un resfriado.

—Eso en las pelis nunca sale.

—Estamos en la vida real, te lo recuerdo por si acaso te estás viniendo muy arriba.

Sus manos estaban bajo mi vestido, he ahí la razón de mi comentario.

—Te cuidaré si enfermas —murmuró comenzando a besar mi cuello.

—Javi, no voy a meterme en el agua.

—No hace falta.

—Ni voy a echar un polvo sobre la arena. No quiero tener el chichi lleno de arena.

—Lo lameré para limpiarlo.

Bueno, esa proposición me gustó, no voy a mentir. Pero que no, que no iba a desnudarme en medio de la playa, que hacía frío y... sus caricias llegaron a mis braguitas. Decía que no iba a... oh, joder... desnudarme ahí... oh... bueno... quizá no hacía tanto frío.

—Eres temible, Miranda —susurré ladeando la cabeza para darle acceso a mi cuello.

Cogió mi cintura y me hizo inclinarme hacia atrás, así que me dejé caer hasta la arena. Y no lo hicimos en el agua, aunque sí ahí mismo, y después nos metimos en el mar para limpiarnos porque la arena terminó en partes en las que nunca debería entrar.

—Esto no ha sido nada higiénico —grité mientras me frotaba a toda velocidad y él reía a mi lado, con el pelo pegado a la frente, los ojos verdes iluminados con reflejos azules causados por el sol incidiendo en la superficie del mar.

Qué guapo lo vi entonces. Me olvidé de lo fría que estaba el agua y del alto porcentaje de posibilidades de pillar un catarro de los épicos, me acerqué hasta él para pasar los brazos por su cuello y enredar mis piernas alrededor de su cintura. Sus manos me sujetaron enseguida y echó la cabeza hacia atrás para apartarse el pelo de los ojos.

—Decías que no íbamos a hacerlo en el agua, Márquez.

—Y no vamos a hacerlo. Solo quería darte esto.

Y lo besé. Con ganas. Con todo lo que sentí entonces. En ese momento que se había convertido en un tesoro que guardaría siempre.

La vida son momentos. Los compartimos con la gente importante, dándole sentido al camino que recorreremos a lo largo del tiempo. Con Javi, mis momentos adquirirían un nuevo nivel, dándole a mi vida un sentido, una razón, una alegría... dándole felicidad.

—Gracias —dije al apartarme, todavía pegada a él.

—Desconozco la razón, aunque puedes darme las gracias todas las veces que quieras si va a ser de esta manera.

—No pensaba que sería así.

—¿El qué?

—Tú, nosotros, estar juntos.

Sonrió un momento antes de volver a unir nuestros labios.

—La verdad es que yo tampoco, aunque tenía una cosa muy clara al empezar con esto. —Una de sus manos se posó en mi mejilla y lo miré fijamente, embobada—. Iba a darte todo por ti, Clara. Y es lo que pienso seguir haciendo.

Me lancé a besarlo una vez más. No podía dejar de hacerlo.

—Salgamos, estás helada.

Corrimos hasta la orilla para ponernos la ropa y volver a la casa. Una vez secos, hicimos la cena, que devoramos puede que debido a eso que se dice de que la playa da hambre. Aunque con toda probabilidad, creo que fue por el ejercicio realizado en horizontal y porque no probábamos bocado desde el almuerzo. La cuestión es que nos metimos una pizza del tamaño de una rueda de camión entre pecho y espalda.

—¿Sabes que comes demasiado para ser una chica?

—¿Disculpa?

—Te has zampado más porciones que yo.

—Mentira, me he comido las que me correspondían.

—Te has comido una mía.

Observé el plato vacío y lo miré a él.

—¿En serio?

Asintió con la cabeza, frunciendo los labios en un mohín supertierno.

—Ups.

—Sí, sí, «ups». Pero que te has comido más de media pizza. ¿Dónde lo guardas?

—En mi trabajo quemo muchas calorías.

—Hala, ya está, ya has jodido el momento.

Abrí mucho los ojos.

—¿Por qué?

Se levantó del sofá, creo que cabreado, y fue hacia la cocina para depositar sobre la encimera el plato ya vacío.

—Odio que menciones eso.

—¿Lo de quemar calorías?

—No, Clara, no. Lo de tu puto trabajo.

Me quedé en silencio. Javi permanecía de espaldas a mí y estaba muy tenso.

Puede que hubiera llegado el momento de mantener esa conversación. La de mi trabajo. La que llevaba esperando un tiempo porque estaba claro que antes o después iba a estallar. Había dicho varias veces lo poco que le gustaba y lo mucho que lo odiaba, aunque nunca habíamos hablado en serio de ello. Siempre se había quedado como un comentario más, medio olvidado entre el resto de conversaciones que teníamos.

Tomé aire y me puse de pie.

—Javi... Sabes que no es para siempre.

—Lo sé, y no por eso dejo de pensar en lo mucho que lo odio.

Caminé hacia él. Continuaba sin girarse, con los hombros agarrotados y las manos sobre la encimera.

—Las obras van a comenzar enseguida, tendré unos días libres hasta que la discoteca esté lista y, cuando vuelva, ya no bailaré más. Queda muy poco.

—Queda demasiado.

—Javi...

—No, Clara. —Se giró hacia mí entonces. Nunca lo había visto tan serio

—. Queda muchísimo para que las obras terminen, ¡ni siquiera han comenzado todavía! Y mientras tanto, tú sigues bailando desnuda para otros hombres. ¿Sabes cómo me hace sentir eso?

—Era mi trabajo cuando nos conocimos, y entonces no parecía molestarte tanto.

—¡Entonces no era igual!

—No grites.

—No estoy gritando. Joder. Lo siento. —Se pasó las manos por el pelo—. Odio este tema, odio tu trabajo, no es la primera vez que te lo digo.

—Lo sé, y también sé que no será la última. Pero es mi trabajo, creía que lo aceptabas.

—¿Cómo voy a aceptar que mi chica se desnude delante de otros?

Respiré hondo. Lo comprendía. Di un paso hacia él y acaricié su rostro.

—Queda poco para que las cosas cambien. Ten paciencia, aguanta un poquito más.

—Lo dices como si fuera tan sencillo...

—Sé que no lo es, pero hazlo por mí.

—¿Y si te pidiera que lo dejaras?

Lo miré a los ojos.

—No lo hagas. No voy a dejarlo.

—Joder, Clara.

—Por favor.

—No tienes ni idea de las cosas que me pasan por la cabeza cada noche, cuando estás ahí y sé que decenas de ojos observan tu cuerpo con ganas de saltarte encima.

Suspiré antes de abrazarlo.

—Puedo imaginar todo lo que piensas y lo comprendo. Entiendo que te agobie y que quieras que lo deje, pero es mi trabajo ahora. Así me conociste, Javi, es lo que soy. Soy estríper.

—Lo sé...

—Y lo sabías antes.

—No por eso deja de ponerme loco de celos que lo hagas.

Me aparté de él para observarlo.

—No deberías sentir celos. Solo es un empleo.

—Te vi bailando varias veces, Clara. Estuve allí mientras otros hombres babeaban igual que yo al ver cómo te movías en el escenario, cómo te quitabas la ropa y mostrabas tu cuerpo. Siento celos. ¿Qué quieres que te diga, que no

voy a sentirlos porque me digas que solo es un empleo? Pues no, coño, no te lo diré porque voy a seguir poniéndome cardiaco cada vez que te imagine ahí subida, con las tetas al aire y meneándote para otros que no soy yo.

El silencio invadió la sala. Dejó de mirarme a los ojos y resopló antes de despeinarse un poquito más.

—Esta conversación no nos va a llevar a ningún lado —dijo apartándose de mí—. Voy a salir un momento a tomar el aire.

Lo observé conforme abandonaba el salón. Respiré hondo y me apoyé en la encimera.

Comprendía a Javi. Claro que sí. Entendía sus celos, porque es algo que me había planteado en muchas ocasiones, incluso lo había hablado con Cris. Tener una pareja que se dedica a esto no es fácil. Yo no sé si sabría llevarlo bien, por lo que no me sentía con derecho a juzgarlo. Tener pareja dedicándote a lo que yo me dedicaba era complicado, a los hechos me remito. Pocas chicas del club tenían pareja, y las que la tuvieron alguna vez la perdieron. Los celos, la inseguridad, el miedo... suelen ser compañeros del amor en nuestra profesión. Además, este mundo no está bien valorado. Mucha gente piensa que somos prostitutas, directamente. Que el hecho de desnudarnos ya da por sentado que también vamos a acostarnos con los clientes. Y eso, de una manera u otra, también se les pasa por la cabeza a nuestras parejas alguna vez. He de admitir que sería un pensamiento que yo podría tener en caso de que la situación fuera al revés. Aunque aquí entra la confianza. Y, en mi caso, si yo todavía dudaba poder dársela del todo a Javi, ¿pretendía que él la tuviera en mí?

Lo comprendía. Por eso dejé que tomara el aire y cuando regresó lo observé moverse por la casa, abrir un botellín de cerveza y salir a la terraza. Lo seguí. Oteaba el horizonte. La oscuridad nos rodeaba y solo las pequeñas luces de una guirnalda que recorría la pared nos iluminaban, además de la luna, que en aquellos momentos estaba cubierta de nubes, por lo que no servía de mucho.

—¿Estás mejor? —pregunté.

Resopló como respuesta. Me acerqué a su lado, junto a la barandilla de madera, y le quité el botellín de la mano para darle un trago.

—Hace frío —murmuré por decir algo.

—Deberías entrar.

—Y tú también.

—Joder, qué cabezota eres.

—Para todo, ya lo sabes.

Volvió a resoplar.

—¿Te he hablado ya de aquella vez cuando era niña en que mis padres me llevaron de acampada?

Me miró de reojo y negó con la cabeza.

—Es la única vez que mi padre se cabreó con mi madre. Pero te hablo de enfado monumental. Y todo por culpa de algo que ella olvidó en casa. Creo que una linterna, no lo recuerdo bien. Le gritó. Yo lloré porque era pequeña y no entendía qué pasaba. Jamás los había visto así. Mi madre se enfadó también y se marchó dejándonos a mi padre y a mí solos. Tardaba mucho en volver y él comenzó a preocuparse. Estábamos en medio de un bosque, alrededor solo había caminos forestales y vegetación, se estaba haciendo de noche y ella no volvía. Comencé a llorar y él me abrazó, creo que tenía más miedo que yo. Murmuró que todo estaría bien, que mamá volvería enseguida. Yo lo creí, por supuesto, era mi padre y era mi héroe. —Sonreí con nostalgia—. Tardó más de lo que pensábamos. En cuanto él la vio, corrió hasta ella y la abrazó con tanta fuerza que la hizo reír. Giraron sobre sí mismos, el pelo de mi madre revoloteó a su alrededor y el sonido de sus risas me contagió. Esa imagen tan bonita es algo que jamás olvidaré, ese abrazo de disculpa y perdón por cada parte.

—¿Dónde se había metido?

—No lo sé. No se lo preguntó.

—¿En serio?

—¿Importaba acaso? Estaba ahí, había vuelto. Creo que pasó tanto miedo que no quiso darle más vueltas al asunto. No paró de abrazarla y besarla durante todas esas vacaciones. Fueron fantásticas.

—¿Y por qué me cuentas esto? —preguntó tras permanecer un rato en silencio.

—No sé, me apetecía.

—Tus padres es un tema que no sueles sacar nunca.

—Bueno, no tenemos mucha relación ahora mismo, nos distanciamos. Aunque siguen siendo mis padres y los quiero, y estos recuerdos tan bonitos siempre serán nuestros, pase lo que pase.

Respiró hondo y se acercó un poquito más a mí. Me tendió la cerveza.

—Gracias. —Di un trago y se la devolví.

—Dame un beso.

—Dámelo tú, ¿por qué tienes que pedírmelo?

—No lo sé, igual no quieres besarme después de lo de antes.

—¿Crees que mi padre le pidió un beso a mi madre tras aquello?

Javi sonrió antes de cogerme entre sus brazos y besarme. Fue cuidadoso y lento, algo poco habitual en él. Me recreé en ese beso y respondí con la misma dulzura que él me estaba dando. Nunca me había besado así, y me gustó, mucho. Transmitía cosas que quería decirme, aunque no era necesario. Y lo entendí.

—¿Quieres que juguemos al *strip poker*? —propuse cuando sus labios abandonaron los míos.

Se echó a reír a carcajadas y ese sonido, en medio de la calma de la noche rota por el sonido de las olas al chocar contra la orilla, se convirtió en un nuevo recuerdo que almacenar en mi memoria.

—Eres increíble, Clara. ¡Claro que quiero jugar!

Eché a correr al interior de la casa y, cuando vio mis intenciones, gritó:

—No vale que te pongas más ropa encima, señorita.

Reí justo antes de que sus brazos rodearan mi cintura y su boca estuviera en mi cuello.

Felicidad.

\*\*\*

Era martes, habíamos salido a tomar unas cervezas con Jorge y Cris. Él tenía que estudiar, Javi también, pero accedieron porque, admitámoslo, Cris y yo somos un poco pesaditas cuando nos lo proponemos.

Estábamos en un bar al que no había ido nunca, cerca del piso de los chicos, ya que así aprovecharon para pasar a echar un vistazo. Las obras estaban a punto de terminar y les apetecía acercarse a cotillear. Fui a la barra a pedir cuatro cañas cuando vi que una tía se plantaba en nuestra mesa y se sentaba, con total libertad, en mi silla. Cris la observó con el ceño fruncido y Jorge tenía cara de estar flipando un poquito. No podía ver a Javi, me daba la espalda, igual que la morena que acababa de sentarse a su lado y le daba dos besos en ese exacto momento.

Lo supe al instante. Era una de ellas.

Esperé a las cañas, tratando de no ponerme paranoica y de no darle importancia, pero es que esa tía no se movía de la silla. Y además, estaba un poquito demasiado pegada a Javi. Pagué al camarero y fui hacia la mesa. Cris me lanzó una mirada con intención, no sé si pretendía avisarme de lo que

pasaba o quería que no la liara parda. Aunque yo no tenía ninguna intención de montar ningún espectáculo.

*Ya, claro, eso no te lo crees ni tú.*

*Confío en Javi, no pasa nada.*

*Ja, ja, ja...*

—Hola —saludé mientras dejaba las cañas sobre la mesa.

La morena se giró y entonces vi que era bastante mona. Ojos grandes, labios pintados de rojo y pestañas kilométricas que acompañaban a su larga melena castaña. Era pechugona, la clase de tías que seguro que atraían al Javi ligón de antes.

*¿O al de siempre?*

*Calla de una vez, maldita sea.*

—Ey, Clara. Ven, siéntate aquí.

Javi se dio golpecitos en el regazo, invitándome a tomar asiento, puesto que nuestra inesperada invitada no se movía. Y me gustó el gesto, dejaba claras muchas cosas, ¿no?

La cara de ella se descompuso un poco. Vi a Cris reír de soslayo.

—Ella es Laura, una... esto... una amiga.

Buena presentación, Miranda.

—Encantada.

No hice ademán de darle dos besos. Ella sonrió con una falsedad alucinante. Estaba que se moría por dentro la pobre.

—Hola, un placer. Bueno, Javi, lo que te decía antes. El viernes hay una fiesta en la facultad de Derecho, voy con unas amigas, creo que conoces a alguna. ¿Te apuntas?

Estaba pasando de mí con toda su jeta esa tal Laura. Y tratando de quedar con mi chico. Si es que era eso. Que lo era, ¿verdad? Me encontraba sentada en su regazo, con sus manos alrededor de mi cintura, su pecho pegado a mi espalda y su aliento rozando mi pelo. A ver, yo creo que eso dejaba las cosas bastante claritas. Sin embargo, esa chica no se daba por enterada, o fingía de lo lindo. En aquellos momentos, estaba haciéndole ojitos a mi chico de una forma nada disimulada. Y sí, he dicho «mi chico», porque lo era. Javi era mi chico. Y punto.

—Lo siento, Laura —respondió él—. Este finde ya tenemos planes.

*En plural, cariño, ¿lo captas?*

Pero iba a ser que no, que no lo pillaba.

—Bueno, el sábado había pensado organizar una quedada en casa para ver

unas pelis y cenar unas pizzas. ¿Por qué no te pasas?

Abrí muchísimo los ojos y miré a Cris, que estaba flipando, y disfrutando, porque parecía que iba a partirse de risa en cuestión de segundos la muy malvada. Pobre Laura, reina de las incautas. La oleada de compasión que sentí de repente me pilló desprevenida. No esperaba la empatía que aquella chica iba a generar en mí, sobre todo porque estaba intentando ligar con mi chico en mis propias narices y debería haberme dado igual lo que le pasara, si él se reía de ella o que siguiera haciéndose ilusiones con la relación que sabía que jamás tendrían. Sin embargo, no fui capaz de sentir cosas como aquellas, imposible, tampoco de pensarlas. Me puse en su piel y... sentí lástima. Nada más.

Respiré hondo antes de pisar a Javi con fuerza.

—Joder, Clara, ¿qué haces? —exclamó a la vez que se echaba un poco hacia delante.

Me giré para mirarlo a los ojos. Y supe que me entendía, que recordaba la conversación en la casa de la playa. Suspiró hondo y se volvió de nuevo hacia ella, que continuaba a la espera de una respuesta.

—Verás, Laura, no creo que sea buena idea. Ni este fin de semana ni ninguno. Estoy con Clara, no voy a quedar contigo.

Ella parpadeó un par de veces y me observó con unos ojos cargados de desprecio. Me encogí de hombros.

—Tú no has estado nunca con una chica en plan serio, Javi. Jamás.

—Eso era antes.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Con ella?

—Perdona, bonita...

Ya me iba a poner de pie cuando el agarre de Javi en mi cintura se intensificó.

—Venga, Laura, será mejor que te vayas —le pidió de demasiadas buenas maneras.

Y lo hizo. Se puso de pie con un mohín megaindignado, me lanzó una mirada casi asesina y después observó a Javi unos segundos antes de darse la vuelta y marcharse. Ninguno le quitamos ojo de encima mientras cogía su abrigo de un perchero y salía del bar.

—Joder, menudo cabreo lleva la tía —murmuró Jorge antes de hacerse con su caña.

No les habíamos dado ni un trago. La intriga había podido con la sed.

—¿De verdad te has liado con alguien como ella?

—Todos tenemos un pasado, Cris.

—Joder, Javi, pues menudo pasado el tuyo —mascullé levantándome de su regazo para ocupar la silla.

—El que esté libre de pecado que tire la primera piedra.

Jorge levantó su vaso en el aire antes de beber otro trago. Cris le lanzó una mirada de las suyas.

—¿También tú te has liado con ella?

—¿Con Laura? No, ¡qué dices!

—Pero la conocías.

—Claro, de verla por casa alguna vez.

Escuché la patada que le dio Javi por debajo de la mesa. Al volverme, vi la mirada que le estaba lanzando. Me dio la risa.

—Eres un bocazas, Jordicito —soltó Javi tras beberse medio vaso de un trago.

—Sincero, colega, soy sincero. ¿Me preguntas? Respondo.

—Mejor cállate, no sea que las preguntitas se vuelvan en tu contra.

Lo había dicho observando el fondo del bar. Seguí el rumbo de su mirada y vi a un grupo de chicas bebiendo cañas en una mesa junto a la ventana. Una de ellas, pelirroja y poco discreta, no dejaba de lanzar miraditas hacia nosotros. No había que ser demasiado listo. Menos mal que Cris no se enteró, pero Jorge sí, porque cerró la boca y no hizo más comentarios inoportunos que le saldrían rana.

—¿Estás bien?

Javi se había acercado a mi oído, sus ojos verdes parecían inquietos al preguntarlo.

—Tranquilo, no pasa nada.

—Antes o después iba a suceder algo así. He salido bien del paso, ¿no?

—Has hecho lo que debías, Javi, ni más ni menos. Aunque de haber sabido cómo se lo iba a tomar...

Soltó unas risitas y le di un empujón. Me cogió la mano antes de acercarse un poco más para besarme en los labios.

—Es la primera vez que hago algo así —susurró en mi oído.

Obvié el cosquilleo que se extendió por mi piel al contacto de su aliento en mi cuello.

—¿Mandar a tomar viento fresco a una ex? —pregunté con cierta malicia.

—No, listilla. Besar a mi chica en medio de un local lleno de gente.

Traté de no sonreír, pero fue un fracaso terrible. Qué bien había sonado

aquel «mi chica».

## CAPÍTULO 14. JAVIER

La verdad es que era una auténtica putada. Con lo a gusto que yo estaba...

Jorge y yo habíamos vuelto a casa. Sí, a nuestro apartamento inundado que ya no lo estaba. Las tuberías habían sido repuestas, los techos arreglados y las paredes pintadas. Suspiré al poner un pie en el salón y observar nuestros sofás, que olían a perro mojado.

—Nos acostumbraremos —dijo Jorge poniéndose a mi lado.

—¿Al olor?

—A estar sin ellas.

Arrugué la nariz. No estaba tan seguro de ello. Acababa de salir de su casa en la urbanización y ya lo echaba de menos. Estar ahí de nuevo se me hacía raro. El apartamento ya no me parecía tan estupendo, es más, era horrible. No había cosas de colores, ni maceteros, ni cuadros en las paredes... Por no hablar de la nevera, que en aquellos momentos estaba vacía por completo. Ni una cerveza. Respiré hondo, di una palmada en la espalda de mi amigo y fui hacia mi habitación dispuesto a deshacer el equipaje. No diré nada de la sensación de vacío que me provocó ver mi armario sin una sola prenda femenina.

Me había acostumbrado a vivir con Clara, hala, ya lo he dicho.

Casi un mes. Más de tres semanas compartiendo su cuarto, su cama, su vida...

Guardé mi ropa, pensando en lo bien que habría hecho si hubiera cogido una de sus braguitas. No es que sea fetichista, no tengo ropa interior de otras mujeres guardada, por si te lo estás preguntando. Solo es que hubiera dado color a mis noches grises, porque estaba seguro de que a partir de ese momento ya no serían iguales.

Es cierto que durante aquella temporada se me hacían eternas hasta que Clara llegaba del club. No dormía. No podía. Era imposible que dejara de pensar en ella contoneándose para otros, moviendo su cuerpo sobre el escenario, girando alrededor de la barra, subiéndola para dejarse caer, desnudándose ante ojos hambrientos y asquerosos. No habíamos vuelto a discutir al respecto. Su postura había quedado clara, me pedía paciencia y

calma. No era para siempre, las obras estaban a punto de empezar. Ay, qué fácil era decirlo, pero qué difícil llevarlo a cabo. Así que lo sufría en silencio solo por no pelear ni enfadarnos. Me pasaba horas en vela dándole vueltas, deseando que las manillas del reloj corrieran para que ella volviera, se metiera en la cama conmigo y pudiera sacarla de ese lugar, al menos por unas horas.

Si alguien me hubiera dicho tres meses atrás que iba a estar tan jodidamente celoso, preocupado y colgado por una tía, me habría partido de risa a su costa. No me jodas.

*Con lo que yo he sido...*

Sin embargo, sus días libres eran mejores. Cenábamos todos juntos en el salón, riendo, discutiendo por tonterías, como una gran familia. Incluso con Alberto y su novio Enric, que se había apuntado a nuestras cenas familiares aportándonos una pluma que nos hacía reír cada dos por tres con sus comentarios salidos de tono. Eran unas noches fantásticas, que culminaban en la cama con Clara, besándola, tocándola, hundiéndome en ella, haciéndole el amor como nunca había hecho con otra mujer.

Cuánto lo iba a echar de menos.

Sobre todo, a ella. Despertar a su lado, compartir anécdotas e historias de nuestras vidas, las duchas, los desayunos en la cama, las discusiones tontas por qué película ver, las charlas en la tumbona del jardín... Oh, joder, esa tumbona, ese jardín, esos momentos abrazados, cubiertos por una manta porque hacía bastante frío. Sonreí recordando que el día anterior pasamos horas ahí, hasta que cayó la noche, sin hablar. Creo que ambos reflexionamos, pensamos en lo que había sucedido y en lo que estaba por venir. Porque también tengo muy claro que ninguno de los dos creímos que las cosas se nos irían tanto de las manos.

El sonido de mi teléfono me sobresaltó y corrí a contestar.

—Ey, Raúl, ¿qué tal? —saludé a mi hermano.

—¿Ya estáis instalados?

—Más o menos. Me pillas ordenando mi cuarto.

—¿Qué tal os cae que pase en un par de horas? Es domingo.

—Día de Play —añadí al reparar en ello.

—Eva dice que se muere por patearte el culo, pero no va a poder venir.

Ha quedado con las chicas.

—¿Qué chicas?

—Cris y Clara. ¿No lo sabías?

Fruncí el ceño.

—¿Tu mujer queda con mi chica?

—Hostias, Javi, ¡tu chica! —Estalló en sonoras carcajadas—. Acabas de matarme. ¿Ya eres un calzonazos más en el mundo?

—No digas gilipolleces, jamás seré un calzonazos como tú.

—Sí, sí, tiempo al tiempo. ¿Sabe ya mamá que eres un hombre pillado?

—Mamá no sabe nada, ni lo sabrá porque tú no vas a contarle ni media palabra. Lo último que quiero es que se emocione y aparezca por aquí obligándome a llevar a Clara a casa para cenar. ¿Recuerdas a qué se dedica? ¿Quieres que mamá muera de un infarto al enterarse?

—Es estríper, no traficante de órganos.

—Ya sabes a qué me refiero. —Me dejé caer sobre la cama—. Hasta que ese maldito club esté reformado, no quiero ni oír hablar de presentársela a papá y a mamá. Es más, no hay nada que presentar, Raúl.

—¡Cómo que no! A tu chica, Javi, nada más y nada menos que a tu chica —gritó emocionado el muy capullo—. Mi hermano, el dandi más dandi de la historia, el que decía que no abandonaría la soltería nunca y que follaría sin ton ni son toda su vida, ha caído en las redes de una mujer. Hay mucho que presentar ahí, colega.

Solté un bufido y puse los ojos en blanco.

—Venga, Raúl, que estoy ocupado. Vente luego y te daré una paliza al *Tekken*.

—No te confundas, hermanito, yo te daré una paliza. Hasta luego, calzonazos.

—Hasta luego, capullo. —Reí antes de colgar.

Respiré hondo y me dejé caer hacia atrás, miré el techo antes de cubrirme los ojos con los brazos. Ay, joder, cómo echaba de menos a Clara. Raúl tenía razón, era un auténtico calzonazos de los pies a la cabeza. Se me escapó la risa justo cuando un pitido de mi móvil anunciaba la llegada de un mensaje.

«¿Qué tal va la reubicación?».

Mi chica. Sonreí como un capullo.

«Lenta. ¿Vienes a ayudarme?».

«No puedo, he quedado con Eva».

*«Algo he oído. Ojito con ella, es un hueso».*

*«No digas tonterías, es encantadora.  
Me cae genial tu cuñada».*

*«¿Sabes qué? Técnicamente,  
también es cuñada tuya».*

*«Técnicamente, tú y yo no somos nada... oficial.  
Así que, de momento, solo somos amigas».*

*«Me ha dolido eso que has dicho. Que no  
somos nada oficial...».*

Añadí un emoji triste.

*«Ay, mi Javi, pobrecito, que se me pone tontorrón.  
Ya sabes que los tecnicismos no son lo nuestro.  
Ni las etiquetas».*

No dije nada acerca de lo mucho que me había gustado eso de «mi Javi». Tomé aire y me lancé a la piscina.

*«Entonces ¿qué somos tú y yo?».*

En línea. En línea. En línea... Los grillos cantaban a mi alrededor.

*«Joder, Clara, no es tan difícil».*

*«Prefiero que lo hablemos en persona».*

*«Vale, ven».*

*«Jajajaja, que no puedo, Javi.  
Eva viene en quince minutos».*

*«Bueno, pues pásate luego».*

*«Hoy trabajo, ¿recuerdas?».*

Mierda. Puto trabajo de mierda. La mala leche me estaba subiendo como la espuma.

*«Vale, ya hablaremos cuando sea».*

Esa conversación iba a conseguir que me cabreara. No era tan difícil, ¿no? Éramos algo, ni técnicamente ni hostias. Clara y yo éramos. Y punto. ¿El qué? No lo sé, o quizá sí, aunque me resultaba tan raro pensarlo que la palabra ni siquiera había aparecido en mi mente hasta aquel momento.

Porque jamás había pensado en esa palabra, con nadie, nunca. Ni creí que lo haría en un futuro inmediato. Pero la vida da muchas vueltas y nunca sabes con qué va a sorprenderte. Resulta que un día conoces a una estríper, te la tiras y no olvidas ese momento jamás, aunque no vuelves a verla; hasta que, sin esperarlo, reaparece en tu vida volviéndolo todo una locura, pero una locura de las buenas, de las que te hacen sonreír y parecen darle sentido a todo.

Y entonces lo sabes.

Esa palabra cobra significado y se convierte en lo que quieres y ansías.

Novios. Eso es lo que éramos. Y ya está. No había que darle más vueltas. Novios. Punto pelota.

*«Te has enfadado».*

*«No, tranquila».*

Mentira cochina.

*«Bueno, guapo, voy a echar una mano a Cris con la tarta que está preparando».*

*«¿Está haciendo una tarta para Eva y no ha hecho ninguna para nosotros en todo el tiempo que hemos estado allí?».*

De repente me sentí muy indignado.

*«Hizo aquel bizcocho».*

*«Bueno, pero eso no era tarta; y no  
llevaba ni una pepita de chocolate, no cuenta».*

*«Jajajajaja. Eres como un niño cuando quieres.  
Hasta pronto, Miranda. Piensa en mí».*

*«Hasta pronto, Márquez. Lo haré».*

Me envió un corazón al que no respondí. Lancé el móvil sobre la cama y me incorporé hasta sentarme. Estaba cabreado, y lo de la tarta había rematado la situación. Fui al cuarto de baño dispuesto a darme una ducha para quitarme todas esas mierdas de la cabeza. Tarde o temprano hablaríamos, las cosas quedarían aclaradas y nos dejaríamos de tonterías. Clara era mi chica, mi novia, como lo quieras llamar. Ella decía que no nos iban las etiquetas. Ya lo creo que nos irían, etiquetas bien grandes, etiquetas con letras mayúsculas y en negrita, subrayadas e incluso en relieve, con luces de neón si hacía falta; letras en las que se leería la palabra «novios». Bien clarito para ella y para el resto. Clara era mi novia.

Joder, y era estríper.

Mierda, mierda y más mierda.

\*\*\*

Aquella tarde mi hermano estuvo de un tocapelotas extraordinario, mucho más de lo habitual. Jorge se partía la caja de lo lindo. Y yo, mientras tanto, aguantaba el chaparrón y las ganas de mandarlos a que les dieran por donde amargan los pepinos.

—Jamás pensé que llegaría a verte tan enamorado —soltó Raúl a la vez que disparaba a unos zombis en la pantalla.

—Yo, ¿enamorado? Qué tontería.

Me eché a reír a carcajadas. Menudas ganitas de tocar las narices había traído el tío. Jorge no ayudaba, pues lo único que hacía era secundar las palabras de mi hermano.

—Estás coladísimo por ella —añadió Raúl—. Y, ojo, que lo entiendo, ¿eh? Es toda una mujer.

—¿Lo dices porque es estríper?

—No digas memeces, Javi. Lo digo porque es la verdad. Tiene carácter, es preciosa, divertida, tiene las cosas claras y, al parecer, también algún problema mental como tú, porque se la ve igual de colada por ti. Cosas de la vida. Hay una pareja para cada uno en este jodido mundo, aunque estéis tan hechos polvo de la azotea como vosotros dos. —Guardó silencio un instante—. Y para ti, Jordi. Porque tu chica también es especialita. Joder, Dios los cría...

—Sí, sí, Raúl. Ahora me vas a decir que Eva es la más normal del planeta —soltó Jorge a la defensiva.

—Hombre, mi chica es única e inigualable. Y menos mal, porque si no...

Los tres reímos. En la pantalla, de repente, apareció un perro zombi gigante al que no vi y que mató a mi jugador de forma sangrienta y cruel. Raúl soltó un juramento y yo le lancé una mirada asesina antes de pasarle el mando a Jorge. Me acomodé en el sofá. Mi hermano volvió a la carga a la vez que la partida se reanudaba con ambos a los mandos.

—Entonces, cuéntame, Javi. ¿Cómo sientes esto del amor?

—No hay nada de amor aquí, pesado.

—Estás colado, enamorado, llámalo como quieras.

—Te repito: menuda tontería.

—Lo que tú digas. Pierdes la chorra por ella.

—Mira, en eso te doy la razón.

—Y el corazón también lo has perdido —dijo Jordi añadiendo leña al fuego.

—Y dale. Que no, pesados, que no he perdido nada con Clara.

*Al contrario, he ganado. Todo.*

Pero eso no lo dije, solo lo pensé.

—Soy tu hermano y te conozco.

—Calla un poco, anda, y juega. ¿No ves que ahí detrás va a aparecer algo? Atento a la pantalla, capullo.

—Ábreme tu corazón, Javi.

Solté una carcajada.

—¿Te sientes Isabel Gemio?

—No, un poco Ana Rosa Quintana.

Los tres nos reímos con ganas. Pero esas risas no sirvieron para que

dejaran el tema.

—Hablo en serio, Javi. Puedes confiar en mí.

—Y en mí.

—Lo sé, capullos.

—¿Entonces?

Miré a Jorge, que me observaba por el rabillo del ojo mientras trataba de no perder detalle en el juego.

—Entonces, ¿qué?

—Joder, qué limitado eres —estalló Raúl—. ¿Y tú has terminado la carrera de Medicina?

—Te veo muy tocapelotas hoy, hermano. ¿Eva ha vuelto a hacer de las suyas? ¿Tofu para comer?

Guardó silencio un instante.

—Sí, y una bebida amarillenta muy rara que todavía no sé a qué sabe.

Me reí con ganas.

—¿Y te lo comes todo sin rechistar? —se interesó Jorge.

—¡Claro! Si no lo hago, para qué quiero más. Ya lo irás viendo con el paso del tiempo. Todos lo hacemos. Y vosotros, más que os pese, también lo haréis. Lo que me lleva al tema anterior, que sé lo que intentas hacer, Javi, y no lo vas a conseguir. No vas a hacer que lo olvide. Tú estás loco por Clara.

—Que sí, pesado, lo que tú digas. ¡Mata a ese zombi!

Jorge se unió a mis gritos y entre ambos trataron de acabar con él, pero no pudieron y, en cuestión de segundos, las palabras *Game Over* presidieron la pantalla.

—Joder, ahora tenemos que volver a empezar la fase desde el principio —exclamó Jorge—. Si no estás en lo que tienes que estar, mejor lo dejamos, Raúl.

—Vale, vale, y así nos cuenta mi hermano. —Y lo dijo sin importarle absolutamente nada que la partida terminara de aquella manera.

Jodido cotilla.

—Qué maruja te has vuelto, Raúl —dije, poniéndome de pie dispuesto a ir a la cocina a por cervezas que él había traído—. Qué maruja más tocapelotas.

—Háblame de ella, Javi —siguió el tío desde el sofá. Y Jorge a su lado sin perder detalle. Otra maruja más—. ¿Qué te hace el estómago cuando la ves?

Me volví hacia ellos con una cerveza en la mano, tomé aire y lo dejé salir.

Estuve tentado a mandarlos a la mierda, pero... eran mis amigos, ¿no?

—Hormiguea —susurré.

Los dos suspiraron antes de mirarme con una sonrisa.

—Ains... qué bonitos son los comienzos —exclamó Raúl palmeando la espalda de Jorge.

—Son más monos, tendrías que ver la carita de tonto que sacaba todas las mañanas en casa de las chicas.

—Claro, Jordi, eso es el amor. El principio del amor. Luego llegan las hamburguesas de lentejas y el pan de trigo sarraceno.

Jorge y yo estallamos en sonoras carcajadas a las que pronto se unió mi hermano. Y, sorprendentemente, dejaron el tema y pudimos continuar con nuestra tarde de Play. Menos mal. Y solo había tenido que admitir que sí, que estaba colado por Clara, que estaba... enamorado.

\*\*\*

Clara había trabajado las cuatro noches siguientes a mi retorno a casa. Llevaba sin verla cuatro días porque durante las mañanas ella dormía y por las tardes yo había tenido que acercarme a la universidad para enterarme bien de todo lo que necesitaba saber para presentarme al MIR, cuya prueba iba a tener lugar en febrero. Sí, en febrero. Quedaban dos meses y tenía que ponerme las pilas. Quería aprobar el examen y conseguir plaza en Barcelona. Estaba complicado, pues esa idea era la misma que tenían cientos de médicos recién licenciados como yo, aunque tenía claro que iba a esforzarme al máximo por conseguir una. Llevaba muchas horas de estudio a mis espaldas; en realidad, esa misma semana lo había retomado con fuerzas aprovechando la imposibilidad de ver a mi chica. Sin embargo, he de admitir que el estudio se veía interrumpido de vez en cuando por imágenes y recuerdos suyos que aparecían en mi cabeza. Demasiado de vez en cuando, para ser más exactos. Vamos, que estaba en la inopia cada dos por tres.

No habíamos tenido la conversación. Sí, esa, LA CONVERSACIÓN. Seguíamos sin tratar en persona lo de tener algo serio y ser novios. Porque, aunque yo lo diera por hecho, parecía que Clara no lo tenía tan claro, dados aquellos mensajitos que me había mandado varios días atrás.

Era viernes, estaba en casa, tumbado en el sofá y algo cabreado con el mundo porque ella estaría bailando medio en pelotas para otros mientras yo estaba solo porque mi compañero de piso se había ido con Cris a su casa, a

hacer el perraco a sus anchas.

Menudo viernes de mierda.

En la tele nada merecía la pena, o eso me parecía a mí, que no hacía otra cosa que cambiar de canal arriba y abajo, mareando la pantalla y sin atender a nada en realidad. Entonces oí el sonido de la llave en la puerta y me giré hacia la entrada del salón, esperando ver de quién se trataba. Cuando las caras sonrientes de Jorge y Cris aparecieron, los miré con el ceño fruncido.

—¿Qué hacéis aquí?

—Hemos venido a quedarnos —anunció Cris dejándose caer en el sofá a mi lado.

—Esto... Os recuerdo que el trato era que os fuerais a hacer guarrerías lejos de mí. No tengo ganas de aguantaros la vela, parejita.

—No va a ser necesario —dijo Jorge pasando frente a mí.

—Venga, Javi, pírate, necesito estar a solas con mi hombre.

Observé a Cris con mala cara antes de mirar a mi amigo.

—Jordi, tu novia me está echando de mi propia casa para folletear contigo, y eso no es lo que habíamos acordado. ¿Dónde coño queréis que me meta?

—En mi casa.

La miré otra vez. Ella me empujó del sofá hasta casi tirarme.

—Clara está enferma, no ha ido a trabajar. Creo que tiene fiebre, ni siquiera ha bajado a cenar. No teníamos ganas de amargarle el rato y molestarla, así que hemos decidido venir aquí y que tú vayas allí a darle mimitos. ¿Lo ves? Todos felices.

—¿Clara está enferma? ¿Y por qué no me ha dicho nada?

—No lo sé, puede que porque se ha despertado así de la siesta y le dolía tanto el cuerpo que casi no ha podido ni levantarse de la cama para pedirme que le diera un ibuprofeno. Venga, deja de quejarte y ponte algo de ropa decente. Y vete.

—Ya llevo ropa decente.

Me miró de reojo y frunció los labios antes de asentir y volver a empujarme.

—Vale, vale, ya me voy. Joder, sois la pareja más cansina de la historia.

Fui a mi cuarto para calzarme unas deportivas, coger la cazadora y las llaves del coche. En ese rato ya les había dado tiempo a acurrucarse, y a Jorge le faltaba la camiseta.

—¡Joder! —grité mientras pasaba tras el sofá tapándome los ojos—. ¿No

podíais esperar ni un minuto? Putos ansiosos salidos...

Escuché sus carcajadas cuando cerraba la puerta del piso. Me olvidé de ellos y sus cochinas en exactamente dos segundos, lo que me costó reparar en que me iba con Clara, con mi chica, a la que llevaba varios días sin ver y echaba de menos de la leche.

Jamás había echado de menos a una chica.

Conduje a toda velocidad, incumplí al menos cinco normas de circulación. Llegué a la urbanización con una sonrisa de oreja a oreja y aparqué el coche en la misma puerta. No llamé al timbre, tenía llave. No se la habíamos devuelto a las chicas porque ni ellas la pidieron ni pensamos que fuera necesario. Abrí y accedí al silencio oscuro del interior. Subí a la habitación de Clara, que estaba igual de silenciosa y oscura que el resto de la casa, pero se oía su respiración. Me acerqué a su cama y encendí la lamparita de la mesilla. La tenue luz que emitía iluminó las paredes y a la persona que dormía allí, tapada hasta las cejas. Acaricié su frente para darme cuenta de que sí tenía fiebre, bastante alta.

—Clara... hola... —susurré sin dejar de tocar su rostro.

Frunció el ceño y abrió los ojos poco a poco, parpadeando con confusión. Al verme, se cubrió con el nórdico.

—¿Qué haces aquí? Vete a casa, Miranda.

—No tengo casa a la que ir. Me han echado de la mía para que viniera a cuidarte.

—¿Qué dices?

—Tu amiga y mi amigo, que solo piensan en guarrerías y me han invitado a marcharme de mi casa antes de decirme que estabas enferma. ¿Por qué no me has avisado?

—No quería que me vieras en este estado. Es más, sigo sin querer, así que vete.

—Ni de coña. He venido a cuidar de ti.

—No necesito que nadie me cuide. Soy mayorcita.

—¿Te ha dicho alguien alguna vez que eres más cabezota de lo normal cuando estás enferma?

Refunfuñó bajo el nórdico y consiguió sacarme una sonrisa.

—Tienes mucha fiebre. Voy a tomarte la temperatura.

—¿Eso va con segundas?

—No, Clara, no va con segundas. —Reí mientras me quitaba la cazadora y la dejaba sobre una silla—. ¿Crees que vengo con ganas de mambo?

—Siempre tienes ganas de mambo.

Solté una carcajada y sé que ella sonrió, lo vi en sus ojos, que era lo único que podía atisbar entre tanta tela.

—¿Quieres hacer el favor de salir de ahí? Necesito verte para poder observar cómo estás.

—No voy a dejar que me veas. Estoy enferma, horrorosa y huelo mal. No pienso salir de aquí.

—Clara, en serio, deja de decir tonterías. ¿Dónde tenéis un termómetro?

—Tú tienes uno incorporado.

Reí entre dientes.

—Vale, pero ese no me sirve ahora mismo. Voy a mirar en tu baño, imagino que estará ahí.

Acerté. Lo que no esperaba fue lo que me encontré al volver a la habitación. Clara mirándome provocativa, con un pijama de franela de cuadros que jamás le había visto, con la mirada febril (y no a causa de las ganas de tema, sino por la fiebre en sí), el pelo revuelto y una especie de mohín sexi que me dio risa.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, acercándome a ella.

—Dejar que me tomes la temperatura, Miranda.

Y empezó a desabrocharse la camisa del pijama. Con sensualidad. Supuestamente.

—Clara, por favor, deja de hacer tonterías. No vamos a acostarnos.

—Sí vamos a acostarnos. Ven a tomarme la temperatura, doctor Miranda.

Se quitó la prenda y la lanzó al suelo. Respiré hondo, tratando de no hacer demasiado caso a las ganas que tenía de tomarle la temperatura del modo que ella quería, y pensé en su bien. Estaba enferma, probablemente delirando a causa de la fiebre y necesitaba cuidados, no desnudarse. Clara no ayudaba en absoluto. Comenzó a moverse (también sexi, se supone) para quitarse los pantalones y corrí hasta la cama para cubrirla con el nórdico de nuevo.

—Cariño, Clara, deja de hacer esto. No es necesario ahora mismo.

—¿Por qué no? Yo quiero sexo con el doctor Miranda.

—Mejor lo dejamos para mañana.

—Lo quiero ahora, ahoooraaaaaaaaa.

Aguanté las ganas de reírme y peleé un poco con ella hasta que conseguí que dejara de enseñarme las tetas y de provocarme. Qué mujer.

Le tomé la temperatura para descubrir que tenía treinta y nueve y medio de fiebre. Eso era mucha fiebre, podía dar por normal el pequeño delirio que

había sufrido. Fui a la cocina a ver qué medicamentos tenían y cogí un paracetamol, además de un paño que mojé con agua. Al volver a la habitación, Clara estaba tumbada en la cama, cubierta con el nórdico y aparentemente tranquila. Me senté sobre la cama, se tomó el paracetamol y coloqué el paño sobre su frente.

—¿Has comido algo? —quise saber.

—Podría comerme una salchicha.

Aguanté la risa de nuevo.

—Clara, por favor, basta de barbaridades.

—Lo digo en serio.

Seguro que esa noche me iba a dar munición para cachondeo durante una buena temporada y ella iba a morir de vergüenza después.

—Yo también lo digo en serio. ¿Quieres un poco de zumo? No es bueno que te mediques con el estómago vacío.

—Cris me ha dado una sopa antes de irse.

—Vale.

—Pero me comería esa salchicha que tienes, Miranda.

Se me escapó la carcajada y ella sonrió.

—Me gusta tu risa —murmuró cerrando los ojos.

Le acaricié el pelo.

—Me gustas tú, Javi. No solo tu salchicha.

—Lo sé, preciosa, tú a mí también me gustas.

—Está bien que nos gustemos.

—Claro que sí.

Se quedó en silencio. Continué acariciando su pelo y creí que se había dormido, hasta que volvió a hablar.

—¿Somos novios, Javi?

—Yo diría que sí.

—Eso pensaba...

Sonreí, porque no tenía muy claro que esa conversación estuviera siendo entre los dos o entre una Clara medio dormida que no recordaría nada y yo. Pero me parecía adorable verla así, somnolienta, diciendo tonterías y con esa sonrisa tierna bailándole en los labios. Me agaché para besarla en la punta de la nariz.

—Duerme un poco, Clara. Seguro que cuando despiertes te encuentras mucho mejor.

—Ya me encuentro mejor —murmuró, más en el mundo de los sueños que

en el de los vivos—. Mi novio está aquí, cuidándome. Es médico, ¿sabes?

—Sí, lo sé. —Reí en voz bajita.

—Y es muy guapo...

Sonreí antes de darle la vuelta al trapo que cubría su frente.

—Y ¿sabes qué? —balbuceó mientras se giraba hacia un lado—. Creo que nos queremos un poquito.

Me quedé en silencio, esperando. No sé, que dijera algo más, que me mirara para saber si lo había dicho en serio o era fruto de la fiebre, que sonriera antes de pedirme un beso o que dijera que... que...

Entonces escuché un ronquidito y dejé salir todo el aire que guardaba en los pulmones sin saber que lo había retenido ahí durante unos segundos que habían parecido eternos. La observé dormir. Qué bonita estaba.

Minutos después, me acerqué al cuarto que fue mío durante unos días para coger una manta, que lancé al suelo y sobre la que me tumbé dispuesto a pasar la noche. No pensaba meterme en la cama con ella y que de repente le diera por hacer cochinas estando tan enferma como estaba. Así que decidí ser un buen novio y quedarme donde estaba, dormir en el suelo para cuidar de ella y vigilar que no empeorara en toda la noche.

Y sí, he dicho «un buen novio», porque, al fin y al cabo, es lo que era.

## CAPÍTULO 15. CLARA

Cuando desperté y me encontré a Javi tumbado en el suelo, babeé un poquito. Qué mono, qué bonito era. Y no solo lo decía por su exterior, es que por dentro era tan bonito que deslumbraba. Porque tenía un corazón de oro, porque había venido a cuidarme y yo me había rebajado a tentarlo con sexo de una manera demasiado bochornosa (sí, lo recordaba perfectamente) y él se había negado, entre risas, aguantándome la tontería y portándose de maravilla conmigo.

¿Quién en su sano juicio no se pillaría por alguien así?

Porque me estaba pasando. Me estaba pillando. Mucho. Tanto que... puede que... ay, que me estaba enamorando de Javier Miranda.

—¿Qué andas pensando en esa cabecita?

Su voz me sobresaltó y casi me caigo de la cama. Estaba apoyada en el borde, observándolo tan embobada que me había quedado en Babia. Me hizo un guiño antes de incorporarse.

—¿Por qué has dormido en el suelo? Podrías haberte acostado conmigo, seguro que te duele la espalda.

—Ya sé que querías que me acostara contigo... en todos los sentidos de la palabra. —Me miró con una ceja levantada y una sonrisilla contenida en los labios—. Estuviste de un erótico subido que fue para grabarte.

Rio con ganas y yo me ruboricé.

—Era la fiebre.

—Ya lo sé, por eso no te lo tengo en cuenta. Aunque he de reconocer que estuviste muy divertida. Y que utilizaré la noche de ayer para tocarte las narices de vez en cuando. Aceptas eso, ¿verdad? Es lo mínimo que puedes darme tras aguantar tus insinuaciones de enferma.

—Está bien —cedí—. Dejo que te rías un poco de mí por lo de anoche.

Sonreímos y se sentó a mi lado para posar la palma de su mano en mi frente.

—Todavía estás caliente.

Lo miré frunciendo los labios y, cuando nuestros ojos conectaron, ambos estallamos en sonoras carcajadas.

—Lo siento, no he podido evitar los pensamientos —dije todavía riendo.  
—Estás muy mal, Márquez.  
—Menos mal que te tengo a ti para cuidarme y para controlarme.  
—No tengas ninguna duda. Aquí estoy para cualquier cosa que necesites.

Siempre.

Lo miré fijamente antes de acariciar su mejilla.

—Así que... quieres que seamos novios —murmuró.

No fue una pregunta.

—Pensaba que eso era lo que tú querías —dije volviendo a meterme bajo el nórdico. Me había dado frío y todavía me dolía todo.

—Solo si tú también lo quieres. No es que vaya a obligarte a decir por ahí que somos novios, aunque... en realidad... me gustaría que así fuera.

—Resulta que el señor Javier Miranda, aquí presente, el que jamás había tenido nada serio con una mujer, que andaba dando tumbos entre unas piernas y otras, está proponiéndome ser novios. ¿Debería sentirme halagada?

Sonrió y se sentó a mi lado, cubriéndose también por el nórdico. Su mano agarró la mía, entrelazando nuestros dedos.

—Deberías. Tendrías que sentirte muy halagada, Márquez.

—La verdad es que lo hago —admití—. No pensaba que esto nos fuera a traer hasta aquí.

—Y puede llevarnos a donde queramos. No lo olvides.

Levanté la mirada para encontrarme con sus ojos, que brillaban plagados de emociones, aunque una primaba sobre el resto: la ilusión.

—Entonces...

—Seamos novios.

—De acuerdo. —Sonrió, sus manos acogieron mis mejillas y su nariz rozó la mía—. Clara Márquez, novia formal de Javier Miranda. Joder... suena de maravilla.

Me agarré a sus muñecas y cerré los ojos. Su aliento chocó en mi rostro. Sentía el corazón galopar, queriendo ir más rápido de lo que podía, demostrándome que, en caso de ser capaz, se marcharía con él. Porque ya no era mío, era suyo. Porque le pertenecía, porque se lo había ganado con cada risa, cada caricia, cada gesto, cada momento.

—Novios... —murmuró en mi boca—. Joder, qué bien suena.

Nos besamos, sellando esa conversación de la mejor manera posible.

Al separarnos me observó con otros ojos, los clínicos.

—Y ahora, antes de que la fiebre pueda contigo y vuelvas a intentar

seducirme, voy a por tus medicinas.

Solté una risita y lo observé mientras salía de mi habitación, con cara de tonta, lo admito, cara de muy tonta.

\*\*\*

—Claro que lo sabía.

—¡Tú qué vas a saber! —exclamé.

—Te digo que sí. Aunque pienses que no me entero de nada, soy mucho más atento de lo que crees.

Me quedé mirándolo fijamente. Javi se movía por su cocina mientras guardaba cosas en los armarios y la nevera. Acabábamos de volver del supermercado, puesto que esa noche la pasábamos en su piso y me había pedido que lo acompañara a hacer la compra. Estando allí, mientras nos decidíamos entre la pizza carbonara y la de pollo, recordamos que a Cris no le gusta el beicon y una cosa llevó a la otra, hasta que soltó que sabía que ella también era estríper como yo. Me quedé a cuadros. Nunca había sacado el tema.

—¿La recuerdas?

—¿Eh?

—De aquella vez, de la primera en que nos vimos —detallé—. ¿La recuerdas?

—No, aquel día solo tuve ojos para ti. Había más bailarinas, pero lo cierto es que no me quedé con la cara de ninguna otra.

—¿Entonces?

—Até cabos.

Lo miré ceñuda.

—¿Qué cabos?

—Joder, Clara, qué preguntona. Pues cabos, los cabos que había que atar y unir para llegar a la conclusión de que bailaba contigo en el mismo lugar, en el Silver.

Abrí la boca para cerrarla de nuevo. Javi metió un paquete de pasta en un armario y se volvió a mirarme.

—Según ella, se dedicaba a bailar como gogó, aunque lo cierto es que nunca la he visto en una foto en una discoteca, y no tendría por qué esconderlas, no es nada malo. Bailar de noche subida en una tarima no es nada prohibido, es un trabajo como cualquier otro. Es muy extraño que no tenga

ninguna foto por el salón, con lo que le gusta la fotografía e inmortalizar vuestros momentos. Tú tienes fotos en el club, con tus compañeros, con Pedro... No las tienes expuestas, pero sí en tu cuarto, yo las he visto. Cris no tiene ninguna, cosa comprensible si no quiere que Jorge se entere, aunque tampoco las hay de su supuesto trabajo como bailarina. Y eso sí que me sorprende, porque no es como para esconderlo. Otra cosa que me llamó la atención en su día es que nunca he visto una prenda de ropa de gogó por vuestra casa, y he vivido allí durante casi un mes; raro es eso. Qué menos que encontrarme unas botazas de plataforma con purpurina o unas medias de rejilla. Cosa que tú sí tienes.

—Las mías no son para bailar.

—Lo sé y me gustaría que te las pusieras. Sin nada más.

Aguanté una sonrisa.

—No te desvíes...

—Cierto. —Me guiñó un ojo—. De repente, un día, Cris nos dice que deja de bailar, que se va a centrar en su carrera y que es superfeliz por ello. Vale, ella siempre es feliz, y rarita, pero de ahí a anunciarlo como si fuera algo tan trascendental en su vida... no sé, no lo veo para tanto. Y entonces, pensando en ello, sin más, la idea hizo *zas* en mi cabeza.

—*Zas*.

—Sí, *zas*. Como un rayo. Até cabos y supe que en realidad había estado bailando contigo todo este tiempo.

Lo miré sin pestañear, aguantando el aliento, creo que incluso un poco pálida. La pregunta que iba a hacer se me atascaba en la garganta.

—¿Y... y Jorge?

—¿Qué pasa con Jorge?

—Joder, ¿y tú dices que atas cabos? Jorge es su novio, tu amigo, el otro implicado en esta historia. ¿Qué narices crees que pasa con Jorge?

—No te pongas borde, Márquez, que te estás subiendo como la espuma. Jorge, nada. Es un empanado de la vida, está enamorado y no ata cabos, es simple como un huevo. No tiene ni idea ni se lo imagina. Durante la despedida de Raúl agarró tal borrachera que no tiene un solo recuerdo del club de stripteis. Deberías haberlo visto aquel día... Todavía nos reímos de vez en cuando.

Solté todo el aire de golpe. Menos mal.

—Aunque si me permites añadir algo más, te diré que tu amiguita debería ser legal con él y decirle la verdad.

—Es complicado.

—Lo sé, lo estoy viviendo. Pero él se merece la verdad.

—Eso es cosa de Cris.

—Eres su amiga, deberías decirle lo que está bien y lo que está mal. A mí me gustaría saberlo. Es más, sé la verdad sobre ti, lo paso de puto culo y lo odio, pero sé que eres sincera conmigo y que no me ocultas nada. Si me enterara más tarde de que te dedicas a esto..., no creo que me lo tomara nada bien.

Suspiré y miré la campana extractora. Tenía razón, aunque, como ya había dicho, era complicado. Nuestro empleo era complicado, dentro y fuera de él. Respetaba la decisión de Cris de no habérselo contado a Jorge, pero entendía a Javi. La sinceridad es la base de una relación; sin ella, el resto cojea. Sin embargo, ¿quién era yo para meterme en las cosas de una pareja?

El sonido de un móvil me sobresaltó. Javi contestó con una sonrisa.

—¡Raúl! ¿Qué pasa?

El gesto de su rostro se crispó de repente.

—No me toques las narices, no tiene ninguna gracia. ¿Qué? ¿Lo estás diciendo en serio? Me cago en la leche puta...

Lanzó el teléfono sobre la encimera y salió de la cocina como una exhalación. Yo lo miré con los ojos muy abiertos, sin entender qué le había dicho su hermano que fuera digno de tal reacción. Javi corrió hasta el salón para observar la calle a través de la ventana. Me acerqué a él y escuché su respiración acelerada.

—¿Se puede saber qué pasa?

—Coge tu chaqueta, nos vamos echando virutas.

—¿Adónde? ¿Y la cena?

Agarró mi mano y tiró de mí, arrastrándome por la sala mientras recogía nuestra ropa de abrigo y nos dirigía hacia la puerta. Justo en ese momento se escuchó el timbre.

—Mierda.

Lo miré sin entender nada. Resopló antes de posar sus ojos en mí. Estaba agobiado. ¿Qué pasaba?

—Javi... me estás asustando.

—Esto no estaba previsto. Lo siento.

Carraspeó antes de colgar los abrigos en el perchero junto a la entrada (que nunca usaba) y abrir la puerta. Una pareja de mediana edad sonreía en el umbral. Él tenía el pelo castaño, llevaba un abrigo de paño gris muy elegante y

sonreía con cierta tensión contenida. Ella también llevaba un abrigo de paño, aunque de color negro; su pelo era castaño como el de él, pero rizado, tenía los ojos verdes y la sonrisa... un momento... Lancé una mirada de soslayo a Javier. La sonrisa de él, los ojos de ella... ¡Eran sus padres!

Mi estómago se convirtió en una pequeña bolita.

—Papá, mamá, ¡qué agradable sorpresa!

Fue irónico, no sé si hace falta que lo diga, pero su rostro era de todo menos alegre y sorprendido.

—Raúl nos ha dicho que estabas aquí con ella y hemos pensado que sería fantástico conocerla al fin —dijo la señora con una voz cálida y realmente apaciguadora.

—Se le ha escapado, esa es la realidad —añadió su padre, que parecía menos cómodo que si le hubieran metido un palo por el culo.

—Lo imagino, es un bocazas —murmuró Javi haciéndose a un lado—. Pasad, por favor. Ya que estáis aquí, tomad algo con nosotros.

Ella se me acercó con esa sonrisa con efectos calmantes y me abrazó. Traté de responderle, pero no me lo esperaba, así que tropecé y quedé como el culo, seguro.

—Es un placer conocerte por fin. Hemos oído hablar de ti, aunque no a nuestro hijo.

—Tengo un hermano y una cuñada que son cotillas profesionales.

—Y demos gracias, porque, de haber sido por ti, nunca habríamos sabido de la existencia de Clara.

—Qué exagerada eres, mamá.

—Soy Rosalía, encantada de conocerte, Clara.

—Lo... mismo... digo...

Intenté sonreír, aunque tampoco creo que lo hiciera bien.

Menuda. Puta. Encerrona.

Estaba conociendo a sus padres. ¡Sus padres!

*Tierra, trágame.*

—Yo soy Rodolfo, encantado.

Su padre me dio dos besos, con la misma tensión que irradiaba por todos los poros de su piel. En esta ocasión no se notó la mía, los dos actuábamos igual, como marionetas sin posibilidad de flexionar las articulaciones, como si nos dirigiera alguien desde fuera y no supiéramos qué debíamos hacer.

Por suerte, Rosalía sí parecía saberlo, porque se quitó el abrigo y tomó asiento en el sofá. Donde tres noches atrás Javi y yo habíamos hecho

cochinadas juntos.

*Dios. Quiero morirme ahora.*

*Esto es la mar de divertido. Suelta alguna de las tuyas, Clara. O no, mejor, haz lo que estás haciendo, quédate ahí parada, que piensen que eres tonta.*

*¡Vete a la mierda!*

La realidad es que no hice nada porque no podía, era incapaz de moverme del sitio. En el salón había un silencio extraño, incómodo. Javi se sentó junto a su madre y me lanzó una mirada para que me colocara a su lado. Pude hacerlo, no sé muy bien cómo, pero tomé asiento todavía con esa rigidez de marioneta. Rodolfo se quedó de pie, observando la estancia.

—Bueno, Clara, cuéntame, ¿cómo os conocisteis?

Me dio tos. Mucha tos. Javi se puso de pie y fue a traerme un vaso de agua.

—¿Cerveza o refresco? —gritó desde la cocina.

—Cerveza.

—Agua.

Sus padres respondieron a la vez. Yo no abrí la boca, aún me daba tos si lo hacía.

Sentía la mirada de Rosalía sobre mí, expectante, emocionada, deseando saber cómo su hijo y yo nos habíamos conocido.

A ver, ¿cómo narices se lo explicaba? ¿Empezaba así, en plan: «Mira, Rosalía, yo me dedico a desnudarme delante de hombres. Sí, lo que viene siendo una estríper de toda la vida...»?

Me dio la risa nerviosa.

—Coincidimos en una fiesta hace varios meses —explicó Javier, volviendo al salón con una bandeja con todas las bebidas—. La novia de Jorge nos invitó a la inauguración de su nueva vivienda, Clara es su compañera. Ahí nos conocimos.

—Qué bonito. Los mejores amigos de una pareja que se conocen y se gustan.

—Mamá...

—¿Y a qué te dedicas, Clara?

Casi me muero de la tos. Javi me ofreció el vaso con agua que me bebí sin abrir los ojos. Menuda vergüenza. ¿Qué coño se supone que debía decir? Dejé el vaso sobre la mesita de centro y lancé una mirada de socorro a Javi.

—Es gogó —soltó tras observarme un instante.

Su madre se tensó un poco, lo noté, su padre ni se inmutó, continuaba con la misma expresión que a su llegada. Rosalía trató de sonreír y parecer complacida, aunque imagino que no terminaba de gustarle la idea de que su «nuera» se dedicara a bailar de noche. Si supiera la verdad...

Me dio la risa, más fuerte esta vez. Javi colocó una mano sobre mi rodilla y rio conmigo.

—Ya ves, mamá, no hay mucho que contar aquí.

—¿Has estudiado algo, Clara? ¿O solo trabajas?

Seguía con sus preguntitas. Tomé aire y dejé las risas atrás. No había abierto la boca en todo el rato, seguro que estaban pensando que era lela.

—Comencé Filología Hispánica, todavía me quedan varias asignaturas para terminar. También hice un curso de administración y finanzas al terminar el instituto.

—Eso es ser polivalente. No tienen nada que ver entre ellas.

Sonreí antes de encogerme de hombros.

—La verdad es que al salir de bachillerato no sabía muy bien qué hacer, el curso fue más cosa de mis padres que mía. Al acabarlo, pensé que podía continuar estudiando algo que me gustara de verdad. Adoro leer, los libros son parte fundamental de mi vida, así que pensé que podía hacer algo relacionado con ellos, que me ayudara a comprenderlos mejor.

—Eso suena fantástico. —Rosalía me escuchaba con atención, con esa sonrisa dulce y comprensiva—. A Javi no le costó demasiado decidirse al terminar el instituto, aunque comprendo que no todo el mundo tiene las cosas claras a esa edad.

—Mira lo que pasó con Raúl.

Me volví hacia la voz de Rodolfo, que había hablado con menos rigidez. Tomó asiento en el sillón y se estiró a coger la cerveza que su hijo le había traído.

—¿Qué pasó con Raúl? —quise saber.

—Se matriculó en Bellas Artes.

Fruncí el ceño al mirar a Javi.

—No le pega nada.

—Uy, no dirías eso si lo hubieras conocido con diecisiete años — exclamó Rosalía—. Era *hippy* perdido.

—Menudas melenas llevaba —dijo Javi.

—Estaba horrible —añadió Rodolfo.

Los tres se echaron a reír y me uní a ellos. Poco a poco, la conversación

se convirtió en algo fluido, relajado. Surgieron anécdotas, hubo más risas, preguntas menos íntimas que respondí con tranquilidad y, sobre todo, hubo comodidad. Sí, me sentí cómoda con Javi y sus padres. Incluso Rodolfo se relajó por completo y me mostró que no era tan frío como me había parecido al llegar al piso.

Se marcharon un rato después, repartiendo besos, y, al cerrar la puerta, suspiré muy alto y Javi se apoyó contra la pared.

—Joder... lo siento. —Se pasó la mano por el pelo, despeinándose—. Esto no debería haber pasado, voy a matar a mi hermano.

—No te preocupes. Ha ido mejor de lo que pensé al principio.

—El principio ha sido terrible.

Resopló y me dio la risa.

—A mí no me hace gracia, Clara. Si mis padres se enteran de a qué te dedicas de verdad...

—Vale, vale, pero ¿no puedes ver el lado cómico de la situación?

—La verdad es que no.

—Joder, Javi. Sé que odias mi trabajo, que quieres que lo deje. ¡Y lo haré! Las obras casi han comenzado, en un par de semanas el club cierra por reformas y cuando vuelva a abrir ya no bailaré más, y si lo hago solo será por placer. ¿Podemos dejar a un lado ya el temita y ver lo divertido de lo que acaba de suceder?

Refunfuñó un poco y me pareció adorable verlo así de gruñón. Contrajo la nariz y unas arruguitas encantadoras la rodearon. Cerró los ojos antes de respirar hondo y mirarme.

—Deberías aprender a improvisar, Clara. Has estado terrible antes, casi te mueres con cada pregunta de mi madre. Menos mal que la que quiere dedicarse a la interpretación es Cris porque si fueras tú...

Se echó a reír y lo acompañé. La tensión de su rostro desapareció, lo besé con ganas y me agarró del trasero hasta que pasé las piernas por su cintura. Entre trompicones y choques contra las paredes, llegamos hasta el sofá, donde su madre se había sentado; y volvimos a hacer cochinas sobre él. Ay, si ese sofá hablara...

## CAPÍTULO 16. CLARA

Dos semanas después, en el Silver, comentaba con Patricia las obras y los cambios que tendrían lugar en muy poco tiempo.

Muchas de las chicas habían decidido marcharse, dejar de trabajar con nosotros uniéndose al equipo del nuevo club. Los salarios serían menores, así que algunas preferían buscarse otro empleo. Aunque otras, Patricia entre ellas, iban a quedarse y formarían parte del grupo de camareras. Ninguna iba a bailar más, las gogós se contratarían por medio de una agencia con la que ya había contactado para empezar con mis nuevas responsabilidades de encargada. Adiós a los bailes para siempre, para todas, para bien. La emoción flotaba en el ambiente, la ilusión por el cambio, por la mejora en nuestras vidas; porque, admitámoslo, bailábamos porque queríamos, porque ganábamos pasta, pero no era el trabajo de nuestros sueños.

Muchas de las chicas carecían de estudios, tenían vidas complicadas a sus espaldas y necesitaban dinero para sacar adelante a sus familias. No eran historias bonitas; excepto un par de chicas que como Cris y yo solo lo hacíamos por el dinero que nos llevábamos al bolsillo, el resto tenían dolor y problemas a sus espaldas. Por eso me alegraba de que la mayoría hubiera decidido continuar con el cambio y seguir formando parte de esa gran familia que era el Silver.

Llegó mi turno de actuar. Me calcé los taconazos de lentejuelas y correteé por el pasillo hasta el escenario. Sam me guiñó un ojo y Pedro me presentó. Salí con la música de David Guetta acompañándome, consiguiendo que mis movimientos fueran más bruscos y marcados que otras veces. Al quitarme la parte de arriba lo vi. Últimamente siempre estaba allí. Observándonos sin mutar la expresión de su rostro, casi intimidándonos con su seriedad y su frialdad. Qué poco nos gustaba ese hombre, aunque no podíamos hacer nada, puesto que no había dado más «problemas». Es decir, no había vuelto a intentar hablar con ninguna de nosotras como había hecho conmigo varias semanas atrás, por lo que Pedro decidió que sería tratado como un cliente más.

A nosotras no nos hacía ni pizca de gracia.

Sus ojos oscuros estaban fijos en mi cuerpo, logrando que me sintiera

sucia. Ejercía ese terrible poder con su mirada. Conseguía que lo que hacía pareciera pervertido e incluso perverso; no había nada de grácil en nuestros bailes, nada sensual, solo sexual. No me gustaba ese tipo. Era de los pocos clientes que habíamos tenido a lo largo de los años que me transmitía malas sensaciones. Para ser sincera, el único. Nunca me había topado con un hombre que mirara de esa manera.

Terminé el baile y, con él, mi turno de ese martes. Solo quedaban tres días más de bailar antes de que las obras comenzaran. Tres días más de mi trabajo como estríper. Javi estaba que saltaba de alegría. Cuando no estudiaba, claro, porque se encontraba metido de lleno en su MIR y se pasaba las horas entre libros y apuntes.

*O entre tus piernas.*

*Tienes razón, ahí también pasa bastante tiempo últimamente.*

Las cosas seguían genial entre nosotros. Unas veces en su piso, otras en mi casa, pero exprimiendo al máximo todas las horas libres de las que ambos disponíamos. Las noches que no trabajaba, las siestas que surgían de improviso, las comidas a base de bocadillos en un banco frente a la biblioteca de su universidad, los desayunos en la cama... No había nada cotidiano porque cada día era nuevo, cada hora con él era mejor que la anterior, diferente y especial. Había risas, conversaciones, besos, miradas intensas, tonterías, cosas serias; había todo y más. Porque tras esas miradas que he comentado se entreveían muchas cosas que ninguno nos atrevíamos a confesar.

Javi me gustaba. Muchísimo. Fuerte y con ganas. Así me gustaba ese chico de ojos verdes y mirada pícara, de pasado mujeriego y chulesco. Lo que sentía me oprimía el corazón y conseguía hacerme cosquillas en el estómago cada vez que estábamos juntos. Sabía el nombre que tenía eso, pero no lo decía.

¿Miedo? No lo sé, puede que sí. Todavía no tenía muy claro qué estaba haciendo con él. No me malinterpretes, sí lo tenía claro, solo que el pasado de Javi proyectaba sombras de desconfianza y sabía que debía superarlo de una maldita vez, que por eso no me atrevía a ponerles nombre a mis sentimientos. Necesitaba confiar en él al cien por cien. No entiendo por qué no era capaz; seguía teniendo miedo a que volviera el Javi de antes, el mujeriego y picaflor.

Me cambié de ropa y recogí mis cosas. Pasé por el despacho de Pedro para comentar un par de cosas con él.

—Necesitaré que vengas mañana al notario.

—De acuerdo. ¿A qué hora?

—Te llamaré temprano para confirmarte.

Comenzó a toser. Mucho. Parecía que se le saldrían los pulmones por la boca. Acto seguido, encendió un cigarrillo.

—Joder, Pedro. ¿En serio?

Me miró raro y se encogió de hombros.

—De algo hay que morir en esta vida.

—Ya veo que estás haciendo méritos para que sea pronto.

—Hasta mañana, Clara.

—Vale, vale, ya lo capto. Me meteré en mis asuntos.

Di media vuelta, pero antes de salir del despacho me llamó. Al girarme, la expresión de su rostro se había dulcificado. Cosa rara en él.

—No pretendía ser grosero.

—Uy, no te preocupes, lo consigues sin pretenderlo.

—Disculpa.

Me quedé muy quieta. Una disculpa de Pedro. Qué fuerte. Qué raro.

—¿Estás bien, Pedro?

—Sí, estoy bien. No te preocupes.

Pero hubo algo que me dejó claro que mentía. No sé, llámalo intuición, o digamos que lo conocía desde hacía tanto tiempo que vi algo raro en su mirada.

—Vale... —acepté no muy conforme—. Entonces me voy a casa. ¿Me llamas mañana?

—Te llamo mañana. Que descanses.

—Gracias, igualmente.

Salí del despacho con el ceño fruncido. Me despedí de Sam y de las chicas con las que me crucé al abandonar el club, entré en mi coche y encendí la calefacción al máximo. Qué frío de finales de diciembre.

La Navidad había terminado y el Fin de Año se acercaba. No eran mis fechas favoritas, aunque había que pasarlas. En Nochebuena cogí el coche y viajé hasta Salamanca para ver a mis padres y pasar juntos esos días. Los echaba de menos. Aunque nuestra relación no fuera demasiado estrecha, me gustaba que respetáramos la tradición de disfrutar de una cena familiar, arrebujarnos junto al fuego de la chimenea y no hacernos preguntas. Nunca habíamos sido dados a contarnos demasiadas cosas. Cuando crecí, decidí que no quería quedarme allí, me marché a Barcelona y la relación se enfrió un poco. Había *emails* con mi madre, llamadas telefónicas de vez en cuando y visitas por Navidad, eso era todo. Lo que no quiere decir que fuera malo. Nuestra relación era así. Mis padres eran así. Funcionarios y algo herméticos,

sin demasiados amigos ni ganas de moverse de casa. Los respetaba y ellos a mí. Aunque, como he dicho en otras ocasiones, si conocieran mi situación laboral, sufrirían un ataque.

Volví a casa un par de días atrás para retomar el trabajo. El club cerraba como tal para siempre tras dos noches más. La última de trabajo: Nochevieja. Pedro no pensaba desaprovechar el tirón de esa jornada. Y como a mí las fiestas ni fu ni fa, acepté trabajar la víspera de Año Nuevo. A Javi no le hizo ninguna gracia, pues esperaba que tomáramos juntos las uvas, pero no se había quejado demasiado porque sabía que sería mi última noche como estríper. De verdad que le cambiaba la cara en cuanto lo decía o lo recordaba. Estaba más feliz que yo, que Pedro o que cualquier otro trabajador del Silver.

Arranqué y, al abandonar el aparcamiento, lo vi. Estaba de pie junto a una de las farolas del cruce, justo al lado de la señal de ceda el paso que debía hacer para salir de allí. Me miraba. Traté de ignorarlo, pasar a su lado como si nada, aunque no pude evitar observarlo de soslayo. Al descubrir su sonrisa casi macabra, un escalofrío me recorrió la espalda.

Al día siguiente, al salir del notario con Pedro, tras firmar los documentos definitivos del nuevo club, le comenté lo que había pasado con el cliente raro.

—No me gusta, Pedro, no me gusta nada.

—Sabes que no puedo prohibirle la entrada.

—¿Por qué? Tengo un mal presentimiento.

—Clara, por favor. Te ha tocado lidiar con todo tipo de tíos. ¿En serio me dices que dos días antes de que el club cierre para siempre como local de stripteis quieres que eche a un cliente habitual porque tienes un mal presentimiento? Joder...

—¡Está bien! Sigue mirando tu puto dinero y olvida la seguridad de las chicas.

Se detuvo en seco y me giré para mirarlo. Sus ojos estaban cubiertos por unas gafas de sol, llevaba una carpeta con documentos bajo el brazo y su perpetuo cigarrillo entre los dedos.

—Vuestra seguridad es lo más importante para mí. ¿Quién te crees que soy, una especie de chulo que no se preocupa por nada? No me faltes al respeto, Clara.

—Entonces no nos trates como tu mercancía.

Respiró hondo antes de dar una calada a su cigarro y tirarlo al suelo. Avanzó un paso hasta mí. Su seriedad no me asustaba, estaba más preocupada

por el desconocido que parecía disfrutar de impunidad en el club. No iba a dejar que Pedro me amedrentara con sus gritos. Jamás lo había conseguido y esta vez no iba a ser diferente.

—Comprendo que estés preocupada, Clara, pero no me gusta nada lo que has insinuado. No sois mercancía, no sois objetos. ¿De verdad piensas que os considero como tal? Porque estoy haciendo esto por vosotras, por dejaros un trabajo mejor, por evitar que continuéis metidas en un empleo de mierda que os acarree problemas dentro y fuera de él. ¿Acaso has pensado en eso o crees que lo único que busco es ganar dinero y que no me preocupo por vosotras? Sam está muy atento, he contratado a otros dos chicos para estas concurridas fechas, ¿qué más quieres? Quedan dos noches de Silver, dos putas noches. No te pido nada más, Clara. Dos noches y ese tío desaparecerá de tu vida para siempre.

Lo miré un rato, respirando algo acelerada. Solía discutir con Pedro bastante a menudo, pero nunca de esa manera. Había sido tranquilo, no había perdido los papeles, sus venas no se habían hinchado, no se había puesto rojo; ni siquiera había braceado una sola vez. Y le había dicho que nos trataba como mercancía, insinuando que se comportaba como un proxeneta. Esperaba una bronca épica, jamás lo había escuchado tan sereno y firme.

—Pedro, ¿estás bien?

—¿Por qué coño dices eso ahora?

—No has gritado como un loco, es raro en una de nuestras peleas.

Sonrió de repente y alargó la mano para acariciarme el hombro.

—No tengo ganas de discutir contigo por esto, Clara. Por esto ni por nada, para ser sincero. Llegan cambios, cambios buenos. Creo que es motivo más que suficiente para dejarse de gritos y malos genios.

Parpadeé muy confusa. Él me dio un pequeño apretón en el brazo antes de enganchar el suyo con el mío y arrastrarme hacia delante.

—Vamos, alarmista, te invito a un café.

Lo observé de reojo mientras caminábamos entre la gente, entre el ajetreo del día previo a la Nochevieja. Descubrí que todavía sonreía y no sé si me asusté más por eso o porque no entendía qué le pasaba a esa persona que conocía desde hacía tanto tiempo y que se estaba comportando de aquella manera tan extraña. Pedro no sonreía nunca, y esa mañana lo hizo varias veces. Al despedirnos, me abrazó. Eso me aterrorizó.

\*\*\*

—Clara, han pedido un baile privado contigo.

—Estás de coña, ¿verdad?

Miré a Pedro con gesto cansado e incrédulo. No podía ir en serio. Eran las cuatro de la madrugada, quería irme a mi casa, a mi cama, descansar y olvidarme de mi penúltima noche como estríper.

—No te va a gustar nada, pero es un dineral.

—No me jodas, Pedro.

—Mil pavos.

—¿Qué?

Abrí los ojos como platos.

—Mil pavos para ti, íntegros. Los quieres, ¿no?

—Claro que sí, pero dices que no me va a gustar. Explícate.

—Es él.

Empecé a negar con la cabeza.

—Olvídate de mí, entonces. Dile que no estoy, que me he ido ya a casa. No pienso bailar en privado para ese tío ni harta de vino.

—Clara, por favor, recapacita. Es mucho dinero.

—Que no, Pedro, que no me da la gana. No puedes obligarme a bailar para un cliente que me da mal rollo.

—Podría hacerlo.

—Pero no lo harás.

—Joder, Clara, eres una puta cabezota. Sam estará ahí, pegado a la puerta para entrar corriendo si hiciera falta. Piénsalo, son mil euros.

—¿Sabes que estás haciéndome sentir como una prostituta?

—No digas eso. Sabes de qué va este empleo. Lo sabes mejor que nadie.

—No me obligues a decir que sí, no hagas que me sienta obligada porque me asquea cómo me estoy sintiendo en este momento.

—¿Tanto miedo te da?

Tomé una honda bocanada de aire y me cuadré de hombros.

—No es miedo, es que no me gustan sus ojos. Hay algo malo ahí dentro.

Pedro chasqueó la lengua y cerró los ojos. Al volver a abrirlos me miró con comprensión.

—Está bien, le diré que te has ido antes de lo que pensaba y que no podrá ser. No obstante, sabes que volverá mañana y puede que quiera lo que no ha tenido hoy. Ponte en marcha, Clara, prepárate mental y emocionalmente, haz lo que quieras, pero tendrás que bailar para él. Sé que no te gusta, pero es tu

trabajo, al menos, hasta mañana.

—Menuda mierda, Pedro. —Cogí mi chaqueta del perchero—. Acabas de amargarme el penúltimo y el último día de curro. Menuda pedazo de mierda.

—No te pongas así, anda. Ve a casa y descansa. Piensa que ya termina, que no queda nada para que nunca más tengas que oír la frase: «Alguien ha pedido un baile contigo».

—Mira, eso sí me anima... O no, porque mañana tengo que hacerlo para ese asqueroso.

—No tienes nada de qué preocuparte. Estaremos aquí.

Respiré hondo y asentí con la cabeza.

—Está bien, Pedro. —Agarré mi bolso y lo miré de nuevo—. ¿Puedo irme ya? Me muero de ganas por meterme en la cama.

—Sí, Clara, ve a casa y duerme bien.

—De acuerdo. Hasta mañana, Pedro.

Salí del camerino y encaré el pasillo.

—¡Clara!

Me giré hacia su voz. Pedro me observaba desde el quicio de la puerta. Las comisuras de su boca se elevaron en una sonrisa que me transmitió, por primera vez en la historia, calma y tranquilidad.

—Todo irá bien.

Desapareció en el interior del camerino y yo me quedé varios segundos paralizada en el pasillo. ¿Qué estaba pasando con ese hombre?

Lo comenté con Sam antes de marcharme.

—Yo lo veo como siempre —dijo, encogiéndose de hombros—. Conmigo no ha sido amable nunca, tampoco esta semana. Ninguna novedad en Pedro, él es así.

—Algo le pasa, hazme caso. Esto no es normal.

—Anda, vete a casa y descansa, que ya ves cosas donde no las hay.

Su risa me acompañó en el camino hasta mi coche. Me despedí agitando la mano y él volvió dentro del club cuando vio que me metía en mi asiento. Arranqué y maniobré para salir sin dejar de pensar que Pedro sí estaba raro. Estaba amable, no se enfadaba, parecía incluso simpático. Al menos conmigo. Y eso no era nada normal, dijera lo que dijera Sam.

Al llegar al cruce, el corazón me dio un vuelco. Ahí estaba. Otra vez. No lo miré esta vez, lo ignoré y seguí conduciendo como si nada. Pero sus ojos parecían grabados en mi cabeza, porque me dio la sensación de que los había visto a la perfección y estaban más oscuros que nunca. Fijos en mí, en mi

cuerpo, en mi desnudez. No me gustaba ese tipo. Y quería que bailara en privado para él.

Menuda mierda.

Llegué a casa agotada. No había parado de darle vueltas al asunto del baile y se me había levantado dolor de cabeza. Solo tenía ganas de ponerme el pijama, meterme en la cama y desconectar del mundo. Cuando vi el coche de Javi aparcado en la calle, una sonrisa se me dibujó en el rostro.

Subí a mi habitación en silencio, él sabía que había llegado porque estaba esperándome sentado sobre el colchón. Tenía cara de sueño, el pelo revuelto y los brazos abiertos para mí.

—Te esperaba, pequeña.

Sonreí y me lancé sobre su cuerpo. Rio mientras me arrastraba con él hasta meterme dentro de las sábanas.

—Qué bien que estés aquí —murmuré pegada a su cuello.

—¿Un día duro?

Asentí con la cabeza, abrazándolo más fuerte.

—Tengo muchísimas ganas de que esto termine —admití aspirando su aroma—. No pensaba que me pesaría tanto conforme se acercara la fecha.

—Si a ti te pesa, no puedes imaginar lo que me pesa a mí.

—Tú no tienes que hacer un baile privado para un asqueroso.

Javi se tensó como un palo y entonces me di cuenta de que acababa de hablar cuando debería haberme quedado callada. Se me había escapado lo peor que podría haberle dicho nunca.

*Me cago en la leche.*

—¿Sigues haciendo bailes privados?

Se apartó de mí conforme hacía esa pregunta. Respiré hondo.

—Hace mucho que no, aunque eso no quiere decir que no tenga que hacerlos cuando los piden.

—Joder, Clara.

Se levantó de la cama y se llevó las manos al pelo.

—¿Pensabas que ya no los hacía?

—¡Claro! Tienes novio, joder.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—¡Todo!

Tomé aire y cerré los ojos.

—Relájate, Javi, que vas a despertar a toda la casa.

—Me importa una mierda. Me parece más importante acabar de enterarme

de que mi novia se sigue desnudando para desconocidos de manera privada y no solo en un escenario. Es un descubrimiento cojonudo.

—¿Pero qué coño pensabas, que por tener pareja le puedo decir a mi jefe que deje de contar conmigo para lo que más dinero da al club?

Javi me miró fijamente. Estaba muy enfadado, jamás lo había visto así. Ya no había rastro de sueño en su expresión, no podía estar más alterado.

—Mira, Clara, me importa un pito el dinero que gana el club o el que ganes tú de esa manera. Me parece más importante que no me hayas dicho que sigues haciendo bailes privados, mucho más importante.

—No los hago, ¿vale? Hace tiempo que no había tenido que bailar para nadie. ¿Contento?

—No, porque mañana vas a tener que hacerlo —gritó encarándome.

—¿Tienes idea de cómo me hace sentir eso a mí? Eh, ¿lo has pensado alguna vez? Porque la que se desnuda soy yo, la que se quita la ropa frente a desconocidos soy yo, la que no sabe si se van a pasar de la raya soy yo y la que tiene miedo de ese asqueroso soy yo. ¿Has pensado en eso antes de anteponer tu mierda de orgullo a todo lo demás?

Estaba llorando de rabia. Incluso puede que de impotencia, porque lo que debía hacer al día siguiente me la provocaba.

—¿Por qué te da miedo?

—¿Eh?

—El hombre para el que tienes que bailar mañana, ¿por qué te da miedo?

Respiré hondo antes de limpiarme las lágrimas.

—Porque lleva visitando el club varias semanas. Intentó hablar conmigo en el aparcamiento y me dio un susto tremendo. Sigue viniendo todas las noches y nos mira de una forma que nos hace sentir sucias. No me gusta... Me da... miedo.

La respiración de Javier se escuchaba en el silencio de la habitación, acelerada, nerviosa. Agaché la mirada y traté de calmarme un poco.

—¿Por qué no me habías hablado de él?

—¿Para qué, para asustarte o para que te pusieras paranoico?

—¡Porque soy tu novio!

—Deja de gritar de una vez.

—Gritaré lo que me dé la gana, Clara. Estás diciéndome muchas cosas que no sabía y no me gusta, ¡no me gusta nada!

Comenzó a andar por la habitación, despeinándose, murmurando cosas. Yo me senté sobre la cama y comencé a desnudarme. No pensaba discutir más,

quería dormir de una maldita vez y terminar con ese día, que acabara pronto para que el siguiente siguiera sus pasos y con ellos llegara el fin de mi trabajo como estríper.

—No bailarás para él. Mañana no trabajarás. Se ha terminado.

Me puse el pantalón del pijama y levanté la vista hacia Javi.

—Acuéstate y olvídate del tema ya.

—No, Clara. Estoy harto de esta situación. No vas a volver a bailar en ese club.

—Mañana es mi último día, después no volveré a hacerlo, puedes estar tranquilo.

—Ni de coña. Mañana no bailarás.

—Javi, por favor, déjalo ya. Quiero meterme en la cama y descansar. No tengo ganas de discutir más este asunto.

—Yo tampoco, Clara, por eso te estoy diciendo que mañana no trabajarás. Y es la última vez que te lo digo, pongo fin para siempre a esta conversación. No vas a volver a trabajar en el Silver nunca.

—¿Eso lo decides tú?

Estaba empezando a tocarme las narices.

—Acabo de hacerlo.

—Ya, claro, es lo que tú te crees. Mañana es mi último día y bailaré como lo he hecho hasta ahora. Hazte a la idea de una jodida vez.

—No, Clara, no voy a hacerme a la idea.

—Pues es lo que hay.

Me metí en la cama y él se quedó de pie, observándome.

—Entonces me voy —soltó antes de empezar a recoger su ropa.

—¿A dónde?

—A mi puta casa, donde no tenga que compartir cama con alguien que prefiere vender su cuerpo por dinero un día más antes que dejarlo y hacer feliz a la persona que tiene al lado.

—Javi, no me vengas con esas ahora.

Comenzó a vestirse y yo salí de la cama.

—Sabías lo que había desde el principio —grité acercándome a él—. No puedes soltarme esto y marcharte porque es injusto.

—¿Yo soy injusto? ¡Ja!

—Ya lo sabías cuando todo comenzó, me dedico a esto. Jamás te he vendido algo que no era.

—Te has estado vendiendo a ti misma durante todo este tiempo.

—¡Vete a la mierda! Haces que parezca una puta.

—Puede que sea así como te ves a ti misma, porque yo jamás he hecho tal afirmación y tú sí. Y no solo una vez. Igual ahora estás viendo que trabajas en algo que te hace parecer un poco puta, sobre todo cuando prefieres continuar haciéndolo un día más, ¡un solo día más! —gritó muy alto, con la vena de su frente hinchada—, antes que dejarlo de una maldita vez, hacerme feliz y terminar con las jodidas discusiones y el malestar entre nosotros.

Sus palabras me dolieron muchísimo. Mi corazón latía alterado, me temblaban las manos y un par de lágrimas rodaron por mis mejillas.

—Márchate —susurré con pesar.

—Es lo que pensaba hacer —gritó mientras cogía el abrigo de encima de la silla.

Salió de la habitación dando un portazo y yo me quedé paralizada en el sitio, todavía temblando y llorando. Oí voces, escuché que abrían la puerta de nuevo. Sabía perfectamente que no era él.

—Clara... ¿estás bien?

Sentí la caricia de Cris en mi brazo y me giré hacia ella, que me miró con comprensión antes de abrazarme con fuerza.

## CAPÍTULO 17. JAVIER

Salí de aquella habitación con un cabreo de mil pares de cojones. Bajé las escaleras a toda velocidad e ignoré las puertas abriéndose y los pasos que me seguían. Debía abandonar esa casa cuanto antes. Solo tenía ganas de romper algo, golpear cosas, sacar la rabia que sentía de alguna jodida manera.

—¡Javi, espera!

Pasé de la voz de Alberto y abrí la puerta de la entrada, salí a la calle y fui hasta mi coche, oyendo los pasos que me seguían, aunque sin intención de hacerles caso. Cuando alcancé mi vehículo, me detuve para apoyarme en él, tratando de calmar mi respiración y esas ganas tan tremendas de darle un puñetazo al capó. No podía pagarla con mi BMW, pero, ay, joder, lo que me apetecía.

—Oye, relájate, tío.

Me volví para encontrarme con Jorge. Alberto estaba a su lado. Los dos en pijama. Bueno, Jorge iba en calzoncillos y llevaba una camiseta de manga corta. Alberto llevaba... no tengo ni idea de qué narices era aquello. Un pantalón gris y una especie de camisola naranja que le llegaba por las rodillas. No tenía la cabeza para pararme a analizarlo en esos momentos.

—Dejadme, por favor.

—No puedes conducir así. Estás demasiado alterado.

—Ah, ¿no? Mira cómo lo hago.

Abrí el coche y me senté en el asiento del conductor. Agarré el volante con fuerza y respiré hondo antes de meter la llave en el contacto. Jorge sostenía la puerta.

—Cierra.

—No.

Lo miré con cara de pocos amigos.

—Que cierres.

—No puedes conducir es este estado. —Alberto se plantó a su lado y agarró la puerta también—. Baja y habla con nosotros. Cuéntanos qué ha pasado.

—Lo habéis oído todo, sabéis muy bien qué ha pasado.

—Vale, tienes razón. Pero desahogarte te vendrá bien.

Miré a Alberto muy fijamente. Mi respiración continuaba alterada, tanto o más que lo que sentía por dentro. Rabia, enfado, pesar, decepción, incredulidad. ¿En serio iba a trabajar un único día más accediendo a bailar para ese degenerado en lugar de dejarlo de una maldita vez por mí?

—Lo que mejor me vendría sería un lingotazo de ron.

Jorge dio la vuelta al coche y se sentó en el asiento del copiloto.

—Venga, vamos.

Lo miré de arriba abajo.

—Vas en calzoncillos, gilipollas.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»? ¿Dónde pretendes tomarte un lingotazo con esas pintas? Jorge, no me toques los cojones, que no estoy para gilipollecés de las tuyas.

—Vamos a nuestra casa —dijo a la vez que le hacía un gesto a Alberto—. Sube. Hoy la noche es de Javi, nos necesita.

El del pijama rarito miró hacia la casa un instante. Varias luces del piso de arriba estaban encendidas. Aparté la mirada. No quería pensar en cómo estaría Clara. Que le dieran a esa egoísta.

—Hace frío —dijo Alberto mirándonos otra vez.

—Venga, colega, no vamos a ir por la calle —lo animó Jorge—. Nadie verá tu pijama. O lo que sea eso.

Alberto sonrió antes de decidirse y montarse en el coche.

—Es lo último en pijamas masculinos —explicó mientras yo arrancaba—. La línea de ropa a la que represento los está poniendo muy de moda.

—Pues a mí ya pueden esperarme sentados.

—Te quedaría muy bien, Jorge.

—Seguro. Aunque prefiero no tentar a la suerte y verme obligado a quitarte el puesto.

Alberto empezó a reír a carcajadas y Jorge me lanzó una mirada seria.

—¿Estás bien, colega?

Respiré hondo sin apartar la vista de la carretera. La verdad es que oír sus tonterías había conseguido que el rumbo asesino de mis pensamientos cambiara.

—Algo mejor.

—Me alegro.

—Aunque sigo teniendo ganas de partirle la cara a alguien.

—Eh, con violencia no se va a ningún sitio —exclamó Alberto, asomando la cabeza entre los dos asientos.

—Lo sé, y no es que fuera a hacerlo. Pero estoy tan cabreado...

—Es una cabezota impresionante. Siempre lo ha sido.

—No entiendo por qué no puede dejarlo de una jodida vez. Por un día —grité—, ¡por un puñetero día!

—¡Ey! Vale de tratar este tema en el coche —terció Jorge colocando una mano en mi hombro—. No queremos tener un accidente, ¿verdad? Entonces hablemos de otra cosa... No sé, sigamos con el pijama de Alberto.

Se dio la vuelta hacia nuestro amigo y observó la tela color naranja.

—¿En serio eso se lleva?

—Más de lo que imaginas. Es muy favorecedor.

—Hombre, favorecedor no sé... Yo a ti te veo ligeramente paticorto con él puesto.

—¿Qué dices?

—Coño, la camiseta esa es demasiado larga. Te hace las piernas cortitas.

—Tengo las piernas largas.

—Pues el pijama dice todo lo contrario.

—No tienes visión de *influencer*.

—Lo que tú digas. Pero sí veo que pareces paticorto.

—Cállate.

—Joder, ¿y entonces de qué hablamos? A ver, listo, saca un tema de conversación ahora mismo.

Se hizo el silencio en el coche. Ni siquiera había puesto la radio en marcha. Permanecí atento a sus tonterías, la verdad es que estaban consiguiendo lo que se proponían. Me encontraba más calmado, aunque la discusión con Clara siguiera muy presente en mis pensamientos.

—Hace frío —murmuró Alberto.

—¡No me digas! —exclamó Jorge—. Voy medio en pelotas, lo noto.

—Luego te observo detenidamente para averiguar si lo notas en realidad.

Me mordí el labio inferior al escuchar a Alberto. Jorge se volvió hacia él y negó con la cabeza.

—Ah, no, tú no me miras de esa manera que estás pensando. Ni de coña.

—Ya verás, si me echo un poquito hacia delante, así. —Lo hizo, se asomó más entre los asientos—. Te lo noto echando virutas. A ver... uy, sí, tenías razón, tienes mucho frío.

Jorge se llevó una mano a la entrepierna y le dio un empujón a Alberto,

que se dejó caer en el asiento entre risas. Yo sonreí.

—Bueno, al menos tú pareces menos cabreado que antes. Si para eso tengo que dejar que Alberto me observe el paquete... —soltó Jorge mientras palmeaba mi hombro—. Por los amigos, lo que haga falta.

Llegamos a casa poco después. Siguieron hablando de tonterías y yo continué recordando mi discusión con Clara, aunque más tranquilo. Lo habían conseguido esos capullos.

—Venga, ¿quién quiere un cubatilla?

Jorge fue a la cocina y yo me dejé caer en el sofá.

—Coge ropa de mi cuarto si quieres, Alberto.

—Gracias.

Oí como Jorge preparaba las bebidas, el sonido de los hielos chocando contra el cristal, las puertas de mi armario abriéndose, las pisadas de Alberto... pero solo podía pensar en Clara. Jodida cabezota de las narices. Qué egoísta, qué poca empatía me había demostrado. ¿Qué importancia tenía un único día de trabajo? Y más teniendo en cuenta lo de ese baile privado al tipo raro que nunca había mencionado. Que le daba miedo, mal rollo, que intentó hablar con ella una vez y jamás me lo dijo. Me había ocultado cosas, y odiaba eso porque yo pensaba que teníamos confianza el uno en el otro, que podíamos contarnos todo sin ningún tipo de problema. Pero ella acababa de demostrarme que no.

—Toma. Cargadito, como a ti te gusta.

Jorge me plantó delante un jarrón con hielos y ron con Coca-Cola. Y cuando digo jarrón me refiero al recipiente en el que dejar las flores. Sí, tal cual.

—¿Qué coño es esto? —pregunté levantando la vista hacia él.

—Ahorro de tiempo. Te vas a beber lo que lleva dentro, así que mejor te lo preparo todo ahora y nos evitamos los viajes a la cocina.

Se sentó en el sillón y dejó sobre la mesa dos copas más, de tamaño normal, para él y Alberto, que en esos momentos volvía al salón con una de mis chaquetas de chándal sobre el famoso pijama.

—¿Tú no vas a ponerte nada encima? —le preguntó a Jorge.

El aludido se miró las piernas desnudas, miró a Alberto y, al sonreírle este último, se puso de pie de un brinco y fue hacia su habitación. Reí antes de coger mi jarrón de ron y darle un buen trago.

—Clara es una persona sencilla aunque orgullosa.

—Estoy dándome cuenta, Alberto.

—Sé que es una gilipollez que quiera trabajar un último día, pero la comprendo.

Lo miré interrogante.

—Lleva mucho tiempo trabajando allí, es la mano derecha de Pedro. Ese club tiene a Clara impregnando sus paredes, forma parte de su historia; y lo mismo sucede al contrario. Es su casa, su vida durante los últimos años, su familia. Comprendo que no quiera dejarlo justo al final, que prefiera aguantar hasta el último minuto ejerciendo su trabajo, bailando como ha hecho hasta ahora. Aunque, si puedo ser sincero con total libertad, diré que yo no lo haría. No por la persona a la que quiero.

—Ni siquiera sé si siente eso por mí. Acaba de darme mil cosas en las que pensar sobre lo nuestro. Me ha demostrado que aquí no hay tanto como yo creía.

—Te quiere, Javi.

—Si eso fuera cierto, mañana no trabajaría.

Alberto respiró hondo y yo volví a mi jarrón.

Lo creía de verdad. Si Clara me quisiera, si sintiera lo mismo que yo, jamás se habría planteado trabajar un día más. No era tan difícil, un puto día no hacía ninguna diferencia en el club, se las apañarían sin ella. Sin embargo, en el lado contrario, en nuestra relación, sí lo significaría todo. El fin de su trabajo, el fin del asunto que me ponía de mal genio, el comienzo de una era mejor en la que ella no tendría que desnudarse para nadie, solo para mí.

—Voy a decir algo que te va a cabrear.

Jorge se sentó en el sillón, con pantalones largos esta vez. Lo miré esperando sus palabras y el cabreo, porque si decía que iba a conseguirlo no me cabía ninguna duda de que lo lograría.

—Dices que si te quisiera no trabajaría un día más. ¿Por qué no lo ves al revés? Si tú la quieres como dices, ¿por qué no dejas que lo haga?

Miré al techo y bufé.

—Jorge... no me toques los cojones.

—¿Por qué? ¿Acaso no tengo razón? Tan solo hay que verlo desde el otro lado.

—Me estás diciendo que si yo quisiera a mi novia permitiría que trabajara como estríper un día más, uno solo, que es lo que falta para que el puto club en el que baila cierre. Pero es que lo mejor es que en ese último día tendría que hacer un baile privado para un depravado que pulula por el club desde hace tiempo, agobiando a las chicas y que incluso quiso hablar con Clara en el

aparcamiento dándole un susto tremendo. ¿Eso me dices que debo permitir?

La pregunta la grité. Muy alto. El silencio que vino después fue incómodo. Agarré mi jarrón y le di un buen trago antes de ponerme de pie.

—Vale, tienes razón —susurró Jorge—. Visto así suena bastante mal.

—¡Suena de coña! —Braceé mientras caminaba por el salón—. No me jodas, Jorge, no me jodas.

—Disculpa, solo pretendía que viéramos la situación desde los dos lados.

—Pues lo has hecho de lujo.

Cogí mi jarrón y me bebí lo que quedaba. Coño, se me había hecho corto.

—¿Te preparo otro?

Miré a Jorge, miré a Alberto, asentí con la cabeza y fui hacia la ventana.

—¿Le has dicho que la quieres?

Me giré hacia Alberto y negué.

—Deberías. Puede que eso cambiara las cosas.

—Si necesito decirle eso para que decida no bailar..., lo siento, no me vale.

—¿Por qué?

—Significaría que lo hace por lo que yo siento, porque eso la condiciona, no porque desee hacerlo. No porque quiera hacerlo porque siente lo mismo por mí, porque me... me quiere.

Escuché el suspiro de Alberto.

—Parece un jodido acertijo.

—Putas relaciones —exclamé—. Con lo bien que estaba antes, de tía en tía, sin preocupaciones, sin problemas... ¿Quién me mandaba a mí meterme en esto?

—Cupido.

—Jorge, cállate.

Mi amigo se plantó a mi lado y me tendió el jarrón hasta arriba de nuevo.

—¿Por qué? Es verdad, con el amor no se puede decidir qué hacer ni cómo actuar. Los hilos del destino, las flechas de Cupido, llámalo como quieras, eso es lo que manda. En el amor no hay cordura, no hay sentido, todo es un carrusel de emociones, una montaña rusa que nos hace subir y bajar.

Cerré los ojos mientras masajeaba el puente de mi nariz. Comenzaba a sentir los efectos del primer jarrón de ron. Di un trago al segundo.

—Jorge tiene razón —dijo Alberto tras dejar su copa sobre la mesa—. El amor es un parque de atracciones, también tiene su zona de terror, la noria en la que sentir vértigo, los puestos de caramelos azucarados...

—Y las atracciones en las que terminar mojado —corté la retahíla de estupideces de esos dos—. Dejad el temita del parque de atracciones ya, por favor, que se os está yendo la pinza.

—La cosa es que tú no puedes decidir qué sentir.

Jorge pasó un brazo por mis hombros y respiré hondo.

No me sentía cómodo hablando de eso, de sentimientos, de amor. Nunca antes lo había hecho, sencillamente porque jamás lo había sentido. Y en esos momentos me daba un miedo acojonante. Sobre todo porque no sabía en qué iba a terminar lo que Clara y yo teníamos tras nuestra discusión.

—¿Creéis que mañana trabajaré? —pregunté con un hilo de voz.

Alberto asintió y Jorge lo imitó. Yo chasqueé la lengua.

—Yo también lo creo. Jodida cabezota.

—Si lo hace... ¿cambiará algo de lo que sientes por ella?

Me quedé mirando a Alberto fijamente. Comenzaba a volverse menos definido, los bordes de su cuerpo bailoteaban un poco. El efecto jarrón.

—No cambiará nada —admití sin necesidad de pensarlo.

\*\*\*

No tengo ni idea de qué hora era cuando me quedé dormido. Sé que era de día porque el sol brillaba muy alto en mi último recuerdo de la noche anterior. Bueno, de la mañana... o el mediodía, ¡lo que fuera! Desperté en el sofá, con una resaca tremenda y una sensación agridulce tras las conversaciones que mantuvimos los tres. Hablar de sentimientos, admitir que Clara ejercía sobre mí un poder que nadie había tenido nunca y darme cuenta de ello me había dejado tocado.

Estaba enamorado de Clara. La quería. La amaba o como quieras decirlo. Y jamás había sentido algo así. Reparar en que eso me dejaba desnudo ante ella, ante alguien por primera vez en mi vida, me daba miedo, vértigo y todas esas tonterías del parque de atracciones que esos dos habían estado diciendo horas atrás. Me sentía frágil, incluso débil, porque ella podría hacer conmigo lo que quisiera y yo, tonto enamorado, se lo perdonaría.

Me enfadaba, eso es cierto, me cabreaba sobremanera que fuera a bailar en el club ese día, pero se lo perdonaría. Puede que tardara un poco en dar mi brazo a torcer, que me hiciera el remolón y ella tuviera que arrastrarse un poquito, aunque no pensaba dejar que lo nuestro se echara a perder por eso. Sobre todo porque era su último día como estríper, el último. Sonreí antes de

tomarme un ibuprofeno. Era su último día. Por fin.

Miré el reloj. Las cinco de la tarde. Genial, buena hora para despertarse el día de Nochevieja. No había nadie en casa, probablemente porque Jorge iba a cenar con Cris, Raúl, Eva, Alberto y Enric en casa de las chicas y habían quedado allí para prepararlo todo. Yo también debería estar ahí, no sé por qué no me habían despertado. De repente recordé que sí lo habían intentado. Varias veces. Una imagen de Jorge mandándome a la mierda mientras me enseñaba el dedo corazón se materializó en mi cabeza.

Decidí ponerme en marcha, meterme en la ducha y recoger un poco antes de ir para allá. Pero primero cogí mi móvil para llamar a Clara. Entonces reparé en que tenía un *whatsapp* suyo.

*«No quiero que pienses que soy una jodida egoísta por esto, pero siento que he de hacerlo, que se lo debo a Pedro y al club. Es solo un día más, todo terminará mañana. Aunque quiero que sepas que he decidido que no haré ese baile privado. A partir de ahora la única persona para la que pienso bailar en un cuarto oscuro eres tú».*

Marqué su número con una sonrisa. Maldita mujer. Incluso diciéndome que no pensaba dar su brazo a torcer y que iba a ser fiel a sus principios y bailar, incluso así me tenía con cara de lelo. Claro que el hecho de que hubiera decidido no hacer ese baile privado sí era motivo para sonreír.

No contestó. Estaría ocupada. Dejé el teléfono en mi mesilla y me metí en la ducha. Cuando salí lo fui a buscar, esperando ver una llamada perdida. No había nada, así que volví a llamarla. Eran casi las seis de la tarde, empezaba su turno enseguida. Sí, en Nochevieja habían decidido abrir un poquito antes, para aprovechar el tirón de la última noche del año.

Respiré hondo al darme cuenta de que no podría hablar con ella hasta más tarde. Hasta el año siguiente para ser más exactos. Abrí el WhatsApp y le escribí un mensaje.

*«Eres cabezota y testaruda, eres imposible muchas veces. Consigues llevarme al límite con todo este asunto, pero incluso así sabes cómo sacarme una sonrisa.*

*Quiero verte, necesito verte, y voy a tener que esperar hasta el próximo año para hacerlo... Porque hay algo que quiero decirte, algo importante que hace tiempo debí confesar. Llámame en cuanto termines, iré a buscarte. Feliz Año Nuevo, Clara».*

Terminé con varios corazones de colores, como un arcoíris. Fruncí el ceño al verlo enviado.

—Joder, Miranda... enviando corazoncitos de colores... Enamorado y huevón.

Salí del apartamento y casi corrí hasta mi coche. Hacía un frío alucinante, pero eso no había detenido a los barceloneses que transitaban las calles de la ciudad. Muchos ya ataviados con sus mejores galas, trajes, corbatas y pajaritas, colores plateados, vestidos y peinados elaborados. También se veían coronas y gafas divertidas, incluso algunos grupos de personas que ya habían empezado la fiesta y reían a carcajadas. Conduje observando todo, empapándome de esa sensación que nos recorre el último día del año. Ese momento en que piensas si has llevado a cabo todo lo que te propusiste cuando empezó. Propósitos, buenas acciones, buenas intenciones, que la mayoría de las veces quedaban en nada.

En mi caso, la realidad es que yo jamás me proponía nada. Es decir, no con motivo del año nuevo. En su momento me propuse ser médico, pediatra para ser más exactos. Ese año lo conseguí y aprobé todo; ahora llegaba el momento de la verdad y de conseguir ejercer como tal, y en las mejores condiciones. También me propuse ser el que mantuviera la estirpe de cabrones que éramos mi hermano, Jorge y yo... Fallé y me convertí en uno de los suyos, un colgado del amor más. Y la verdad es que me sentía como nunca. No creí que sería de los que se enamoran, me gustaba la vida que llevaba antes, ligando y coqueteando sin importarme nada ni nadie. Hasta que ella llegó y lo trastocó todo. En esos meses, había descubierto que podía tener una amiga, una confidente, una chica que se convertiría, poco a poco, en todo.

Cuando llegué a la urbanización de las chicas reparé en algo. Nunca creí ser de los que se enamoraban, porque no había encontrado a la persona adecuada. Clara era mi persona adecuada.

Aparqué frente a la casa y salí del coche mentalizándome para lo que iba a tener que aguantar: preguntas, reproches y puede que algún que otro

comentario insoportable por parte de, con toda probabilidad, Raúl o Jorge. Saqué mi llave y abrí la puerta. Se oía jaleo en la cocina, voces, casi gritos. Perfecto, había llegado en el momento ideal en el que todos discutían porque algo fallaba en la organización de la cena. Me dieron ganas de darme la vuelta y desaparecer por donde había llegado. Asomé la cabeza con prudencia.

—¿Se puede?

El silencio cayó en esa cocina como el telón anunciando el fin del primer acto en una obra de teatro. Todos los ojos se volvieron a mirarme y Cris casi corrió hasta plantarse frente a mí.

—¿Por qué coño no coges el teléfono? ¿Está contigo?

—¿Quién? —pregunté confundido.

—Espinete. ¡Pues Clara! ¿Quién va a ser?

Fruncí el ceño y la miré antes de echar un vistazo rápido al resto de personas ahí reunidas.

—Clara está trabajando.

—No.

—¿Cómo que no?

—No está en el club. No ha aparecido por ahí.

Fruncí más el ceño antes de sacar el móvil del bolsillo y llamarla. Buzón de voz. Ni siquiera dio tono. Vi que tenía varias llamadas perdidas que no había oído mientras conducía.

—Pensábamos que estaría contigo... —murmuró Cris, apartándose hasta apoyarse en la encimera.

—Vengo de mi casa. La he llamado varias veces, pero no respondía. Ahora sale el buzón de voz.

—Pedro nos ha llamado hace diez minutos —explicó Alberto. Llevaba un traje plateado, parecía un jodido extraterrestre—. Clara tenía que haber estado allí antes de las seis y no ha aparecido. También la ha llamado al móvil, igual que nosotros al saberlo. No ha contestado a nadie. No sabemos dónde está.

—Un momento, un momento... ¿Qué estáis diciendo?

La resaca y el dolor de cabeza que aún embotaba mi cerebro me hacía ir más lento de lo normal.

Cris se acercó a Jorge, dejó que la abrazara y comenzó a relatar lo sucedido con gesto preocupado.

—Se ha ido de casa sobre las cinco, como todos los días, una hora antes para llegar con tiempo. Le apetecía pasar un rato con las chicas, con Sam. Se ha llevado mi cámara de fotos porque quería tomar unas cuantas de este último

día. Al llamarme Pedro y preguntar por ella, enseguida hemos tratado de contactar contigo, pensando que estaríais juntos. Hemos pensado que habíais hablado y que al final la habías convencido para no bailar.

—Eso era imposible. No la habría convencido, sabes que lo hubiera hecho de todas formas.

—Lo sé...

—Pero entonces... ¿nadie sabe dónde está Clara?

Todos negaron con la cabeza y a mí me empezó a latir muy deprisa el corazón.

—¿Qué me estáis contando? —exclamé poniéndome muy nervioso.

—Javi, tranquilo, tío.

Mi hermano me pasó un brazo por los hombros y yo me eché hacia atrás. De repente, mil alarmas se encendieron en mi cabeza, un mal presentimiento lo ocupó todo y le pedí a Cris que me diera su teléfono.

—¿Dónde tienes el número de Pedro?

Ella lanzó una mirada a Jorge. Me importaba una mierda que él no supiera dónde había estado trabajando su chica hasta un par de meses antes. Quería el teléfono de Pedro y ella lo tenía.

—¡Cris! —grité haciendo que se sobresaltara. Ella y el resto.

Sacó el teléfono de su bolsillo, buscó en la agenda y me lo dio. Ya estaba llamando. Vi como miraba a Jorge de soslayo, con ojitos brillantes y preocupados. Lo repito: me importaba una mierda, solo quería hablar con Pedro.

Contestó a los tres tonos.

—Cris, dime, ¿sabes algo de Clara?

—No, Pedro, soy Javier. Soy su...

—Su novio, lo sé.

—Dime que el tipo ese está ahí.

—¿Qué tipo?

—Ese para el que Clara tenía que bailar hoy, el que pidió el baile privado ayer, el que le da mal rollo.

—¡Sam!

El grito de Pedro me indicó que acababa de atar cabos y comprender a qué me refería. Habló con el chico de seguridad, bramó, más bien. Por la forma en que respiraba me dejó muy claro que se preocupaba por Clara, que estaba casi tan nervioso como yo en aquellos instantes. Eso me hizo comprender un poquito mejor que ella no quisiera fallarle al club en esos días.

Se preocupaban los unos por los otros; en cierta manera, sí eran una familia.

—No está aquí, Javier.

Su voz pronunciando esa frase me provocó un escalofrío.

## CAPÍTULO 18. CLARA

No sabes cómo afecta el cloroformo hasta que lo pruebas. Y no suele ser por decisión propia.

En mi caso, no lo fue.

Abrí los ojos recordando el olor, la sensación de impotencia que se apropió de mi cuerpo poco a poco, el desvanecimiento, la oscuridad.

Parpadeé tratando de acostúmbreme a la falta de luz, intentando vislumbrar algo en medio de esa nada que me rodeaba. ¿Dónde estaba? ¿Qué había pasado?

Los recuerdos comenzaron a aparecer en mi embotada cabeza, descubriéndome que la realidad siempre puede superar a la ficción.

Mis miedos, mi mal rollo, esa sensación, ese sexto sentido, llámalo como quieras; tenía razón. Ese hombre no era de fiar. Cuando lo vi junto a un coche en el aparcamiento del club, justo tras bajarme del mío, las alarmas se activaron en mi interior. Caminé con aplomo, tratando de serenarme, pues seguro que Sam andaba cerca. Al verme, dio varios pasos hacia mí, miró a su alrededor y sonrió. Se me pusieron los pelos de punta, nunca había visto una sonrisa así, tan despiadada, oscura y llena de maldad. Me bloqueé. No supe reaccionar cuando su brazo me rodeó y sentí algo húmedo cubriéndome el rostro. Y después... nada.

Oscuridad.

Me dio un escalofrío al recordar. Me abracé, tratando de darme calor. Hacía mucho frío donde fuera que me encontrara. Olía raro, a humedad, a miedo, a decadencia. ¿Dónde estaba?

Mi respiración se volvió errática conforme fui siendo más consciente de la situación. Me habían secuestrado. No sabía dónde estaba, aunque sí conocía a mi secuestrador. El corazón quería salirse de mi pecho, bombeaba sangre a toda velocidad, asustado, disparando mis pulsaciones, mi adrenalina, mi respiración, mi capacidad de raciocinio.

*Tengo miedo...*

*Yo también.*

Era la primera vez que mis conciencias se ponían de acuerdo.

## CAPÍTULO 19. JAVIER

Joder.

Joder.

¡Joder!

Le di un puñetazo a algo. Me hice daño, pero no dejé de moverme y dar vueltas.

—Javi, relájate.

Me volví hacia Jorge y lo agarré por los hombros.

—¿Cómo coño quieres que me relaje? ¿Me dices qué narices he de hacer para dejar de estar acojonado y cardiaco porque no sé dónde coño está mi chica, que ha sido secuestrada o vete a saber por un puto acosador? ¡¿Tú me lo vas a explicar, Jorge?!

Grité. Mucho. A él, que no se lo merecía. Pero no sabía qué otra cosa hacer. Era eso o... llorar.

Clara no estaba. Nadie sabía dónde se encontraba. Nadie la había visto. Las cámaras del club no grabaron nada claro. Se veía el coche de Clara llegando al aparcamiento, y nada más. Aunque yo sabía qué había sucedido. Él se la había llevado.

—Tranquilo, amigo. La encontraremos.

Los brazos de Jorge me rodearon y estuve tentado a apartarlo, a empujarlo lejos de mí para que me dejara en paz y así conseguir retener ese maldito nudo de mi garganta que no me dejaba respirar. Sin embargo, no lo hice; lo abracé y cerré los ojos mientras apoyaba la frente en su hombro.

—La encontraremos —repitió, apretándome con fuerza.

Asentí sobre su cuerpo, tratando de mantener las lágrimas a raya. Cuando nos separamos, pasé las manos por mis ojos. Jorge me sonrió, una sonrisa tensa, contenida y plagada de miedos. Volví a cerrar los párpados antes de sentarme.

Estábamos en el despacho de Pedro. Había cerrado el club. Adiós a la Nochevieja esperada. Eran las diez y ninguno de los ahí reunidos parecíamos afectados por perdernos la última noche del año. Estábamos juntos por una única razón: descubrir qué había pasado, encontrarla, salvarla.

Cris lloraba sin parar, parecía desolada. Mi hermano y Eva habían salido a buscar cámaras de seguridad, de tiendas, de las calles, de donde fuera, que pudieran mostrarnos algo que nos diera alguna pista. Jorge iba de su chica a mí, dando vueltas, afligido, aunque tratando de mantenerse fuerte por nosotros dos. Alberto había ido con Enric a buscar agua para todos. Pedro estaba sentado frente a su escritorio, con las manos entrelazadas a la altura del rostro, mirando al frente, como ido. Sam iba y venía, gritando órdenes al resto de chicos de seguridad, buscando pistas, algún indicio de lo que había sucedido, lo que fuera. Y yo... yo no sabía qué hacer.

Dejé caer la cabeza sobre mis manos.

*¿Dónde estás, Clara?*

¿Y si le había pasado algo? No solo que se la hubiera llevado. Algo peor, algo grave, algo... Dios... no podía pensarlo siquiera. Tragué saliva y me froté los ojos antes de despeinarme un poquito más.

No me lo perdonaría. Jamás. Nunca. Si le había pasado algo a Clara...

Joder.

El nudo de mi garganta comenzó a desplazarse hacia arriba. Me picaban los ojos.

Si le había pasado algo y yo no le había dicho que la quería con todo mi corazón, si ella jamás se iba a enterar de eso, si no iba a oír su risa otra vez, si su sonrisa no iba a ser lo primero que viera al despertar cada día, si sus labios no iban a rozar los míos nunca más...

Volví a cerrar los ojos, con fuerza, con rabia, con impotencia, con miedo.

Miedo como nunca había sentido. Una sensación que se abrazó a mi cuerpo, haciendo que el frío fuera invadiéndome con extrema rapidez. Un terrible y poderoso sentimiento de incapacidad, de no saber cómo reaccionar ni qué hacer. Miedo real, casi palpable en esa habitación. Miedo a perderla. Miedo a haberla perdido ya.

Necesitaba un cigarrillo.

—Javi.

Levanté la vista hacia Alberto, cuya mirada me dejó claro que mis pensamientos eran compartidos.

—Raúl y Eva han encontrado algo.

Me levanté como una exhalación. Todos se reunieron alrededor de la mesa de Pedro, presidida por un ordenador en el que mi hermano comenzó a teclear tras meter un CD en la torre.

—Hemos conseguido las grabaciones de la tienda de los chinos de

enfrente. Abren veinticuatro horas y tienen una cámara orientada a la calle porque les roban muy a menudo, dicen que así pillan con más facilidad a los que salen corriendo. Espero que se vea algo.

Tragué saliva. Eva me tendió un pañuelo de papel tras limpiar una lágrima de mi mejilla. Me besó con dulzura y la cogí de la mano. Me dio un pequeño apretón.

En la pantalla del ordenador apareció una imagen inmóvil. La calle del club. Se veía la fachada a mano izquierda, con sus luces de colores anunciando lo que hacían dentro. Un coche atravesó la calle. Todos observamos como Raúl toqueteaba los controles.

—Avanzaré hasta la hora en que Clara debió de llegar...

Las imágenes se sucedieron, avanzando el día hasta descender el sol y marcar las cinco y media de la tarde.

—¡El coche de Clara! —gritó Cris señalando la pantalla.

Contuve el aliento.

Vimos como entraba en el aparcamiento del club, justo frente a la tienda veinticuatro horas, y esperamos ver algo más. Los segundos avanzaban lentos, ninguno apartamos la mirada de la pantalla. Nadie pasó por la calle en ese rato, ningún coche, nada.

—¡Mirad!

Raúl señaló la pantalla. Un vehículo oscuro apareció en la salida del aparcamiento, giró a la derecha y se marchó de ahí sin más.

—Debe de ser ese —murmuró mientras tecleaba sin parar—. Voy a ampliar la imagen...

—Quita de ahí —exclamó Eva dándole un empujón a su marido y sacándolo de la silla frente al ordenador—. Esto es cosa mía, cariño.

Y amplió la imagen, centrándola únicamente en el coche, definiéndola, haciéndola clara y nítida. Tanto que vimos que se trataba de un Volkswagen negro, matrícula 4020HGV, que conducía un individuo de pelo oscuro y mirada vacía.

—¡Es él! —gritó Pedro sobresaltándonos a todos.

Mis pulsaciones se dispararon.

—¿Veis a Clara?

Todos estrechamos la mirada, acercándonos a Eva, cayendo casi sobre ella.

—¡Apartaos, por favor! —gritó dando manotazos en el aire.

Lo hicimos. Alberto se llevó un pequeño bofetón fortuito por el que mi

cuñada no le pidió disculpas. Siguió tecleando, abrió una ventana nueva de internet, empezó a descargar algo y continuó a lo suyo mientras todos observábamos desde una distancia prudente.

Solo el sonido de las teclas interrumpía el silencio sepulcral de aquella habitación. Todos parecíamos contener la respiración, esperando ver algo en esa maldita pantalla de ordenador que se acababa de convertir en lo más importante del jodido mundo.

—Lo tengo —murmuró Eva, tecleando más rápido y utilizando el ratón a toda velocidad—. La tengo.

Me acerqué a la pantalla, mucho, mi cuñada no dio manotazos entonces.

Se veía el asiento trasero del coche. Más concretamente, se veía a la persona que lo ocupaba. Se me escapó el aliento. Clara. Tenía los ojos cerrados, parecía dormida. Pero yo sabía que no era así.

—Joder...

—Hay que llamar a la policía ya —exclamó Pedro a la vez que cogía el teléfono.

—Joder... —repetí.

—¡Sam! Di a las chicas que sabemos dónde está —pidió Cris.

—Ah, ¿sí? ¿Lo sabemos? —preguntó Jorge mirando a su novia.

—Sí... ¿no?

—¿Sabes dónde vive ese tipo?

Cris agachó la mirada.

—No.

—Entonces no sabemos nada.

—Joder... —murmuré, dejándome caer sobre una silla.

—La policía está de camino —informó Pedro—. Seguro que ellos los encuentran. Tenemos la matrícula, tenemos esta imagen que demuestra que él se la llevo contra su voluntad. La van a encontrar, seguro que sí.

—Joder...

El rostro de mi hermano se materializó frente a mí.

—Eh, Javi, ¿estás bien?

—Joder...

Sentí sus manos sobre mis hombros.

—Venga, di algo más, tío. Me estás preocupando mucho. Pareces en bucle.

—Yo... —Parpadeé varias veces—. No sé qué decir.

—La encontraremos.

No dije nada. Tenía el cerebro en *shock*, paralizado, incapaz de pensar o

imaginar. Antes ya sabía que algo le había pasado a Clara, que ese cerdo la tenía, que estaba involucrado en el asunto, aunque verlo con mis propios ojos, a ella, dormida, drogada con toda probabilidad, sola... Comencé a pensar en dónde estaría, en qué le habría hecho, en si estaría bien...

—Raúl —llamé a mi hermano, que dio un apretón a mis hombros y me miró con preocupación—. Joder, Raúl...

Se me quebró la voz.

Tenía miedo. Quise gritarlo, pero no podía porque algo me agarró la garganta, impidiéndome hablar. Ese miedo que me hizo temblar y llenó mis ojos de lágrimas. Ese miedo por ella, por lo que le habría hecho ese tipo.

—¿Y si...?

—Ni siquiera lo pienses, tío. No pienses esas cosas, por favor.

—Joder...

—De acuerdo, quédate con el «joder» y no pienses más, ¿vale?

Asentí. Aunque mentí.

## CAPÍTULO 20. CLARA

No podía dejar de temblar. Hacía muchísimo frío ahí, donde fuera que me encontraba. La oscuridad seguía, así que no tenía ni idea de dónde estaba. No llevaba el abrigo, ese cabrón se lo habría quedado. Pasé mucho rato abrazada a mí misma, intentando darme calor, pero era inútil. No me sentía los dedos de las manos y mis dientes no dejaban de castañear.

Grité una vez más. Pedí ayuda, dije «hola», pregunté eso tan de película de «¿hay alguien ahí?» y no recibí ninguna respuesta.

El tiempo se había comenzado a difuminar. No sabía cuánto llevaba ahí metida, sumida en esa oscuridad que estaba empezando a meterse en mi interior, llevándome a un lugar plagado de temores. No quería pensar en lo peor, aunque era difícil no hacerlo. Esa maldita ausencia de luz estaba llevándose mis esperanzas.

Nadie sabía dónde me encontraba. Todos creían que estaba trabajando, aunque Pedro habría llamado a Cris nada más ver que no llegaba al club. Ella habría contactado con Javi, seguro, y ahora estarían buscándome. Pero... ¿dónde?

Me abracé con algo más de fuerza, haciéndome un ovillo para tratar de darme calor. Apoyé la frente en mis rodillas y rogué a Dios para que me encontraran. Yo, que nunca rezo ni voy a misa ni creo en temas religiosos. Pero entonces alguien debía oírme, ¿no? Es en momentos duros cuando recurrimos a fuerzas superiores, tratando de recibir esa ayuda que tanto necesitamos. Y yo la necesitaba más que nunca. Tenía que ayudarme.

—Oye, yo nunca te he pedido nada —hablé a la oscuridad, notando mi voz tomada por las lágrimas y el miedo—. Puede que cuando fuera una niña sí te rezara y pidiera cosas, pero ahora lo necesito de verdad. Por favor... Haz que me encuentren, haz que me saquen de aquí. Por favor. Tengo miedo, mucho miedo. Necesito que...

La puerta se abrió de repente, inundando de luz mi oscuridad, obligándome a cerrar los ojos.

—Hola, Celeste.

Levanté la vista hacia mi captor, que tapaba la puerta y cuya silueta se

dibujaba en el haz de luz que bañaba la habitación. Entonces vi que se trataba de un cuarto vacío, sin muebles ni ventanas.

—Toma, ponte esto.

Me lanzó algo con brusquedad. De forma automática, me cubrí el rostro con las manos para protegerme. Mi abrigo cayó sobre mí y al reconocerlo, corrí a ponérmelo.

Darle las gracias cruzó mi mente, pero lo deseché enseguida. No tenía nada que agradecer a ese cabrón.

—¿Qué quieres? —pregunté con algo más de valor del que pensaba tener.

—Lo que me debes.

Mi mirada interrogante lo hizo reír. Y a mí su risa me provocó un escalofrío.

—Mi baile, Celeste. Quiero mi baile.

—Iba a bailar para ti hoy en el club —mentí.

Me observó varios segundos y, de repente, sonrió.

—Mentirosa...

Dio un paso hacia mí. Entonces pude verlo mejor. Nunca lo había visto tan de cerca. Era alto, no recordaba que lo fuera tanto. Tenía los ojos oscuros y la nariz torcida, el pelo rapado con esmero y un pequeño pendiente en la oreja derecha. Olía a alcohol. Mucho.

—No sé si tus padres te dijeron que es de mala educación mentir a la gente —dijo, agachándose frente a mí—. Pero no importa. Hoy tú y yo vamos a celebrar nuestra Nochevieja particular.

Tragué saliva. Estaba muy cerca, tanto que su aliento nauseabundo chocó contra mi rostro y casi me dio ganas de vomitar.

—Llevo mucho tiempo esperando esto.

Su mano recorrió mi brazo y yo me eché hacia atrás, apretándome a la pared.

—¿Y sabes qué es lo mejor? Que no habrá nadie que me diga lo que no puedo hacer.

Lo miré horrorizada, él sonrió y acarició mi mejilla antes de ponerse en pie y salir de la habitación, devolviéndole la oscuridad más absoluta.

\*\*\*

El tiempo avanzaba, y con él mis pensamientos más macabros. Aunque también los más locos, porque se me había pasado de todo por la cabeza.

Imaginé que había llegado mi hora, que todo había terminado y que ese cabrón iba a acabar conmigo porque no pensaba desnudarme para él. Ni loca. No iba a bailar, no iba a quitarme la ropa ni iba a dejar que me tocara un solo pelo. Prefería morir antes que cualquier otra cosa que incluyera a ese asqueroso con sus manos en mi cuerpo, o haciéndome cosas peores. No. Jamás.

Después pensé que lucharía. Busqué por el suelo, recorriéndolo a gatas, palpando todo, buscando algo que pudiera utilizar como arma. No había nada. Al apoyarme en la pared, metí las manos en los bolsillos del abrigo. Entonces toqueteé las cremalleras y algo se encendió en mi cabeza. Las arranqué, todas. Tenía cuatro. Traté de pensar en qué podía hacer con ellas: clavárselas en los ojos, metérselas por la nariz, utilizarlas como arma al darle un puñetazo... Me di cuenta de que era una gilipollez. Yo pesaba la mitad que ese tipo, ¿qué podía hacer en su contra con mi fuerza física?

Ahí fue cuando me derrumbé y lloré. El miedo sustituyó a mi valor e incluso me faltó el aire mientras sollozaba. Pensé en mis amigos, en mis padres. Pensé en Javi. ¿Volvería a verlos?

La puerta volvió a abrirse y mi secuestrador me lanzó una prenda de ropa. Mientras cerraba, oí que decía:

—Póntelo. En un rato vuelvo a por ti.

Era un vestido. De lentejuelas.

Temblé. Lloré. Lo tiré a un rincón. Grité y me puse de pie, corrí hasta la puerta y la aporreé, chillando, gritando a ese hijo de puta que no pensaba bailar para él, que se metiera su vestido por el culo y que se fuera a la mierda. La puerta volvió a abrirse, haciéndome dar varios pasos atrás. Él entró en tromba, me agarró del brazo y me dio un bofetón con tal fuerza que me hizo caer al suelo. Sentí que mi mejilla estallaba, vi luces blancas tras mis parpados y noté un hilillo de sangre descendiendo por mi piel.

—¡Cállate de una vez! —bramó—. Bailarás para mí. Es tu trabajo, puta.

Dio un portazo al salir.

Lloré en silencio, en un rincón, muerta de miedo y comenzando a decir adiós a todos mis seres queridos.

Pensé en Javi más que en nadie. No volvería a verlo y jamás le había dicho que lo quería. Nunca lo sabría. Y la noche anterior habíamos discutido. La última vez que lo vi había sido gritando, enfadado y con razón, eso es lo peor, pero no se la di porque no quise bajarme del burro, porque soy cabezota y obcecada. Me arrepentí en aquel rincón oscuro. Qué terrible último

recuerdo...

Me hice un ovillo de nuevo y me abandoné por un rato. Recordé sus ojos verdes, la primera vez que los vi en aquella sala oscura del club. Recordé nuestro reencuentro, cómo hice el ridículo en el salón de mi casa cuando Cris me lo presentó. La fiesta en la piscina, nuestra primera noche juntos y cómo desperté teniéndolo al lado. Todas las mañanas en que había sucedido lo mismo y sus ojos somnolientos me habían dado los buenos días acompañados por un beso dulce en los labios. Sus sonrisas ladeadas, sus sonrisas tiernas, sus sonrisas lobunas. Javi sonriendo sería lo último en lo que pensaría, lo decidí en ese momento. Quería decir adiós a todo recordándolo así, porque era lo más bonito que había visto en la vida. Recordé las tardes en la playa, las películas en el sofá, los besos en nuestro jardín y las caricias bajo las sábanas. Las lágrimas no cesaban y los recuerdos las avivaban sin parar.

Entonces oí un ruido sordo que me sobresaltó. Le siguieron gritos de varias voces. Me apreté más a la pared, observando el lugar en el que la puerta permanecía cerrada. Más gritos, golpes, tumulto. ¿Qué narices estaba pasando? De repente, la puerta se abrió con un estruendo espectacular y yo grité antes de volver a ser un ovillo.

—¿Clara? ¿Eres Clara Márquez?

Levanté la mirada hacia esa voz y vi varias sombras cubriendo la luz que entraba en la habitación.

Asentí todavía con miedo. Las sombras avanzaron.

—Hemos venido a sacarte de aquí.

Eran policías.

## CAPÍTULO 21. JORGE

Le iba a dar algo.

Pronto.

Ya mismo.

Lo veía en sus movimientos incesantes, en cómo se despeinaba una y otra vez, en sus pasos sin rumbo de aquí para allá, en su rostro desencajado e incapaz de comprender qué había pasado.

Mi amigo iba a sufrir un puñetero infarto. Lo conocía, lo veía venir.

La policía llegó al club enseguida. Con las imágenes que Raúl y Eva habían conseguido, al tener el número de matrícula, dieron con el tipo en cuestión de minutos. Tenía multas sin pagar el muy gilipollas. Varios coches patrulla con algunos agentes de paisano, otros con traje policial y un furgón de operaciones especiales se dirigieron a la dirección en menos que canta un gallo. Como el coche de los detectives salió directo desde el club, nos montamos en los nuestros y los seguimos. Nadie dijo que no pudiéramos estar allí, solo nos recomendaron permanecer a una distancia prudente, por si acaso.

Ese «por si acaso» nos puso muy nerviosos a todos. Más todavía. Y el tiempo de espera tras verlos entrar después de echar la puerta abajo, oír los gritos y los ruidos no estaba ayudando una mierda. A Javi al que menos. Cris estaba sentada en el asiento de atrás de mi coche, abrazada a sus rodillas, con los ojos hinchados de tanto llorar. La besé en la frente antes de acercarme a mi amigo, que se paseaba por la acera sin ton ni son.

—Javi, tranquilo.

Me miró con cara de perro.

—Vas a tener que empezar a controlar tu genio, tío. Solo intento ser amable.

—Dios, lo sé... —Chasqueó la lengua antes de tirarse del pelo. Otra vez —. Lo siento, estoy muy nervioso.

—Todo va a ir bien. Ya la tienen.

—¿Y si... y si no está tan bien? ¿Y si le ha hecho algo? Lo mataré.

—No vas a matar a nadie, ¿de acuerdo? Y seguro que Clara está bien. Es fuerte, es dura, no habrá sido fácil para ese gilipollas hacer algo en contra de

su voluntad. No conozco a una mujer con más pelotas que ella.

—Ahí tienes razón. Pero...

—No hay peros ahora, colega. No hay peros. Todo estará bien, ya lo verás.

—No sé por qué, pero casi te creo, Jordi.

Solté una risita y pasé un brazo por sus hombros para atraerlo un poco a mí.

No iba a permitir que mi mejor amigo se convirtiera en un mar de inseguridades en ese momento. Podíamos tener nuestros más y nuestros menos, ser completamente diferentes el uno al otro, discutir o no entendernos el noventa por ciento del tiempo, pero era mi familia, esa que elegí el día que nos convertimos en amigos y pasó a formar parte de mi mundo. En realidad, creo que supe que era como un hermano para mí, ese que nunca tuve, cuando los dos coincidimos en aquel piso de estudiantes, el primer año de universidad. Tan distintos, tan dispares, tan perdidos, pese a creer estar de vuelta de todo. Él tan chulo, yo tan calmado; él tan pasota, yo tan empanado. Nos hicimos reír, mucho y muy fuerte; nos convertimos en el respaldo del otro, en la persona que estaba ahí cuando, al final del día, el sofá vacío nos recibía porque los otros dos chicos que vivían en el piso asistían a clases nocturnas. Entonces descubrimos nuestra pasión por los videojuegos. Y después llegó Raúl, las noches de juerga, las risas sin fin, los abrazos, la amistad. De esa sana, infinita y que te llena por dentro, dándole sentido por fin a la palabra «amigo». Y el resto no importaba, ni los insultos dichos en broma, ni los enfados casi siempre debidos a nuestra diferencia de caracteres, nada. Daría mi vida por él, porque siempre había estado ahí. Esos últimos cinco años, Javi había estado al pie del cañón, aguantando desengaños, peleas con mis padres, suspensos, problemas domésticos cuando pasamos a compartir piso los dos solos, la muerte de mi abuela, a la que tanto quise... Javi estuvo cerca, a veces sin palabras, solo con gestos o una simple mirada. Siempre me había demostrado eso que nunca nos habíamos dicho porque no nos van esas mariconadas. Pero nos queríamos, un montón. Era mi hermano, mi familia. Por eso no pensaba dejar que la incertidumbre pudiera con él en ese momento tan duro.

Justo entonces varios policías salieron de la pequeña casa de dos plantas en la que ese tío vivía. Estábamos en un barrio humilde, de casitas bajas. Muchos vecinos habían salido a los balcones o a la calle, atraídos por el jaleo.

Y la vimos. Ahí estaba, Clara. El nudo en mi estómago desapareció, dando paso a una calma que me invadió el pecho de repente. Sonreí aliviado, volviendo la vista a mi amigo, que abandonó mi lado para echar a correr, cruzar la calle y llegar hasta ella.

Yo no lloro, ¿vale? Nunca.

Excepto aquel día.

Esa noche vi lo que hace el amor de verdad. Puede sonar cursi, o muy de novela de amor de esas que leen las tías. Puedes pensar lo que quieras, pero lo vi. En ellos. En aquel abrazo, en los sollozos con los que el miedo vivido salió al exterior y liberó las tensiones, en las manos recorriendo sus rostros como si llevaran años sin verse y necesitaran recordar todas y cada una de las curvas de su piel, en esas sonrisas enamoradas y en sus labios moviéndose, emocionados, queriendo decir tantas cosas, aunque incapaces de articular palabra.

Ese abrazo y todo lo que significó hizo que una lágrima corriera por mi mejilla.

Bueno, en realidad fueron un par.

Vale, fueron más. Pero ¿qué le voy a hacer si la felicidad de mis amigos me hacía ser un pelín emotivo?

## CAPÍTULO 22. JAVIER

—No pienso irme a ningún lado.

—Solo voy a ir al cuarto de baño, me hago pis. ¿También piensas acompañarme?

—Claro. Te lo repito: no me muevo de tu lado.

Puso los ojos en blanco, se dio por vencida y dejó que entrara tras ella en el baño. Cerré la puerta y me senté en el suelo, apoyando la espalda en la madera. Clara me lanzó una mirada un tanto molesta mientras se llevaba las manos al borde de los pantalones del pijama.

—¿De verdad voy a tener que mear contigo ahí sentado?

Asentí muy serio. Ella suspiró y se bajó los pantalones para sentarse en la taza blanca.

—Esto es ridículo. E incómodo.

—Mea y calla.

Resopló y yo sonreí. Adoraba a esa mujer.

—¿Sabes lo mal que lo he pasado hoy? No tengo intención de dejarte sola ni un solo instante a partir de ahora.

—Javi, por favor, que te estás poniendo un pelín melodramático.

—Secuestro, Clara, secuestro.

—Lo sé, he estado ahí.

Su mirada se volvió acuosa de repente y alargué la mano hacia ella. Estiró la suya y nuestros dedos se tocaron. Respiró temblorosa, un sollozo escapó de sus labios. Hice ademán de ponerme en pie.

—Déjame terminar de mear, por favor.

Lo hice, sin soltarla. Se limpió y subió el pantalón como pudo, porque mi mano no se movió de la suya. Ya de pie, a su lado, aparté el pelo de su rostro con un cariño infinito. Observé el rasguño en su mejilla izquierda, la piel enrojecida que pronto sería morada. Ese gilipollas le había dado un bofetón, aunque la policía dijo que podíamos estar agradecidos de que no hubiera hecho nada más. Sus intenciones eran... peores. Suspiré, intentando que la rabia se evaporara, y me centré en ella.

Sus ojos marrones me miraron fijamente, una lágrima los abandonó y la

limpié con el pulgar. Respiré hondo antes de acercarme y besarla en los labios.

—Lo siento —murmuré pegando mi frente a la suya. Noté que se me quebraba la voz.

—No ha sido culpa tuya.

—Lo sé, pero aun así lo siento. Lo del otro día, la discusión, lo que ha pasado, no haber podido hacer nada por evitarlo...

—Ya ha terminado.

Nos quedamos en silencio, así, uno frente al otro. Mis manos en sus mejillas, las suyas agarrando mis muñecas, nuestros ojos cerrados y los alientos entremezclados. Me temblaba el labio inferior. En ese momento, las emociones vividas rompieron la exclusiva y se desbordaron.

—Joder, Clara.

La abracé con toda la fuerza que fui capaz mientras me derrumbaba. Las lágrimas comenzaron a salir, sin contención, aliviando mi corazón encogido durante horas y todos los miedos que sentí aquella noche. Clara me agarró, me proporcionó el consuelo que yo debería haberle dado a ella, dada la situación.

—He pasado tanto miedo... —murmuró, también llorando, sin soltarme.

—Lo sé...

—Pensaba que no volvería a verte.

—Clara...

—Creía que había llegado el momento del fin, que todo había terminado.

—Ya ha pasado, pequeña.

—Javi...

No podíamos abrazarnos más fuerte, era físicamente imposible. Aunque lo intentábamos. Como si sentirnos tanto, tan cerca, no fuera suficiente. Como si solo con meternos en el cuerpo del otro consiguiéramos que la ansiedad desapareciera. Como si los miedos hubieran salido a la vez y la única manera de vencerlos fuera unir tanto nuestros cuerpos que nos faltara el aire.

La necesitaba tanto...

Besé su cuello, la piel de su mandíbula, sus mejillas, sus labios. Desesperado. Necesitado. No eran besos dulces, había ansia en nuestras bocas, en nuestros gestos. Hubo ansia en la manera en que nos desnudamos. La ropa cayó al suelo del baño sin orden ni control. Mis manos agarraron su piel con anhelo, sus dedos recorrieron mi cuerpo con apremio. Nos devoramos, nos comimos enteros. Entré en ella cuando sus piernas se anclaron a mis caderas. Sin más. Gritó ella, grité yo. Nos miramos a los ojos con intensidad

mientras nos movíamos, me besó diciéndome tantas cosas que otra lágrima descendió por mi mejilla. Cuando el orgasmo llegó, fue arrollador, tanto que tuve que dejarme caer al suelo con ella todavía amarrada a mi cuerpo. Me abrazó fuerte, enterrando la nariz en mi cuello, uniendo nuestros pechos, compartiendo latidos acelerados e irregulares.

—Te quiero.

No fui muy consciente de lo que acababa de decir hasta que ella se apartó de mí para mirarme con fijeza. Quise pedirle que volviera a abrazarme de nuevo, que la necesitaba así de cerca. Pero su sonrisa fue la que me dio el calor que su cuerpo acababa de quitarme.

—Javi...

Me acarició el rostro, me limpió las lágrimas. Sonrió, enamorándose más todavía.

—¿De verdad? —preguntó con ojos brillantes, sin apartarlos de los míos.

—¿Cómo no iba a hacerlo, Clara? ¿Cómo podría no quererte? Eres todo mi mundo.

Se lanzó sobre mí, riendo, llorando, volviéndome loco sin saberlo, consiguiendo que la quisiera más aún por su reacción, haciéndome sonreír y olvidar lo que habíamos vivido aquel día. Acaricié su espalda desnuda y cálida.

—No te muevas —susurré cuando noté que quería apartarse de mí.

—Quiero mirarte.

—Y yo necesito tenerte así un poco más.

Sonrió y me abrazó más fuerte. Sé que sonrió incluso sin verla.

—Yo también te quiero, ¿sabes? —dijo apretándose a mí—. Lo sé desde hace tiempo, puede que desde la primera vez que te vi en mi salón y fingí que no sabía quién eras. Puede que lo sepa solo desde anoche, cuando pensé que te había perdido para siempre y que no volvería a verte. No lo sé, no importa. Te quiero tanto...

Cerré los ojos, besé su hombro y la acuné con dulzura.

—¿Nos moveremos de aquí en algún momento? —preguntó un rato después—. Se me está durmiendo la pierna.

Me eché a reír antes de apartarme de ella un poco. La besé en la nariz.

—Vamos a la cama, pequeña.

—Son las doce del mediodía, deberíamos bajar a comer algo.

—No. Tú te quedas en la cama, yo voy abajo y cojo algo que podamos comer aquí.

Sonrió.

—De acuerdo.

Me vestí sin quitarle ojo de encima. Ella se metió en la cama todavía con esa sonrisa.

—Vuelvo enseguida —dije acercándome a ella para besarla en los labios—. No te muevas de aquí.

—No pensaba.

Quería decirle tantas cosas. Hablarle de mis sentimientos, de lo mal que lo había pasado, de todo lo que había imaginado, del miedo a perderla. Pero en lugar de eso...

—Te quiero, Márquez. Mucho.

Su sonrisa de nuevo. Mi corazón estaba a punto de salirse de mi pecho, no estaba acostumbrado a sentir tanto.

—Yo sí que te quiero, Miranda. Con locura.

Ahí fui yo el que sonreí. Como un capullo.

Salí de la habitación así, con la cara de lelo más épica de la historia de la humanidad. Y bajé a la cocina igual, para toparme con mi mejor amigo apoyado en la encimera con gesto serio.

—¿Estás bien?

—Lo estaré.

Mi sonrisa se esfumó y fui a su lado.

—¿Qué pasa, tío?

—Cris.

Lo miré con la interrogación plasmada en el rostro.

—Ya sabes a qué me refiero. No eres tonto.

—Hoy me pillas en un día bastante complicado. Ayúdame porque no estoy para acertijos.

—Hemos hablado de lo que todos sabíamos, pero yo os hacía creer que no.

Me quedé sin habla. Lo miré muy serio, él sonrió con tristeza y se encogió de hombros.

—Llevo todo este tiempo fingiendo no saber a qué se dedicaba. Fingiendo no saber que se desnudaba para otros en el mismo club que Clara. Puede que penséis que soy algo tonto, aunque la realidad es que sé disimular muy bien. Y fingir.

—Joder, tío... Yo pensaba que...

—No pasa nada. Todos lo sabíamos y hemos hecho como que no. La

recuerdo perfectamente de la despedida de Raúl. ¿Qué crees que fue lo que me hizo acercarme a ella cuando me la crucé en la universidad?

—¿Te acuerdas de algo de aquel día? —Estaba flipando.

—A ver, no con nitidez, pero sí la recuerdo a ella. Me gustó mucho cuando la vi bailando, fue algo similar a lo que te pasó a ti con Clara. Por eso decidí acercarme a ella en el campus. No podía creer mi suerte cuando la vi caminando con sus carpetas, despistada. Todavía menos cuando accedió a tomar un café conmigo. —Suspiró antes de rascarse la barbilla—. La cosa es que no pensaba que se me fuera a ir de las manos. No imaginé que me enamoraría de ella, que decidiría fingir que no sabía a qué se dedicaba y que ella tampoco lo diría. Por miedo. Ambos.

—¿Miedo tú?

—No quería que pensara que solo me había acercado a ella buscando un polvo.

—Aunque era justo lo que buscabas.

—Al principio sí. Estaba muy de moda lo de ligarse a una estríper en esas fechas.

Los dos nos reímos entre dientes.

—Pero no esperabas los sentimientos —dije posando una mano en su hombro.

—No la esperaba a ella.

Sonreí palmeando a mi amigo.

—¿Entonces?

—Nada, Javi, me has pillado pensando en todo esto. Hemos tenido una conversación un poco más subida de tono de lo que pensaba. Ha estallado la bomba a raíz de lo que ha pasado esta noche. La verdad es que se nos ha ido un poco de madre y nos hemos reprochado muchas cosas, tonterías incluso. Es cierto que no confié en mí para contármelo, aunque yo ya lo sabía y tampoco he hecho nunca nada por decírselo. Viví lo nuestro sin darle importancia, sin más.

—¿Por qué?

—Porque no la tenía. Me daba igual a qué se dedicara. Estríper, actriz o carcelera, ¿qué más da? La quiero sea lo que sea, se dedique a lo que se dedique. ¿Sabes por qué? Porque es ella. Es Cris. Mi Cris.

Sonreí sin poder apartar la vista de mi amigo. Del filósofo de mi amigo Jorge. Hay que joderse.

—Debe de ser que hoy el día va de esto, pero ¡qué coño! —exclamé

acercándome para darle un abrazo—. Te quiero, tío.

Se rio con ganas a la vez que pasaba los brazos por mi espalda.

—Y yo a ti, cabronazo.

Nos apartamos todavía sonrientes.

—Ve a hablar con ella, haced las paces —le recomendé— y follad para celebrarlo como Dios manda.

Sus carcajadas me hicieron sonreír más. Menudo día llevaba de sonrisas, «te quiero» y abrazos. Y qué bien se sentía...

—¿Cómo está Clara? —preguntó antes de salir de la cocina.

—Estará bien. Estaremos bien. Todos.

—Claro que sí, amigo.

Me guiñó un ojo y desapareció. Me dejó ahí, observando la puerta abierta, sonriendo de oreja a oreja, agradecido por tenerlo, agradecido por todo lo bueno que había pasado aquel día, olvidando poco a poco lo malo porque, una vez pasado, ya no importaba.

## CAPÍTULO 23. CLARA

Supongo que dormir bien después de aquello me iba a costar. Ya habían pasado cuatro noches y las pesadillas no me lo estaban poniendo nada fácil. Aparecían sin más, de repente, recordándome la oscuridad, el olor, el frío, las sensaciones. A veces se quedaban en eso, en recordar, pero otras la cosa ascendía de nivel y aparecían nuevas situaciones: lo que podría haber pasado, lo que imaginé que sucedería mientras permanecía recluida en aquella habitación. Y entonces las pesadillas eran peores. Despertaba gritando, hasta llorando en una ocasión. Por suerte, tenía a Javi, que estaba cumpliendo su palabra y no se había apartado de mi lado. Y menos mal.

Tenerlo cerca era un bálsamo, un calmante. Me abrazaba y besaba a todas horas, me hacía sonreír si me veía más seria de lo normal, se preocupaba por que comiera, conseguía que desconectara los pensamientos y que mi mente permaneciera en calma; a veces más tiempo y otras menos del que le habría gustado, pero él lo intentaba. Se preocupaba por mí. Mucho. En ocasiones hasta demasiado. No es que me agobiara, sino que no estaba acostumbrada a tener a alguien tan pendiente de mí y no sabía gestionarlo.

Si antes de aquel episodio quería a Javi, a partir de entonces lo adoraba. Es que no podía quererlo más. Y él me miraba de una manera que... ay, cómo me miraba ese chico de ojos verdes que me había robado el corazón.

Estábamos en una etapa realmente repelente, para qué mentir.

—Dais mucha grima, tíos. ¿Por qué no os vais a un hotel?

Me reí de la cara de asco de Alberto sin apartarme ni un milímetro de Javi.

Estábamos tirados en el sofá, con las piernas de ambos enredadas, las caras pegadas y respirando el aire que el otro expulsaba. Excesivamente juntos.

Enric se echó a reír al escuchar a su novio. Sí, sí, novio, oficial. Y también lo teníamos en casa. Eso se había convertido en el coño de la Bernarda. Si Cris y yo queríamos compartir solitas aquella casa, el plan nos había salido como el culo. Su novio, el mío, nuestro amigo gay y su chico. Ahí no faltaba nadie, ni cabía, por cierto, que de vez en cuando se montaba cola

hasta en el baño, ¡y eso que había tres! Una locura de casa. Pero se respiraba un ambiente que me encantaba.

Puede que, a raíz de lo que había pasado con el tarado asqueroso que me secuestró, hubiera desarrollado algo más de paciencia. También me había dado cuenta de lo mucho que quiero a las personas que me rodean, así que tenerlos cerca no se me hacía difícil ni cargante. Al contrario, adoraba que estuvieran ahí, dando por culo de vez en cuando, haciéndome reír otras o, simplemente, haciéndome compañía. Nada más. No necesitaba otra cosa. Tenerlos. Cerca. Siempre.

Mi gente...

Qué concepto, ¿no? Míos, mi gente, de mi propiedad. Bueno, no tanto como para llevarlo al extremo, pero sí, eran míos, mis amigos, mi familia. Las personas que habían estado conmigo desde hacía años más otras nuevas que se habían incorporado con el paso del tiempo para convertirse en igual de indispensables. Familia. Los que están en lo bueno y en lo malo, cuando llueve y cuando sale el sol, cuando la vida se hace cuesta arriba y corren a la cima para tirarte una cuerda y que trepes con su ayuda. Amigos. Ellos.

*Qué ñoña te has vuelto, Clara. Hay que joderse, con lo que tú has sido.*

*Ya ves. A veces una situación extrema te ayuda a abrir los ojos y ver con claridad lo que te rodea. Te quiero hasta a ti.*

*Normal, soy tú.*

*Bueno, no creas. Más bien, eres mi otro yo.*

*Vale, ya empiezas a desvariar...*

—¿Quién pide unas pizzas? Estoy canino.

Observé a Jorge entrando al salón. Cris lo seguía, saltarina, como siempre. Menos mal que las cosas entre ellos continuaban bien. Supieron superar el bache del trabajo de mi amiga y, a base de conversaciones y diálogo, su relación seguía viento en popa.

—Pilla mi móvil y llama a Telepizza —dijo mi chico señalando el teléfono que descansaba sobre la mesa.

—Joder, tío. ¿De verdad no vais a moveros de ahí?

—Eso, ocupáis todo el sofá —exclamó Cris, secundando a Alberto, que seguía con el temita.

—Vale, vale. Qué pesadillas sois.

Me incorporé y Javi hizo lo mismo, ambos nos sentamos en el sofá y Alberto se colocó a mi lado.

—Vas a ser petarda *forever*, Clara.

—Gracias, cariño.

Lo besé en la mejilla, él rio antes de abrazarme un poco.

Lo que había dicho. Desde lo que había pasado ya una semana atrás, las cosas habían cambiado en nuestro grupo. Había más cariño, más muestras de afecto, más amor. Que sí, coñe, que sé que suena muy ñoño, aunque es la realidad. Aquel día yo pasé miedo, mucho miedo, pero ellos también. Temieron por mí y por mi vida tanto o más que yo. De ahí el cariño que impregnaba el ambiente.

Jorge cogió el teléfono de Javi de la mesa para pedir esas pizzas. En ese mismo momento sonó el mío. Contesté sin mirar el número que llamaba, sonriendo al escuchar a Javi diciéndole algo al novio de mi amiga que los hacía reír a ambos.

—¿Dígame?

—Buenos días. ¿Clara Márquez?

—Sí, soy yo.

—La llamo desde el Hospital de Barcelona. Pedro Gómez ingresó hace unos días en estado crítico. El tumor que tenía se ha extendido y nos ha pedido que...

—Perdona, perdona —la corté poniéndome de pie—. ¿Podrías repetir lo que acabas de decir? ¿Pedro qué?

—Pedro Gómez, ¿sabe quién es? Nos ha dado su nombre como persona de contacto.

Mi cerebro echaba chispas. Mi jefe. No conocía a otro Pedro en el mundo.

—Sí, disculpa, me has pillado con la cabeza en otra parte. ¿Decías que está ingresado?

Eso llamó la atención de todos los reunidos en el salón.

—Sí, en este hospital, en el área de oncología. Lleva aquí un par de días y nos acaba de pedir que te llamemos. Quiere verte. No le queda mucho tiempo.

—¿Cómo?

—Lo siento, no puedo contarte más. Pasa por el hospital y mis compañeros te informarán del caso. Estamos en la Avenida Diagonal número 660, él está en la planta tres, habitación 354.

—De... de acuerdo. Iré enseguida.

—Muy bien, gracias. Hasta luego.

—Sí, sí... Adiós...

Fui perdiendo fuelle conforme la conversación con aquella señorita tan amable avanzaba, hasta despedirme en un susurro. Ni siquiera sé si me

escuchó. Acababa de llamarme para decirme que Pedro estaba ingresado. Para contarme que el tumor se había extendido. Para informarme de que no le quedaba mucho tiempo y quería verme.

Pero... ¿qué coño acababa de contarme esa tía?

—Clara, ¿qué pasa?

Javi estaba a mi lado. Había visto mi cara de susto y lo había contagiado, como siempre esos últimos días.

—Espera, necesito sentarme.

—¿Te encuentras bien? Estás muy blanca.

—Voy a traerle un vaso de agua. —Enric salió del salón.

—¿Qué pasa con Pedro?

Parpadeé para centrar la vista en mi amiga. Levanté una mano para agarrar la suya, entonces me di cuenta de lo mucho que me temblaba.

—Cris... Tenemos que ir al hospital.

—Me estás asustando.

*Y más que te vas a asustar...*

\*\*\*

Casi una hora después, llegábamos al Hospital de Barcelona, puntero en temas oncológicos. El viaje en coche me había dado para buscar en Google. Javi y Jorge nos acompañaron, Alberto y Enric se quedaron en casa, esperando noticias. A nuestro amigo no le hacían gracia los hospitales, tenía algo de hipocondriaco y prefirió quedarse ahí. Cogidas de la mano, Cris y yo salimos del ascensor en la planta tres, nuestros chicos nos seguían, dejándonos nuestro espacio, pues sabían que lo necesitábamos.

Nos acercamos al puesto de información de enfermería de la planta y, al preguntar por él, una chica muy amable nos guio hasta el pasillo donde se encontraba la habitación de Pedro. Justo en ese momento un médico salía.

—Buenas tardes, Doctor Balaguer. Son amigas del señor Gómez. Ella es Clara, la persona de contacto que nos facilitó.

—Oh, hola, Clara. Un placer conocerte.

Era joven, no llegaría a los cuarenta. Llevaba gafas de pasta negras que enmarcaban sus ojos castaños. Una ligera sombra cubría sus mejillas y el mentón. Parecía cansado.

—Si te parece, podemos hablar un momento y te pongo al día sobre el estado de Pedro.

—Vale.

No tenía ni idea de qué decir. Estaba completamente desubicada.

—¿Sois familiares?

—Más o menos.

Nos observó un poco, puede que tratando de descubrir parecidos entre nosotras y Pedro. No encontró nada, obviamente. Las similitudes eran nulas.

—Sobrinas —dijo Cris de repente.

—De acuerdo. Vuestro tío lleva siendo paciente mío desde hace unos meses. No sé si estáis al tanto de su enfermedad.

—En absoluto.

Lo dije con más enfado del que pensaba sentir.

—Hace cuatro meses le detectamos un tumor en el pulmón. Cáncer. Fumaba demasiado.

*Me cago en el puto tabaco.*

—Le dije que lo dejara, pero no lo hizo, aunque la verdad es que no hubiera servido de mucho. Estaba muy extendido. Hablamos de quimio y no quiso saber nada. Dijo que no pensaba pasar sus últimos días hecho una piltrafa.

Sonreí de manera involuntaria. Acababa de imaginar su rostro al decir eso.

—Decidió no hacer nada y vivir el tiempo que le quedaba a su manera.

—Qué cabrón...

El médico escuchó a la perfección el murmullo de Cris. La miró con las cejas levantadas.

—No nos había contado nada —aclaré.

—Bueno, eso ya es algo que tenéis que tratar con él. Aunque no sé si podrá hablar durante mucho tiempo. El cáncer se ha extendido con rapidez, la metástasis es absoluta y tiene gran parte de los órganos del cuerpo afectados, la garganta y las cuerdas vocales entre ellos.

El enfado fluía por mi cuerpo. ¿Por qué coño no nos había dicho nada? Noté una lágrima rodando por mi mejilla.

—Pasa a verlo un rato, Clara. Te está esperando.

Se despidió de ambas antes de entrar en la habitación de enfrente.

No podía moverme del sitio. Cris estaba ahí, a mi lado, aunque tampoco hacía nada, no sé ni si respiraba.

—¿Estáis bien?

La voz de Jorge sonó a nuestras espaldas. Continué sin moverme. Cris sí

lo hizo, aceptando la mano que su chico le tendía. Noté a Javi a mi lado, bueno, en realidad lo olí. Sus ojos verdes estuvieron frente a mí en dos segundos, sentí sus dedos entrelazándose con los míos.

—Pequeña... Respira.

Eso solía decirme aquellos días. *Pequeña, respira*. Lo hice. Tomé una profunda bocanada de aire, cerré los ojos y lo dejé ir. Pero junto a mi respiración también se fueron un par de lágrimas, y rabia, y enfado.

—¿Por qué coño no me lo contó? —exclamé en voz baja, sabiendo muy bien dónde me encontraba.

—Eso tendrás que preguntárselo a él, cariño.

Miré la puerta, tomé aire de nuevo y asentí. Los labios de Javi hicieron presión en mi cabeza antes de que me soltara la mano. La posé en el pomo y abrí.

No estaba preparada para lo que encontré.

Nada preparada.

Jamás podría estarlo para algo así.

No somos capaces de imaginar a las personas importantes cuando se están yendo para siempre. Son estampas que nadie quiere ver para evitar recordarlas después. Todos preferimos quedarnos con las imágenes bonitas y los buenos recuerdos que tenemos de la gente a la que queremos; nadie quiere que la última foto mental que tiene de un ser querido sea la de verlo consumido y tan cerca de cruzar al otro lado.

Así estaba él.

Me llevé la boca a la mano para ahogar el sollozo que ascendió por mi garganta. Eso llamó su atención, porque abrió los ojos para posarlos en mí.

—Clara... Has venido.

Su voz era un susurro ronco. ¿Dónde estaba esa voz firme y seria?

—Pedro...

—Lo sé, lo sé. Estás muy cabreada. Lo siento.

No podía apartar la mirada de él, de su rostro blanquecino y apagado, de sus manos débiles y de sus ojos hundidos, de los cables, goteros y tubos. Jamás, nunca, habría podido imaginar así a Pedro.

—Ven, anda, siéntate aquí. No quiero que te desmayes o algo parecido.

Lo hice. Caminé hasta su lado para tomar asiento en el sillón negro para las visitas que había junto a su cama. Tosió de repente. Mucho. Me encogí, pues parecía que se le iba un poco la vida con cada tos. El corazón se me hizo pequeñito en el pecho. Creo que entonces fui realmente consciente de que era

justo eso lo que estaba sucediendo. Se le iba la vida.

—Perdona. ¿Puedes darme un poco de agua, por favor?

También lo hice. Bebió con mi ayuda, incorporándose con esfuerzo y respirando muy fuerte, con resuello, como si acabara de correr la maratón. Y solo había bebido dos jodidos tragos de agua.

—Debí contártelo, ¿verdad?

—Sí.

—No hubiera cambiado nada.

—Habría venido antes.

—¿Para qué? Tienes tu vida, tus problemas... Acabas de salir de un episodio jodido, no necesitabas esto antes de tiempo.

—¿Antes de tiempo? ¿En serio? Pedro, no me jodas...

Sonrió. El muy cabrón sonrió. Me cabreó.

—Casi ni me entero antes de que... de... de...

—De que me muera. Dilo, no pasa nada. Me muero, lo sé desde hace tiempo.

—Coño, pues por eso mismo. No me dijiste nada.

—¿Qué habría cambiado?

—¡Yo qué sé! Algo, cualquier cosa. No habrías estado solo durante todo este tiempo. Hubiera venido contigo a las revisiones, te habría ayudado a...

—Deja de llorar, no te entiendo.

—¡Mierda, Pedro! Lloraré lo que me salga del coño. Acabo de enterarme de esto, joder. Tengo derecho a llorar lo que me dé la gana. No puedes quitarme esto también, no puedes. No...

Me cubrí el rostro con las manos y estallé.

Lloré con fuerza y con miedo, con rabia e impotencia. Lloré porque se iba y no podía hacer nada. Lloré porque, de haberlo sabido, habría aprovechado el tiempo con él. Lloré porque Pedro había sido una especie de padre para mí y era incapaz de imaginar que no siguiera ahí cada día al llegar al trabajo. Lloré porque se nos acababa el tiempo y nada podía cambiar eso.

Él aguantó en silencio mientras yo me desahogaba. Cuando levanté la vista de nuevo, sus ojos tristes y apagados me observaron con calma.

—No pasa nada, Clara. Estarás bien.

Su voz ronca y tan diferente a la de siempre sonó sabia, tranquila. Estaba preparado para lo que fuera a suceder.

—Te voy a echar de menos, Pedro.

Sonrió y entonces recordé las últimas veces que pasé con él, lo raro que

lo encontré, las cosas tan extrañas que hacía, los consejos.

—Gracias —murmuré tomando su mano entre las mías.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Gracias a ti, Clara. Has hecho algo muy grande por mí todos estos años.

—¿Yo?

Asintió antes de volver a toser. Le di agua y lo ayudé a acomodarse de nuevo en la cama. Dios, estaba tan débil, tan apagado...

—Dile a Cris que pase, imagino que estará por ahí.

—Enseguida.

Me puse de pie y lo miré una vez más. Me dio miedo que pudiera ser la última.

—Volveré después.

Asintió antes de cerrar los ojos.

—Hasta luego, Pedro.

Salí de la habitación con el corazón encogido.

Nunca había perdido a alguien importante. Y él lo era.

\*\*\*

Solo aguantó un día más. Su cuerpo dijo basta y Pedro nos dijo adiós para siempre.

Jamás me había planteado lo que sentía por él. Había sido mi jefe, la persona a la que veía todos los días al llegar al club, con el que discutía de vez en cuando, aunque nuestra relación no había llegado a verse afectada por ello, al contrario, conforme pasaban los meses, incluso los años, las discusiones eran más divertidas, más cotidianas, más rutinarias. Era como si discutir con Pedro formara parte de lo nuestro, de lo que él y yo éramos.

¿Y qué éramos?

Más que empleada y jefe.

Más que amigos.

Familia.

Acababa de perder a un miembro importante de mi familia que había hecho muchísimo por mí sin que yo me hubiera dado cuenta. Por mí y por el resto del personal del Silver.

Él sabía que estaba enfermo cuando le propuse cambiar el club de striptis por uno de baile. Lo hizo por nosotros, por todos los que trabajábamos allí, para que tuviéramos un futuro mejor.

Maldito Pedro. Y nos había dejado casi sin avisar.

Lo odié por ello. Un total de dos horas y veinte minutos. Después me di cuenta de que lo quería, que había un cariño ahí al que jamás había puesto nombre. Tuve la suerte de poder decírselo poco antes de que expulsara su último aliento. Sus labios agrietados se curvaron en una de esas sonrisas que tanto le había visto en los últimos días y tan poco en todos los años en que lo conocí.

*Adiós, Pedro. Hasta siempre.*

*Gracias por tanto.*

*Gracias por todo.*

## CAPÍTULO 24. CLARA

—Te adoraba.

—Todavía no me lo creo.

—Pues deberías. Eres la nueva propietaria.

—Jodido Pedro...

Me limpié la lágrima que caía por mi mejilla, aunque de poco sirvió, pues otra la siguió enseguida, y otra, y otra más.

—¿Estás bien?

Javi se acercó más a mí. Estábamos los dos en la cama. Era martes por la mañana. Él tenía su examen en cuatro horas. El examen más importante de su carrera, el que le abriría las puertas al sueño de convertirse en pediatra. Había estudiado tanto, pese a estar tan pendiente de mí, que se merecía aprobar y conseguir ese puesto que tanto ansiaba. Estaba nervioso, aunque yo era la que había pasado la noche sin dormir.

Su examen me tenía nerviosa, pero había algo más, algo que había descubierto el día anterior cuando fui a la lectura del testamento de Pedro. Todo muy oficial y ceremonioso, con llamada formal por parte de su abogado, al que ya conocía tras acompañar a Pedro a firmar documentos varias veces. Sin embargo, quiso hacerlo todo por la vía legal.

—Lo que él deseaba —me dijo cuando me presenté allí aquel lunes lluvioso del mes de marzo.

Alucina pepinillos: lo que Pedro quería, lo que había dejado escrito en su testamento un mes antes de morir, fue que yo heredara el club. Flipas, ¿no? Porque yo todavía era incapaz de asimilarlo. Yo. Propietaria del club.

Jo. Der.

No había podido pegar ojo en toda la noche, y las emociones contenidas estaban saliéndome en forma de lágrimas y sollozos.

—Oye, que me estás asustando, pequeña.

Posé una mano en la rodilla de Javi intentando calmarlo.

—Estoy bien.

—Has sonado en plan: «eftoy fien». No estás bien, Clara. Cálmate un poco.

—No puedo.

Rio un poco. Sé que no quería hacerlo, pero se le escapó porque la verdad es que eso había sonado como «do muedo».

Me dio la risa, todavía llorando. Él me abrazó con fuerza y me dejé hacer. Porque ahí encontraba la calma, en ese exacto lugar hallaba la quietud que necesitaba de vez en cuando, cuando mis pensamientos se iban por los cerros y volvían a la oscuridad de los recuerdos, o a la añoranza de la persona que se fue. En los brazos de Javi hallaba la tranquilidad. Era mi lugar de paz, mi ancla, mi línea de vida, lo que me sostenía a la realidad.

Demasiados sobresaltos en poco tiempo. En dos meses había pasado por muchas situaciones inesperadas. El secuestro, la muerte de Pedro, su herencia... De vez en cuando me perdía en mí misma y me costaba volver a encontrarme. Javi siempre me ayudaba a ello.

—No sé si debería irme —dijo mientras todavía permanecía abrazada a su pecho.

—Vas a irte ahora mismo.

—Vale, has sonado mejor. Empiezo a relajarme.

Sonreí antes de apartarme para mirarlo a los ojos.

—¿Te he dicho últimamente que te quiero?

—Todos los días.

—No lo suficiente.

—El simple hecho de despertar y ver tus ojos cuando abro los míos, descubrir la forma en que me miras y como tu boca se convierte en la curva de felicidad más hermosa del mundo, me demuestra que me quieres con todo tu corazón, Clara. Tienes el rostro más expresivo del mundo, no necesitas decírmelo con palabras, yo ya lo sé.

—Madre mía. Estás convirtiéndote en un enamorado alucinante, en un novio que sabe camelarse a su chica mejor cada día. Estás desbancando a tu yo del pasado, Javier *Adulador* Miranda.

Se echó a reír a carcajadas. Qué guapo, qué preciosidad de sonido y qué bonito estaba mientras reía así de relajado. Creo que lo había dicho en otras ocasiones, pero ese hombre me volvía loca.

El verde de sus ojos se centró en mí y un tonto nerviosismo se instaló un poco más abajo de mi ombligo. Ya sabes dónde. Es que esa mirada era... fuego.

—No quiero marcharme ahora mismo, pequeña. Me apetece hacer muchas cosas contigo, pero he de irme.

—Entonces deja de mirarme así y vete.

—Has empezado tú.

Sonreí.

—Vale, es que me tienes muy ganada, Miranda.

—Lo sé, Márquez, lo sé perfectamente.

Su nariz rozó la mía un segundo antes de que sus labios envolvieran los míos para devorarlos con una ternura que me mostraba de vez en cuando para dejar noqueado mi corazón.

Se levantó de la cama. Yo observé su espalda de piel clara, su culito respingón cubierto por esos bóxer y las piernas en las que me encantaba enredar las mías. No perdí detalle mientras se vestía. Él me lanzó miradas divertidas porque sabía que estaba casi babeando. Y disfrutaba, como siempre, conocedor de su efecto en mí. Porque hay que dejar claro, una vez más, que ese hombre había sido creado para el delito sexual. Aunque, tal y como había ido descubriendo con el paso del tiempo, también emocional.

—Mucha suerte, cariño. Seguro que el examen va genial.

—Ojalá.

—No estés nervioso.

—Ya lo estás tú por mí, ¿no?

Nos reímos antes de que me besara por última vez y se dirigiera a la puerta. Salió y me quedé observando la nada. Entonces volvió.

—¿No tienes que ir al club ahora?

—Sí, he quedado con Sam para revisar un par de cosas.

—El sábado es el gran día. —Me guiñó un ojo—. Todo irá genial, ya lo verás. Hasta luego, propietaria.

Sonreí, diciéndole adiós con la mano.

Se me acumulaban las cosas. El sábado era la inauguración del nuevo local; bueno, del local de siempre, pero con modificaciones. Manteníamos el nombre, aunque cambiando el formato. El Silver abría sus puertas de nuevo, solo que esta vez como discoteca, esperando convertirse en un lugar de referencia para los barceloneses con ganas de bailar y pasarlo bien.

Me vestí sin demasiadas ganas de salir de la cama y bajé a la cocina. No había nadie en casa. Qué raro. Pero agradecía la paz que se respiraba, el silencio. No era nada habitual y venía bien de vez en cuando.

Javi y Jorge iban y venían, al igual que Cris y yo, que teníamos siempre ropa aquí y ropa allá, repartida entre nuestra casa y el piso de los chicos. Lo de vivir juntos ni siquiera había sido mencionado. Estábamos muy bien con

ellos, pero ellos en su piso y nosotras en nuestra casa, así nos repartíamos cuando era necesario. De momento no creíamos que hubiera llegado la hora de dar ese paso. Era demasiado pronto, debíamos disfrutar de las cosas conforme fueran viniendo. El que sí iba a abandonar la casa era Alberto. No diré «¡por fin!» casi saltando porque la verdad es que me iba a dar pena que se marchara. Me había acostumbrado a él, a tenerlo cerca como antes, a sus consejos, sus pizzas caseras y el aroma del suavizante de su ropa. Había decidido irse a vivir con Enric. Madre mía, esos sí estaban corriendo en su relación. *Peeeeero* eran felices, por lo que respetaba su decisión y tenían todo mi apoyo. La semana siguiente comenzaban la mudanza, así que me tocaría encontrarme de nuevo con cajas y maletas llenas de ropa y chismes inútiles. Ilusión máxima...

Esa mañana disfruté de un café en silencio antes de coger el coche y poner rumbo a la discoteca. A la discoteca de la que era propietaria. Madre del amor hermoso... Qué fuerte.

—Pedro, estés donde estés... —hablé mirando al cielo—. Gracias. De corazón.

Todavía no le había dado las gracias. Y de haberlo tenido delante, lo hubiera abrazado.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Te echaré de menos.

\*\*\*

Me dejé caer sobre el sofá para lanzar los zapatos a la otra punta del salón. Malditos tacones. Lo mucho que me gustaba verlos, pero qué incómodos eran cuando se lo proponían. Al menos ya no eran de más de quince centímetros y con purpurina.

—¿Tomamos la última?

Me giré hacia la voz de Jorge, que se agarraba al marco de la puerta con esfuerzo.

—Acepto.

—Venga, hago unos mojitos en cero coma.

—Cris, déjate de mojitos. —Javi se puso de pie, abandonando su puesto a mi lado en el sofá—. Vamos a tomar unos buenos chupitos de tequila.

—Acepto —repetí, levantando la mano en el aire.

Javi chocó mi mano y fue hacia la puerta, tropezando con la mesita y cayendo de rodillas en el suelo. Las carcajadas de Alberto fueron las

primeras, seguidas muy de cerca por las mías y las del resto.

—Hijos de puta —murmuró poniéndose de pie.

Jorge lo agarró del brazo y tiró de él hacia la cocina, también riendo con ganas.

—Ha sido una buena noche, ¿verdad?

—Mira a Eva, es la imagen que resume todo.

Raúl y yo la observamos. Estaba en el suelo. Dormida. Acabábamos de llegar a casa y ya había sucumbido al poder somnífero de la borrachera. Joder con la rubiales... Me reí de nuevo, acompañada por los demás reunidos en aquel salón.

Estábamos todos ahí. Raúl haciéndole fotos a su mujer, que parecía soñar con angelitos beodos, Alberto abriendo armarios en busca y captura de bolsas de patatas fritas o similares, Enric diciéndole que se comería un buen bocata de calamares, Sam observando a su chica, Helena, que reía con Cris de vete tú a saber, muy sereno porque esa noche había trabajado al igual que yo, con la pequeña diferencia de que él no había ingerido ni gota de alcohol y yo me había bebido lo suyo, lo mío y lo de mi prima.

La inauguración del nuevo Silver había ido de lujo. Lleno total. Incluso cola en la puerta y personas que se habían quedado sin poder acceder al recinto. Una puta pasada. Hubo muy buen rollo, ni un solo altercado, gente joven pasándolo bien, bebiendo y riendo con sus amigos; el equipo de camareras disfrutando con su nuevo empleo y con uniformes que solo dejaban a la vista parte de su escote, nada excesivo ni comparable a tiempos pasados. También había camareros masculinos, no creas, y en realidad llevaban más o menos el mismo escote que las chicas. Las modas, que hacen mucho daño. Nos quedamos cortos de casi todo. La cerveza fue lo único que aguantó hasta el final. El ron se acabó dos horas antes del cierre. Cosas que suceden cuando comienzas en algo nuevo y que no volverían a repetirse, ya me iba a ocupar yo de ello. Para algo era la encargada.

*Y propietaria.*

*Ya tardabas en venir a decirlo. ¿El alcohol a ti no te afecta?*

*Una de las dos debe mantenerse sobria para que no hagas demasiadas locuras.*

*Vale, mamá. Pírate un rato, que traen tequila.*

Javi y Jorge depositaron varios vasos en el centro de la mesa. Cada uno diferente. Ya sabes que a Cris le gustaba tener todos los vasos iguales, tenía un problemilla con la vajilla. Sin embargo, a veces no podemos controlarlo todo

y lo que antes nos parecía indispensable deja de serlo, y pasa a ser secundario, empezamos a no darle importancia y nos acostumbramos a ello. Demasiada gente había pasado por esa casa en los últimos tiempos, dejando algunas de sus cosas allí. Sus vasos, entre otras.

—Me pido el de Nocilla —exclamó Enric agarrando el vaso diseñado por Ágatha Ruiz de la Prada.

—Joder, ese lo quería yo —gimió Cris a la vez que hacía un puchero.

Lo que decía. Acostumbrada.

—Venga, venga, que me los quitan de las manos, priiiiiima.

Raúl, como siempre, haciendo el tonto.

—Deberías acostarla en la habitación de invitados —sugirió su hermano al ver a Eva frita en el suelo—. Vamos a ver las bragas de Evita Dinamita en cuestión de segundos.

—Imposible. Lleva pantalones cortos.

Mi chico se giró a mirarme con un interrogante en la mirada.

Qué mirada, coñe, qué ojazos.

—Siempre que se pone falda para salir lleva pantalones cortos debajo. Por si acaso.

—Para evitar lo que le pasó en su despedida de soltera —informó Raúl—. Debió de verle el culo la mitad de la población de Barcelona aquel día. Sus amigas la disfrazaron de bailarina y se le rompieron las medias.

—Llevaba tanga —puntualizó Cris con una risita.

Todos nos reímos.

—Venga, echa tequila, que me lo bebo y la subo a dormir.

Su hermano escanció en todos los vasos, dispares, pequeños y grandes, de colores y transparentes. Diferentes, como los reunidos en aquel salón, aunque partes de un mismo todo. Mis amigos, mi familia.

—Voy a decir unas palabras.

—¡Silencio todo el mundo! —gritó Javi haciéndolos callar—. Que va a hablar la propietaria de la mejor discoteca de Barcelona.

Todos comenzaron a jalearme con los puños en alto.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! ¡Eh!

—Vale, esto se merece que me ponga de pie y todo —murmuré para mí misma, agarrando el hombro de Javi para conseguirlo.

Siguieron montando escándalo hasta que levanté ambas manos pidiendo silencio, como la presidenta del Parlamento, solo que no fue necesario que los llamara al orden porque se callaron en el acto.

—Quiero daros las gracias por habernos acompañado hoy en este cambio, en este nuevo comienzo. Gracias por estar ahí siempre, algunos como amigos desde hace años, otros como amigos nuevos. Todos sois familia, la mía. Os quiero mucho, aunque eso ya lo sabéis porque últimamente he estado un poco pesadita con el tema...

—Noooooo, ¡apenas! —exclamó Sam consiguiendo risas por parte de todos.

—Lo sé, lo sé. —Sonreí observándolos—. Me he puesto intensita con el asunto del querer estas semanas. Ya sabéis que ha sido una temporada difícil con todo lo que ha pasado, pero habéis estado ahí en todo momento, soportándome y aguantándome cuando iba a daros abracitos moñas en el momento más inesperado.

—Me reafirmo en lo de que no deberías volver a entrar al baño sin llamar para abrazar a nadie.

—Alberto, estabas lavándote los dientes.

—¿Y si hubiera estado haciendo otra cosa?

—¿Qué cosa?

—Guarradas, por ejemplo.

—¿No habrás hecho cosas de esas en mi casa mientras has vivido aquí?

—Hombre... pues como comprenderás...

—La carne es débil, Clara —añadió Jorge, haciendo que todos los demás hombres de la sala asintieran con la cabeza.

Fruncí el ceño.

—¿Acabamos de pasar de hablar de amor a hablar de pajas o me lo parece a mí?

—Una cosa siempre lleva a la otra —soltó Javi.

Estallamos en carcajadas. Despertamos a Eva, que parpadeó confusa.

—Bueno, dejémonos de tonterías. Que os quiero, millones. Gracias por existir. ¡Por vosotros!

Todos se pusieron en pie, con los vasos en alto, repitieron «¡por vosotros!» como si les fuera la vida en ello y nos bebimos el tequila de un trago.

Entonces recordé.

—¡Un momento, un momento! Llena los vasos de nuevo, Javi.

—Lo que mande la señora.

—Señorita.

—Señora de Miranda.

—En tus sueños.

—Todos los días.

Sonreí antes de agacharme para plantarle un beso en la boca. Se lo había ganado, admitámoslo. El resto nos abucheó, aunque me importó bien poco.

—A ver, a lo que iba, que me liais. —Carraspeé volviendo a incorporarme.

—Os liais solitos, reina —dijo Alberto con una sonrisa burlona.

Le saqué la lengua y me puse seria. Lo que iba a decir lo merecía. Aunque me mareara a causa del alcohol.

—Quiero proponer un último brindis. Por Pedro.

Todos los rostros se volvieron solemnes.

—Fue un capullo con gran parte de nosotros —empecé—. Hubo momentos en que lo odiamos, otros en los que consiguió hacernos cambiar de parecer. A veces nos hacía reír y otras solo nos sacaba de quicio. Pero fue una buena persona que...

—Clara...

La mano de Javi sostuvo la mía al ver que se me quebraba la voz.

—Estoy bien, no pasa nada. —Carraspeé de nuevo—. Lo echaré de menos. En realidad ya lo hago. Así que... esta va por ti, Pedro. Estés donde estés. —Levanté mi vaso hacia el cielo—. Gracias.

Me imitaron, en silencio, y todos nos bebimos el tequila de un trago. Incluso Eva, que parecía haber reaparecido con fuerzas tras su siesta. Respiré hondo antes de volver a sentarme. El ambiente se había enrarecido, tornándose demasiado serio para nuestro estado de embriaguez.

—¿Jugamos a algo? —murmuró Cris con su acento alcohólico.

—Venga, enana, ¿qué propones? —Mi chico ya la entendía a la perfección en momentos así.

—¿Verdad o acción?

Comenzaron los gritos. Que si paso de ese juego, que solo si es con tequila, que si empezaba con preguntitas ñoñas se iría a la calle de una patada, que si hacían falta más bocadillos y menos jueguecitos... Vamos, el final perfecto a una fiesta con mis amigos. Lo normal.

## EPÍLOGO

Aparco el coche en la acera porque, para variar, el coche de Cris está en el caminillo al garaje. De verdad, esta mujer jamás lo mete dentro, ¿por qué narices no deja que lo hagamos los demás? Llego al porche y abro la puerta.

—Ey.

Saludo con la cabeza a Jorge, que pasa por delante con un bol lleno de palomitas en dirección al salón.

—¿Acción o amor? —le pregunto.

—Maratón de *Crepúsculo*.

—¿Qué me estás contando? ¿Escrúpulo?

—Lo sé, macho, pero están en mayoría. No he podido hacer nada.

Suelto un bufido y dejo el maletín en la entrada. Después de pasarme todo el día pasando consulta pensaba relajarme en el sofá viendo tiros, o patadas, o mamadas, me da igual. Pero no vampiros que brillan al sol enamorados de colegialas. La madre que me parió. Tendría que haberme ido al piso.

—¿Qué pasa, Miranda? ¿Día duro?

Vuelvo la cabeza a la derecha para ver bajar a mi diosa.

—No, el día ha ido bien, lo malo acaba de empezar ahora. ¿*Crepúsculo*?  
¿En serio?

Se encoge de hombros, haciendo que su melena castaña se mueva al compás. Sonríe con inocencia, esa tan falsa pero que tan bien finge de vez en cuando, se acerca a mí y posa sus manos en mis hombros. Observo sus ojos color chocolate y llevo las mías a su cintura.

—No pensarías que habría porno asiático de ese que ves por internet, ¿no?

—Hombre, hubiera sido un pedazo de detalle, la verdad. Pero me conformaba con una de Liam Neeson dando a diestro y siniestro.

—Alberto y Enric han venido a cenar. Las votaciones han sido un claro ejemplo de mayoría absoluta.

—Espero que al menos hayan venido con intención de preparar pizzas caseras.

—La masa ya está reposando.

Sonrío. Algo es algo.

—¿Muchos niños enfermos hoy?

—Niños enfermos y madres paranoicas. Lo de siempre.

Se echa a reír y la miro embobado. ¿Cuándo dejaré de mirarla así? Espero que nunca, porque cada vez que lo hago me siento tan vivo que todo tiene sentido. Todo. Ella se lo da.

La beso sin previo aviso y responde entregándomelo todo. Amasa mi pelo, se pega a mi pecho y no escatima en lengua. Uno de esos besos de Clara que consiguen que nunca quiera parar de besarla. Que hacen que necesite quitarle la ropa para sentir su piel sobre la mía y que quiera recorrerla de pies a cabeza con dedos, lengua e incluso nariz.

—Te echaba de menos, Miranda —murmura al apartarse, sin dejar de acariciar mi pelo.

—Y yo a ti, pequeña.

Me abraza tan fuerte que casi siento su corazón galopar.

Hace poco más de un año pensaba que el amor era una tontería, una chuminada que no estaba hecha para mí. Hasta que llegó ella y lo cambió todo. Puso mi cabeza del revés, le dio una razón para latir a mi corazón y consiguió que el Javier de siempre cambiara hasta convertirme en un chaval enamorado hasta las trancas, que pisaría el suelo por el que pasa esa mujer y que lo haría todo por ella. En una ocasión creí que la perdía, y aquel día decidí que no dejaría que eso sucediera jamás. Clara es la mujer de mi vida, para siempre. Porque no concibo despertar sin ella, no entiendo una mañana sin su mirada ni una tarde sin el sonido de su risa. Porque hasta sus enfados me enamoran y sus imperfecciones me vuelven loco. Por eso, el día menos pensado, cometeré la increíble insensatez de pedirle que lo sea, así, para siempre, que se quede a mi lado hasta el fin de los días y que no deje de llamarme Miranda, enfadada o de cachondeo, nunca.

Pero eso llegará algún día, no todavía.

—¿Has sabido algo de Yokohama?

Su risa consigue hacerme sonreír.

—Se llama Ming.

—¿No era japonés?

—Chino.

—Ah...

—Ya sé que tú no diferencias chinos de japoneses. Sobre todo en cuanto al género femenino se refiere.

—¿Por qué dices eso?

—A ver, Javi. —Se aparta un poco y empieza a enumerar con los dedos

—. Chinitascachondas.com, asiaticasbusconas.com, japonesaslindas.com...

—Para, para. Yo no veo esas páginas.

—Ah, ¿no? Pues en el historial de tu portátil aparecen.

Abro mucho los ojos de repente.

—¿Cotilleas mi portátil?

—No lo dejes encendido.

Sonríó antes de cogerla por la cintura de nuevo.

—Eso lo ve Jorge, no yo.

—Sí, claro.

Ríe sin creermelo. Hace bien, porque lo veo de vez en cuando. Aunque Jorge también, y es verdad, que esas cosas se saben entre colegas.

—Bueno, no me lées con porno asiático, Márquez. Aunque sabes que podemos verlo juntos cuando quieras.

Sus carcajadas inundan la entrada de la casa. Me besa en los labios antes de apartarse para ir a la cocina. La sigo.

—El señor Ming ha llamado —me cuenta conforme abre la nevera—. Mañana firmamos y todo quedará formalizado.

—Así que voy a salir con la expropiataria de la discoteca más famosa de la ciudad.

—Correcto. Y la semana que viene iré a la facultad a matricularme en el nuevo curso.

Va a acabar la carrera que no terminó. La quiero más por eso, por atreverse a hacer realidad los sueños que dejó a medias cuando bailaba en el club. No es fácil ponerse a estudiar de nuevo cuando tienes la vida medio resuelta. Pero ella ha aceptado vender el club a un empresario chino y dejar de una vez el mundo de la noche. Y yo no puedo decir que no me alegre, porque al fin la tendré en casa los fines de semana, solo para mí.

—Esto hay que celebrarlo, ¿no? —exclamo cogiendo la cerveza que me tiende.

—Claro, con un maratón de *Crepúsculo* y unas pizzas de Alberto.

Gimo y ella ríe.

—Vamos, Javi, será solo un rato.

—Horas, en realidad.

—Después podemos hacer lo que quieras.

Levanto una ceja y la miro con mi sonrisa torcida, esa que sé que la pone

nerviosa.

—¿Lo que quiera? —repito con picardía.

Clara asiente, mirándome con intensidad y haciendo que mi soldado vibre de anticipación.

—De acuerdo, Márquez, me has convencido. Vamos a por esos vampiros enamorados y luego veremos qué se me ocurre.

Se ríe, coge mi mano y tira de mí hasta el salón, donde nuestros amigos nos esperan para ver esas jodidas películas. Y yo sonrío pensando que no se me tiene que ocurrir nada que desee hacer con Clara cuando terminen porque tengo muy claro lo que quiero. Que baile; bajar las luces y que se mueva para mí, como hace cuando se lo pido, con sus ojos fijos en los míos y la música la envuelve como una segunda respiración.

Porque Clara dejó de bailar para el resto y, ahora, baila solo para mí.

# AGRADECIMIENTOS

Quiero dar especiales gracias a mis lectores, los de siempre, los que han estado esperando esta historia con ganas y paciencia. Parecía que no llegaba, hace unos meses incluso pensaba que no volvería a publicar nunca porque ponerme a escribir era muy complicado. Llegué a pensar que no volvería a hacerlo. Tener mellizas no es sencillo, y menos poder compaginarlo con un trabajo y la escritura. Pero me equivoqué, y aquí tenéis la prueba de ello. Esta novela es vuestra. Gracias por las ganas, la paciencia y los ánimos. Siempre lo digo, pero es que es verdad, sois lo mejor de esta locura que es escribir. Gracias, GRACIAS, de corazón.

A mis lectoras cero, por su entusiasmo y sus recomendaciones.

Gracias a Raquel, porque siempre, siempre consigue hacerme vibrar con sus mensajes emocionados cuando lee algo que le envió. Me das mucha vida y alas para continuar volando. Ya sabes que esas alas también son tuyas, cógelas prestadas para volar tan alto como mereces.

Gracias a Tania porque tenerla en mi vida la hace mejor. No solo porque lee con ojos críticos mis historias, sino porque es una de esas personas que es familia sin serlo, con hilos invisibles que nos unen hoy, mañana y siempre. Pequeño saltamontes, no cambies nunca.

Millones de gracias a Patricia, porque es lo mejor que el mundo literario me ha dado. Los *whatsapps*, los audios, las visitas, las quedadas, los momentos de pánico previos a una publicación, los ratos que se hacen cortos y las risas compartidas. Lo sabes, te quiero con todas las «A» del mundo.

También gracias a Alexia Jorques, por diseñar estas portadas tan preciosas y conseguir lo que quiero cuando ni siquiera yo lo tengo claro. A Laura Girón por ayudarme antes de comenzar su nueva andadura editorial. Y a Abril Camino, por sus mensajes calmantes en medio del caos de las correcciones.

Como siempre, a mi familia, por estar ahí y ser luz. A mi marido, por acompañarme en este viaje que es la vida y comprender que hay ratos en que me tiene sentada a su lado pero mi cabeza está en otra parte, con mis

personajes, viviendo situaciones que me ausentan. Os quiero a todos.

Y a ti, nuevo lector, gracias por elegir esta historia y permitir que sus personajes hayan ocupado tu tiempo. Entre tanta oferta, es maravilloso que nos hayas dado una oportunidad. Gracias.

¡Hasta pronto!

Soy Marta, nací en Zaragoza allá por el año 82 (sí, como Naranjito).

Adoro pasar tiempo con mi familia y con mis hijas, mis dos pequeños terremotos que han puesto mi mundo del revés desde que llegaron hace casi año y medio. Me encanta el olor de las palomitas de maíz y el sonido de la risa. Me declaro enamorada de Netflix, fuente de inspiración y eterna plataforma de entretenimiento. Intento pasar el poco tiempo libre que tengo frente a las teclas blancas de mi portátil, ideando historias, confeccionando personajes, inventando tramas e, irremediabilmente, enamorándome de todo ello. Mis historias forman parte de mí y yo soy parte de mis historias. ¿Las conoces?

*Controlando a la estrella y Amando a la estrella* (bilogía «Love me, pop star»), con Red Apple Ediciones; *Laura va a por todas* y *Laura llega al final del camino*, con Editorial DeBolsillo; y también mis autopublicadas: *Recuperar a Ari* en formato digital, *El vuelo de una mariposa* y *Mi lugar favorito en el mundo eres tú* en papel y digital (las tres en Amazon).

¿Quieres contactar conmigo? Aquí te dejo mis redes sociales, pásate, estaré

encantada de charlar contigo.

Twitter: [@martafrances\\_c](#)

Facebook: [Marta Francés – Escritora](#)

Instagram: [@martuki\\_splash](#)

Email: [marta.frances2@gmail.com](mailto:marta.frances2@gmail.com)